
EL ASPECTO DE LA BONDAD

El a priori del mundo

En el cielo, las deidades planeaban su siguiente mensajero, al menos la Bondad lo había planeado así. Pero bien sabía los trámites que debía hacer ante el dúo supremo. Como en todo orden social, existe una figura que se encarga de organizar a cada persona que lo conforme, y justamente el dúo supremo se encargaba de esto, algunas de las deidades decían que no tenía mucho sentido, porque todo el tiempo se contradecían, ¿por qué no hacer que solo uno de los dos mandase?, la pregunta era ¿cuál de los dos?, nadie se podía poner de acuerdo realmente. Así que naturalmente se quedaron ambos primordiales en el mando.

Primordiales eran aquellos que venían de unas tierras desconocidas por muchos, donde las ideas comenzaban a fluir en el lugar donde no hay tiempo, ese tipo de cosas, como el tiempo, eran para los mundanos, o las deidades que estos mismos crearon. Aunque las deidades todas fueran poderosas, realmente no tenían poder alguno, no eran más que la creación de los propios humanos que estaban debajo de ellos.

Decir debajo de ellos era algo relativo, en sí, todas las deidades vivían en una meseta sumamente alta donde los humanos no podrían subir nunca, y si lo hacían, era poco probable que lo pudieran contar después. Esta y otras reglas estaban descritas en el código de comportamiento celestial. El nombre era nada más para que sonara mejor, y que la Belleza estuviera contenta con las letras pintadas de oro.

Era el siglo de la Bondad, y por esa misma razón debía crear al mensajero bondadoso, pero la Bondad sabía que no podía crearlo puramente de su esencia, eso va en contra del código, en la sección de las celebraciones de los siglos de las deidades. Así pues, el dúo supremo inició la sesión para ponerse de acuerdo con todas las deidades, cosa que se veía imposible si no se ponía de acuerdo consigo mismo. En lo más alto del sitio se encontraba el dúo supremo y se disponía a hablar, se notaba que habían practicado mucho qué parte decir cada uno.

–Como saben – mencionó la Oscuridad, después de toser un poco para llamar la atención. – se celebra el siglo de la Bondad y es momento de enviar al aspecto de la bondad.

–Para ayudar a nuestros queridos hijos, y llevarlos a un mundo de luz. – dijo inmediatamente la Luz.– O que se hundan en la oscuridad, eso... sonaba mejor en el libreto.

–Como sea mi querida Luz, recordemos que debemos poner de nuestras esencias en el aspecto de la bondad, sin embargo, para mostrar la celebración de la Bondad, deberá a pasar y elegir la virtud que le otorgará.

Entonces la Bondad bajó su cabeza para mostrar que se sentía honrada con su posición y comenzó a declamar sus líneas que tradicionalmente se dicen en estas sesiones:

–Grandes son sin duda las almas que nos han mantenido en pie, y grandes son las virtudes que podemos concederles a nuestros hijos, es por ello por lo que, con el honor que me confiere el dúo supremo, complemento desde la creación de este lugar, salida de la sangre del ser primordial que dio su vida y en su último aliento fue el suceso que comenzó el tiempo como lo conocemos. Este día, yo, la Bondad, he de darle la virtud de... – dio una pausa, para que el momento fuera más dramático, porque ya la había preparado desde hace medio siglo.– que pueda hacer fluir el dolor y la tristeza, en suma, todos los sentimientos oscuros, con su debido respeto, Oscuridad, de una persona, igual que los ríos fluyen, así como el magma de los volcanes, y el viento de las cordilleras.

–Muchas gracias, Bondad, ahora, procederemos al resto de virtudes, hagan girar la rueda – dijeron esta vez al mismo tiempo la Oscuridad y la Luz, sinceramente hubieran dicho que fue lo que más ensayaron para que saliera coordinado.

Los virtuosos hicieron girar inmediatamente la rueda que contenía pelotas con los nombres del resto de deidades. Hicieron detenerla y salió una pequeña pelota después de presionar un botón por un virtuoso.

El virtuoso que se encargaba de tomar la pelota había sido un gran escritor en su vida como alguien humano, Al morir, llevado a su juicio, la Belleza se decidió por tomarlo con su esencia,

y tenía notablemente las prendas de esa deidad, bueno, relativamente, porque no es que fuera alguien tangible realmente. Para fines prácticos servía para lo que se proponían.

Después se la llevó a la Bondad, y esta abrió delicadamente la pelota, y leyó para sí lo que contenía, luego recordó que tenía que decirlo en voz alta ante todas las deidades.

–Belleza – dijo, después de su olvido y el virtuoso que sabía que sería recompensado por la buena suerte de sus manos, comenzó a sonreír, luego la Belleza pasó ante lo que era una fuente que estaba en el centro, al lado de la Bondad y comenzó a meditar en lo que diría.

–Yo... en honor a la Belleza, contendrá el dolor en... hermosos diamantes, únicos en su especie, enormes y brillantes, serán semejantes a una esfera y serán deliciosamente transparentes al no contener maldad, en honor a la Luz, y serán hermosamente oscuros cuando contengan maldad, en honor a la Oscuridad.

Luego, volvieron a sacar otra pelota, y fue llevada ante la Bondad, con cara de disgusto se dispuso a contar quién había salido

–Maldad – qué mala suerte debía tener para que saliera su complemento, no tenía idea qué podría decir la Maldad, y sinceramente no quería saberlo.

–Yo – dijo con una realmente exagerada sonrisa – le daré el vicio de vaciar los diamantes que tenga, seré en exceso amable – y sonrió todavía más, aunque cualquiera hubiera pensado que ya no podía hacerlo – podrá saber exactamente dónde están sus diamantes, pero – lo que Bondad siempre temía, el ‘pero’ intencionalmente largo, de Maldad – al hacer fluir dolor sentirá completamente cruzar por él, y como me caes muy bien mi querida Bondad, podrá contenerlo de tres personas y deberá verterlo completamente en una sola persona para que los use después. – la Bondad, soltó una lágrima al oír aquello, no le quedó más que sonreír.

Después, otra pelota fue dada a la Bondad, y dijo con voz mucho más tranquila, claro, después de tomar un par de respiros mientras Maldad hablaba:

–Libertad – dijo, con un tono bastante aliviado de que al menos no le daría otro vicio alguna de las demás deidades. Aun así, no le parecía que lo que fuera a darle al alma le serviría de mucho.

–Yo, he de otorgarle la virtud del juicio, podrá decidir si acepta su destino o si decide rechazarlo. Tendrá la hermosa libertad, y deseo expresamente que disfrute de su vida, aunque no le puedo yo conceder esa virtud, es solo un comentario.

–Ya tenemos las virtudes principales de esta alma, el resto serán dadas a su tiempo, entonces, procedan a liberar el alma hacia el cielo. – dijeron al mismo tiempo el dúo supremo, de nuevo.

Al tiempo que el alma desapareció entre las nubes de la noche, había nacido alguien especial, en el mundo, el aspecto de la bondad. La Bondad y la Maldad se quedaron viendo al cielo, uno contento y el otro preocupado. Luego cambiaron, el otro sonreía y el primero estaba preocupado. Nada fuera de lo común, se volvieron el uno al otro, primero les dio disgusto por verse, y luego sonrieron por educación.

Se despidieron con una sonrisa auténtica, porque sabían que al final de cuentas, uno existía por el otro, quizá su odio y su amor estuviera dado por siempre, y quizá alguno de los dos triunfaría sobre el otro, y eso seguro daría el fin de los dos, en conclusión, ambas quedaron con la convicción que las vicisitudes solo las sabría el dúo supremo, pues eran los hijos del primordial del tiempo. Aquel que se mencionó al principio de la sesión, que en su muerte creó el tiempo, todos sabían que no era realmente lo que pasó, pues el tiempo estaba con ellos y sería de ellos hasta el fin, ¿o quizá fuera al revés?, tal vez ellos eran hijos del tiempo, eso tenía más sentido.

Después de pensar tanto y no decir nada mirándose el uno al otro, decidieron marcharse a sus debidos templos, ambos tenían dudas existenciales, igual que sus humanos, porque al final no eran más que productos de ellos, su existencia era mucho más duradera, no querría decir que fuera eterna, pues todos tenían miedo, pero muy diferente al de los humanos, tenían miedo a morir pero no en un periodo tan corto, pues cuando no hubiese ningún humano, la Bondad ni la Maldad podrían siquiera verse como hoy lo hicieron.

Al llegar a sus respectivos templos, ambos, realmente todos, tenían las dudas de siempre, en especial, la Maldad y la Bondad estaban seguros de algo, por ahora, existían, al morir, el dúo supremo persistiría, y allá afuera, alguien era el aspecto de la Bondad, allá afuera, alguien daría más vida a los dos, y eso, les provocó menos miedo, así que descansaron en paz.

La vida en bermellón

Así como las deidades fueron alguna vez creadas, lo han sido las almas que han estado en este mundo, así fue creado Dobrilo, un chico pálido, quizá por su inseguridad, nacido en una cuna brillante, entre animales de peluche aterciopelados en exceso, si bien de su padre nunca había sabido algo, porque no hablaba mucho de eso con su madre, tan solo se limitaba a saludarla con mucho respeto, pero casi no la veía. El joven siempre se preguntó, quién era aquella hermosa mujer, a la que la gente le decía reina bermellón, aquella dama que parecía tener en cada borde de sus ropas un filo carmesí.

Fría, como la noche en el desierto, la reina nunca decía su nombre, y siempre estaba en asuntos de suma importancia, que, aunque el hijo nunca sabía qué asuntos podían ser de tanta importancia, no se le ocurría pasar a hablarle, ni saludarla, pues su secretario, al que Dobrilo seguía sin saber su nombre, le contestaría que no podía ver a la dama carmesí, así que se limitaba a quedarse en su cuarto, a veces llorando, a veces durmiendo para evitar llorar, o a veces con sus clases.

Dobrilo, solamente sabía que tres hermosas esferas de cristal le habían sido regaladas en nombre de su padre al nacer, al menos eso le contó con mucho disgusto su madre en una de las cenas que llegaron a compartir, solo en los días en que las puertas se abrían para el público, aquellos en donde era sumamente importante que toda la gente supiera lo bien que se llevaba con su hijo aquella dama con aspecto de asesina. Una sonrisa, que parecía más de odio, pues hacía un sonido lento con espacios en cada sílaba de su nombre, así llamaba a su hijo, odiaba ese nombre, pero por testamento de su suegro, había declarado que así se debía llamar el primer nieto que naciera tras su muerte.

En realidad, no es que pudiera haber otro nieto más que el de la reina bermellón, pues así como escarlatas eran los vestidos que le pertenecían, de la misma forma eran los suelos donde fueron halladas las hermanas de su esposo, por causas no tan conocidas, y que aparentemente, nunca le interesaba corroborar, incluso, era del conocimiento de Dobrilo que su madre había escrito cartas en horas de la madrugada, y había hablado con gran enojo que llevara inmediatamente ese sobre a casa de la jefa de investigación, la detective Cereza.

Por infortunios, las investigaciones de cada hermana habían cesado, y los periodistas no dudaron en también hacerlo, pues preferían mantener el silencio en vida, así, pasó llorando al menos cinco minutos, la reina bermellón fue ante el abogado familiar, se secó las lágrimas, firmó, y se marchó, el abogado esperaba que le dijera que era porque se sentía sumamente hundida en tristeza, aunque, dijo que tenía asuntos más importantes que atender, el resto de la familia, si es que hubiera todavía estado viva, seguramente la hubiera criticado, la reina, no obstante, siempre sonreía cuando eso sucedía, pues por dentro se decía que era divertido hablar con los muertos.

Por el contrario, Dobrilo, a diferencia de sus familiares (él al menos seguía vivo), disfrutaba de una gran libertad, cualquier cosa que quisiera estaba a su alcance con llamar a su criado, quien sentía como su padre, aunque no estaba seguro de cómo saber si era como su padre, si no había tenido nunca uno. Por su parte, el criado pensó que se convertiría en alguien arrogante por aquella educación, fue una gran sorpresa que tuviera un juicio razonable, uno que no era en absoluto oscuro como el de la reina, era alguien que no daba miedo.

A el señor Alejandro le preocupaba que el joven no hablara con nadie más, solo hablaba con él, y como su criado, poco podía decir, al menos por miedo a la reina, incluso sabiendo Dobrilo que todo lo tenía al alcance con contarle a su criado sus deseos, a menudo se encontraba con una sonrisa melancólica, pues lo que deseaba no estaba a su alcance, y no tenía sentido contárselo a Alejandro. Incluso, estando a pocos metros de su deseo, grande era la distancia a la que en verdad tendría lo que deseaba. Con el paso del tiempo se acostumbró, pero no desistió de su búsqueda, ya no con la persona con la que vivía, sino, alguien más.

—Pero... ¿dónde?, ¿dónde he de buscar aquel que me haga sentir en casa?, pues ni en casa me siento así. Vicisitudes que solo me traen infortunio, y un dolor que parece diplomático, pues aún sin tener rasgadura alguna, sangro cada noche en mi ventana, con una esperanza, que me aleja de la vida, algo... algo me detiene, una dama, hermosa como ninguna, incluso más que mi madre, aquella que parece mi guardián y me hace sentir que estas palabras no se van al aire, ella... me quiere decir algo, pero no sé por qué nunca lo hace, ¿será acaso que no puede?, siempre apunta con el dedo a estas esferas, aquellas que marcan el recuerdo de mi padre, y que mi madre intentó desaparecer.

Alejandro, conteniendo sus sollozos, se permitió derramar dos lágrimas, y luego procedió a secarse los ojos, y se marchó de la puerta de Dobrilo, puso una cara seria, y continuó caminando hacia su habitación, ya había cometido un gran error, y no le quedaba más que aceptar las consecuencias. Se acostó en su cama, apagó la lámpara, pero no precisamente para dormir, por el contrario, se puso a pensar, ¿por qué le había hecho lo que ahora le causaba tanto miedo?

De pronto, incluso con los ojos abiertos, comenzó a soñar, ¿soñar?, no, seguía despierto, solo eran proyecciones de su mente que hacían de nuevo recordar lo que había acontecido: en su ventana Dobrilo, admiraba las aves, y aunque tenía claramente prohibido asomarse a horas donde salía el sol, logró ver a otros chicos como él, y entonces, preguntó cada vez más y más sobre lo que había allá afuera. Alejandro, temeroso por la reina, había sido bastante cortante cuando Dobrilo preguntaba ese tipo de cosas.

Cómo podría mentirle a alguien que había cuidado como si fuera su propio hijo, no podía desearle que la vida entera se quedara con su madre en aquella casa, así que, procedió a contarle cómo eran las cosas por fuera, los pájaros cantando por la mañana, así como el olor a pan caliente en las tardes, o del amargo café en algunas esquinas, las abejas en las flores del parque, los niños jugando de un lado para otro, las personas acariciando a perros ajenos, los gatos con astuta actitud para evadir a la gente hasta que tuvieran hambre.

Y, aunque ya de por sí eso era bastante para una fortuita desaparición, llegó el día en donde le contó sobre la escuela, lo evitó tanto tiempo, porque esta vez, Dobrilo, que después de tanto tiempo cegado por el miedo, se había hecho con la convicción necesaria, para solicitar a su criado lo que más quería, salir.

Estos eventos habían ocurrido hacía dos días, pero Alejandro, con una cara estupefacta se rehusó a tal deseo, incluso sabiendo que tenía que cumplir con cualquier cosa que Dobrilo solicitara y estuviera en posibilidades de hacerlo realidad, pues así lo había firmado Alejandro desde el nacimiento de su querido hijo, buscando un trabajo sumamente bien remunerado. Pero, así como amaba tanto que Dobrilo algún día estuviera contento, también amaba su propia vida, y sabía bien lo que en riesgo ponía si se atrevía a pedirle el permiso para salir.

Sin embargo, la respuesta de la reina bermellón fue bastante simple, incluso sorprendió a Alejandro, quien había solicitado una cita para el domingo poder hablar con ella, tomó su tiempo pensando en qué sería lo primero que diría, pero sirvió de muy poco, porque las cosas no sucedieron como lo había planeado.

—Qué maravilla de la divina coincidencia me hace tener a alguien tan especial como tú, Alejandro. Grande es el agradecimiento que te tengo por cuidar a mi querido y único hijo— dijo la reina, pero uno podía decir que quiso decir: gracias por mantener a ese desgraciado niño lejos de mí.

—Mi querida reina bermellón, el deseo de... Dobrilo es... salir y tomar la universidad... afuera.

—¡Afuera!, ¿afuera?, ¡afuera! — lo interesante fue que cada afuera lo dijo con tono diferente, primero enojada, luego dudosa y al final contenta. — Pero claro que afuera, qué maravilla, así estaré... — lo pensó dos veces, pues recordó que Alejandro estaba frente a ella, e inmediatamente quitó su sonrisa — totalmente contenta de que mi querido Dobrilo por fin disfrute de... — realmente no sabía de qué disfrutaría, la vida era mucho más sencilla en aquella casa, según ella misma — aprender por su cuenta, claro. — incluso derramó una lágrima al terminar.

Alejandro sorprendido de lo sencillo que fue que saliera el joven de la casa, pero todavía más de que saldría él con vida de aquella sala, aunque todavía lo dudaba, pues tenía el corazón apretado como lo tuvo antes de intentar dormir.

—Ah, entiendo, entiendo — dijo Alejandro, que no entendía nada — si no es — iba a decir: posible; porque pensó que la reina había dicho que no, luego recapacitó, se pellizcó la pierna para ver si no estaba soñando, y como no midió su fuerza le salió un quejido y una lágrima — de su molestia, me marcharé inmediatamente — dijo, conteniendo el dolor todavía, con una sonrisa que dejaba claro que algo le dolía.

Aunque, a la reina no le importaba, para ella entre antes se fuera mejor. Luego de marcharse el criado, la reina comenzó a bailar de alegría, luego volvió a sus cabales y tomó su pluma y dijo, si es que Dios existe, estoy sumamente agradecida de que así sea. Claramente, mentía.

Los cambios dan miedo

Obtener el permiso de la reina ya era bastante, pero, Alejandro no tenía algún plan sobre cómo manejar la situación, tal vez porque daba por hecho que le dirían un no, pero, si alguien preguntaba qué haría después, diría que era una sorpresa. Y, con buenos motivos lo era, porque ni él conocía la sorpresa.

—¿Qué querría Dobrilo?, ¿A dónde iría?, ¿A cuál de las universidades?, ¿Cómo conseguiría entrar?, ¿Le pagarían más?, ah... eso, no lo digas en voz alta, Alejandro.

Luego recordó que debía de ponerse un poco de alcohol en el pellizco que se hizo, notó que incluso tenía una pequeña mancha de sangre. No era más que el diseño de su ropa, en algún momento decidió que los pantalones con manchas rojas le iban bien. Pero le reconfortaba decir que era un poco de sangre en voz alta, aunque no había alguien más que el secretario y prácticamente ya lo había dejado atrás, así su conciencia decía que era lógico que debía ir por alcohol, y que definitivamente no procrastinaba el contarle a Dobrilo la noticia.

Después de tomar alcohol, de poner alcohol en la herida, y de guardar ambas botellas en su respectivo lugar, se acomodó en frente de la despensa, y tomó un paquete de galletas, se dijo a sí mismo que era una muy buena hora para poner el té, y que las galletas con mermelada se llevarían muy bien con la bebida. Después vio el retrato de la reina bermellón junto a su hijo, lucía con ganas de asesinar al fotógrafo, y es altamente probable que así sucediera, sin embargo, quien más miedo le daba era el niño.

Ya había pasado casi una hora desde que había sabido la aceptación de que Dobrilo saliera, y ¿qué hacía?, tomar té con galletas y mermelada, luego de la culpa, se miró en los vidrios de aquel mueble que contenía antes las galletas, y reconfortó viendo que ya estaba algo viejo, que a ese ritmo no saldría vivo, que incluso era de suma importancia que no contara la noticia inmediatamente, pues creía que en el acto le daría un infarto.

No sucedió, pero lo deseaba, y eso le causaba conflicto, pero ¿a qué le temía Alejandro? Eso mismo se preguntaba él, afeitándose cuando el día anterior lo había hecho, derramando alguna lágrima ante su reflejo, pero conteniéndose porque ante desconocidos no hay que llorar, dejó la afeitarse y se decidió a contarle todo a su querido muchacho, abrió la puerta y...

Y se detuvo, pues el valor parecía haberlo olvidado en el baño, luego apretó el puño, y luego sintió dolor, porque seguía sosteniendo el rastillo, ahora sí era necesario el alcohol, y quizá en lugar de seguir doliendo le dio una esperanza de aplazar aún más lo que ya de por sí estaba escrito, luego se bofeteó, eso le dio gusto, bueno, a su conciencia.

—¿Qué crees que estás haciendo? — se dijo a sí mismo mientras la sangre seguía derramando en su otra mano

—Solo... tengo... prioridades, sí, eso es, prioridades, ya sabes una cortada, nada terrible, apenas y está sangrando, pero arde.

—Viejo cobarde, todo este tiempo te la has pasado diciendo que quieres ver a Dobrilo fuera de este lugar, y cuando te dan el permiso ¿qué es lo que haces? Aparentemente tomar té con galletitas.

—¿A quién le dices viejo cobarde?, no olvides que somos la misma persona, aunque eso... bueno eso no cambia las cosas, es solo que... es complicado, ya sabes.

—Soy tu conciencia anciano infantil, debes mover esa barriga al cuarto de Dobrilo inmediatamente, y le vas a contar todo, bueno, antes ponte un vendaje y deja de hacer dramas que solo yo te veo.

—¿Por qué tienes que ser tan frío diciendo las cosas?, ¿no podríamos... tomar un tecito y conversarlo tranquilamente?

—No me hagas enojar.

—Está bien, ay, ¿por qué me tienen que pasar estas cosas?, ¿cómo se le cambia el humor a mi conciencia?

—Te estoy escuchando, muévete ahora mismo

Luego, se marchó cabizbajo, como un niño al que castigó su padre, con excepción de que no era un niño, no fue su padre, y realmente no estaba castigado, luego se preguntó por qué estaba cabizbajo, luego dijo: Ah sí; y prosiguió caminando de nuevo por el alcohol. Luego, como pudo se vendó la mano, se dijo tonto, y procedió a caminar hacia su pesadilla.

No era su pesadilla, era tan solo la puerta de Dobrilo, la había visto cientos de veces, pero esta vez le parecía mucho más interesante, como alguien que quiere hablar con un completo desconocido, pues se veía tan platicadora, alguien con quien sí podría tomar té, luego de esos pensamientos, Alejandro se quería volver a bofetear, pero, decidió no hacerlo, en vez de eso tocó la puerta.

O eso creyó, hizo el movimiento y la cara de una persona que toca una puerta, pero, no golpeó más que el aire, si es que eso es posible. Luego procedía a marcharse y en su sombra vio claramente una versión demasiado enojada de él mismo, así que volvió a la puerta, y tomó muy suavemente la puerta, sin embargo, nadie contestó.

–Hemos intentado todo, y parece estar dormido – quiso excusarse con su conciencia

–¡Toca esa puerta ya!

Lo dijo tan alto, que esta vez sí contestaron por dentro, aunque antes de eso sonó un bostezo.

–¿Quién diría que en verdad estaba dormido?, bueno, yo ya terminé mi trabajo, adelante, Alejandro.

Abrieron la puerta, y vio a Dobrilo como si no supiera que era el único que dormía en esa habitación.

–Te traje panes – dijo Alejandro, fingiendo sostener un plato.

–¿Y... los panes?

–Ah, es que... bueno... Dobrilo, tengo que contarte algo – esto último lo contó como cuando un doctor le da noticias terribles al familiar del hospitalizado. El cambio de humor fue digno de pensar que era un asesino en serie. Y, aunque quería serlo y no estar ahí, pasó a la habitación, tomó asiento y empezó a ver los muebles, la iluminación, como si fuera toda una novedad.

–¿Qué sucede, Alejandro?, ¿pasa algo malo?, ah... ¿Alejandro? – dijo Dobrilo viendo que el criado estaba jugando a abrir y cerrar un estuche. – ¿Te... encuentras bien?, ¿qué es lo que quieres decirme?, ¿Qué es lo que te persigue en la imaginación y en la realidad?

Había comenzado a intentar ser poético, inmediatamente dejó de hacerlo, pues recordó que no estaba solo y hacerlo lo ponía nervioso ante el público, incluso si por público se entendía a un señor de casi la tercera edad hiperventilando... ¿hiperventilando? Dobrilo le quitó la corbata, y le comenzó a rociar agua y aire a su ahora rojo criado. Después de poco tiempo, Alejandro recobró el sentido y se maldijo en su interior por haberlo recuperado.

–Tengo, tengo... noticias que debe conocer en inmediatez, pero que me he reservado, porque solo ante la noche quiero declarar la novedad que se me ha contado.

–Deja de hablar formal, Alejandro, solo dime qué es.

–Ah... sí, es solo que... la reina le dejó salir de aquí – la última oración la dijo como si estuviera concursando por decirlo rápido. – La, la, la reina, dijo... que sí, que puede... salir – la palabra salir la dijo muy bajo, pero Dobrilo entendió todo, esta vez sí entendió todo.

–Oh... mi, mi madre, ¿ha dicho eso?, y, ahora qué haremos, Alejandro. Ya sabes, además ¿qué debería estudiar?, ¿a cuál universidad iré?, ¿cómo se entra en una universidad?, ¿al menos puedo ir en una?, ¿y debo poner alarmas?

Cada pregunta era como un cuchillo para Alejandro, pero en medida mucho más pequeña, luego concibió con la idea de que eso... es una navaja, recordó lo que tenía en manos, y supo a lo que en verdad temía. Temía a la responsabilidad, tener a Dobrilo en la casa era demasiado seguro, y claro, eso costaría la felicidad del niño.

–Querido, querido, cálmate – esto se lo quería decir a él mismo – no hay ninguna prisa, escogeremos con tiempo, solo tienes que calmarte, ya verás que todo va a salir bien, solo tenemos que relajarnos los dos, porque ahora ambos tenemos más responsabilidades, mi querido Dobrilo.

–Alejandro... muchas, muchas gracias – y Dobrilo se lanzó para abrazar a su querido criado que sentía como su padre, o eso creía.

Alejandro comenzó a llorar, porque nunca había sentido algo así en la vida, quizá porque en su vida había estado solo todo el tiempo. Rodeado de gente, pero realmente solo, y luego comenzó a recordar a su padre... no, nunca lo abrazó, pero pensó que hubiera sido lindo.

Amigos nuevos, quizá

Dobriilo comenzaba a caminar por las calles, no con dirección a la escuela, porque todavía quedaba tiempo para que regresaran a clases, en su caso, eso no queda del todo bien. Pero se contentó mirando un par de mariposas en unas flores. Se preguntaba cómo es que lograría entrar si no contaba con papeles que Alejandro le había mencionado; sin embargo, no le causaba ansiedad, pues estaba seguro de que, su madre, haría lo necesario para que entrase.

Era una pequeña reunión de los chicos que entrarían pronto a estudiar, todos ya sabían a sala pertenecerían, incluso Dobriilo, había recibido un sobre con la ubicación de su salón, se lo había entregado el propio director, con manos heladas, una cara muy preocupada. Por su parte, Dobriilo ignoró esto, seguro se iba a enfermar, o algo por el estilo, por el contrario, su preocupación era en encontrar a la gente de su sala de estudio.

Por fin encontró el sitio del parque donde estaban sus compañeros, y entraba con una valentía digna de los héroes de la ciudad, pero al intentar saludar a alguien eso quedó perdido, el presupuesto de su obra parece haberse recortado totalmente, solo se quedó con su dedo fijo a una persona que no conocía. El joven al que apuntaba se sentía amenazado, no tenía idea qué hacer, solo sostenía una lata mostrando preocupación. Después de un momento, entendió qué quería decir.

–Ho... hola, soy Zuzen, un gusto en conocerte, supongo que vamos juntos, jajaja.

–Yo... ah, soy Dobriilo, soy... –hijo de la reina bermellón, es lo que quería decir, lo pensó dos veces y no lo hizo– de tu misma clase, como dices, es un placer. ¿Puedo sentarme?

–Claro, bienvenido, te presento a Cereza, y él es, bueno, es mi padre, y ella la madre de Cereza

–las tres personas dijeron que era un gusto o un placer conocerse– Así que, vienes solo, ¿eh?

–Sí, hoy no pudo venir... –Alejandro, quería decir– mi... mi padre. Es que, tiene asuntos que atender, ya saben.

–¡Vamos chico, deja de titubear en cada frase! – dijo el padre de Zuzen

–Es solo que soy muy tímido – dijo Dobriilo, que, aunque no titubeó, lo dijo muy bajo

–No te preocupes querido, en todo caso, ustedes deben conocerse a solas, ¿no es verdad señor? – dijo la madre de Cereza con unos ojos que claramente irradiaban de odio cuando habló con Dobrilo, pero que eran muy bien enmascarados por una diplomacia digna de alguien de alto cargo.

–Efectivamente, será mejor que se hagan amigos... o lo que tengan que hacer, ya saben uno no puede quedar bien con todos, no es que yo... tenga enemigos, jóvenes, no, no me refiero a que tenga solo enemigos viejos... ¿saben qué?, será mejor que la dama y yo nos retiremos.

El señor pensó unos instantes que ahora no debía titubear él, luego le ayudó a la mamá de Cereza a levantarse de la silla, a lo que ella respondió con una sonrisa, no de amabilidad, sino de enojo, ¿por qué necesitaría ayuda, ella en especial, a levantarse de la silla?, suficiente era su valor, y por mucho, una silla no era a lo que le temía. Le temía a alguien más, ¿le temía?, no, quería asesinarlo, ¿en verdad quería eso?, no, a él no le reprochaba nada, uno no elige como nace, pensó, y se retiró avergonzada de sus pensamientos.

–Así que, ¿qué es lo que quieres estudiar?

–Ah, eh, yo, yo no lo sé aún. Es decir, quiero probar alguna de las cosas que ofrecen... – cualquiera que fueran esas cosas que ofrecía, se dijo a sí mismo.

–Qué afortunado son algunos, a veces la vida definitivamente no es justa, yo, por el contrario, no tengo ninguna oportunidad de equivocarme. Tampoco estoy seguro qué quiero estudiar, al menos los primeros dos años podremos escoger. ¿Y tú Cereza?

–Ah, qué más será, no tengo otra opción, estudiar leyes, terminar como abogada, ya sabes, el sueño familiar, no tengo de otra, sino, directo a ayudante de la alcaldía, tienes razón, Zuzen, no siempre es justo, pero qué más da, en algún momento reciben su castigo.

–Eso me agrada, siento que hay algo, una fuerza que hace que paguen los injustos, y... no, no me refiero a ti, Dobrilo. Tú me agradas ligeramente más que a esos que odio... considéralo un cumplido.

–Gracias, creo, yo, siento que al final, todos deben tener otra oportunidad, ya saben, para cumplir sus sueños, y sentirse... bien, sentirse contentos.

–Qué idea más tonta, querido – dijo Cereza – este mundo está lleno de injusticias, ja, y mira que lo digo yo. – Tomó una paleta, y la comenzó a chupar con estilo porque sintió que lo que dijo lo merecía. – Mira, sin duda vienes de una familia rica, seguramente estudiarás artes o algo por el estilo, así funciona esto, las humanidades que no dejan dinero no son para personas como Zuzen.

–¡Oye!, bueno... es cierto, pero, no tenías por qué decir mi nombre, me temo que tienes razón – dio un trago de su lata, fingiendo que era alcohol – supongo que alguien tiene que repartir un poco de justicia por aquí – pensó en golpear a Dobrilo, no, no arreglaría nada, luego se sintió como su padre, en realidad, se sintió así desde el trago, después se quiso golpear a sí mismo, y tuvo muchas ganas de que en verdad fuera alcohol, pero borró ambos pensamientos, ambos por la misma razón, odiaba a su padre.

–Yo... creo que en verdad ambos tienen muchas cosas... muchas, muchas más cosas que yo, solo, no lo ven.

–No cabe duda de que eres el iluso, Zuzen el justiciero y yo la verdadera. Como digas, niño, aun así, me caes bien, nunca había visto a alguien tan inocente como tú, es como, si ni siquiera conocieras el mundo.

–Jaja, sí... como si no lo conociera, pero eso no es para nada probable, Cerecita

En cuanto dijo eso, Cereza arrojó un broche de su cabello que rozó la nariz de Dobrilo, la punta afila dolió, pero pudo ver de muy cerca el diseño del broche, algo realmente preocupante.

–Vuelve a decirlo, y el siguiente no solo va a rozar. Ahora, pásame el broche, mi madre odia que lleve el cabello suelto.

El resto del día se la pasaron hablando sobre cosas menos personales, como ir por un poco de comida, mirar un rato los árboles, y cosas que Dobrilo suponía hacían los amigos. No estaba seguro si lo del broche entraba en esa categoría, nunca había visto a Alejandro hacer eso. Pero realmente no había visto muchas cosas de ese día, así que prefirió no clasificar ninguno de los hechos.

Cereza, era una chica relativamente alta, con una complexión delgada, el cabello un poco rizado y largo, era de color naranja, pero claro, esa fruta no era la favorita de su madre, y, aunque la cereza tampoco lo fuera, parecía un nombre mejor, en honor de la misma persona de las leyes, la detective Cereza. Así era más probable que estudiara leyes, aunque, ya era algo más que seguro.

Zuzen, por su parte era alguien con la mirada firme, quizá porque sus cejas pesaban mucho y parecía que no cambiaba de emoción en el rostro, no era hasta que le hablaban y él contestara que mostraría felicidad, generalmente, quizá ni siquiera estuviera feliz, era más la emoción que ponía por defecto para disimular. Todo el tiempo pensaba en lo injusta que era la vida, y lo que le había designado, odiaba su pasado y cargaba con él todo el tiempo, pero tiene una fuerte convicción: él mismo haría su justicia si el mundo no era justo.

Cereza, no odiaba su vida, odiaba más el mundo en donde estaba, todo parecía estar rodeado de reglas tontas, las personas se arrodillaban ante cosas que ni siquiera uno podía tocar, parecían saberlo todo porque seguían su código moral, pero, Cereza estaba convencida que la mayoría eran unos cobardes, unos hipócritas, algunos las dos, otras veces los llamaba ilusos, otras veces los llamaba bien portados, respectivamente.

A Cereza le encantaba burlar al sistema, cuando tenía oportunidad hacía trampa en los exámenes que le correspondían, e incluso en los que no les correspondían, no es que le gustara ayudar, era más el placer de demostrarse que podía burlar a sus profesores, llegando a hacer trampa con 60 personas diferentes, un logro, que, en sus propias palabras, era una pena tener que ocultar.

A Zuzen le encantaba perfeccionar el sistema, creía que el que estaba mal era él a causa del sistema, y como veía imposible tirarlo o cambiarlo, buscaba la forma de otorgarle más justicia, a veces, pensaba en castigos terribles, en injusticias que pasaban frente a su rostro, y que daban al rostro de su madre, veía pasar los puños de la justicia ajena, pero que dolían con cada golpe, quería él mismo ser el puño, pero que no estuviera vacío, quería tener una daga, y quería dar golpe tras golpe al que aclamaba que lo que hacía era justo. Sin embargo, pronto se daba cuenta que eso que anhelaba era homicidio: lo importante no era a quién, era el qué.

El llamado

En su regreso, Dobrilo caminó por otro camino a su casa, aún no oscurecía, sabía que faltaban unas horas. Había dejado a sus amigos después de un incómodo silencio porque nadie sabía qué decir o hacer. Lo cierto es que todos de cierta forma estaban inconformes, se habían puesto a pensar y esa fue la razón del silencio que los separó. Al fin y al cabo, sabían que se verían algún día, tarde o temprano.

Al caminar, Dobrilo reflexionaba acerca de sus nuevos amigos, no estaba muy seguro (como de costumbre) si eran o no sus amigos, pero suponía que sí, y suponer no le hacía daño a nadie, ¿o sí?, no quiso responder, prefirió regresar a sus reflexiones. Aquellas uñas hermosas que vio le parecían todavía espléndidas, se preguntaba por qué alguien se dejaría las uñas tan largas como Zuzen.

Retomaba las imágenes en su mente, pensó en que definitivamente con eso se podrían hacer cortadas relativamente fácil en la piel de alguien, las imaginó durante un tiempo que realmente no sabía dónde estaba, quería preguntar, pero, su miedo a lo desconocido le impedía poder pronunciar una palabra. No había confianza en los desconocidos que veía, y no habría si no comenzaba a hablar, pero no comenzaría a hablar sin confianza. Todo un dilema que resolvió al cabo de un rato al ver un gran edificio azul.

Comenzó a entrar, se sentía especialmente atraído por ese color, en particular un azul celeste con toques de cian, y observaba cada parte con sumo interés, hasta que alguien le llamó por la espalda, dio un salto de miedo y se recuperó para continuar hablando.

–Bienvenido, joven, ¿qué es lo que le preocupa?, ¿a quién quiere visitar?

–¿Visitar?, no estoy seguro nunca había venido

–¿Nunca?, no se preocupe, verá, en frente de usted la sala tiene muchas puertas, cada una tiene una deidad, escoja usted a quien decide visitar, no se preocupe si es su primera vez, escoja con paciencia y verá que obtendrá resolución en su camino.

–Pero... yo solo vengo a preguntar cómo se llega desde aquí a la mansión carmesí.

–Ah, bueno, qué le parece si antes intenta lo que le he comentado, y con gusto le daré las indicaciones, joven. Puede probar con varias salas si así le gusta, siéntase como en casa, solo no se lo tome tan en serio, cerramos al anochecer.

Como Dobrilo no era alguien que contrariaba a la gente, accedió a ingresar a alguna sala, en la sala de muchas puertas se preguntaba a cuál de ellas debía de ingresar, mientras escuchaba que el señor que lo recibió estaba contento porque nadie más había entrado ese día al templo. Observó en sentido horario a las puertas y la que más le gustó es la que estaba abierta, por supuesto no iba a salir así sin cumplir lo prometido.

Así que eligió la puerta cuatro, porque recordaba que esa era la hora todavía, abrió las puertas y observó que no estaba vacía, había otra persona, tenía manchas en las manos de oscuridad, Dobrilo pensaba que el señor había dicho que nadie más había entrado, quizá era alguien más que atendía en el templo, aunque su ropa... bueno, ni siquiera estaba seguro de qué material era el que tenía, y no usaba colores azules como el señor de la entrada. Contuvo su respiración y quiso salir, pero le habló aquel hombre misterioso.

–Bienvenido, querido, Dobrilo, bienvenido.

Dobrilo que estaba intentando abrir la puerta de repente sintió la mano de aquel sujeto, pero descubrió que ahora estaba frente a la dama que había soñado, la que le había devuelto las esferas de cristal de su difunto padre. Pero, parpadeó y ahora veía a una mujer gris, como el perla de las uñas de Zuzen, de nuevo parpadeó y ahora veía a un hombre radiante y contento opuesto al primero que vio. Luego el dedo del hombre tocó la frente de Dobrilo y se quedó paralizado.

–Yo, soy la Bondad, y yo he forjado tu alma con todo el amor que podría tener, aunque no soy de lo único que te compones, soy tu mayor virtud entre todas las que tienes, dime aspecto, ¿aceptarás mi verdad y me ayudarás a liberar a la gente de la Maldad?

Mencionó el hombre con voz de mujer, pero sin abrir los labios, mencionaba todo sin siquiera articular palabras, era la mente la que le hablaba. Dobrilo estaba conmocionado, no tenía idea qué hacer o responder, y se sentía con miedo de tener una verdad, cualquiera que fuera.

–Dobriilo, tú has sido el elegido para este hermoso encuentro, no fue realmente planeado, el azar nos ha unido y eres libre de escoger tu camino, pero, si aceptas mi verdad, te he de conceder el secreto de las esferas de cristal.

El joven abrió totalmente los ojos con esa frase, sentía la necesidad de conocer la verdad, aquella que su madre nunca le contaría, tenía ansias de saber la verdad incluso si eso significaba una posible muerte. Aunque, ¿morir por la Bondad?, suena extraño, pero no imposible, y eso le pareció cada vez más falible en cuanto más lo pensaba. Luego recordó lo que le preguntaron y asintió.

–Estas esferas han sido creadas por la Belleza, han sido hechas para contener el dolor ajeno, y tú eres el conducto de esto. Tan solo deberás tocar con tu mano a la persona que sufra y con la otra a la esfera donde quieres contener el dolor.

Al terminar esas palabras con una voz suave y un aspecto del hombre de gris al comienzo, desapareció cuando la luz que entraba por el vitral se convirtió en oscuridad. Aquella luz apuntaba a una imagen, la cual era un retrato de la dama radiante que había observado, pero no encontraba a las otras tres personas que había visto. Debajo se leía: A la dama de la Bondad, que siempre luce radiante y siempre nos guía hacia la luz.

Dobriilo se preguntaba por qué no estaban el resto de los retratos de la Bondad, y tenía ganas de decirle al señor de la entrada que debería cambiar esa imagen milenaria por una más exacta a lo que vio. Después recordó que ya había terminado el atardecer y que debía regresar lo antes posible a su casa. Solicitó de nuevo las instrucciones, se las otorgaron y se marchó con un paso veloz, acompañado por gotas de una lluvia suave, una lluvia que daba paz.

Eran gotas pequeñas, que acrecentaban el olor de las flores del camino, y que sacaban el petricor en el aire, encantado por el aroma, Dobriilo decidió tardar un poco más de camino a casa. Luego pensó en Alejandro, y luego en la reina bermellón. No quería preocuparlos. Después lo meditó un rato, no, en realidad no quería preocupar a Alejandro, pues la reina, bueno, ella no estaría preocupada. El joven soltó lágrimas, pero se confundían con la lluvia, o eso quería pensar. Se puso a sonreír porque nunca había estado en una situación como aquella, pero en el fondo se puso triste, porque ya había estado en una situación como esa.

En su asiento, la reina bermellón también lloraba, lloraba porque amar se lo había prohibido, ¿quién?, alguien que no dudaría en asesinar, pero ya era tarde, si mostraba debilidad... bueno, no viviría, ya estaba involucrada con gente que no era buena. Pensaba en su marido que ella misma asesinó, pensaba en sus cuñadas, pero de ellas no sentía pena, en verdad las prefería muertas.

—El miedo —se decía— controla a estas personas... pero ¿quién me controla a mí?, porque tengo mucho miedo.

Luego regresaba a su lugar la foto de su hijo que había sacado de un cajón con llave, no, aquel no era Dobrilo, era alguien más. Quizá ella quería ver a Dobrilo en el marco, volvió a poner la llave y soltó de nuevo lágrimas silenciosas.

—Todo este tiempo, siempre he ansiado el poder, siempre pensé que sería lo que más alegría me daría, pero me llena de amargura. Ahora no hay marcha atrás. Él ya no tiene padre, y aunque yo tengo un hijo, es como si no lo tuviera. Si tan solo... —si tan solo muriera por culpa de algo, entonces no se sentiría mal, pensó la reina.

Miró su reloj, tomó el resto de la copa que tenía en su escritorio, se arregló el cabello, no hacía falta, pero le hacía sentir mejor. Se lavó la cara, se maquilló de nuevo, luego quitó su cara triste, puso una feliz, después la quitó y puso una mueca de seriedad.

—42, tendré que hacer un viaje largo a la Ciudad Crisálida. Encárgate de mi equipaje, lo de siempre, lo envías con 17, a la misma dirección de siempre.

El secretario afirmó, y se marchó de su puesto. Sabía que ropa tomar, y se disponía a hacer la maleta. A la par entró Dobrilo a la mansión, Alejandro lo esperaba algo preocupado, no en la misma habitación, ambos se buscaron y abrazaron, pues sabían que habían llorado un poco. Uno por la amenaza que tuvo que hacer, y el otro, por la verdad que tenía que enfrentar.

Dobrilo se preguntaba si era cierto lo que vio, no si lo que Bondad contaba era verdad, se cuestionaba si en verdad fue al templo, si pasó lo que vio. Mientras la reina bermellón se preguntaba cómo estaba su hijo, y se preparaba para saberlo, ya que iba de viaje para eso.

Lazos de vergüenza

¿En verdad la reina bermellón viajaba para saber cómo estaba su hijo?, claro que no, a diferencia de Dobrilo era alguien que no lograba nada bien. Mientras Dobrilo había nacido con un talento, Liriel solo tuvo el talento para nacer. La reina bermellón sabía que nunca estuvo a la altura de Dobrilo.

—No fue más que un error, si por mí hubiera sido, te juro que estarías muerto, querido. —Se decía frente a un cristal en el carruaje que la llevaban.

Liriel, un joven con gran talento nunca sería mejor que Dobrilo, que ni siquiera conocía, pero no sería porque no estuviera en sus capacidades, simplemente la reina amaba a uno y al otro no. Pálido por su desconfianza, con un hermoso cabello morado, único en su especie, Liriel, no terminaba más que en lágrimas cuando intentaba mostrar sus habilidades.

Era imposible que el joven no fuera talentoso, pero había sido elegido aspecto de la Belleza, el talento le pertenecía desde antes de su nacimiento, pero no estaremos seguros de si es una bendición o una maldición, lo que sabemos es que esa es otra historia, y que, aunque la reina bermellón creyera que podía crear una familia de verdad, realmente nunca obtendría el amor de su difunto esposo, ni tendría el amor que tiene por Dobrilo.

Al ver a Liriel, solo quedaba en su mente que era la sombra de algo que realmente anhelaba, quizá, los años pasarían, y aunque Liriel muriera, sentiría más pena por Dobrilo si estuviera vivo. Amargos, eran los días y las noches de la reina que ansiaba el poder. Aquella que tenía lo que alguna vez dijo que quería, en verdad estaba atrapada por eso mismo.

No tenía cadenas, pero no se movía con libertad, no tenía atada la boca, pero no podía decir lo que quería, y no tenía una estaca en el pecho, pero sentía punzantes dolores de él. El duque azul, su nuevo marido, era aquel que le ponía nerviosa, ambos eran codiciosos, pero él estaba cegado por el amor que le tenía a la reina, tampoco quería a su hijo, Liriel era para él solo un capricho que la reina quiso, nunca supo para qué quería tener un hijo, lo cierto es que no dudó en otorgárselo.

—Si Dios existe, debió de impedir esto — esta vez no lo odiaba, solo estaba enojada con él.

Mientras tanto, Dobrilo estaba en las calles de la ciudad con sus amigos, ni siquiera sabía que su madre no estaba en la misma ciudad, pero ya no le preocupaba saber dónde estaba, se convencía que siempre estaba en la misma habitación, y si no lo estuviera, no importaría, recibiría la misma respuesta del secretario: la reina está ocupada.

–El helado estuvo delicioso, muchas gracias, Dobrilo –dijo Zuzen

–No es nada, descuida – en verdad no era nada, tenía al menos mucho dinero en ese mismo instante con el que podría comprar muchas cosas.

–Niño rico, deja de estar de presumido, estas calles no son como tu casa, aquí pueden...

Y justo cuando Cereza iba a terminar su frase un hombre apareció en frente de ellos, tenía una navaja, que, aunque pequeña, parecía poder cortar carne por igual que un cuchillo común.

–Vamos, entreguen el dinero, esa ropa es muy fina, y definitivamente les sobra para su amigo.

Cereza que era la única que todavía tenía helado, lo dejó caer, y al igual que sus amigos levantó las manos, todos no tenían idea qué hacer, tenían dinero, sí. Pero si ponían nervioso al tipo les caería una navaja que no parecía para nada limpia. En ese instante Cereza recordó el truco que había hecho con Dobrilo, esta vez apuntó mejor a los ojos, e hicieron llorar al ladrón.

–¡Corran! – les gritó y dejando su broche con el ladrón, todos salieron de ahí.

Cereza y Dobrilo habían tomado el mismo camino, y ahora se veían al lado mientras corrían, ahí fue cuando Dobrilo notó lo hermoso que era el cabello de Cereza sin el broche. Aquel broche no hacía más que arruinar la belleza natural de Cereza, eso con lo que había nacido. Dobrilo trató de admirar todavía su belleza, pero no paró de correr, claro que esto terminó mal.

Lo último que vio fue que Cereza estaba mordiendo sus labios, después de eso, un intenso golpe en la cabeza había chocado con algo, no tenía idea qué, pero no importaba, estaba inconsciente, y veía la imagen que quería ver, dolía, pero le habían dicho que el amor duele.

Ese dolor no era de amor, en verdad había chocado y ahora se recuperaba, Cereza lo sostenía con la cara preocupada, se veía bien cuando estaba preocupada, luego pensó que, en realidad, se veía bien siempre. Su cabello poco rizado estaba alrededor de ella, y no veía más que su rostro. Dobrilo comenzó a sonreír, y Cereza supo que estaba bien, así que lo dejó caer. Se paró rápido, arregló su vestido, se ordenó el cabello, tomó un respiro, y luego ayudó a Dobrilo a ponerse en pie.

—Eso... definitivamente va a dejar un enorme chichón. —no quería demostrar que estaba preocupada, ni tampoco quería sonrojarse— Vamos, Zuzen no siguió el mismo camino, hay que buscarlo.

Dobrilo no quería decir nada, ni siquiera estaba seguro de si entendió lo que le dijeron, tampoco estaba seguro de si era a causa del golpe, pero, estaba caminando, así que supuso que no. Comenzaba a sentir un dolor más grande en su cabeza, apenas sentía que tenía cabeza y que conectaba con su cuerpo por el cuello. Suena extraño, pero ni siquiera pensaba que eso tendría que sentirse.

Después de andar la mitad de camino de regreso encontraron a Zuzen, tenía el broche.

—¿Qué camino tomaste? — le preguntó Cereza

—Yo... tomé a la dirección que estaba el ladrón, tomé el broche, y me fui corriendo.

—¿Por qué hiciste eso?, es solo un broche, no deberías preocuparte por esto, te prefiero vivo, todavía lo estás así que... muchas gracias, Zuzen.

Al entregar el broche, Cereza vio que ambas uñas de los pulgares de Zuzen tenían un rojo muy hermoso, Zuzen notó que Cereza vio sus manos, y retrocedió con discreción, dijo que tenía que ayudar a su padre, así que, los vería pronto, que esperaba que verlos pronto y que fue muy divertido el día.

—¿Estaba usando barniz en sus uñas, Dobrilo?

—Eso creo, no estoy seguro de recordar bien eso, lo cierto es que se veía contento cuando se despidió, me alegra verlo así, creo que deberíamos salir más los tres, Cereza.

Cereza solo asintió, y ambos se fueron a sus casas juntos, hasta donde el camino lo permitió, realmente, fue un tramo muy corto. Al mismo tiempo, Zuzen estaba sonriendo como nunca lo había hecho, se felicitaba por lo que hizo, y comenzaba a volver a reproducir lo que sucedió cuando sus amigos corrieron. Tomó asiento en una banca pública, y comenzó a imaginar. Dobrilo y Cereza corrían por la calle de la izquierda, el ladrón se tallaba los ojos, y Zuzen decidió darle un cabezazo en contra de la pared.

–¿Sabes?, mi padre siempre dice que soy un cabeza dura, esa no es la razón, pero, debería serlo. – miró el broche, y lo tomó, el ladrón yacía en el suelo, bastante mareado del golpe. – Me pregunto, ¿cómo podría un ladrón como tú... robar si... – miró sus uñas, y comenzó a sonreír.

Lamió ambas uñas en sus pulgares, sabían a justicia, sabían a que estaba camino a su cometido, cerró el puño, y esta vez sí dejó inconsciente al ladrón, después lo sentó contra la pared. Su nariz sangraba, abrió ambos ojos con sus índices, y entonces, se sintió exaltado por lo que hacía, miraba hacia el cielo, y salían suspiros de placer. Presionaba el cráneo de su víctima. Era el juez, y se sentía bien.

Le devolvió la navaja, que había caído cerca desde que Cereza le lanzó el broche, olió sus pulgares, olían a justicia, y olían a sangre. Zuzen había cometido su primer juicio, ¿sería el último?, esperaba que no, ¿sería la pena más grande que daría?, también esperaba que no. Miraba sus enormes uñas como un trofeo. No hacía más que equilibrar tan solo un poco este mundo, y esta vez, se sentía... que el que estaba mal no era él, era el sistema, esta vez tenía un deseo superior de asesinar, no, no, asesinar no, de ser el juez de los malos, erradicaría a los que pudiera.

Se preguntaba si en verdad era eso, o era el placer que había sentido al dejar ciego a un ladrón, regresó en sí, estaba en la banca, el rojo se había tornado oscuro, y él estaba seguro de que fue muy ligero el castigo.

–Un ladrón ciego en verdad puede seguir robando, seguramente debí cortarle... –volteó a ver a su alrededor, no quiso decirlo. No estaba seguro de por qué, si se supone la justicia es buena. No le importó, pero terminó en cuanto no había nadie – las manos, eso sí sería justo.

Pensamientos nocturnos

El ladrón había sido llevado a una enfermería, después de recobrar el sentido, se quedó sentado en la calle, y lo que más quería era llegar a casa, pero no podía ver nada, lo único que pudo hacer era pedir ayuda. Comenzó a gritar y a llorar, la causa no era solo el dolor que le provoca la herida en cada ojo, era más la impotencia, pues, hacía tan solo unas horas que podía ver la luz del sol, y ahora ni siquiera sabía si era de día o de noche.

Mucha gente lo había escuchado, pero prefirieron seguir su camino, podría ser una trampa, algún truco de un grupo organizado que pretendía robar. No erraban tanto, pero en aquel instante, erraban demasiado. Fue un joven que no pudo fingir que no escuchaba nada, pero también sospechaba, así que le solicitó a un señor que lo acompañara. Al llegar incluso viendo al ciego, sospechaban de si en verdad estaba ciego.

Eso no lo sabía el ladrón, lo que sabía era que tenía muchas ganas de llorar, pero, se guardaba las lágrimas porque no estaba seguro de si había alguien que lo viera. Su valentía se mostraba en gran porción, pero de nada servía, porque realmente sí estaba solo, en la oscuridad, en una habitación de clase media. Eran cosas que al ciego le preocupaban, pensó en preguntar ese tipo de cosas, pero la misma razón por la que no lloró, fue la causa de no preguntar.

Empezaba a recordar cuando tenía trabajo, hace una semana, un despido injustificado, pero la ignorancia de sus derechos lo orilló a aceptar la decisión que habían tomado. Le dolía mucho el orgullo, pues no era por cuestiones de recorte de personal, sabía perfectamente que sería reemplazado con un familiar de su patrón. Le parecía muy injusto cómo había terminado, no tenía familia, y nadie le quería dar trabajo.

Quizá algunos dirán que fue un gran cobarde y de moral muy baja, pero ante la necesidad, los que están detrás del cristal, protegidos ya sea por su estatus, por su familia, por su dinero, por sus estudios, usualmente clavan la daga de la vergüenza, Cereza sería la primera que juzgaría a esos jueces, se quejaría que es porque no han probado lo que es la miseria, ¿y qué es la miseria?, le preguntarían a ella. Se pondría a pensar un rato, y diría algo como:

—Cuando incluso tienes familia, o trabajo, y todavía quieres huir, esa es la miseria, si te faltan el resto, bueno, sigue contando como miseria.

El ciego tenía ganas de decirle varios insultos al chico que lo dejó ciego, o preguntarle ¿por qué hizo algo como eso?, después se puso a reflexionar, y se comenzó a juzgar a sí mismo, por tener valores tan blandos, ¿robar?, era mejor morir de hambre, ¿en verdad era mejor?, cuando el estómago está lleno, uno no piensa en robar, al menos no inmediatamente, la necesidad es más grande que la ética. Por supuesto, no es justificado un robo, quizá hubiera más sencillo pedir ayuda, pero, le daba más pena eso que robar.

–¡Le arrancaría cada dedo si tuviera oportunidad! – le contestaría Zuzen si le preguntara y si estuviera solo. Pero, en verdad le arrancaría el dedo, ahora que había probado ser el juez, se estaba preparando para dar condenas más grandes.

–Es cuestión de tiempo, y le daré su merecido a ese señor... – se decía Zuzen en su mente, en la cena donde veía a su enemigo. Sería por fin el salvador que siempre ha querido ser.

Lo cierto es que no es el único ciego, y que a Zuzen no le preocupaba, ni a Cereza, ni a Dobrilo, solo a la enfermera que lo atendía, pero eso solo era temporalmente. ¿Qué haría el ladrón a partir de ahora?, no le importaba a nadie, este mundo no es para ciegos, le contestarían cuando pidiese trabajo, esa era la verdadera injusticia, pero sería prudente no contárselo a Zuzen, es probable que quiera darle una buena condena por cuestionarlo.

No, no existían esos jueces de los que Cereza hubiera hablado, pero, cuando un árbol cae y suena al tocar el suelo, si no hay nadie, no se preocuparían por él, incluso, si lo escucharan, es probable que tampoco se preocuparan. Mientras tanto, Dobrilo pensaba en la verdad que le habían otorgado, Zuzen también, y Cereza, ella solo pensaba que mañana sería un día que no podía evitar vivir, así que se resignaba en su ventana.

Cada uno pensaba en su principal aspecto, Cereza ya imagina cómo haría trampa en los exámenes, Zuzen alistaba una navaja de su padre, bastante filosa. No le preocupaba que se diera cuenta, su padre estaba ebrio la mayoría de las noches que llegaba del trabajo, y nunca se sabe, podría darle una buena sentencia con eso. Dobrilo, pensaba en que debía hacer el bien, se decía: La bondad conduce a la luz. Recordaba cómo era la dama de la Bondad, no quería recordar a los otros 3. Se preguntaba varias cosas con una caja en la mano.

—¿Será cierto lo que puedo hacer? — mencionaba, mientras veía directamente a las esferas de cristal. Las tocaba con mucha más curiosidad. Quería probar si era cierto lo que le habían contado.

Por su parte, Alejandro todavía estaba preocupado de lo que había hecho, y no se atrevía a ver a Dobrilo a los ojos. Pero las instrucciones habían sido claras. La reina bermellón le había dicho que entregara un sobre, el cual no estaba cerrado y contenía una nota que despertaba mucho la curiosidad de Alejandro. Era para pedirle el favor al director de la universidad que aceptara a Dobrilo, después de los favores que la misma reina había realizado para él.

Al menos eso tenía por enterado Alejandro, y un día antes de la reunión de la nueva generación, todavía no había acordado con Dobrilo a salir juntos como padre e hijo. No le diría que iría como su padre, pero estaba seguro de que así lo sentiría. Estaba muy contento porque tenía el sobre en sus manos, la llave de la educación a las afueras de la mansión para su querido joven. Tenía ruborizadas las mejillas, pues jamás había realizado algún trámite de este tipo, pero no se le quitaba de la cabeza querer leerla.

—¿Por qué la habrá dejado abierta, al alcance de... mí?, ¿acaso quiere que la lea?, ¿solo estoy pensando de más?, siento que, podría solo no importarle, ¿qué podría hacer yo si es algo malo?, nada, y la reina lo sabe perfectamente, seguro por eso no le interesa que lo lea o no, dará igual si sé o no lo que contiene el sobre.

Con esto se convenció de que tenía permiso para leer el contenido, comenzaba bien, pero tan solo pasar las primeras líneas, sus ojos cambiaron de aspecto, leían más rápido, las cejas se contraían, la boca se torcía, los dedos se tensaban, pero ¿qué decía aquella nota?

“Querido director, es de mi agrado informarle que mi hijo, mi amado Dobrilo, ha tenido el deseo de tomar clases en su prodigiosa institución. Sabrá usted bien, que, las flores de primavera son cortadas por el florista en un golpe a lo que es bello por naturaleza, y tenga por seguro, que, si no está dispuesto de aceptar a Dobrilo, tendré que mostrarle mis habilidades de jardinera. Por otra parte, deseo ampliamente que me felicite a su querida esposa, *Aza/ea*, y a su hija recién nacida, me parecen un par de flores encantadoras, le enviaré un regalo a su hija si sigue viva. Regrese esta nota al mensajero. Sin más, tenga buen día.”

Los días comunes

Tan solo restaba una semana para que la nueva generación ingresara a la universidad, los tres amigos no volvieron a salir hasta entonces, parecía que cada uno estaba sumido en su pensamiento, Zuzen pensando en cómo podría practicar más sus castigos, Dobrilo en cómo podría transferir el dolor ajeno a las esferas de cristal y Cereza en si volvería a ver a Dobrilo pronto. Sabía bien que sí, pero no quiso salir porque se vería muy obvio, a veces no queremos intervenir tanto en la vida de los que amamos, quizá nos da miedo, o, podría ser que nos da pena o esperamos que lo hagan por nosotros.

Después de una ardua investigación, Dobrilo había conseguido un mapa de la ciudad, era complicado conseguir cosas como esas, desde hacía un buen tiempo, las leyes prohibían muchos aparatos que consideraba como la perdición de la sociedad, uno era bastante libre de retirarse del lugar si no le agradaba esa situación, esto, porque en realidad estaban muy de acuerdo los pobladores de que se debía vivir en paz, después de ver a una generación que parecía perder su alma tras la pantalla de alguno de esos aparatos que solo traían mal.

Aun así, Dobrilo consiguió un mapa de la ciudad, aunque era muy grande y no lo podría llevar a ningún lado, había consultado con Alejandro a qué sitio podía ir a visitar a gente que padeciera durante un gran tiempo. Por su parte, Alejandro sintió mucha alegría de escuchar a su casi hijo decir que quería ayudar a la gente. Luego pensó en los sitios, y le mencionó el hospital y el sanatorio. Como a Dobrilo le pareció que en el hospital podría ver cosas terribles, prefirió ir al sanatorio al día siguiente, no tenía idea qué era y qué hacían ahí, pero sonaba a algo ligero.

Consiguió fácilmente un permiso por parte del director del sitio. Alejandro primero había reportado amablemente el caso de Dobrilo con su gusto por visitar el sitio, claramente le dieron negativa y el sirviente procedió a mencionar a la reina bermellón, de la nada, el humor del interlocutor parecía cambiar para bien de Alejandro, le dio el permiso, y le dijo que podía visitar el sanatorio las veces que quisiera, que saludara a la reina de su parte y no olvide que estaba dispuesto a cualquier favor que tuviese. La figura paterna colgó, sonrió, y se tomó un trago de té, nunca había sentido tanto poder, pero le estaba gustando pedir a nombre ajeno.

Zuzen por su parte había estado leyendo los periódicos que su padre dejaba, se puso a pensar sobre lo que hizo, y que, realmente no carecía de dinero como tal, su padre tenía un buen puesto como un oficial, ganaba bien, no tenía buena fama, pero fácilmente podría atender las necesidades de su familia si así lo quisiera. Esa era la parte complicada, parecía que así no lo quería, llegaba más tarde de su fin de jornada, oliendo a alcohol, a veces a dormir, a veces... no.

Entre sus cosas el periódico no podía faltar, y al día siguiente lo dejaba en la mesa. Zuzen no acostumbraba a leerlo, pero desde que había prometido ser un gran defensor de la justicia, no se perdía detalle a lo que ocurría en la ciudad. Aunque había una serie de asesinatos, Zuzen no quería realmente entrometerse con ese delincuente, quería algo más ligero para comenzar, quizá, algún día podría... no, lo pensó dos veces, realmente él no podría algún día darle justicia, pero era probable que se aliara con esa persona... para combatir el mal, claro.

Dejó de pensar y volvió a leer las noticias, el caso que le pareció el más interesante era sobre el parque, ubicado al oeste de la ciudad, en realidad cerca de ahí había ocurrido la reunión donde conoció a Dobrilo y a Cereza, se trababa del lago, alguien que ama a los patos ha estado reportando que aparecen cada vez menos, era una noticia que para nada le apasionaba a Zuzen, pero si quería aparentar que no quería leer el último caso del asesino de las sombras, llamado así porque los tres casos habían ocurrido de noche y sin dejar rastro, tenía que leer algo que no estuviera tan cerca de esas páginas.

Se preguntó si realmente alguien podría saber si hay un pato o dos menos cada semana, cómo tendría que ser esa persona que adoraba a los patos del parque para recordarlos a todos. Se detuvo un rato, no respondiendo a las preguntas, tan solo quería investigar el asunto, quien quiera que fuera, tenía que pagar por esos pobres animales, sería la ocasión perfecta para usar el cuchillo de su padre, ni siquiera se daría cuenta de que Zuzen lo había tomado de una forma tan poco sigilosa, de hecho, ni siquiera se daría cuenta de que Zuzen no estaba en casa si llegaba a regresar temprano, pero siendo aún más sinceros, ni siquiera regresaría a casa temprano, esto, le dolió a Zuzen, pero ya iba de camino al parque, y definitivamente no le gustaba que lo vieran llorar, se dijo: pronto serás libre, mamá.

Cereza terminaba ciertos tratos, tenía un acceso especial al almacén de investigaciones, ahí guardaban todo tipo de objetos, y, aunque Cereza también tenía a su madre con un salario bien remunerado, prefería obtener su dinero por su cuenta. Terminó de dar una bolsa a un chico que desconocía. Eran las únicas ocasiones en las que no odiaba el broche, tenía un suéter que cubría la mayoría de sus facciones, guantes de lana blancos, una bufanda azul, una navaja suiza en uno de los bolsillos, pantalones acampanados, no es que le gustaran, es que eran los que su mamá no usaba.

¿Qué contenía la bolsa?, no tenía más que una figura de acción que al parecer eran la sensación del momento, a Cereza no le interesaba en absoluto, a veces entregaba revistas a un precio sumamente reducido, otras veces, objetos de colección como en esta ocasión, otras, llevaba piezas especiales a algunos inventores o mecánicos, engranes o cosas por el estilo, nada que el almacén no pudiera tener, y si no lo tenía, bueno, regresaba el dinero y los negocios seguían.

Como vestía prácticamente solo podían verse los ojos, los zapatos eran unas botas de plástico para la lluvia, realmente no combinada nada bien, aunque Cereza sí intentaba combinar los colores y ese tipo de cosas, nunca se le dio, todos sus atuendos son elegidos con anterioridad por las personas de su casa, nunca tiene idea qué es lo que se pondrá al día siguiente, y para ser sincera, no le importaba.

Llevaba una credencial de color blanco, justo como las del sanatorio, se leía en letras grandes y desde una distancia a la que los doctores llamarían segura, que sufría dolores musculares por el frío y que la tensión llevaba a golpear de manera involuntaria a la gente. Cereza no estaba segura de si eso al menos existía, solo fue lo que le pidió al tipo que le pidió ciertas sustancias especiales, ella notó que tenía bata y que era del sanatorio, así que le dijo que no le cobraría nada, pero que necesitaba un gran favor.

Ese líquido venía en frascos y estaba en la zona de refrigerio, más protegida, pero, no sería ningún problema, por fin no levantaría sospechas y tendría a su alcance la forma de aparentar ser normal, hasta cierta medida, ya que definitivamente no sería normal si llevaba esa credencial, no importaba, no quería ser normal, solo quería pasar desapercibida. Y eso hacía.

La sala estaba cubierta de almohadas, no había mesas con esquinas filosas, generalmente tenían protectores, incluso las herramientas de los doctores estaban bajo llave, tan solo había un hombre en la cama, recostado, mirando... bueno, boca arriba, tenía los ojos vendados y a Dobrilo le dijeron que llevaba una semana en reposo, pero que no podía terminar de cerrar la herida que tenía. Una zona tan húmeda como los ojos tardaría mucho en cerrar, pero, lo que era un hecho, es que ese hombre estaba ciego ya.

–Ah, eres especial al parecer, eres la única visita que tenemos desde hace años, y, no, no es que estén prohibidas las visitas, es que están restringidas a solo familiares, y dudo que seas familiar, aquí nunca vienen los familiares.

–Eh... un gusto, soy Dobrilo, solo vine a ayudar a los enfermos, es decir, a los enfermeros con sus labores, no es que estén enfermos, bueno, no sé, ni siquiera sé qué hacen aquí, bueno, olvide todo lo que dije, ah... ¿en qué puedo ayudar?

–No pareces un mal chico, ¿estás castigado?

–¿Qué?, no, yo, en verdad... quiero ayudar – la enfermera que lo recibió lo miró muy raro.

–Como sea chico, te seré sincera, dudo que salgas con cabello si intentas ayudar a alguno de los pacientes, ya sabes, aquí inyectamos generalmente al que se porta mal, se ponen tensos por todo, la luz, el aire, el ruido, muchas otras cosas, no hagas de tu vida un infierno a tan temprana edad, sé paciente y haz que se haga un infierno sola.

–¿Y entonces... debería de marcharme? – Dobrilo no estaba seguro de cómo entender lo que le contestó la enfermera, pero si su intención era comunicarle miedo, lo había logrado, esperaba con ansias que la enfermera le contestara que sí se marchara.

–No, ya que viniste por aquí puedes ayudar con el nuevo enfermo a sentirme mejor, no tiene nada mental, solo estaba cerca de aquí y así llegó, aparentemente hay un programa que nos obliga a ayudar en este tipo de casos, y como el director ha estado evadiendo impuestos, quiere quedar bien ante la recaudación. ¿Entendiste?

–¿Yo?, ah, sí, yo, eh... sí, claro. – y Dobrilo marchó a la sala que la enfermera le indicó.

El sabor del dolor

Dobriilo esperaba que la enfermera entrara en algún momento, no sabía qué hacer, observaba a las paredes, y se veían muy suaves, la cama tenía algunos lazos para mantener quieto al paciente, la luz que salía del foco era demasiado suave, dolía la vista cuando uno se quedaba viendo el foco. Casi no había cosas en la habitación, al menos, no al alcance de Dobriilo, parecía bastante seguro para los niños o los pacientes.

Finalmente comenzó a observar al señor que estaba en el centro, lo quiso saludar, pero tenía fe en que la enfermera entraría en ese instante, se asomó por la pequeña ventana que estaba en la puerta y se dio cuenta de que podía cerrarla para que no entrara luz. No aparecía nadie en el corredor y dudaba que la enfermera entrara en algún momento. Solo pensó en lo que le dijo, no recordaba casi nada, solo que tenía que hacer sentir bien al señor. Bueno, no creo que sea complicado, solo saluda, tocas su mano, tocas la esfera y que el acto ocurra. Se había dicho algo similar cuando entró al sanatorio, pero no se engañó esta vez.

–Buenas tardes, soy, Dobriilo, estoy aquí para pasar tiempo con usted. No sé qué quiera hacer.

–Sabía que no estaba loco, esa puerta sí sonó y no estoy solo. – con voz ronca por llorar tanto.

–Sí, bueno, decir eso suena un poco irónico en este lugar... en todo caso, ¿cómo está?

–¿Cómo podría estar?, hace un mes tenía trabajo y ahora, no tengo ni vista, hijo. Con tu compañía me basta para al menos no recordar que no tengo familia. Nadie me espera, pero, tú, bueno estás aquí, con eso basta, quien quiera que seas.

–Verá, yo trato de aliviar el dolor de la gente... con, cristales, se sentirá aliviado como un rayo.

–¿Solo vienes a vender productos?, ¿a un ciego?, ¿a un ciego pobre sin empleo ni familia?

–Oh, no, no, esto... es totalmente gratis, señor, soy solo un fiel religioso, me gusta ayudar.

–Ah, ya veo – Dobriilo intentó reírse de que le dijeran eso, pero solo torció los labios y contuvo la risa. Además, estaba convencido de que sí era fiel a la Bondad, eso aliviaba su risa.

–¿Quiere que procedamos al método?

–¿Y... se trata de oraciones o algo así?, ¿tengo que hacer algo?, ¿tengo que cantar?

–Ah... no, no, nada de eso – aunque hubiera sido interesante que cantara, pensó Dobrilo.

–Bien, entonces adelante, no es como que tenga mucho qué perder, comience, caballero.

Dobrilo tomó la esfera de su bolsa que llevaba, nunca había sacado las esferas de la caja que las contenía, pero, definitivamente llevar las tres era muy pesado, con una ya era suficiente, o al menos eso entendió a la dama bondadosa que le explicó. Acercó lentamente su otra mano y tocó el brazo del señor, ambos sacaron un suspiro, y Dobrilo cerró los ojos.

Ahora estaba en frente de un señor anciano, estaba gritándole, ¿qué decía?, trataba de comprender lo que decía, muchas de las palabras no eran entendibles, ¿qué pasaba?, ¿dónde estaba?, trató de moverse, pero no podía, ni siquiera respondía algo que le dijera que se intentó mover, tan solo veía y pasaban las cosas. El señor comenzó a golpearlo, alguien había mencionado una liquidación y estaban haciendo firmar a Dobrilo un papel que no entendía qué decía.

Luego de eso, estaba inconsciente, estaba sentado y dolía su cabeza, alguien sostenía su cabeza, se sentía extraño, alguien con fuerza considerable, sus manos se sentían heladas, sentía que escurría sangre de su nariz, tenía un dolor en el pecho, no, era la espalda la que dolía, alguien agarraba más fuerte las sienes de Dobrilo, al fin veía algo, apenas si se vio algo borroso, sintió dolor, mucho dolor, como un cuchillo en las mejillas, no estaba seguro en qué parte, solo sentía sangrar, se oían gritos y se oía alguien contento, solo estaba riendo.

Dobrilo trató de continuar viendo lo que pasaba por su mente, pero cada vez sentía más dolor, quería gritar, estaba seguro de que estaba gritando, estaba seguro de que estaba cayendo. Escuchaba a alguien, una voz que se alejaba, una voz de alguien que tenía grave la voz no recordaba escuchar algo así antes, parecía que daba mucho miedo.

–Me pregunto, ¿cómo podría un...

Después de escuchar eso, Dobrilo abrió los ojos, estaba en el suelo, era suave, aunque su cabeza dolía un poco, no estaba nadie más que él y el ciego todavía, eso de cierta forma, lo impresionaba, podría morir y la enfermera tampoco entraría a ayudarlo.

Se puso de pie, observó la habitación otra vez, habían pasado un tiempo considerable, el ciego parecía también haber sufrido de la misma forma que él, miró la esfera, era oscura, un color hermosamente bello. El joven se sentía cansado, se sentó en la cama junto al ciego, tomó respiros grandes, y recuperó el juicio totalmente.

—¿Está usted bien?

—Muchacho, no sé qué me habrás hecho, pero, me siento ligero, me siento renovado, hoy he perdido la vista, pero he ganado la voluntad, es cierto, muchas cosas no son para ciegos, pero, siempre hay espacio para los que existen. El aire, se siente tan ligero, tan fresco, y yo, me siento más suave, hace tanto tiempo que no me sentía así.

—¿Tiene idea de lo que pasó?, usted, ¿recuerda algo?

—No realmente, sentí que algo me drenaba la mente, el pecho dolía, pero eso disminuía con el tiempo, era como sentir que volvía a estar joven. Ahora que lo pienso, pagaré con justo cambio el gran favor que me han entregado en este lugar, pero contigo, bueno, me temo que no tengo mucho qué ofrecerte, a menos de que aceptes un recuerdo.

—Claro, no se preocupe, si no desea darme nada, será más que suficiente su agradecimiento.

—Toma esto – el señor entregó un pequeño encendedor – no es para nada valioso en dinero, pero es el único recuerdo que me queda de mi antiguo trabajo, recuerdo muy bien que ayer odiaba a muerte a mi jefe, y ahora, bueno, espero que le esté yendo bien, a él y a su yerno.

Dobriilo no quería tomar el encendedor, pero lo hizo por cortesía, seguía mirando la esfera oscurecida que tenía, la metió en su bolsillo y se despidió del señor, quería buscar a la enfermera que vio en la mañana, pero no parecía aparecer por ninguna parte, se despidió de otra enfermera que no había visto y le agradeció la estancia.

El joven no tenía planeado volver a probar lo que hizo hoy, se sentía cansado, sentía que una parte de su energía se había drenado con el cambio, seguí sin creer lo que había realizado, pero la auténtica sonrisa del ciego y la oscuridad de la esfera le parecía prueba suficiente para corroborarlo. Decidió ir camino a la casa, pero dobló hacia el templo de las deidades, creía que debía contárselo a la dama de la Bondad, o a cualquiera de los cuatro que vio.

Estaba a punto de llegar a la puerta donde se encontraba la dama de la Bondad. Pero oyó:

–Adelante, mi querido Dobrilo – desde otra puerta, y no dudó en entrar. Ahí vio a un hombre muy bien vestido con el cabello gris, cubriendo un ojo y pálido del rostro, terminados en rojo y guantes blancos, colmillos grandes y al hablar parecía hacer un ruido de serpiente.

Zuzen que había visitado a los gemelos de la Justicia vio entrar a Dobrilo a sala que estaba al lado, había notado que había una abertura hasta arriba de su propia sala y tenía curiosidad de qué haría un chico como Dobrilo en un sitio como ese. Lo veía, pero, no quería creerlo.

–Ah, veo que ya has hecho lo que mi *íntima* amiga te ha regalado, pero déjame decirte que ese regalo viene de tres deidades, a su debido momento conocerás a la tercera, sinceramente no me interesa si eso no pasa. Verás, no soy tan malo como aparenta la gente hablar de mí.

Dobrilo solo observaba cómo los dedos helados del hombre tocaban su rostro, casi cortando con sus muy afiladas y puntiagudas uñas, que eran rojas, casi todas, menos una.

–Te diré el resto, mi querido Dobrilo, es cierto, puedes transferir el dolor de la gente en esas esferas, sí. Pero como todo tiene un precio, la parte pequeña es que tú mismo vas a sufrirlo cuando lo contengas en la esfera. La parte grande es que tendrás que vaciarlas en alguien más. Pero, no te preocupes, blancas u oscuras, se ven hermosas todo el tiempo y aquel iluso que toque con su piel esas bellas esferas... bueno, tendrá consigo el sufrimiento acumulado. Y te tengo que advertir, que aquellas víctimas de esto no soportan vivir con eso, literalmente.

Zuzen no creía lo que decía el hombre, pero, como estaba flotando, creía un poco en él.

–Será mejor que concentres las tres esferas en uno solo, es mejor que solo uno sufra a tres, ¿no crees?, así todos ganamos, Bondad se lleva a tres y yo me llevo a uno, en fin, tú eres el aspecto de la Bondad, no el de la Maldad.

La deidad de la Maldad cortó el rostro de Dobrilo, y guardó la única gota que salió en el dedo con el que cortó y la única que no era roja. Volteó a ver a Zuzen, puso su dedo en su lengua, y lamió la sangre de Dobrilo.

–A mí también me gusta la justicia

El mediodía de los patos

Zuzen se había tardado en llegar hasta el parque, todavía llevaba los ejemplares de periódico donde anunciaban los avances sobre el caso del asesino de las sombras, los leería en cuanto llegara a un punto de vigilancia, los patos estarían en el parque ahora mismo, y las copas de los árboles serían perfectas para alguien como Zuzen, desde ahí podría ver quién era el que estaba desapareciendo a las aves en cuestión. El clima era relativamente cálido, al menos antes de entrar al parque, quedaría un buen tramo desde su casa, solo llevaba dinero, los periódicos y unos binoculares junto con la navaja de su padre.

Tenemos asuntos más importantes. Se leía en una página, no era la primera plana, pero hablaba sobre el caso de los patos, ese título era la respuesta de la jefa del departamento de investigación, dejando a una anciana llorando, al parecer era la que había estado contando el cambio en el número de patos, ¿quién era?, no era relevante, era solo para gastar el tiempo, pensó Zuzen. Tomó el resto de los ejemplares y siguió investigando, caminaba en los caminos del parque sin ver qué pisaba, en todo caso casi nadie iba a esa hora, quizá esa anciana.

Iba tomando café, en la entrada vendían en un pequeño puesto, no era particularmente bueno, pero cualquier cosa caliente se sentía bien en un lugar donde hay un lago, el aire se sentía espeso, parecía haber niebla, poca, pero no era ningún problema, al mediodía el sol estaría en su punto, y se vería cualquier cosa, otra nota hablaba sobre quién era esta anciana que continuaba presentando quejas ante el ministerio, era insistente sin duda. Parecía que había sufrido la pérdida de su esposo hacía ya varios años, Zuzen tomó otro trago y se sentó en una banca.

Zuzen leía para sí mismo: Esta anciana se obsesionó con los patos porque a su esposo le habían regalado un pato de plástico, no cuentan más sobre esa parte de la historia, pero lo cierto es que la anciana llevaba un registro importante acerca de los patos, y procuraba salir tres veces al día a alimentar a todos los que pudiera, ya es pensionada, así que tiene bastante tiempo. No era de extrañarse que registrara a los patos, no tenía descendencia, y si la tenía, no se mencionaba. Seguramente no la visitarían en todo caso, en fin, estaba sola, pero con los patos, y ahora, bueno, estaban desapareciendo y eso le preocupaba.

El motivo por lo que la jefa de investigación había dicho que tenía asuntos más importantes era por el caso del asesino de las sombras, parecía que había un equipo creativo en el cuerpo de policías, en realidad no tenía nombre, solo dos semanas y de la nada habían asesinado a dos personas, no parecían tener conexión alguna, el método de las dos era el mismo, signos de intento de estrangulación, el tipo parecía tener una fuerza, pero no las mataba de eso, les cortaba la garganta, un corte horizontal en ambas víctimas.

Zuzen ya había estado bastante tiempo en la copa de un árbol cercano al lago, cerca de ahí había un enorme espejo que podía reflejar la ciudad entera, pero casi nadie recordaba el sitio, marcaba el final de ese lado, y se supone tiene algo que ver con las deidades, pero, ahora nadie recuerda siquiera la pared de cristal, al menos eso indicaba el mapa cerca del lago donde decía: usted está aquí.

Las investigaciones de Zuzen habían sido fructíferas, un tipo, un vagabundo que venía cerca del mediodía se quedaba detrás de un arbusto muy cerca del lago, entonces ponía pan con una cuerda y tomaba al pato que lo comiera, luego se marchaba, pero el pato nunca regresaba, suponía que no se lo llevaba para jugar con él, no, parecía un buen hombre, pero un buen hombre no debería de aprovecharse de los que no tienen forma de defenderse. Incluso si Zuzen sabía que un pato como los del lago eran bastante agresivos y que definitivamente solo estaba poniendo pretextos para hacer su castigo al tipo.

Sabía por rumores que el mercader estaba cerca, si quería hacer algo más que dejar ciego a un delincuente, necesitaría cosas más grandes, y al mercader debía de recurrir, no debería estar lejos ese mismo día, aparentemente todos los que se metían en asuntos malos sabían en qué sitio encontrarlo. Efectivamente, lo encontró rápido.

—Chico, necesito una bolsa negra, de esas que usan para cuerpos... no preguntes nada.

—¿Zuzen?, ¿por qué demonios necesitarías algo como eso?, ¿qué estás haciendo?

—¿Cereza?, ¿tú eres?, no importa, solo... consigue eso, ya sabes, te doy lo que me pidas.

—Está bien, negocios son negocios, pero no te salvarás, más te vale que te vea aquí el fin de semana, tendrás tu bolsa, yo vendré con otra ropa, una mejor para preguntar en qué te metes.

Zuzen se marchó después de dar dinero, gritando que no había que hablar con personas que salieran del sanatorio, eso solo fue para aparentar, solo quería alejarse de Cereza, de ahí decidió que ya no podía estar en el parque, y como no quería regresar a casa, recordó que mencionó a las deidades sobre la pared que reflejaba la ciudad, pensó en visitar la habitación sobre la justicia, sabía que existía por su obsesión, se lo preguntó a su padre cuando no tomaba tanto y hablaban mucho más. Entonces, vio a Dobrilo y el resto, ya está contado.

Dobrilo no entendió por qué la Maldad le hizo eso, pero salió la más pronto que pudo, incluso ya no quiso visitar a la deidad de la Bondad, solo salió lo más rápido posible, no llovía, era él llorando, tenía miedo, demasiado, pero estaba convencido de que lo hacía por un bien mayor.

Zuzen estaba quieto viendo a los gemelos de la justicia, esperaba que se le aparecieran como a Dobrilo, también estaba muy asustado, pero estaba seguro de que podría ver a su deidad, y que él era el aspecto de la Justicia, después de un tiempo, Zuzen se dio por vencido, salió del templo con una calma, ya había pasado su susto. Quizá era cuestión de tiempo para que se le apareciera a él, y si no aparecía no importaba, eso no iba a quitar su voluntad.

Dobrilo se encerró en su cuarto, estaba en contra de la almohada, pensaba en la oscuridad de la esfera, en el dolor que sintió ese mismo día, en sentirse casi muerto por la deidad de la Maldad, y en que tenía un gran compromiso.

—Yo, he sido el elegido por algo, y no fallaré, señorita Bondad, No le fallaré. — seguía llorando.

Zuzen iba de camino a casa, añoraba las palabras que le dio especialmente a él la deidad de la Maldad, no, él no quería hacer justicia, y no, definitivamente no era el aspecto de la justicia, y quizás fuera el aspecto de la Maldad, tampoco importaba si no lo era, ya tenía un plan, uno que le hacía llenar de alegría su camino, sonreía a todos los que veía y los saludaba.

—Así como los patos nadaron hoy, y han sido restringidos de poder vivir y servir como comida de un tipo, ese será el mejor de los castigos que le pueda dar, sea o no un aspecto, no importa, con lo que escuché hoy... creo que tengo una idea para ese desgraciado, y para ella, para aliviar todos sus males, quiero que tengamos un nuevo comienzo — no, Zuzen no le decía desgraciado al vagabundo — ese cerdo va a pagar cada rasguño.

Corrompido

—¿Por qué no?, después de tanto tiempo, ¿por qué no?, además, solo será un poco.

Fue lo que dijo Alejandro después de estar un buen rato encerrado, procuraba no ver a la cara a Dobrilo, y en la medida de lo posible evitarlo. No se perdonaba lo que había cometido, pero ¿qué cometió?, él no escribió la carta, era tan solo el mensajero. Lo que decidió es que él no era alguien digno de mirar algo tan puro como Dobrilo, dejó de considerarse su padre, y la mayoría del tiempo en su encierro se la pasó llorando.

Dobrilo no hizo nada al respecto, tenía la mente ocupada, pensando la primera semana en Cereza, era hermosa, pero, creía que no pasaría algo en particular, ella era... muy fría, ser amigos ya era algo bueno y eso le reconfortaba. Según él lo superó, pero, fue más el hecho de pensar en eso, ahora tenía el asunto sobre la Bondad y la Maldad, por ahora estaría ocupado, pero en el fondo, cuando no pensaba en su virtud, Cereza aparecía entre sus pensamientos, y no podía hacer nada contra eso.

Evitar hablar con el joven que ahora no era su hijo fue muy sencillo, no habían platicado desde la reunión en el parque, aunque tomó mucho más tiempo de lo que esperaba para sentirse aliviado con lo que había entregado. Esto porque como de costumbre, Alejandro aplazaba hablar del asunto, incluso si era hablarlo con él mismo. Pero, ahora ya se sentía más seguro de lo que sentía, y se daba cuenta de lo que podía lograr con lo que le habían conferido.

—Todo este tiempo, no he hecho más que estar en esta casa, en paz, por miedo.

Sabía que la reina no estaba aquí, lo escuchó entre las noches en las que no pudo dormir por su cargo de consciencia. Esta vez él quería vivir un poco más comfortable, tenía una tarjeta que solicitaba las cosas a nombre de la reina bermellón, cualquiera la presentaba y el dueño daría una nota con el importe y cobraría en el banco, sin poner de por medio el miedo que los dueños de establecimientos sentían en cuanto veían a quién estaba relacionada esa tarjeta en particular, generalmente se quedaban temblando en cuanto tenían que escribir el importe y sacar la nota, o entregar lo que le solicitaron, y este era el comportamiento de la dueña de una tienda de trajes.

–Le... sienta bien, le sienta bien

¿Por qué una mujer atendía una tienda de ropa para hombre?, no es que un traje sea particularmente para hombres, además, ya llevaba años atendiéndola, solo era extraño que lo hiciera, en esa sociedad se prefería ver de vestido a la mujer en cuanto a términos formales, pero ella había persistido, y aunque muchos dudaron de su capacidad, demostraba que podía hacerlo, ¿qué podía hacer mi esposo que no pueda hacer yo?, era su contestación.

¿Por qué diría eso? Porque su esposo había fallecido hace tiempo y el negocio lo debía preservar ella, era como preservar la memoria de su amado, incluso después del velorio, quiso mantener el nombre, y no hizo cambios mayores al establecimiento, tan solo volvió a pintar las paredes porque parecían viejas. Sin embargo, un mes entre la apertura y el entierro estuvo cerrado, no por la remodelación, en verdad la señora Zara no quería tomar una responsabilidad como esa y menos en ese momento.

–Este traje... no, definitivamente no debe combinar esos dos colores, señor.

La familia de Zara y la de su esposo nunca estaban de acuerdo en algo, pero lo único en lo que sí lo estuvieron fue en que no podría mantener un establecimiento como ese, la tildaban de carente de habilidad y ni siquiera mostraban un apoyo por educación, eran sumamente honestos y crueles, todos le recomendaron que era mejor que cerrara y que vendiera todo, luego que hiciera lo que quisiera con el dinero, pero Zara pensaba en que no podía hacer eso, cerrar era como matar el último recuerdo que tenía de su esposo, y aunque nunca fueron bien vistos como pareja, quería al menos conservar el recuerdo de la única persona que sí la llegó a apoyar de verdad.

–Por favor, no se mueva, levante los brazos, bien, ahora permítame.

Alejandro que nunca había usado un saco, dejaba que midieran su cadera, veía de derecha a izquierda el lugar, era relativamente pequeño, pero la parte de atrás era grande y tenía muchos modelos, habían estado probando con las elecciones de Alejandro, pero Zara le recomendó que no optara por ellas y que le dejara mostrar algunos modelos por ella, eran todos muy hermosos, y no sabían qué colores elegir, así que también dejó que escogieran.

–Ya tengo sus medidas, estará listo en una semana, puede venir en el horario que ve en esta nota, ¿necesita algo más, señor?

Zara que al inicio estaba asustada por la tarjeta pensó dos veces la situación, era el momento perfecto para cobrar en grande, pues el modelo que mostró era demasiado especial, su propio marido lo había diseñado como uno de los mejores cortes que podría hacer, en sus palabras, se trataba de un saco de terciopelo, con un fondo térmico, color azul, en concreto azul real, de un solo botón, pero incluso ese botón era de los pocos que consiguió cuando estaba en vida, bañado en oro, nadie podía tenerlos excepto con favores muy grandes.

El pantalón no era nada del otro mundo, había escogido lino, con el saco bastaba para cobrar mucho más que en cualquier otra venta, esto le daría credibilidad en el banco, y más si veían de quién era el importe. Alejandro al ver lo que tenía que pagar, se aliviaba de tener consigo la tarjeta, en todo caso, la fortuna de la reina bermellón era inmensa, y no le preocupaba particularmente que alguien la gastara a su nombre, en todo caso se sentía en deuda con Dobrilo, nunca preguntaba por cómo se iba el dinero, no le importaba realmente, porque tenía asuntos más importantes que atender.

Alejandro regresaba contento, no necesitaba un traje, pero en alguna de las juntas de Dobrilo acerca de la universidad, uno nunca sabe, se decía que era su deber prepararse, quizá rentar un carruaje, como los clásicos, no, eso sí era un gasto mayor, bueno, si lo llegaba a justificar, seguramente sí lo rentaría. ¿Qué más podría comprar? No sabía, pero quería sacar más gastos. ¿Qué podría necesitar... Dobrilo?, sí, qué buena idea, ese joven podía necesitar un montón de cosas, así que se estaba alistando para ir a una gran tienda de artículos de papelería.

–Libretas, muchas, plumas, todas de lo más caro que pueda haber, y de paso me quedo yo alguna que otra cosa, una nueva agenda, un nuevo calendario no vendría mal, con hojitas para arrancar, vendían un recetario que la vez pasada quería, así que ese es una compra asegurada.

Las cosas que compraría no le venían mal a Dobrilo, pero, era algo más colateral, lo que quería era gastar, el dinero que gastaba se sentía bien: en todo caso, es para el bien de Dobrilo, se decía, Alejandro, al terminar la compra de una nueva waflera o de unos zapatos nuevos.

Un simple encargo

Cereza entró al día siguiente al almacén de evidencias, la saludaban, querían estar bien con ella, uno nunca sabe, quizá eso significaría un aumento en el salario, después de todo era bastante especial la chica, era mucho más especial de lo que pensaban, pues se limitaban a creer que su mayor virtud era tener madre. Ella lo sabía, le daba igual, se pasaba varias horas entre los documentos de los casos cerrados o los abiertos. En cuanto se descuidaban, tomaba lo que necesitaba.

Esta vez fue algo parecido, fue a la zona de los forenses, tomó una bolsa después de pasar un par de horas entre dos cadáveres, no, definitivamente no tenía por qué estar ahí, pero ignoraron eso los que cuidaban la zona solo por saber quién era. Se fue inmediatamente, tomó un respiro de aire más fresco, miró el reloj de la pared, tomó un vaso desechable, era de papel, tomó agua y se marchó, pues estar ahí le causaba melancolía.

–Limítate a los negocios. – se había acostumbrado a decirlo cuando salía del sitio.

La causa era que su madre estaba en lo más alto de ese mismo edificio, nunca pasaba a saludarla, al inicio le informaban que Cereza estaba ahí, la detective por su parte sabía que su hija no iba por buenos pasos, pero se limitaba a no preguntar, les dijo a sus subordinados que la dejaran hacer lo que deseara, después de todo, no tenía padre, y bueno, era cuestión de tiempo para que se marchara.

Su distanciamiento era muy bien fundamentado, justo al nacer su hija se alejó de investigar por su cuenta, se mantenía en el papeleo de los casos antiguos, o en la administración sobre el cuerpo de investigación, se encargó de que el archivo sobre cosas que no quería hablar con su hija se mantuvieran bien resguardadas, en su casa también realizó varios cambios, solo mantuvo a un mensajero de la casa, y una sirvienta nueva, al resto del personal lo despidió, se alejó de las fiestas y dejó de hablar con sus amigas.

Un cambio que sorprendió a todos, pero la señora Cereza siempre fue muy respetable, y así como ella, respetaron su decisión, después de todo, alguien que pasa por lo que le pasó a ella, definitivamente necesitaba tomarse su tiempo, así que todos la dejaron en paz.

Todo el personal dejó de vivir en la misma ciudad que ella, sabían bien el riesgo de vivir en el mismo techo que la detective, por eso en cuanto les dijo que les daría dinero para que se pudieran marchar, ninguno dudó en tomarlo y darle las gracias, lamentaban su pérdida, y esperaban que su hija creciera sana. Y, aunque todas esas palabras en verdad las sentían, les daba demasiado miedo la que causó la desgracia en la familia, llevando consigo sus propios trabajos. ¿Cómo podría estar seguro si usted no se marcha?

Lo pensó muchas veces, pero no, no quiso, nunca tuvo el valor para irse del trabajo que amaba, ¿lo amaba?, desde un poco antes del nacimiento de su hija, sí, lo adoraba, y miraba la única foto que tenía dentro de un archivero que tenía un papel encima diciendo: casos complejos. Sí, aquél era un caso complejo, era el de su familia, aquella... no tenía caso, no importaba, él mismo se lo buscó, sabía bien que estaba en una jurisdicción que no le correspondía. Si tan solo pudiera... no, a ella ni siquiera le importaba, qué caso tenía matarlo a él.

Siempre llegaba a la misma conclusión: qué caso tenía matarlo a él, eso fue por lo que se marchó lo más pronto en la reunión de la nueva generación. Por ello obligaba a Cereza a estudiar Derecho, y no cualquier especialidad, quería que fuera senadora, parte de la cámara de la legislación, la cual, no estaba en esa ciudad, estaba lejos, en la capital del país, con esto la detective tomaba un trago a un café que prescindía de azúcar y sobraba de café en polvo, *amargo, sabe mejor*, decía, y de vez en cuando una lágrima daba en la taza.

Miraba hacia adelante, hacia una gran ventana que daba con el cielo de una ciudad, una que no podía proteger, pero también miraba hacia atrás, y lo hacía constantemente. Incluso antes del asesinato ya estaba melancólica, pues veía lo inevitable, si tan solo no hubiera insistido tanto... o si tan solo ella hubiera insistido más. No, en todo caso, uno no se detuvo y ella no lo detuvo.

Se sentó en su escritorio, leía las noticias, ese asesino de las sombras seguía suelto, ¿y qué podía hacer?, nada, si era secuaz de ella terminaría con su carrera, con su familia, con su hija. Se asombraba del modo de operar del tipo, comenzó por la zona oeste de la ciudad, pareciera que avanzó un poco más en su segundo caso, pero ninguna conexión, o, parecía no existir.

Nada de huellas, nada de nada, ni una pista, le daba mucha curiosidad, los cálculos daban cabida a una persona con demasiada fuerza y muy alto, no dudaría que medía dos metros, pero, no entendía cómo podía pasar desapercibido de esa forma, un tipo de ese tamaño de día cualquiera lo vería... no entendía cómo se podría esconder, debería tener a alguien que hiciera cosas por él de día. Las víctimas habían sido cargadas y estranguladas, pero no para morir, seguramente les decía algo a la cara, desde muy cerca.

Luego les cortaba la garganta, no parecía un corte de alguien que comenzaba, había practicado, solo que el primero había sido con un filo menor al segundo, seguro llevaba guantes, nada de mensajes, solo parecía gustarle desaparecerlos, la primera víctima era una señora de unos cuarenta años, y la segunda era un hombre de casi cincuenta años, de la primera no se sabía mucho, iba al café con sus amigas, nada interesante en particular, mientras que el segundo se iba a trabajar y parecían tener discusiones, no quisieron decir el motivo.

No tenía mucho sentido, parecía que el asesino de las sombras, como lo nombraron los de la prensa solo le gustaba matar, ambos murieron solos sin que nadie los viera, se enteraron al día siguiente, de la primera se entiende, ella vivía sola, pero... del segundo, ¿a dónde habían ido ese día la mujer y el hijo?, el chico debía tener unos quince años, la madre lo quería mucho, el padre se quedó solo y cuando regresaron al día siguiente, el padre estaba muerto. El hijo no quiso hablar, parece que oculta algo, en todo caso, le darán tiempo, es entendible que esté traumatado, será mejor esperar para volver a preguntar.

La detective Cereza había dejado de llorar, seguía leyendo los avances, tenía el asunto de los patos, pero bien sabía que se trataba de algún vagabundo que los tomaba como alimento, podía llevarlo a la cárcel, pero no lo veía necesario, se sentía extrañada, no podía cuidar a la ciudad que amaba, pero al menos se mantenía informada al respecto.

—¿Será mi orgullo?, debí marcharme en cuanto pude.

No, le había hecho una promesa a su esposo, pero se arrepentía ahora, porque las cosas con su hija pudieron ir completamente diferente, ¿de qué le servía no romper la promesa?, no la iba a visitar para reclamarle, después de todo, los muertos no se levantan de la nada. Esta vez solo se quedó en la silla, resignada: Uno no aprende hasta que le va mal, se dijo.

Un ejemplo por seguir

Mientras que Dobrilo se la pasó el resto de la semana en su cuarto, con varios paquetes y unas notas indicándole qué debía llevar el lunes, a qué hora ir y que habían rentado un carruaje especial para él. Pensaba en lo que había pasado con la Maldad y tenía mucho miedo de salir de casa. Casi todo el tiempo se la pasó en la cama. Por el contrario, Alejandro había estado saliendo más, incluso se preparaba para ir a fiestas de gente que no conocía, comenzaba a entender mejor los modales y ser refinado en su hablar.

Había solicitado tarjetas de presentación, ahora le decía Don Alejandro, e incluso llevaba un monóculo y quería comprar pronto un sombrero de copa o una capa. No estaba muy seguro, eso sería más el problema de la persona que lo vistiese. Tomaba tragos en copas finas, se empezaba a juntar con personas que nunca había visto con puestos que nunca había escuchado y apellidos que nunca habría imaginado, la vida era bastante placentera, aceptando muchas invitaciones, otras para dentro de un año, otras para la misma noche, ya fueran formales o informales.

Cereza, por su parte, se mantenía ocupada con muchas cosas, había conseguido mucho dinero en estos días, esto era porque los encargos eran más peligrosos de conseguir, o resultaban más extravagantes, píldoras, bolsas de polvo que desconocía, jeringas, todo un misterio que no le importaba en lo mínimo resolver, era de lo que más había en el almacén, pero estaba bien resguardado, no iba tan seguido a esa parte para no levantar sospechas, no tenía ni idea de qué eran esas sustancias, pero, si estaban protegidas, debían valer mucho, y los tipos que la compraban, bueno, pagaban lo que fuera.

Zuzen se la pasó espiando al vagabundo que raptaba a los patos, un golpe en la cabeza con una llave Stilson, nada complicado de conseguir, tenía una en casa, luego, envolvería el cuerpo en la bolsa que le traería Cereza y la arrojaría de madrugada en el lago, así los patos no pasarían hambre y sería lo justo. Lo que no tenía idea era como hacer que los patos comieran algo como el cuerpo entero, si dejaba el cuerpo sin bolsa lo sabrían a la mañana siguiente, pero planeaba rellenarlo con piedras para que no flotara. Sabía que los patos podían comer carne si los acostumbraba, con todos los patos que había bastaba un solo día.

El chico se sentía vigilado en cuanto seguía al vagabundo, estaba relativamente cerca de la gran pared de cristal, este sitio le daba particular miedo a Zuzen, no entendía por qué, sentía que alguien miraba lo que hacía, no estaba muy a gusto viendo su propio rostro, tal vez se apenaba de lo que hacía, tal vez en verdad estaba mal lo que quería, pero, si quería venganza debía de ser más frío, formar su carácter para el día que lo tuviera que hacer con su padre.

—Tan solo él, y después de él ya no... lo dejaré, solo con él, después, lo dejaré.

Se lo decía frente a su reflejo, sentía que lo quería regañar, se sentía que algo quería decirle, pero ver el espejo le daba miedo, había algo en el aire que le causaba estar tan alerta de lo que pasaba, incluso si no había realmente alguien más, desde ahí arriba podía ver al vagabundo en una especie de tienda de acampar, no era la más nueva, pero cubría del viento y de la lluvia.

—Nadie lo extrañará, los de su tipo son mal vistos, todos dirán que fue una pobre alma en pena en cuanto se enteren de su muerte, pero ¿quién en vida lo hubiera acogido en su casa?, ¿quién le hubiera tendido la mano?, nadie, nadie lo hubiera hecho, no hay diferencia entre matar a un conejo y a ese sujeto.

Alguien tocó su hombro, el aire se tornó frío, su corazón casi se para, sus pupilas se dilataron, dejó de respirar tan fluido, sintió mucho frío en la punta de sus dedos, alguien lo había escuchado, no quería voltear, quería llorar, decir que alguien más dijo lo que había dicho, que no había pensado lo que dijo, estaba pensando qué decir ante la policía, ¿y su madre?, ¿qué pensará su madre en cuanto sepa que.... No, no estaba haciendo nada malo, solo justicia, ¿entonces por qué temía?

Dejó de sentir el suelo, regresó en sí, no estaba seguro de qué estaba pasando, estaba flotando, y pronto, sentía una enorme mano en su garganta, saber qué estaba pasando tuvo un efecto todavía más perturbador en él, el modo de operar era de alguien al que le tenía mucho respeto, ¿así acabará?, estaba llorando, no quería que tener un corte en su garganta, pero, no entendía, ¿qué lo estaba sosteniendo?, era de día, no, no podía ser, él solo ataca de noche, ¿qué hice mal?, no, no quiero morir... por favor, eran los pensamientos de Zuzen que suplicaba con sus lágrimas e intentos por gritar, pero lo ahogaban, lo estaban asfixiando.

–¿Qué haces aquí?, no me gustan para nada los intrusos, no te preocupes en lo que respondes, considérate muerto por el hecho de estar aquí. Solo no era el lugar ni la hora, nada personal, niño. – dijo una voz sumamente gruesa muy cerca de Zuzen.

Zuzen estaba tan impresionado del poder del humano que tenía en frente de sí, si tan solo pudiera verlo, seguía flotando, seguía sin entender cómo podría alguien ejecutar tal acto, lo tildaba de divino, pero, aun así, no quería morir, trataba de procesar alguna respuesta, y no quería tardarse más, ¿qué hacía ahí?, ah, claro, el vagabundo.

–Yo, yo... –pasó un poco de saliva, y la mano que lo asfixiaba dejó de apretar con fuerza – soy Zuzen, yo... quiero ser cómo tú.

–¿Tú?, ¿Como yo?, vamos chico, dime de una vez qué tramabas, ¿pensaste que podías llevarme ante la policía tú solo?

–No, no, yo... la verdad, planeaba asesinar a ese vagabundo de ahí abajo, yo... – tomó más saliva y se alegraba de que le pasara esto a él – en verdad quiero aprender a ser como tú.

–¿Ese de ahí?, ¿qué tiene de especial? – Zuzen sintió cómo dejaba de apretar la mano, seguía sin ver al asesino de la noche, pero, lo estaba cargando con una mano de la parte trasera de su chaqueta, agradecía que fuera tan resistente.

Al terminar de moverse, Zuzen estaba viendo directamente al gran espejo, en él se veía a un tipo enorme, era por mucho más grande de lo que imaginó, seguía sin entender cómo podía verlo en el reflejo, pero no al lado de él, sin embargo, lo estaba cargando, jamás había tenido los ojos tan abiertos como en ese momento.

–Me presento, mi aficionado ayudante, tú... tú serás mis manos en el día, yo soy... – una enorme pausa, tomó mucho aire y dijo aún con voz más grave y lento: Mortem.

De pronto, Zuzen sintió cómo lo llevaba con un brazo casi hasta el espejo, lo dejó tranquilamente en el suelo y continuó caminando al espejo, su cabeza comenzó a tocar el vidrio, siguió avanzando, lo hacía como si no le representara ningún esfuerzo, pero en su cuerpo parecía que estaba ejerciendo mucha fuerza en contra del espejo, su figura salía del espejo, y Zuzen ahora tenía mucho más miedo de verlo frente a él. Quería orinarse.

El honorable alumno

Mortem agitó su gran capa morada para estirar su mano en dirección a Zuzen, con su imponente altura, al avanzar con dirección a Zuzen, el joven sintió retumbar un poco el suelo, el puño del tipo que lo saludaba podía ser fácilmente del tamaño de su cabeza, no estaba seguro de cómo tomar la mano que le estiraban, recordó lo que su padre hacía en cuanto salía el gobernador, se agachaba en cuanto le estibarán la mano y besaba el anillo que tenía en ella.

Afortunadamente Mortem también tenía un anillo en su dedo medio, aparentaba quedar en una mano más chica, y daba a imaginar que alguien lo hizo más grande de la argolla, ya que no estaba cerrada, terminaba, como el resto de la ropa del tipo en morado, un cristal cuadrado con forma piramidal. Zuzen cerró los ojos para besar el anillo, Mortem se sintió halagado, pues veía en el chico una chispa, una verdadera utilidad, él era por mucho más pequeño, menos obvio, él podía hacer el resto de los trabajos que quisiera.

–Así que ese vagabundo de ahí, ¿alguna historia en particular?

–No, no realmente, quiero practicar para mi verdadera víctima, digo que es para darle justicia a los patos que ha estado comiendo... eso es más una excusa.

–Interesante, vamos, cuéntame quién esa víctima

–Mi padre... él...

–No digas más, con eso me basta – dijo Mortem con bastante interés, con que fuera su padre le bastaba, no importaba el motivo, seguramente era bueno. – Dime, pequeño, ¿qué planeas?

–Conseguí una bolsa especial para el cadáver, lo meteré ahí, y lo regresaré a los patos para que tengan un festín, pero... no sé cómo hacer que se lo puedan comer si está completo.

Mortem sonrió, miraba para abajo con una gran sonrisa, ni siquiera abría mucho sus ojos, estaba muy tranquilo, y así le preguntó:

–Así que, cómo conseguiste esa bolsa *especial* porque, creo que tengo un plan si puedes conseguir otra cosa que siempre he querido con ansias. Tengo una manía con el filo.

Zuzen que no tenía la boca cerrada a ratos porque seguía maravillado en cómo podía existir algo con tanto poder como el que estaba frente a él, pensó inmediatamente en Cereza, ella podía conseguir lo que fuera.

–Tengo un contacto, ella puede entrar al almacén de la policía, puede obtener lo que sea

Mortem abrió un poco más los ojos y alargó más la sonrisa, volvió a mover su capa, viéndola bien parecían más sábanas o cobijas, todo era parte de lo mismo, era extraña la vestimenta, y el anillo parecía más una pulsera, muy pequeña, pero para el tamaño de Mortem no era realmente problema alguno para sus dedos.

–En ese caso, tengo un maravilloso plan para tu querido amigo, quiero que me consigas un hermoso cuchillo de obsidiana, ¿oíste bien?, te enseñaré cómo usarlo, y aprenderás lo que desees, yo tendré el mejor de los filos y tú estarás preparado para tu venganza. Vamos a darle el festín a los patos de una forma apropiada.

Zuzen se temía lo que Mortem le enseñaría, no sabía si estaba preparado para hacer algo como... ni pensarlo, claro que lo estaba, no podía flaquear frente a Mortem, lo cual era raro de mencionar, apenas si pesaba setenta kilos, y Mortem debía pesar más de ciento veinte, además, su diferencia era de más de cuarenta centímetros, mientras que Mortem medía un poco más de 2.1 metros, Zuzen apenas y alcanzaba el 1.70, llegarle al pecho se sentía vergonzoso, sin embargo, procuraba verle el rostro, porque no sabía a dónde miraba Mortem.

El ancho del brazo de Mortem podría fácilmente ser del tamaño de su cabeza, en verdad, se seguía sintiendo raro, si él hubiera querido hubiera sido sencillo dejarlo sin aire, estaba cerca de alguien con poder, y ese poder daba miedo, no lo protegía, no era de extrañarse que cargara a sus víctimas, ¿por qué a esas personas?, se habían sentado los dos, y Zuzen ahora miraba hacia el suelo, zapatos enormes, toda la ropa parecía que había sido usada durante mucho tiempo, eso incluía los zapatos, Mortem estaba sucio, se le notaba en su piel, pero Zuzen no se sentía con derecho de pedirle que se diera un baño. Solo continuaba contemplando que en cualquier momento ese tipo podría asesinarlo a él, pero, se tranquilizaba, porque no lo había hecho y, aunque eso no aseguraba nada, realmente lo tranquilizaba seguir respirando.

Notó que tenía un par de guantes, también morados, no parecía combinar muchos colores en casa, ¿tenía casa?, además, ¿cómo haría ese truco de atravesar el espejo?, quería preguntarle varias cosas, pero, dudaba que tuviera una relación de amistad con él, sentía más que él era su sirviente y él daba las órdenes, después de todo, técnicamente le perdonó la vida. Volvió a ver los zapatos, les faltaba lustrarlos.

–Sigue mirándolos, y te haré limpiar todo, enano. – inmediatamente cambió de donde miraba.

–¿Cómo fue que no pude verte al comienzo?, y, ¿por qué esas personas?, ¿cómo es que eres tan grande?, ¿cómo es que tienes tanta fuerza?

–Bien, bien, verás, la primera pregunta... bueno, es complicado, un tipo creyó que me podía ocultar del mundo porque no tenía algo que muchos otros niños sí, me alimentó bien, demasiado bien, y bueno, crecí bastante sano. Demasiado que el día cuando se equivocó, no tuve piedad, nunca me había visto fuera de la oscuridad. Durante un tiempo me quedé solo, y aprendí muchas cosas, luego decidí que era momento de dejarle al mundo un mensaje claro.

Zuzen no entendía muy bien lo que quiso decir Mortem, pero, se alegraba que su relación era de amistad, esperaba por el resto de las respuestas, y Mortem decidió hablar después de una pausa prolongada.

–Bueno, la primera... se la pasó hablando mal de la hija de una de las señoras con las que almorzaba, el segundo no quería a su hijo porque no le gustaban las mujeres, y al tercero solamente porque me gusta jugar con el detective. Es como un pequeño muñeco, es divertido verlo cómo está perdido en el caso, no tiene idea qué hacer, me encanta verlo sufrir con esto. Ahora si me disculpas, Zuzen, tengo un asunto que atender.

Con esto Mortem se paró de la roca donde se sentaron, se escuchó que estaba bajando un cierre y se acercó a una roca a un par de metros. Zuzen se sintió muy incómodo y se volteó, pero estaba el gran espejo. Sin embargo, no había nadie, algo sonaba cerca, pero, no había alguien en el espejo, estaba solo él, el reflejo de todo el paisaje, pero no estaba Mortem, sin embargo, lo escuchaba y quiso voltear, pero lo pensó dos veces. Se limitó a contentarse, pues su maestro le había encargado algo, y quería tenerlo contento, más para evitar su muerte.

Cliente frecuente

El domingo Zuzen estaba muy pálido, esperaba pacientemente a Cereza, ella llegó unos momentos después, quería preguntarle muchas cosas, pero vio que tenía una imagen realmente perturbadora, parecía enfermo, así que procuró no molestarlo, después de todo, su apariencia fría no era más que eso, pues se portaba preocupada por Zuzen y Dobrilo, pero, trataba de no demostrarlo nunca. Le entregó la bolsa, estuvieron en silencio un gran rato mirando el suelo, Cereza se sintió incómoda, hasta que Zuzen habló.

–Ce... Cereza, yo... necesito un gran favor... lo que necesito es un... un cuchillo de obsidiana

–¿Un cuchillo de obsidiana?, me estás preocupando Zuzen, todo el tiempo te ves pálido, pero hoy pareces muerto. No te metas en cosas malas, Zuzen.

–Yo... no, no, solo es para un coleccionista... pero, temo que me digas que no, muchas... muchas gracias por la bolsa Cereza... pero, en serio, necesito ese cuchillo lo más pronto.

–Está bien, confío en ti, siempre quise ir por cosas más extravagantes, es una buena oportunidad, las guardan mejor en el almacén.

Mortem estaba frente a ellos en el reflejo, se la pasaba mirando a Zuzen, sentado en el suelo, pensaba que su pupilo era apuesto, eso le ayudaría a generar confianza, por ahora tenía un poco de miedo, sonreía tranquilamente ante los ojos de Zuzen, y cambiaba su atención a Cereza, y, aunque nadie lo podía ver, le preocupaba que notara alguien cómo veía al joven, lo veía justo como veía al detective, aunque él no tenía los ojos rasgados, ni tenía los cachetes igual, o el cabello igual de largo, ni las manos tan suaves, ni los labios tan deliciosos.

Mortem decidió que era momento de dejar de imaginar, y que definitivamente debía dejar de ver fotos del detective, o de estar en su casa una que otra noche, pensó en lo extraña que era la vida, hacía menos de un año en el que odiaba su existencia, pero ahora, algo le daba sentido, las primeras dos víctimas las había matado porque no aceptaban a las personas como eran, pero la tercera, la que aún no salía en las noticias, le dejó un mensaje con un plumón rojo, quería usar sangre, pero pensó que eso daba mucho miedo, y se sintió con ironía porque le estaba dejando un cuerpo al detective, puso un par de flores alrededor del tipo y se fue.

–Está bien Zuzen, solo prométeme que no te meterás en peligro, ahora, tengo algo que hacer.

–Muchas gracias, Cereza, en verdad muchas gracias, yo... espero que te vaya bien.

Cereza no tenía nada qué hacer ese día, se fue directamente al inventario de la policía, si un amigo necesitaba su ayuda, tendría lo que necesitaba lo más pronto que su habilidad se lo permitiera. Comenzó a leer los registros muy rápido, algo tan especial debía de comenzar con los casos marcados con un sello que usaban, todavía no empezaban a salir papeles con ese sello, así que continuaba cambiando las hojas muy rápido, hasta que eventualmente encontró uno.

Eso no significaba que ya sabía la respuesta, tendría que revisar a partir de ahí con delicadeza, así lo hizo, tomó cerca de unas cuatro horas y unos cuantos vasos de café, no tenía taza, así que no le quedaba más que usar los vasos, le agregaba crema y algo de azúcar, el café amargo es para la gente mala, pensaba, así que lo endulzaba, pero, no mucho. No fue hasta que llegó a la letra T en donde encontró lo que buscaba, un cuchillo de obsidiana. No había fotos, el nombre se había borrado parcialmente de las hojas, no había cosas relacionadas, pero tenía una nota por detrás: este caso está relacionado con la Ciudad Crisálida.

Ese mensaje tenía debajo una serie de caracteres sencillos de recordar, tal vez porque los últimos ocho eran dígitos eran la fecha de cumpleaños de ella, el resto sí lograba recordarlas, en fin, tenía que entrar a la parte de un archivo de casos, donde se guardan evidencias de casos que nunca fueron cerrados en espera a ser abiertos de nuevo algún día. Entrar no fue complicado, parecía que incluso trabajaba en el lugar, llegó a la parte que correspondía, era un cajón un poco pequeño, solo estaba ella, el aire olía a madera y la luz parpadeaba seguido.

Abrió el cajón, tosió, el aire de cosas viejas sin limpiar, un par de fotografías de una señora que no conocía, unas notas que no tenía muchas ganas de leer, un corazón de metal muy bonito, y después de todo estaba un cuchillo de obsidiana, mediano, elegante, ligero, estaba en una bolsa, tenía un papel pegado que decía: Resultado de los análisis, cancelado, no volver a tocar este caso. Ya lo tenía, y solo le había tomado casi todo el resto del día, Zuzen debía pagar muy bien por esto, ella dijo que se preocupa por los amigos, pero, no hay que mezclar los negocios con las amistades, además, este encargo, había sido peligroso, y costaba más.

Tuvo curiosidad del resto de cosas que había en el cajón, miro las fotografías, no por mucho tiempo, una mujer de unos treinta años, muy bonita, el cabello le cubría la mitad del rostro, hermosa sin duda, alta, delgada, usaba barniz rojo, estaba con un hombre, tampoco lo conocía, era de esperarse, no se tardó mucho en ver el resto, las pasó rápido, pero el corazón era lo que más le llamaba la atención, le parecía muy familiar, algo que alguna vez vio con su mamá de niña, no, imposible, tenía prohibido tomar cosas de su mamá, pero, ¿por qué?, los recuerdos se volvían borrosos, no tenía caso recordar ahora.

Abrió el corazón y había la foto de una bella mujer, pero no era la misma mujer que estaba en las fotos. En la parte izquierda se leía: Mi amada, Cereza. Y en la derecha estaba la foto de una mujer también a sus treintas. Cereza, qué coincidencia de nombre, eso despertó más su curiosidad, y abrió el folder que estaba hasta el fondo de todo, muchas cosas estaban parcialmente borradas, había una hoja que parecía intacta, era una declaración, eso se leía en el título, la leía detenidamente, hasta que comenzó a leer quién había declarado.

Dejó caer los papeles y tomó de nuevo el corazón de metal, lo abrió y volvió a ver a la mujer que estaba en el retrato, sí, era ella, el mismo cabello, pero, sonreía, algo que nunca vio, qué había pasado, comenzó a recoger los papeles, quería ver las fotos de nuevo, metió el cuchillo en su mochila, pero, no podría llevar tantas cosas del cajón, prefirió continuar leyendo ahí. Miró a ambos lados, seguramente nadie vendría, tomó más fotos con más cautela, y las comenzó a ver, no tenía idea quiénes eran, pero uno de ellos, uno era alguien que le dijeron que la abandonó.

—¿Cómo pudo mentirme? — dijo, mientras lloraba, pero no sabía a qué persona llorarle.

Continuaba viendo las fotos, luego decidió comenzar a revisar más papeles, qué había pasado, dónde estaba el resto de la historia, entendía que había una verdad que debía ser investigada, tenía ganas de saber la verdad, pero ¿cómo?, ¿cómo podría obtener el resto si no había evidencia?, lo mejor es que su mamá no se enterara de que había entrado a este lugar, definitivamente no se debía enterar, sino tendría que dar cuentas de qué hacía ahí, ella podía obtener muchas cosas, y ahora quería obtener la verdad, es como un pedido consigo misma. Ya estaba decidida, y comenzaba a leer la declaración de Cereza S.

Rasgos hereditarios

"Soy Cereza S. y estoy aquí para presentar mi declaración del caso, mi relación con la víctima es que soy su esposa, trabajo como detective principal en el edificio de justicia de la ciudad, mi esposo era el jefe del mismo edificio, murió hace una semana, y aunque estoy declarada a tomar reposo durante cuarenta días, vine a declarar lo que sé acerca del caso."

"Mi esposo fue a investigar en la ciudad Crisálida la muerte de un amigo suyo, relacionado con Teresa D. quien es sospechosa de la muerte de su esposo, se cree que por la herencia que terminaría siendo suya, ya que misteriosamente dos hermanas del heredero también *fallecieron* en los años anteriores al finamiento del señor Salazar, suegro de Teresa D. quien murió de causas desconocidas, no se dispuso a revisar más a fondo esa vez, ya que el testamento parecía así mencionarlo como voluntad del señor, incluso fue trasladado inmediatamente al crematorio, y de alguna forma logró entrar en él en menos de un día, incluso cuando el director Félix R. dijo que estaba muy ocupado, al final resultó, por mucho, educado y se dispuso a llevar al señor él mismo."

"Con respecto a la muerte de mi esposo, fue encontrado atravesado con un cuchillo de obsidiana, la causa de su muerte fue por una hemorragia, los resultados de los análisis parecen decir que se mantuvo mucho tiempo mirando hacia arriba desde el suelo, sentado contra una pared, platicando con quien debió de matarlo. El cuchillo solo tenía rastros del propio muerto, lo había cargado en contra de su pecho, y en su otra mano aparecía un pañuelo rojo con el que se presume se limpió el cuchillo. Esto porque el pañuelo tenía rastros de obsidiana y del mango."

"Yo, Cereza S. declaro ante la carta magna haber dicho la verdad y nada más que la verdad ante el juez número seis el día que se señala en al inicio de esta transcripción, los motivos de esta declaración son mi destitución del caso por voluntad propia, aceptando que puedo tergiversar los hechos y puedo tener un juicio equívoco. Declaro que tomaré el descanso indefinido de casos hasta que desee volver a incorporarme al cuerpo de investigación, pero desempeñaré las funciones de mi difunto esposo en virtud de preservar la administración y velar por la justicia de la ciudad a toda costa sin interferir directamente. Gracias, juez."

Ya era demasiado tarde, y le había tomado mucho más tiempo leer la declaración porque el papel estaba viejo y la tinta en algunos pedazos había sufrido por las lágrimas de la chica. Tomó inmediatamente el cuchillo, pues tenía un gran favor para Zuzen, ese tipo se había metido sin dudas en problemas, tenía que salir de ahí, tenía que ir a la zona funeraria, al norte del parque, pero, hoy no, pues al día siguiente comenzaban las clases, algunos le dijeron que en la escuela había una cantidad considerable de clientes, y si quería obtener información debía de reunir dinero, aparentemente ese tal Fernando era fácil de sobornar por la declaración. Se arregló el cabello, se puso el broche, y salió de ahí.

Dobriilo que no había salido de su casa se puso a admirar el techo de su habitación, blanco, prácticamente como el techo de cualquiera de las habitaciones de su casa, no tenía idea de dónde estaba Alejandro, y las veces que salía ni siquiera lo encontraba, se había vuelto un hombre ocupado, parecía que se volvía como su madre, esto no le gustó y se dijo que dejara de pensar tonterías. Casi todos los días se la pasó convenciéndose de que debía de aceptar la verdad que le habían asignado, que no debía ser cobarde, ahora que tenía la oportunidad de salir, podía hacer del mundo un lugar mejor.

Admiraba la oscuridad de la esfera que usó con el ciego, no estaba seguro qué hacer para volver a usarla después, pero en estos días se había estado decidiendo cómo pensar con respecto a todo. Pensaba que la separación era simple, lo bueno y lo malo, la oscuridad y la luz, el movimiento y la quietud, el amor y el odio, se había convencido de que era así de sencillo, en un lado estaba Alejandro y el otro estaba Teresa, en un lado estaba Cereza y en el otro estaba Zuzen, en un lado veía al ciego y en el otro veía al ladrón. Uno le parecía que merecía la redención y el otro que merecía la muerte. Esto le hubiera causado gracia a la reina bermellón, pues lo veía de la misma forma, pero, no era ilusa.

Zuzen que se había puesto a pensar en cosas parecidas, pensaba en lo malo que era Mortem, pero lo bueno que le venía conocerlo, se preguntaba cómo era posible que siendo él alguien que no era malo, se llevara bien con alguien que era la pura maldad, o eso parecía. Recordó cuando fue al templo a ver a los gemelos de la justicia, uno parecía terriblemente enojado, mientras que el otro se mostraba tranquilo, comenzaba a entender por qué, o quería entenderlo de esa forma, pues así, él seguía siendo el bueno.

—A veces, uno puede ser bueno o malo, no lo tiene definido... uno es... lo que quiere ser al instante, si hoy le pregunto a ese vagabundo cómo se siente, dirá que mal, pero si tuviera casa, diría que bien, sin embargo, si yo le pregunto a alguien que tiene casa, cómo se siente, es muy probable que me diga que mal, y si al día siguiente deja de tener casa, me dirá que se siente peor. Pero... ¿qué pasa cuando en verdad las cosas son como son?, cuando sí son por definición malas o buenas, como... la luz, o la oscuridad. Pero... ¿qué tanto es oscuro y qué tanto es luz? — se dijo en su cama boca arriba, sin poder dormir, pensando en Mortem.

—Yo, no soy más que un hijo de la Bondad, directo, puro, y como hijo debo ayudar a la madre Bondad a iluminar a aquellos que han seguido el camino del bien, a disminuir sus males de los malvados y oscuros seres, impuros de luz o puros de Maldad. Seré la brocha con la que la dama de la Bondad pinte, el instrumento con el que construya la melodía, el lápiz con el que dibuje la realidad que nos pertenece. El paraíso de la paz que nos ha sido prometido la dama de la Bondad, pues yo, limpiaré de todo pecado al que sea digno. Y el que tiene voluntad, es digno del milagro que me han conferido.

Así predicó Dobrilo a las aves que había frente a su ventana, cerró un libro grueso, que llevaba por título: El paraíso prometido, bajo el sello de la editorial Luz Celeste, en asociación con la Junta de los sagrados Flamígeros, a un precio exorbitante que ponía en duda querer esparcir la palabra del paraíso prometido. Para alguien con dinero como Dobrilo resultaba un gasto menor, la fe que tenía hacia la dama de la Bondad no tenía precio para él.

—¿Por qué la gente hacía lo que hace?, maldad, bondad, no, no, Todos parecen ser la combinación de ambas, no es el momento, la esencia no se distorsiona tan drásticamente de un momento a otro, el ahora persiste y es amplio, la esencia persiste y si yo decido investigar a mi papá... es porque en el fondo siempre lo quise hacer, es un balance, de muchas cosas, nuestra voluntad y la voluntad del destino, puedo tener la voluntad de flotar, pero si no la tiene el destino, entonces no lo haré. Ahora... quiero saber la verdad... y eso quiere el destino.

Los tres se marcharon a dormir, mañana tenían que despertar temprano, lo cierto es que solo Dobrilo durmió rápido, estaba convencido de que la dama de la Bondad lo cuidaba, Cereza siguió en dormir, y Zuzen, él no pudo dormir, pues pronto tenía una lección que no olvidaría.

Sangrar hasta aprender

Los alumnos estaban ya dentro del aula cuando llegó el profesor, un abrigo negro cubría la mayoría de su persona, pero por la cara uno podía decir que tenía menos de treinta años, bastante nuevo. El primer curso consistía en cuatro horas de clases, en donde la mayoría era para igualar a los alumnos en habilidad, conocimiento y acostumbrarlos a los horarios de entrada. Era muy aligerada la carga y usaban al mismo maestro, el profesor se presentó, Aurelio.

—Bienvenidos, jóvenes, soy Aurelio, su profesor durante este segmento de año, como muchos sabrán verán cosas que probablemente ya sabían, pero deben de comprender que es para que tomen cargas equitativas en los próximos cursos.

Zuzen se sentó detrás de Dobrilo, mientras Cereza tomó asiento al lado de Dobrilo, se limitaron a saludar en cuanto entraban. El primero en llegar fue Zuzen, no se le podía hacer tarde si no estaba dormido, luego siguió Dobrilo, y un poco después Cereza. Todos venían pensando sobre qué hacer con sus vidas. Casi no hablaron el resto del día, y la clase solo consistió en una introducción a los conjuntos de números, la formalidad en matemáticas y terminó con la pregunta: ¿por qué $1 + 1$ es 2?

Cereza le dijo a Zuzen que fueran juntos a caminar, hasta que llegaron a unas calles desoladas, se detuvieron, Cereza lo miró de reojo, le dijo que no volteara. Sacó una bolsa transparente, le entregó el cuchillo de obsidiana, y le dio las gracias. El joven no entendió por qué era necesario hacerlo de esta forma, o por qué Cereza le agradeció, lo que sabía es que no quería entregar el cuchillo, así que lo guardó en su mochila, le pagó el resto a Cereza y se marchó con dirección a su casa. No salió de ahí, y no fue al parque otra vez.

La chica sacó de su mochila ropa y la credencial del sanatorio, y volvió con dirección a la escuela, en estas horas la mayoría de los jóvenes se quedaban afuera a charlar, podía encontrar algún cliente entre esa gente. Sacó una pequeña libreta que tenía un corazón en frente, y en las primeras diez hojas solo tenía rayones que no significaban nada, era para disimular en caso necesario. Se pasó varias veces por la salida, había un conveniente café en donde muchos se quedaban, se quedó debajo de una lámpara y esperó durante dos horas.

En ese tiempo al menos tres personas se acercaron a preguntarle si tenía sustancias que ni ellas podía pronunciar, o que particularmente no entendía el nombre. Entre esas personas se encontraban dos jóvenes, un chico que se la pasaba temblando y una chica que parecía tener los ojos adoloridos, y que la luz hacía que le doliera la cabeza. La tercera persona era su propio profesor, con él se cubrió muy bien el rostro, anotó lo que querían, decidió que ya era hora de irse, pues estar en el mismo lugar ya de por sí era muy sospechoso.

Dobriilo fue al templo, volvió a saludar al señor que lo recibió un mes antes, entró en la sala de la Bondad, y ahí vio de nuevo la imagen de la dama a la que tanto apreciaba, procedió a cerrar la puerta. Se inclinó frente a la imagen, y comenzó a cerrar los ojos, bajar la cabeza y alzar las manos. En ellas contenía la esfera que estaba oscurecida, la mostraba como si fuera algo que era digno de la dama.

—Mi querido, Dobriilo, aunque yo quisiera que las esferas siempre fueran transparentes y continuaras con tu gran responsabilidad, me temo que no es posible romper tu origen, ya que la Maldad ha sido quien escogió esa parte.

Esta vez, la dama de la Bondad no cambiaba de forma, se mantenía radiante, la misma que en la pintura, pero Dobriilo no notó eso, era lo menos relevante para él.

—Dígame, dama de la Bondad, ¿cuál es el camino que debo tomar?

—Creo, que ya lo has escogido, ¿no es verdad?, te aseguro de que es correcto.

La dama caminaba formando un círculo con respecto a Dobriilo, cuando dijo lo anterior estaba sonriendo, ¿era en verdad correcto o era lo que quería ella que fuera correcto?, además, ¿cómo podría saber ella qué camino había tomado Dobriilo?

—Así es, mi señora de Luz, yo esparciré su belleza entre todos los que anhelan el sabor del bien. Pero, no entiendo, ¿con qué debo empezar?

—Por si no lo sabes, ya has empezado con lo que debías hacer.

Y con esto abrió las puertas, era el monje de la entrada que estaba escuchando todo, en ese mismo instante la dama desapareció, el monje cayó y Dobriilo volteó para ver lo que pasaba.

–Yo... me tengo que marchar, muchas gracias.

–Era... ¿era ella?

–¿Ella?, no entiendo a qué se refiero, como pudo ver, solo he estado inclinado ante la imagen, eso... es todo. Ahora, tengo asuntos que atender en casa.

El monje lo sostuvo de los brazos y le imploró que por favor contestara con la verdad.

–Nunca en mi vida la he visto, pero, las enseñanzas indican que cada deidad es real, aunque existe un gran debate entre cómo funciona su mundo, muchos han intentado transmitir la verdad, pero, no se sabe quién tiene la razón. El monje de la nulidad o los antiguos cinco monjes del hexágono, pero, necesito que me digas si era ella, te lo suplico.

–Yo... es decir, sí... era, era ella, dijo que yo soy... un aspecto, el aspecto de la Bondad.

–¿El aspecto de la Bondad?, había escuchado algo con respecto a ello, sí, en las historias del monje de la nulidad. Se considera como hereje al que lee alguna de sus muchas de sus obras, pero se aceptan algunas entre nosotros, muy pocas para ser precisos. ¿Dime cómo es ella?

–¿Usted... dice que hay alguna historia con respecto a los aspectos?

–Sí, sí, algo sobre el heredero de la luz y sus ayudantes, pero responde, ¿cómo es ella, hijo?

–Pues... idéntica a la imagen que está en su sala, ahora, dígame dónde puedo encontrar el resto de la historia acerca de los aspectos.

–Oh, muchacho, simplemente no puedes, aunque muchos somos los que conocemos su existencia, todos los escritos están resguardados en la cámara hexagonal, nadie tiene permitido y lo poco que se sabe de esos textos ha sido comunicado de generación en generación.

–¿Dónde se encuentra la cámara hexagonal?

–En la primera de las montañas de la cordillera de agujas, ahí es donde se decide quién es monje y quién no. El monje de la nulidad parece ser un mito, un monje decidió escalar hasta la última aguja, y siglos después retornó con manchas grises y demasiados escritos.

–¿Qué pasó con él?

–Se supone, perdió las manchas que tenía, y al cabo de un tiempo murió en una habitación tranquilamente, resguardada por los cinco monjes del hexágono. Y, de ahí, no se sabe casi nada más. Los escritos siguen siendo prohibidos, pero curiosamente conservados. Sin embargo, nadie de los monjes actuales confirma que esto sea un hecho.

–Bueno... al menos, ¿usted sabe algo de los aspectos?, me dieron una habilidad – dijo Dobrilo, mostrando la esfera oscurecida que tenía en su bolsa en cuanto abrió la puerta la dama.

–Qué peculiar esfera, ¿qué es lo que hace? – mencionó el monje justo antes de tocar la esfera.

Al tocarla, sus ojos se desvanecieron, se tiró al suelo, el dedo que el que lo tocó se tornó oscuro, la esfera de nuevo relucía como la primera vez. Dobrilo observaba al monje contorsionarse de dolor, estaba sudando, llorando, se ponía rojo de la cara.

–No, por favor, no, le prometo que no he hecho nada malo. – decía a cada rato el monje.

Dobrilo tomó la mano del monje y su esfera, llevaba todas las esferas, suponía que un intercambio justo sería de dos esferas para contener ambas cosas. Primero tomó una esfera, y al monje, comenzó a sentir el dolor que vio con el ciego, eran los mismos recuerdos, esta vez soportó mucho mejor el proceso, ya sabía qué venía después de cada fotografía que su mente le mostraba, terminó de llenar la esfera y procedió con la otra.

No estaba preparado para lo que veía, era un monje de gran edad, se acercaba a Dobrilo, había muy poca luz en la habitación, le tocaban los hombros, y de pronto, oscuridad, susurros, algo resonaba muy cerca, sonaba a un objeto de cuero golpeando el suelo. Alguien lo giraba, de pronto sentía como si cruzaran navajas por la espalda, y se desmayaba del dolor, pero todavía podía ver, no entendía, pero, lo sostenían para ponerlo de pie, y en el fondo mencionaban: esta vez no será el látigo.

Dobrilo despertó de noche, las dos esferas estaban en el suelo, las puertas del recinto estaban cerradas, el monje lo observaba, nunca se había sentido tan aliviado, era como si lo que le hicieron los monjes nunca hubiera pasado, se alegraba, pues todas las noches lo perseguía, y ahora, esta noche, esta noche sentía que el ahora era mucho más relevante que su trauma.

El hijo prometido

–Fuiste tú, ¿verdad?, ahora... me siento más joven, y no me da miedo ir a dormir.

El joven que intentó contestar tomó aire otra vez y se intentó levantar. Cuando lo hizo, el monje se paró a socorrerlo, ya en pie, le afirmó con la cabeza, y su respiración seguía siendo inconsistente. No dijeron nada más, tan solo Dobrilo tomó sus cosas, y se marchó con dirección a su casa. El monje, por su parte, cerró con llave el recinto, procedió a ir a su habitación, que estaba en la parte superior, donde nadie entraba. Escribió un texto largo en lo que parecía ser su diario.

Después de eso, procedió a encender una vela, se colocó frente a una ventana cerrada, y comenzó a escribir una carta. El joven llegó a su casa sumamente cansado. El camino que había elegido era el correcto, le había dicho la dama de la Bondad. Luz para los buenos, oscuridad para los malos. Él sabía que se refería a eso, pero... qué haría, cuando la tercera esfera se rellenara.

–Lo que hiciste ha sido muy bueno, Dobrilo – se escuchaba la voz de la dama, pero no se veía en ningún sitio.

–¿Qué haré en cuanto tenga las tres esferas llenas, señora de la luz?

–Ambos sabemos lo que tienes que hacer, querido, no dudes de tu virtud, es el precio de dar luz a las almas que lo merecen. Todo, Dobrilo, todo tiene un precio, así como el sol que sale cada mañana, paga un precio cada vez que lo hace, así como no hacer algo, tiene un precio, el designio que te hemos entregado, tiene, por supuesto, su precio.

–Pero... eso significa... hoy vi a ese monje a medio morir en cuanto tocó tan solo una de las esferas, si alguien tocara las tres...

–Dobrilo, debes de tener en cuenta que estás otorgando la felicidad a tres personas, con el precio de la infelicidad a una. Es por mucho más que justo. Necesito que me ayudes a liberar a tus hermanos de las garras de la Maldad, cada uno hace que yo dure más, juntos seremos los que otorguen el paraíso prometido. Erradicaremos a los hijos de la Maldad. Ten solo necesito que aceptes el camino, te aseguro que es lo correcto.

La Q del mazo

¿Qué sucedía con Alejandro en ese tiempo?, habían realizado una *junta de padres*, cada sábado. Esto se hacía desde hace mucho tiempo, como una tradición entre los padres de los alumnos y algunos que no tenían hijos inscritos, se veían pocas mujeres y de lo que menos platicaban era de la escuela. Un ambiente con olor a alquitrán en su mayoría, muchas botellas de alcohol de diversos precios, luces con poca potencia lumínica, y demasiadas miradas al siguiente que tiraba. En el lugar había varias mesas, varias barajas y muchas fichas. Esta vez Alejandro traía efectivo, ya no planeaba firmar a nombre de la reina, ya tenía una reputación decente, y sonreía por las cartas que tenía.

—Nada mal señor Pávlov, pero, parece que, en esta ocasión, gano yo. — y procedió a mostrar sus cartas, fumar un poco y sonreír como si ya lo tuviera practicado.

El señor Pávlov puso su vaso en la mesa de forma dramática, se acomodó los pequeños bigotes que sobresalían. Se acomodó el saco, tomó un trago y tranquilamente felicitó a Alejandro. Dijo que en esta no jugaría, quería observar la siguiente, era común que lo hiciera.

Alejandro disfrutaba del exceso, era bastante bien vivir así, uno que otro juego, y en todo caso, podría dejarlo en cuanto quisiera, nada de vicios, todo estaba al alcance de su voluntad de dejarlo, en esto entraban las fiestas, fumar y apostar... seguramente había más, pero decía que esas eran las más importantes.

—Dobriilo... va de maravilla, nada mal, ya saben una vida tranquila, estudia y eso — contestó la primera vez que le preguntaron de quién era padre. Practicó más respuestas porque se sintió muy mal de no saber qué responder, pero no hicieron falta, nunca le volvieron a preguntar por su hijo.

Pávlov era el dueño de la casa, algunos de los padres sabían cuál era su negocio, pero, no querían meterse en problemas, era el padre de alguna chica, era lo menos relevante, pero de vez en cuando se presentaba en las mesas a jugar, ganaba usualmente, pero, no le gustaba el olor a alquitrán. Una gran pena, decían entre voces. Angelina, podía jugar en un sitio donde solo tomaran alcohol, no era extraño en ese salón, había un par de mesas donde decantaban por la bebida, pero, no lo hacía, solo jugaba si estaba su padre.

Esas ocasiones era porque llegaba tarde alguno de los jugadores comunes, pues como se decía, siempre había sido una tradición tratar los *asuntos escolares* en alguna casa de los padres. Pávlov decidió ofrecer la suya, pues ya conocía que jugaban, de hecho, aunque Angelina entró al mismo tiempo que los tres chicos, él ya jugaba con ellos desde antes y en su casa. No fue hasta la edad de catorce cuando Angelina comenzó a visitarlo. Inicialmente los tenía prohibidos, pero con el tiempo convenció a su padre de que los modales le sobran y la destreza también.

–Barajas de maravilla, querida.

–Juego aún mejor, señor Ferrer.

Pávlov estuvo sonriendo cuando su hija contestó, inmediatamente de decir que no jugaba, apareció, una gran coincidencia, hubieran pensado si tan solo les hubiera interesado contra quien jugaban, si no conocían a los tipos de al lado, era lo menos relevante, con jugar era más que suficiente para estar contento. Angelina al llegar, comenzó a barajar, tomó una silla de otra mesa, alzó una de sus cejas y se destapó el ojo que su cabello oscuro cubría.

–Tenemos un asunto que tratar, Pávlov, tenemos el pan y el cuchillo, pero unas migajas no llegan a nuestra boca.

–Entiendo, entiendo, ¿quién es esa ave que nos quita el pan, Angelina?

–No te pongas tan serio, antes tengo que ganar. – dijo Angelina, sonriendo.

Cuando ganó, Angelina se retiró de la mesa, devolvió la silla, y le susurró a su padre: *el mensajero*. Pávlov tomó otro trago, se frotó una de las sienes, miró a Angelina un rato, seguramente estaba pensando qué contestar.

–Sobra decirte qué tienes que hacer, cariñito. Ve a dormir, quiero que obtengas su identidad.

–Claro, papá, suerte en tus partidas.

Y cuando se marchaba se escuchó que se ponía agua de tocador, odiaba el alquitrán, y era complicado de quitar. Había encontrado que con el aroma particular de lo que se puso, el alquitrán no olía tan mal. Llegó a su habitación y no tardó en dormir sonriendo.

Cereza ya tenía los tres encargos que había tenido, no le daba gusto verlos, nunca había querido hacer este tipo de encargos, sabía perfectamente que todo lo que tenía frente a ella era nocivo para la salud, esta vez no se trataba de medicamento para controlar la ansiedad, o insulina, esta vez tenía frente a ella algo terrible, era néctar verde.

—A este ritmo... me pregunto si podré lograrlo. — y miraba el frasco en su mano.

Una cosa era conseguir medicamentos muy costosos, pero otra cosa era meterse con el negocio de los Phoenix. No importaba, tenía una idea de qué hacer en caso de que la encontraran. Lo que no tenía idea era que compartía salón con la hija de Pávlov Phoenix. Sin embargo, cuando uno trata de ocultar algo, el problema es que hay que tener muy buena memoria, uno debe recordar lo que dijo, recordar la monotonía del acto, planificar antes de que ocurra algo.

Tan solo un error, por pequeño que sea, puede costar la identidad, destapar las intenciones, demostrar la evidencia del crimen, romper amistades, romper confianza y arruinar los planes. Al menos eso... es lo que la gente cuenta. Esto lo sabían bien Pávlov, Angelina, Cereza, Zuzen, Alejandro, la detective Cereza y Teresa, pero a uno se le olvida, uno dice *lo he hecho tantas veces, seguramente hoy no será la ocasión...* se confían, y entonces todo el teatro se derrumba. Pero, a ninguno se les había derrumbado, *ni se me derrumbará pronto*, asegurarían.

¿Cuál era el plan de Cereza si la sorprendían?, ¿Cómo encontrará Angelina la identidad del famoso mensajero?, no lo sabía, pero, siempre ha querido demostrar a su padre que es digna heredera del negocio. ¿Acaso Dobrilo aceptará la gran tarea de la dama de la Bondad?, sí, ya lo había aceptado: *blanco y negro, los humanos no son más que eso*, pero, la dirección que había tomado era para consternarse, si tan solo alguien hubiera visto a dónde iba su mente.

—Yo... soy el heredero de la luz. Castigar al malo, premiar al bueno — y fingía poner una corona.

A la dama de la Bondad no le importaba si el aspecto de la Bondad era egocéntrico, tan solo quería más seguidores. Se sentía incómoda con que le dijera señora de la luz, eso era completamente distinto, pero, no se tomaría el tiempo de explicárselo a Dobrilo, en todo caso, no era más que un mortal, prefería que se limitara a que siguiera *el camino del bien*.

Una 'dolorosa' pérdida

Teresa Dirichlet se la pasó *llorando* en su cuarto, o, era lo que el duque azul tenía entendido, se la pasó una semana encerrada. Aunque recibía con mucho gusto a las sirvientas cuando traían comida. La reina bermellón en realidad no quería ver al duque, quien de verdad estaba llorando, pues su hijo Liriel se marchó de la casa. Y, aunque ni él era un duque de verdad, y ni ella era una reina de verdad, seguían llamándose de esa forma.

¿No eran duque de verdad ni reina de verdad?, no, nunca lo fueron, solo tenían considerable poder y ambiciones, cada uno en su respectiva ciudad. Pero el duque no sabía de qué ciudad venía Teresa, lo cierto era que estaban en la ciudad Crisálida, y que él quiso siempre la igualdad entre cada ciudadano, demasiado literal, y ahora lo veía posible gracias a una persona que... no conocía, en realidad, no estaba seguro de si era posible, solo sabía que la reina bermellón estaba arreglando el asunto.

Los reales gobernadores de las ciudades estaban trabajando para el bien de sus respectivas áreas geográficas, ¿quiénes eran?, bueno, la que nos importa era la gobernadora Schreier, *enemiga pública* de El nido del Fénix, no se sabía bien qué hacía, solamente repetía que encontrarían al líder de la organización. Y, aunque era obvio quién era el líder, Pávlov tenía alguno que otro contacto que hacía que ciertas partes de la investigación simplemente se atrasara. Aunque, nunca convenció a la detective Cereza.

Muchas de las investigaciones se encontraron grandes de néctar verde, y lo tienen bajo el inventario de evidencias. Pero, volviendo al tema de los gobernadores, se sabía que la persona de la ciudad Crisálida había llegado al poder mediante varios discursos de gran calidad, su lema era la solidaridad filosófica, en fin, tiene su propia historia, tiene una persona a la que ama, toda otra historia.

Al día siguiente de estar llorando el propio duque se fue a buscar a su hijo sin la reina, entendía que estaba sumamente triste, y no quería molestarla, la reina les dijo a sus sirvientas más cercanos que se deshicieran del duque. En fin, *una tragedia tras otra... ni modo*. Fue lo que pensó la reina y se fue a dar un baño.

–Un día tienes esposo e hijo y al otro no, bueno, ¿qué vamos a cenar? – se dijo en la bañera

Con el duque, el cochero bajó a cambiar una llanta, estaba cerca de un risco, golpeó como nunca a los caballos y fin del duque, lo que más le molestaba era que tenía que volver a pie, al menos la reina sería considerada con él en su paga. Todos sabían que la que tenía el poder era ella, y en cuanto vieron salir al duque solo, sabían que no iba a volver con vida.

—Ya sabes lo que dicen... hay que darse tiempo cuando se muere alguien cercano, tomen toda la semana para descansar manteniendo el salario... excepto las cocineras, ellas tendrán doble paga. Publiquen que estoy triste o algo así, no sé, encárguense, no me molesten, solo dejen la comida en mi cuarto y escojan buenos libros, cancelen las citas del duque, y que nadie venga a darme el pésame.

—¿Sabes qué? Tómense dos semanas. Márchense ahora, no los quiero ver, ya saben, estoy triste y esas cosas, bla, bla, bla, si alguien les pregunta díganles que no salgo de la habitación.

Con esto se marchó a su habitación, prendió unas velas aromáticas, siguió leyendo el libro que tenía avanzado desde hacía unos días, y se puso a recordar los buenos tiempos, sonrió, pues sentía que los buenos tiempos no habían acabado, ya no pensaba en su hijo, todo iba con la dirección correcta, tomó un poco de vino y continuó leyendo.

En esos mismos instantes, Liriel iba a una gran distancia de la ciudad Crisálida, la reina bermellón lo sabía todo, lo había alentado, él quería con todas sus fuerzas demostrar que era gran hijo, estaba bastante seguro de lo que quería, así que cuando tuvo de frente a su madre, le preguntó:

—¿Qué es lo que más deseas, madre?, dime, y entonces lo obtendré y te demostraré mi valor.

—Lo que más deseo... es el poder, Liriel, ¿estás seguro de que puedes controlarlo?

—Claro, soy inteligente, y he estudiado mucho tiempo por mi cuenta, déjame llevar tres coches repletos de dinero, y entonces, a su debido tiempo tendré el poder, y en cuanto lo tenga, te he de llamar para que por fin reconozcas el hijo que soy.

—¿En verdad es eso lo que deseas?, si es así, no tienes idea de la felicidad que me causa — cuando dijo esto la reina, Liriel se sintió en el pináculo de la felicidad.

Uno a veces malinterpreta las palabras, no era que le causara felicidad el valor de su hijo, era más la felicidad de la ignorancia, podría haber vivido su vida lejos de ella, como si ninguno de los dos hubiera existido, pero, quería continuar por el camino de la virtud. Es cierto, era bastante listo, sabía hablar, sabía muchas cosas muy útiles, en verdad tenía grandes virtudes, sin embargo, lo que quería era que lo reconociera ella. En cuanto se marchó el hijo, no paró de reír, así que decidió encerrarse en su habitación, ante todo había que disimular.

–Ya no los hacen como antes – y continuó leyendo.

Liriel había hablado con la deidad de la Belleza, le había contado que todo lo que quería podía lograrlo. A la deidad le pareció más que afortunado que quisiera el reconocimiento de su madre, *qué mejor que un niño traumado en un aspecto de la Belleza*. La deidad, como todas en realidad, ansiaban el poder, era impuras por su naturaleza de existir por los humanos, esto se extendía hasta en la Bondad. Sabían que llegarían eventualmente a su fin, pero, no tenía por qué ser aburrido, por ello de vez en cuando sacaban a la tierra, desde el lugar sin reflejo, un aspecto de alguna de las deidades. Luego se ponían a vigilarlos.

A veces en verdad conquistaban países enteros, a veces fracasaban rotundamente, otras simplemente no aceptaban su destino y daban paso a salirse del camino, pero, esta vez, la Belleza estaba jugando con todos, se puso de acuerdo con algunas otras deidades y decidió expulsar otro aspecto, el de la Belleza. Esa deidad era tan egocéntrica que buscó el origen de las cosas, hasta encontrar en la aguja de la nulidad, cerca de la cámara hexagonal los escritos del monje nulo. Aquel demente que dijo haber escuchado el camino de la verdad y se le ocurrió subir hasta la última de las agujas de la cordillera.

La parte que más le interesó fue que la realidad estaba dividida en cuatro reinos, el de almas, que ya conocía porque ellos mandan a las personas ahí, el que vivía que era el original, el del reflejo y de los sueños. Sabía que, hace no mucho, se había hecho posible cruzar del reino original al del reflejo, y supo que para mantener la realidad el máximo tiempo, el ser que tocó al monje nulo había encerrado en el mundo de los sueños a los puristas, versiones de poder puro de las deidades, y parecía tener forma de liberarlos según la línea *la voluntad de los humanos sea escuchada, si desean ver a los puros, romper los sueños o asesinar a los reflejos*.

La búsqueda entre los escritos

La carta llegó a la cámara hexagonal, había viajado mediante aves, cada templo tenía una y estaban calculadas las distancias para que pudieran hacer el vuelo, llegaban y pasaban a la siguiente ave, veían si estaba dirigida para ese templo, y si no, ponían su ave, dejaban descansar a la que había llegado y ponía a volar a la otra. Esto era porque los monjes realmente estaban muy, demasiado bien entrenados, debían conocer muchas cosas, pero lo bueno es que podían escoger lo que querían aprender, solo debían cumplir con cierto número de horas y demostrar en la disciplina que escogieron su conocimiento.

Los monjes en la cámara no podían creer lo que leían, un joven que podía drenar el dolor era como el milagro que necesitaban, inmediatamente consultaron las escrituras de los cinco monjes, como eran largas decidieron dividirse en partes los escritos. Y, ¿qué había pasado con el monje nulo?, seguía siendo un misterio incluso en nuestros días. Sin embargo, en los escritos cuando comenzó a escribir hablaba de que sus compañeros habían sido viciados por algunas fuerzas que no comprendía.

Los escritos que inspeccionaban eran cinco libros diferentes separados en muchos capítulos, eran largos, pero ni siquiera juntándolos podían igualarse al escrito del monje nulo. ¿era posible que un solo humano hubiera escrito tanto en el tiempo que estuvo en la aguja?, realmente se ponía en duda si era humano por el hecho de llegar tantos años después. Sin embargo, tanto la generación original de monjes que lo vio subir como la generación que lo recibió en su bajada, rechazaron sus escritos y lo mantuvieron preso para que nadie se enterara de lo que había escrito.

Murió en la propia cámara, en una de las muchas salas que había, y su corona fue la única que nunca apareció. Esto no fue coincidencia, los cinco monjes de la cámara del hexágono conservaban sus coronas con una gema incrustada de diversos colores. El color era lo de menos, la Belleza había convencido de que, si controlaban la fe de las personas, entonces el que ganara tendría el poder. Se mostró humilde de no querer el poder, ya que el mundo era *bello en su manera*, le gustaba verlo así. Dijo que era mejor que el resto de las deidades indujera. mediante las gemas, a verdades diferentes y las plasmaran como lo absoluto.

Se mantuvo observando a las demás deidades, y ellas inducían mediante coronas a cada monje, pero, cuando vio a la Verdad, en cuanto se retiró la deidad el monje tiró la corona, llegó a la conclusión que solo la verdad se obtendría si se quitaba la corona, al hacerlo, se dio cuenta de que no era su verdadero deseo, se suponía que la maravilla del universo era el misterio que cobijaba en cada rincón del sitio.

Con el pasar de los días se dio cuenta de que sus compañeros estaban escribiendo libros que consideraban como absolutos y que eran la verdad que debían seguir, entre ellos, el paraíso prometido. Pero el monje que no tenía corona decidió emprender un viaje para sanar de los vicios de los que estaba rodeado, se sentía con grandes pecados de no poder hacer nada con sus compañeros que decidió escalar la aguja mayor en la cordillera donde estaba la cámara hexagonal.

Aunque él sintió que escaló solo, la deidad de la Bondad lo siguió, y al llegar a la última aguja, en un sitio donde la deidad de la Belleza solo veía muerte por todo el viento, el monótono paisaje y el horrible estruendo de los cielos, vio cómo el monje se recostó y simplemente pensó que había muerto. La deidad de la Belleza regresó y vio que ya estaban divididos en academias los monjes, y en las cinco agujas adyacentes cada uno se separó y dejó la cámara hexagonal.

Se suponía que el hexágono había sido hecho hacía mucho tiempo con material bastante especial, y que representaba la fuerza más potente en el plano real, los seis monjes se encargaban de vigilar a los otros y mantenían la voluntad de un ser que habían olvidado hacía muchos años. Pasó el tiempo y los rumores llegaron a las deidades, para este momento la Belleza ya los había convencido de jugar con las almas un poco. Así es como los aspectos comenzaron a aparecer, a la par el dúo supremo aceptaba su diversión.

El rumor del que se hablaba era de la verdad del pasado, que de alguna forma alguien había logrado escribir lo que había sucedido en los comienzos y que había explicado el funcionamiento de muchas cosas, pero que jamás saldría a la luz, pues estaba bajo custodia de los monjes de la cámara hexagonal. Las deidades solo se vieron entre ellas, querían saberlo, pero, sabían que las demás deidades no se los permitirían, incluso ellas no sabían la verdad.

La Belleza no tenía idea qué hacer, durante mucho tiempo no tuvo idea qué hacer, hasta que se encontró con la casa de los van der Waals. Un matrimonio que juraba podría ser el futuro hijo de la Belleza, tanto el padre como la madre eran sumamente hermosos, y en todos sus intentos de aspectos de Belleza había rechazado la verdad que les ofrecía, e incluso algunos dejaron de vivir a temprana edad.

Pero, lo que vio fue la muerte de la esposa en el nacimiento del niño, Sebastián van der Waals, era enorme, le había causado una hemorragia a la mujer y ese fue el motivo de su muerte. Sin embargo, algo había ocurrido, algo que la Belleza seguía sin entender, el niño había nacido bien, pero tan solo una semana después se dieron cuenta que no tenía reflejo. Su padre inmediatamente lo encerró en la oscuridad.

Pero, el joven tenía en su habitación un ropero con una gran puerta que era un espejo, el mismo con el que cada día su padre lo veía para ver si ya tenía reflejo. La deidad de la Belleza se quedó con la curiosidad y por unos años siguió observando a Sebastián. Hasta que la curiosidad del niño, al querer romper el espejo, pues comprendía el motivo de no poder salir a las afueras del gran palacio, no le hizo ni un rasguño al espejo. El joven estaba dentro del espejo, y la deidad de la Belleza fue la única que vio esto.

La deidad esa noche no se marchó, vio volver a salir al joven, y cuando lo vio dormir dejó de manifestarse en forma transparente y comenzó a tratar de entrar con delicadeza al espejo. Luego ejerció más fuerza, sentía que estaba entrando, cerró los ojos hasta que sintió que no hacía oposición el vidrio. Los volvió a abrir, y el mundo era muy parecido a lo que veía, excepto que las cosas tenían hilos en muchas partes.

En el reino del reflejo se veía un ser que nunca había visto, la estaba mirando fijamente, se sentía muy atemorizada, así que decidió salir lo más pronto. Pero, pensó que, si podía entrar y salir en otro espejo, entonces nunca tendrían por qué darse cuenta el resto de las deidades que había leído la verdad. Ya había investigado la sala, cuando guardaron todo metieron un espejo que el monje nulo siempre dijo que tenía algo en especial el reflejo en él. La deidad de la Belleza no tenía que robar la llave en la sala superior, ni tenía que enterarse alguien de que estaba ahí. La deidad pensaba que tenía por fin, la verdad absoluta.

Una nueva semana

Dobriilo se despertó, se sentía seguro de lo que tenía qué hacer, usó ropas claras, miró las esferas, pensó en llevárselas, pero, decidió que no era el momento. *Cómo podría discernir entre el que es bueno y el que es malo*, pensaba. Además, pensaba que era mejor aprovechar el poder que tenía, era cierto, podía transferir el dolor, pero, una persona podría tener más que otras y sería mejor encontrar al que sufriera más.

Cereza se paró de su cama, no estaba de humor, no quería ir a clases, pero, miraba la ropa que usaba para ser el *mensajero* y decidió que tenía que seguir trabajando para conseguir la verdad. Eso no quitaba el hecho de que no tenía ganas de hacer cosas, por eso no se llevó su broche, en todo caso, lo odiaba. Se arregló con lo que menos trabajo le costara, se llevó su bolso y se marchó con dirección a la escuela.

Zuzen se había mentalizado a lo que tenía que hacer, *hablando se entiende la gente*. Hablaría con Mortem, le entregaría el cuchillo, *como pagar un boleto*, cambió el cuchillo en otra bolsa, y metió la bolsa para el cadáver en el mismo sitio. Se fue a la escuela, y al llegar, esta vez saludó con palabras a sus amigos, Dobriilo le devolvió el saludo, pero Cereza solo hizo gestos con la cara para responder.

Esta vez en las clases hablaban de los acentos en las palabras, de las reglas de la gramática, y así lo harían durante el resto de la semana. Mientras que la semana anterior hablaron sobre las matemáticas, la geometría básica, los misterios de los triángulos, el interesante hexágono sobre la cubierta de un plano, de espirales naturales. En verdad era un paseo hermoso tanto la primera semana como la segunda, y no se movían de sus bancas, era llevarlos a ver otros sitios, sitios abstractos.

Aunque esos temas son bastante bellos, a los tres chicos les parecían tediosos, a Dobriilo porque muchas cosas ya las comprendía, a Cereza porque sinceramente pensaba que podía hacer cosas mejores con el tiempo que estaba tomando, y a Zuzen le parecía estresante porque le costaba entender lo que estaba diciendo. Al finalizar los tres agradecieron que la clase tuviera un fin y que no fuera tan larga. *Pudo haber sido peor*, concordaban los tres, pero ninguno lo dijo, solo se lo resguardó en su mente.

Zuzen fue el que decidió que podía contárselo a alguien primero, pensó que podía contar con sus amigos, así que fue con Dobrilo en la salida, aunque quería que Cereza también estuviera, ella dijo que tenía cosas que hacer. No sabía por dónde empezar, se sentaron en una de las bancas entre las calles. Tomó su tiempo, solo mencionó el nombre de su acompañante, pero siguió pensando en qué decirle. *Que estoy metido con un asesino serial y que me va a hacer...* pensó en decirlo, pero, él mismo sintió que estaba loco de solo pensarlo.

–Dobrilo, yo... quiero contarte algo, mira... el día que fuiste al templo... yo...

–¿Sabes que fui al templo?, ¿cómo lo sabes, Zuzen?, ¿viste... – dijo preocupado.

–Oh, yo, visité la sala de los gemelos de la justicia. Cuando iba de salida te vi entrar en la sala de la Maldad y... bueno, hay un hueco entre las salas en la parte de arriba solo me subí a la banca y...

–¿Viste lo que pasó?, entonces... ¿escuchaste lo que me dijo ese día?

–Ah... sí, bueno, la Maldad volteó a verme y dijo... que le gustaba la justicia. Fue muy terrorífico, pero no quise salir de la sala, no sé qué hiciste tú, pero, sí, escuché lo de las esferas.

En ese momento Dobrilo abrazó a Zuzen, pensaba que no podría decírselo a alguien, del miedo que había sentido, de la tarea que le habían encargado, pero, luego se dio cuenta de que entonces Zuzen sabía cómo funcionaban las esferas. Lo dejó de abrazar.

–Entonces, eso quiere decir que sabes cómo funciona lo que hago. ¿Verdad?

–Eh, sí, bueno, no realmente, solo escuché lo que dijo la Maldad, y que tienes que castigar a uno después de los tres a los que ayudes.

–Es verdad... yo... verás, Zuzen, hay algo que se llama el paraíso prometido, donde los que seguimos la luz viviremos solo en la serenidad y los que siguen la oscuridad serán castigados.

–Entonces, tú... ¿eres parte de dar el paraíso prometido?

–Eso... creo, la dama de la Bondad así me lo dijo, pero... no lo sé, me agrada hacer el bien y eso, pero... castigar a alguien, no me da mucho gusto. No he sabido qué hacer desde entonces, no sé con quién usar mi última esfera y menos con quién vaciarlas todas.

Zuzen que quería contar que encontró a Mortem, se detuvo un tiempo, razonó lo que estaba pasando, él era un seguidor de la oscuridad (si es que eso existía), lo sabía, pero, creía tener en manos al que le ayudaría a su venganza. *No puedo creerlo, si puedo usarlo como lo había pensado... será como dos pájaros de un tiro.*

–Dobriilo... tengo que contarte más de mí. Creo que tú puedes salvar a mi familia, mira... mi padre, bueno, es complicado, a veces llega de noche y si mi mamá no lo atiende, entonces puede que termine en golpes, y yo... necesito tu ayuda, mi madre solo vive con el dolor, pero por alguna razón sigue estando con él, se nota que es un seguidor de la oscuridad, te lo aseguro – lo dijo llorando.

Dobriilo no podía creer lo que escuchaba, alguien tan cercano a él con unos problemas como esos, quería usar la última esfera con Zuzen, pero entendía que el favor sería para su madre.

–Mira... yo me puedo encargar de las tres esferas, las uso con mi padre y yo te las devuelvo para que continúes haciendo el bien. Si todo sale bien, entonces puedo seguirte ayudando con eso, y tú continúas haciendo el bien. Me imagino que debe ser algo muy complicado que tengas que sufrir cada vez que se limpian.

–¿En serio harías eso?, ¿incluso sobre tu padre? – lo dudaba, pero él lo haría con su madre.

–Dobriilo, tú eres el que nos va a traer el paraíso prometido, lo menos que puedo hacer es serte útil en tu cometido. Además... siempre me ha gustado la justicia y estaría contento.

Dobriilo lo pensó un rato, esta coincidencia se sentía divina, seguramente las deidades habían puesto a su disposición a Zuzen y sería alguien como el juez de luz. Ahora estaba convencido de que él era el heredero de la luz. No hacía falta leer el resto de la historia del monje nulo. Aunque desconocía es que esa historia no pertenecía al escrito de ese monje.

Si lo llegaba a saber Dobriilo, no importaba, para él, ya había sido revelada la verdad, y así la llevaría al pie de la letra. Luego, pasó a dar un apretón de manos con Zuzen. Ambos sintieron como si estuvieran haciendo un trato con la mismísima Maldad. Ninguno dijo nada, ambos salían beneficiados. Pero Zuzen sabía que ahora sí debía de endurecerse, y que Mortem era el indicado, afortunadamente seguía el cuchillo en la mochila.

Encargos

Es cierto, pensó Dobrilo, definitivamente ni porque se quisiera hacer el duro, podía castigar a una persona que al final podría ser buena. *Incluso, ese ladrón... espero que encontrara un mejor camino*. Los chicos se marcharon, y cada uno se quedó pensando en lo que debería de hacer. *Pero, esto parece ser una verdad tan importante, que... no sé, no creo que deba dejar que Zuzen tome una carga como esta*.

Bueno, ya está, dos pájaros de un tiro, mi madre y mi padre... pero, tengo que ver a Mortem, se dijo Zuzen en cuanto se despidió de Dobrilo. Se marchó con dirección al gran espejo, ya hasta había olvidado al vagabundo de los patos, se dio cuenta que en verdad no quería justicia, solo quería volverse más frío. Y era justo lo que necesitaba. *Vamos, será como cortar la carne que comes*. Pues, aún sabía lo que Mortem le encargaría.

Cereza se la pasó encapuchada al salir de la escuela, pero, se alcanzaban a ver mechones de color naranja. No hubiera importado, y no le importó, pues no sabía que la estaban espiando, en la terraza del café de enfrente. Allí aguardaba con binoculares, Angelina, sonreía, pues con ese cabello, era fácil saber quién era. Pronto le traería una sorpresita, pues no le gustaba la competencia desleal.

—¿Con qué será mejor amenazarla?, como solo apareces los lunes, Cerecita, mañana mismo te llevaré a dar un paseíto — hablaba sola porque sentía que iba con el momento.

Angelina sonreía, tomaba café, se lo terminó y pagó con una cantidad mayor a la que debía, anotó *quédese con el resto*, se puso unas gafas oscuras como si tratara de que no supieran quien era, pero el dueño del café, que era amigo de su papá, se despidió con: *vuelve pronto, Angelina*. Solo sonrió, pero tenía ganas de partirle el brazo al dueño. El resto del camino se mantuvo bamboleando un abanico, siempre lo cargaba, le daba estilo, según ella.

Ni siquiera hacía calor, al contrario, hacía frío, pero fingía que no para seguir con el abanico, el cual era metálico en donde debería ser madera. No era práctico, pues era más pesado y en consecuencia más difícil de generar aire. No le importaba, se veía bien, era lo principal, llevaba falda, y zapatillas, trataba de lucir las piernas, pero, cualquiera diría que con ese frío era una terrible decisión para vestir, y lo era, pero todos estarían de acuerdo de que se veía muy bien.

Cereza entregó los tres encargos que tenía, de nuevo sin reparar en que era vigilada, entregó el néctar verde y se marchó después de eso. Aunque eso no ocurrió en un lapso pequeño, pensó que hubiera sido demasiado obvio que los tres clientes estuvieran tan pegados a ella, sobre todo como alguien del sanatorio. Cuando terminó de darle el néctar al último, que era su profesor, volteó hacia un lado, al final de la calle se veía a una chica, debía de llamarse Angelina o algo así, no recordaba.

La estaba observando, le mandó un beso en cuanto ambas se vieron, Cereza se extrañó, pues ni siquiera le hablaba, la chica se metió a un carruaje, le dijo algo al conductor, y luego el conductor también se despidió de Cereza. No entendía nada, pero, suponía que les había entregado algo en algún otro momento, *a veces los clientes son tan extraños*, pensó. Mientras Angelina, lo que dijo fue: *Miguel, ¿ves a la chica de allá?, le vamos a dar una sorpresita mañana, despídete por ahora, que mañana la vas a ver de cerca.*

Dobriilo que iba camino a su casa, se preguntaba de si estaba bien lo que estaba haciendo, quería preguntarle a alguien, incluso a Zuzen, pero, sabía que le contestaría que estaba bien. Incluso la dama de la Bondad diría que estaba bien. *Pero, si está bien, ¿por qué dudo que esté bien?*, se trataba de convencer de que lo que hacía no estaba mal, *después de todo, castigar a los malos era bueno, ¿no?, sí...* Pero no lo sentía así. Sentía más que estaba cometiendo un pecado, y se sentía extraño, pues la deidad le diría que no.

Pero... yo, no quiero ser malo. ¿Y era malo?, si podía hacer que tres personas se sintieran mejor que nunca en su vida, pero el costo... el costo que tenía era de una persona. *¿Por qué dudas, cobarde?, si lo dice la misma deidad, entonces, ¿por qué no crees?*, y no contestaba, se quedó en silencio, mirando el cristal de una tienda en el día nublado. ¿Qué veía?, ¿un alma que debía de ser el juez de las personas?, o solo un joven de menos de veinte años.

—A este ritmo yo... — y tampoco quería responder eso.

¿Qué derecho tengo yo de decidir quién es el bueno o el malo?, no lo sé... es decir, yo... soy el aspecto de la Bondad, pero ¿no debería ser bueno?, e inmediatamente otra voz de su interior salía: *¿y no lo eres?, ¿a qué le temes?, esta verdad te ha sido concedida.* No quería seguir hablando de eso, pero su mente no le dejaba pensar otra cosa.

–Yo... no quiero ser malo. Solo quiero ayudar a las personas.

–Si se lo dejas a Zuzen, lo ayudarás mucho, él... se llena de justicia su vida, él puede ser el malo, no tienes que serlo tú, Dobrilo. – Hablaba su voz interior, pero con su boca.

–Pero... es mi amigo, yo no quisiera que se sintiera mal como yo.

–Él no es tan blando. No te engañes, no te sientas superior a Zuzen.

Dobrilo se quedó callado por un gran rato, dejó de avanzar y se quedó en la acera esperando. No sabía qué esperaba, pero quería esperar, no quería llegar a casa, no quería ver a Alejandro, aunque... realmente ya no lo veía. No era momento para pensar en eso. No quería pensar, pero su voz no se callaba, lo seguía, era él el que se ponía piedras en su camino, quería sacar la voz de su cabeza, y tenía ganas de golpearse hasta que se callara, iba a intentar golpearse cuando una mano tocó su espalda.

–Dobrilo, te aseguro que lo que haces no está mal, te daré algo para que nunca olvides que lo que hacemos es por un bien mayor. Sé que te costará, sé que te traumarás, pero, el bien que puedes traer es mayor a tu alma, toma esto.

Dobrilo abrió la mano, y quería decir que no era más el aspecto de la Bondad, lo iba a hacer, pero, la dama le tomó fuerte la mano, la abrió y ella misma le puso el anillo. Tenía una joya blanca al centro, nunca le había parecido algo particularmente bonito porque brillara, pero, ese anillo lo veía y se sentía muy atraído hacia él. No podía parar de mirarlo, hasta que la dama chasqueó sus dedos, lo miro de frente, le tomó el rostro con ambas manos y le dijo:

–Escucha Dobrilo, eres tú el heredero de... – pensó en decir, *la Bondad*, pero eso no le pareció tan llamativo, y recordó lo que dijo el chico – de la luz... sí, exactamente. Has venido a quitar la oscuridad de este lugar, a... exterminarla, de preferencia. ¿Entendiste?

Dobrilo continuaba mirando el anillo que ahora ya tenía puesto. La dama solo puso cara de que parecía que hablaba con alguien de poca o nula inteligencia.

–No importa, solo... no te quites el anillo. Es una orden, no una pregunta. – y lo acarició como mascota. Esta vez afirmó Dobrilo con la cabeza, pero siguió sin decir algo.

Desde el lugar sin reflejo

¿Y qué hacía el anillo?, *nada*, respondería la dama de la Bondad, entonces, ¿cuál era su propósito?, *convencer. No hace nada más que eso*. Lo decía entre la niebla del lugar sin reflejo. ¿Y dónde estaba el lugar sin reflejo?, era la cumbre de la meseta, el lugar donde todas las deidades estaban. Se le llamaba así, porque en verdad no tenía reflejo, en el reino del reflejo existía la meseta, pero había otra cosa, un palacio donde la Hilandera se encargaba de sus hijos, y sus hijos de los reflejos. Claro, no estaba sola.

La Hilandera no era más que el equivalente del dúo supremo, pero esa era una jurisdicción muy diferente. Lo cierto es que tanto el dúo como la Hilandera tenían el objetivo de conservar el equilibrio, no sabían por qué, pero sabían que, lo que los creó se los había solicitado así. Esto solo lo sabían ellos, pero, a diferencia del reino original, en el reino reflejado, no existían deidades, y había algunas criaturas que atemorizarían a cualquiera. Estas criaturas eran sus hijos, y tenían el encargo de mover a los seres humanos... o algo que parecía un ser humano.

Pero... ¿y el anillo?, ¿de qué servía?, tenía razón la dama, de nada servía en sí. No contenía nada especial, las deidades no tenían magia, no sabían cómo conceder lo que decían que tendrían sus aspectos, era el dúo supremo quien podía hacer eso. Lo único que podía hacer una deidad era estar en cualquier lugar que quisiera, pero, no podía estar en todos los lugares a la vez. Los que creaban la realidad eran Oscuridad y Luz. No hacían nada más que esperar, ¿qué esperaban?, eventualmente el fin.

En el lugar sin reflejo desde el comienzo existió la niebla que aún está presente. Se crearon las cosas y ese planeta fue desde el inicio, por su posición, el elegido para que la vida brotara. Era la única semilla de todo el universo que había logrado tener vida, era el lugar que había que proteger, o hacer que durara la mayor cantidad de tiempo. Lo cual es irónico, que el tiempo sea la causa asegurada de su muerte, y que sea el origen de su vida.

Los días pasaban, y el dúo no sabía qué hacer, solo sabía que debía conservar el equilibrio, pero, no parecía que pudieran intervenir, tan solo existir, era lo principal que debían hacer, pero tan solo uno de esos tantos días, apareció alguien más, y más, en esos días aparecieron muchas más criaturas. Eran las deidades, creadas cuando un animal pensó en verdad.

El dúo desde el comienzo de los días sabía hablar, las letras, tenían entendido, venían de un origen que desconocía, al igual que el tiempo y las dimensiones, así como otras que después descubrieron los humanos. Eventualmente las deidades crecieron y pudieron hablar como ellos, la Oscuridad se la pasaba mirando a la Luz, y la Luz hacía lo mismo con la Oscuridad, esperando a que algo pasara. Y cuando hablaron las deidades, pensaron que el dúo eran sus padres. Oscuridad y Luz, pensaban que prácticamente lo eran, así que las mantuvieron en el lugar sin reflejo.

Como los humanos, las deidades se aburrieron pronto, una vez que obtuvieron un raciocinio mayor, querían ser parte de cambiar lo que pasaba en el mundo y poco a poco se dieron cuenta de que podían dejar el lugar sin reflejo, pues también pertenecían a los humanos. Como vieron a sus *hijos* aburridos, el dúo supremo comenzó a preguntarles qué querían hacer. Las deidades dijeron que usaran algunas de las almas que pasaban por ahí. Pues, al morir las almas iban desde donde habían muerto hasta la meseta.

Al llegar a la meseta, las almas se dirigían a una aguja en la parte este de la meseta, al tocar la punta, se desvanecían como si fuera polvo. Así fue como se hicieron con los virtuosos. Ellos mismos fueron los que crearon los lugares en los que cada deidad se resguardaba, ya que el dúo le dio parte para ser tangibles y poder cargar cosas. Fue muy interesante en un principio, ver cómo se erigían edificios en la meseta. Entonces, mucho después las deidades de nuevo se aburrieron. El dúo, de nuevo, volvió a preguntar qué deseaban.

Esta vez dijeron que querían poder, pero la Oscuridad tanto la Luz se opusieron, les dijeron que eso no pasaría nunca, pues ellos eran los encargados del poder, pero, que podían usar las cosas mundanas para convencer a la gente. Lo único que podían hacer nuevo fue volverse transparente. Pero no les dio ningún poder más. Una de las deidades, parecía controlar al resto, no tomó la acción del dúo como algo que le disgustara, al contrario, convenció al resto de que podían hacer coronas para unos monjes.

¿Por qué tenía tanto interés en esos monjes?, Fue una casualidad que la Belleza fuera a la aguja donde fue el monje nulo, solo quería apreciar la belleza desde esa altura, vio a un ser, pero estaba muy oscuro, su toque hizo que el monje que llegó esa noche muriera.

La Belleza era la única que sabía que realmente el monje nulo no fue el primero en subir hasta esa aguja, sabía que había llegado alguien más, sabía que ese ser que no pudo ver era el padre de todo, pues al tocar al monje, este comenzó a hablar demasiado rápido, y habló de muchas historias, explicaba demasiadas cosas, la Belleza no tenía una mente superior, solo memorizó muy pocas cosas, desde ahí se interesó por los monjes. Y no erró, pues llegó el monje nulo mucho tiempo después.

Así fue como después, las deidades entregaron las coronas, con la gema que hoy la dama de la Bondad le puso al anillo de Dobrilo. Realmente, no hacían nada en ese entonces y no hacía nada ahora, tan solo convencían a las personas, una vez que se les mostraba la deidad, el resto se lo creían. Jamás hicieron algo, tan solo les daba confianza de que así debía ser. Hacían lo que en verdad querían, y se sentían halagados de tener algo de la deidad. Se habían desviado del equilibrio, y ahora suponían que la corona les decía qué hacer, cuando en realidad, hacían lo que querían para satisfacer a la deidad que se les mostró.

¿Por qué la Verdad no funcionó con el monje nulo?, sí funcionó, justamente pensó que la verdad era quitarse la corona, e ir a la aguja más alta. Entre todos, fue el que más lo llevó al extremo. Y ahora, Dobrilo tenía un anillo, ¿por qué no una corona?, porque ya habían pasado de moda, y una deidad debe de actualizarse con sus artilugios. Dobrilo también quería ser alguien que hiciera el bien. Quería ser el padre que no tuvo con las personas, quería ser el abrazo que no tuvo cuando estuvo solo, la madre que no castigara a sus hijos.

Y así estaba siendo, se convencía de que el anillo le hablaba, *haz esto, haz aquello*, pero no, él en verdad quería ser el aspecto de la Bondad, pero, no quería verse malo de tener que castigar a alguien. Al igual que los seis monjes de la cámara hexagonal, no era más que un títere de las deidades. Y detrás de todo esto, las deidades disfrutaban estar contentas, de la misma forma el dúo estaba esperando pacientemente, pues tarde o temprano, sus hijos morirían, y tarde o temprano llegarían nuevos hijos, y tarde o temprano de nuevo morirían esos hijos, hasta que eventualmente murieran ellos. No hacían más que esperar, pero la espera no tenía por qué ser mala, era interesante ver cómo ellos mismo se causaban daño. Ahora dos chicos eran aspecto, otro no tenía reflejo, ¿y qué importaba?, ni el primero ni el segundo eran su problema, era de la Hilandera, eventualmente el fin llegaría, esperar, era lo que hacían.

Las víctimas del té

Entre las calles, el viento iba y venía, las fachadas de colores donde predominaban los oscuros acompañaban la tarde Dobrilo. Ya habían pasado las clases, estaba en una banca, observando su mano izquierda, las aves cantaban, pero, no hacían más dulce el ambiente. Hacía frío y la gente iba y venía con ropa caliente. Pero esto no importaba, pues el joven continuaba mirando su anillo. Blanco, puro, hermoso, se sentía enérgico para mostrar su cargo. Se preguntaba cosas que no iban al caso.

Aquella señora, la que se está admirando de que su familia era pulcra, ¿en verdad lo era?, había varias señoras reunidas, esta vez Dobrilo miraba con más atención, afinaba el oído y trataba de escuchar lo que decía. En el lugar, había un asiento vacío, el resto de las mujeres se mantenía con su taza de café o té en las manos. Parecía que querían que lo escucharan a los cuatro vientos.

–Como les dije, mi hija, es una malagradecida, apenas y tiene los quince años, pero, estoy segura de que de que solo está por conveniencia conmigo.

–Conveniencia de qué, no tienes ni techo para vivir – y se comenzaron a reír todas las demás.

–Mira quien habla, la que se la pasa sacándole dinero a su padre, el anciano ya debe tener más de setenta y tú le pides dinero para vivir contigo. – de nuevo, se volvieron a reír.

–No, no, él me apoya porque quiere. Además, yo no le pido nada. Pero, ya vieron a la hija de nuestra vecina. Un fracaso total. Su madre no hace más que alentarla a ser una inútil.

–Y que lo digas, y no se diga tu hijo, todo un drogadicto por estas calles, ¿no? – dijo la vecina.

–Pero, al menos no viene borracho cada madrugada ni hace un escándalo como el tuyo.

–Pues el mío no ha estado de flojo durante tanto tiempo, si de fracasos hablamos el tuyo ingresó a la universidad, ¿y qué hizo?, la abandonó el primer día, le quedó grande el lugar.

Y las mujeres simplemente se veían, querían golpearse, pero continuaban tomando té, todas decían que llevaban la mejor de las vidas, no de la faz, sino, la mejor de las vidas de entre ellas tres. Tomaban té orgullosamente, pensando de forma estúpida, que tenían que competir.

–Pero tengo a mi otro hijo, pronto terminará la carrera, ya verás, tan solo le falta menos de un año. Ninguno de los de ustedes ha llegado tan lejos. – y se sentía victoriosa.

–No importa, para eso está el hijo de la vecina de enfrente, ese chico sí que es todo un ejemplo por seguir. Calificaciones de alto rendimiento desde el comienzo de su educación. Incluso le ayuda a tu hijo cuando va a preguntarle por cosas. Él sí es un chico excepcional.

Y seguían alegando, pronto hablaban de cosas que ni siquiera eran suyas, se mantenían pensando que debían ganar, incluso si ni era de ellas, pronto hablaban de que la puerta de una vecina a la que ni le hablaban era más bonita que la de la primera mujer. O que tenía mejores prendas otra vecina que apenas y conocían. ¿Y ese chico que era excepcional?

Bueno, todo el mundo decía que lo era, pero, él sentía que no, pensaba en que debía de salirle todo bien. Pensaba más en el fracaso que en la diversión de la universidad, la terminaba, no por gusto, sino porque no podía fallar. Iba ligero en el camino, pero iba lleno de expectativas ajenas. Pero sonreía, le gustaba ser útil, incluso si sus padres no lo conocían.

Dobriilo, por supuesto no conocía nada del trasfondo de esas señoras. Prefirió marcharse, pero decidió que definitivamente, ellas no merecían el camino de la bondad. Y se sintió extraño, porque, en verdad quería que estuvieran muertas. Sentía como si de verdad se merecieran morir. *Después de todo... yo, sí puedo hacerme cargo de eso.* Sin embargo, de lo que uno dice a lo que uno hace hay una distancia variable que puede ser inconmensurable. Por eso, decidió que Zuzen era la mejor opción por ahora.

Así como el cielo era gris para Dobriilo, lo era para Cereza, estaba siendo llevada en el carruaje de Angelina. Al salir, la siguió, le dijo a su chofer que se mantuviera cerca de ella, y cuando estuvieron solas, ella llegó por detrás, la saludó, y le dijo *sube, o te aseguro que te quedarás sin mano para vender.* Estaba relativamente cerca, Cereza lanzó el broche como de costumbre, pero, Angelina lo cubrió con el abanico que llevaba. *Muévete,* dijo Angelina, Cereza subió, y la chica que subió después recogió el broche.

–¿Ves esto?, es lo que te costó que supiera quién eras. – le mostraba el broche.

–¿Qué es lo que quieres, Angélica?

–Me llamo Angelina, Cereza.

–Qué coincidencia, yo también me llamo Cereza – dijo, en tono de burla.

–No te hagas la lista o te juro que no vas a distinguir entre la luz y la oscuridad. – le dijo Angelina con la navaja que al inicio había mostrado para que subiera al carruaje.

–Es por tus clientes, ¿no es cierto?

–No eres lista para ocultar tu identidad, pero sí para el motivo de tu secuestro, bravo.

–Vamos, tengo clientes que atender, mueve el pico o déjame ir.

–Verás, a mi papá, no le gusta que le tomen el negocio sin pedir permiso, y el permiso no son palabras... si tú entiendes. ¿Quién es tu proveedor?

–Claro, los Phoenix, así que... tu padre, interesante. ¿Mi proveedor?, es... alguien que le cae muy mal a tu papá... digamos que es la policía.

–¿Qué?, ¿acaso te refieres a... así que así es como consigues todas esas cosas, ¿eh? Bien, estoy impresionada, lo admito, y creo que podemos llevarnos mucho mejor de lo que esperaba. ¿Qué te parece si lo hablamos mañana mismo, en el café de enfrente a la salida, pero sin navajas?, Miguel, deja de ir con dirección a las afueras de la ciudad, regresa, ah... dime, ¿dónde quieres que te dejemos?, no creo que quieras que te vean bajar de un carruaje.

Al llegar a unas calles de su casa, Cereza se bajó del carruaje y Angelina le regaló un chocolate, usualmente les regalaba puros a sus invitados, pero dudaba que Cereza fuera de ese tipo de personas. Otras veces procuraba darles una rosa, en todo caso, *hay que poner rosas a los muertos*, esta vez se quedó la rosa, fingiendo que era parte de su vestimenta.

–Nos vemos mañana, Cereza, de mujer de negocios a mujer de negocios, no faltes. – se metió una paleta, pues en verdad odiaba el alquitrán, pero aprendió que debía llevar algo en la boca para denotar poder.

Cereza solo le guiño, ya había ocurrido lo que quería, y seguía viva, *no estoy segura de si eso es realmente bueno*, se refería a seguir viva. Se resignó y continuó avanzando a su casa. Se comió el chocolate, sabor a trufa, *nada mal... debe valer bastante*, pensó después.

Las víctimas del alcohol

Dobrílo al marcharse, decidió que debía ver a más gente, y avanzó sin estar seguro de a dónde ir, pero siguió la calle cercana al café, y encontró a tres hombres que parecían alcoholizados. Se sentó cerca, como antes, y comenzó a prestar atención a lo que decían. Hablaban sobre su pasado, se abrazaban y lloraban, aunque también hablaban de su presente, sobre sus hijos en realidad, y sobre su esposa. Al igual que antes, solo había tres.

—No puedo creer que el anciano me tratara así en mi infancia. Digo, ¿no podía tener más tacto conmigo?, sé que no soy su hijo, pero...

—Así son, y cuando ya están decrépitos te ruegan para que los ayudes a hacer todo.

—Al menos a ti no te pasa como al tipo... ¿cómo se llamaba?, no importa, el que venía con nosotros, tu hijo es normal, así que deja de quejarte.

—Sí, yo he estado manteniendo a ese pequeño desde que nació, pero, su madre... siempre lo niega, yo sé que no es mi hijo, pero está en mi techo, aun así, no soporto ver el engaño.

El último que habló era un policía, parecía estar de turno, pero tomando alcohol, en esta parte de la ciudad... no estaba seguro de dónde estaba, pero ahí un oficial dijo que el niño no era suyo, otro le dijo que su hijo era normal y el otro que su padre seguramente le rogó para que lo cuidara. *¿El pasado justificaba los hechos?*, no estaba seguro. Decidió marcharse pronto, pues no sabía dónde estaba y siguió unas calles con la esperanza de que fueran las indicadas.

Zuzen iba con dirección a la pared de cristal, aunque lo había hecho el mismo lunes, se arrepintió y se dirigió a su casa. *Postergarlo solo lo hace peor para ti*, pensaba, y quería postergarlo, aunque se dijera eso. Llevaba el cuchillo, *solo siendo frío vas a poder liberarla*, y temblaba, quizá del poco frío que había. Cruzó las mesas donde se habían conocido los tres chicos. Consistían en muchas mesas separadas diagonalmente en un ángulo de noventa grados a 5 metros con respecto a su centro. Cada una era de forma hexagonal, tanto en su base inferior como la superior, tenía una apotema de casi un metro y en cada lado había una especie de banco con forma de paraboloide en su parte superior. Todas estaban cubiertas por un quiosco con punta de prisma piramidal con base cuadrada con tejas de terracota.

Solo había lozas hexagonales en el área de las mesas. En cuanto terminaba un camino con hexágonos continuaba. Nunca había notado tantos hexágonos en el camino, pero, sentía las ganas de quedarse a admirarlos un buen rato, *no, ve ya con Mortem*. Se dijo y dejó de ver los hexágonos. Sentían que ahora alguien lo veía a él, y era probable que fuera Mortem, aunque solo eran las aves. El camino que tomaba tenía una distancia de casi tres metros entre las paralelas de los extremos, se componía de dos pedazos gruesos al extremo y el resto del centro eran piedras hexagonales.

Un rojo muy suave que tendía a rosa era el color de la mayoría de las piedras, sin embargo, en algunas partes se tornaba gris o tendía a azul muy claro, no se imaginaba la paciencia que debió hacer algo como eso, ordenar las piedras y ponerlas. El lado de cada hexágono debía de ser como veinte centímetros y al llegar al extremo era cortado el sobrante. Eventualmente llegó al lago, ese no tenía una forma, o al menos no parecía verla bien. Solo estaba la anciana que había presentado quejas, rodeó el lago, el suelo era de concreto y parecía seguir la forma del lago.

El perímetro del concreto se distanciaba de unos doce metros del perímetro del lago, se suponía que debía haber más gente y en ciertos puntos había círculos de concreto donde alguna vez hubieron puestos de comida. *Debieron de hacer un puente*. Pensó Zuzen, pero, era bastante innecesario, menos ahora que casi nadie se presentaba por esos lugares. El clima se tornó más frío por los árboles y el agua del lago, aun así, Zuzen no temblaba por el frío. El camino hexagonal volvía a comenzar, y de nuevo volvía a mirarlo. Hasta que llegó a una serie de escaleras, ahí estaba la pared de cristal.

Cuando llegó a la cima, no había nadie, así que se mantuvo esperando, y así lo estuvo haciendo durante casi una hora, el cielo parecía que daría apertura a una lluvia. Tomó el cuchillo de su mochila, lo miraba, tocaba su punta, le daba curiosidad aquella herramienta, se preguntaba a partir de dónde las herramientas eran usadas para bien o para mal, cortan, pero, cortar a veces es bueno. ¿Cortar carne era bueno?, dependiendo el contexto, muchos dirías que sí, cambiando el mismo contexto, muchos dirían que no. ¿Y qué de las torturas?, cortar a alguien... ¿depende del contexto?, sentía en ese momento que se iba a cortar su dedo, dejó de tocar la punta, y no supo si eso era bueno o era malo.

¿Por qué Mortem es como es?, ¿tan solo mata por gusto?, no estaba seguro, pero alguien estaba detrás de él, sonriendo, mirándolo muy hacia abajo, lo acarició de nuevo como si fuera un perro, no se veía molesto, suponía que encontrar algo como ese cuchillo tomaba tiempo, y era natural que tardara tanto su pupilo. Le hizo una seña de que se parara y el chico lo hizo.

—Este fin de semana, vendrás en la madrugada del viernes cuando empiece el sábado, y te enseñaré a ser frío para tu venganza. Usarás este mismo cuchillo. Imagínate, que te dieran un animal completo en tu cena en vez de un trozo, no es de buen gusto, no te lo podrías comer. Uno debe ser igual de considerado con los patos.

—Sí... — seguía temblando mucho y se notaba en su manera de hablar — yo... fue lo que pensé, hay que preparar... la cena para que disfruten su venganza.

—Bien, ahora márchate, no parece que tengas el valor para hacerlo, pero, no importa, porque te aseguro que si no es el vagabundo el que esté en cuadros, serás tú — se lo dijo cada vez agachándose hacia Zuzen, y sus grandes dedos tocaron los cachetes del joven, lo miraba directamente a sus ojos. Zuzen esta vez sí mojó sus pantalones y se puso pálido.

Mortem no lo decía en serio, solo quería asegurarse de que Zuzen estuviera el fin de semana, le caía bastante bien, pensaba en que se había vuelto bastante blando, pensaba en el detective que lo perseguía, le gustaba dejarle una lección a alguien. Era muy cuestionable que la lección fuera para soportar el dolor, pero, no le importaba, cualquiera diría que era malo, pero, una vez en frente de él, definitivamente asegurarían que dependía del contexto, y que, sin duda, en ese contexto, no parecía nada malo, después, se marcharían corriendo a sus casas.

Eso mismo hizo Zuzen con una mancha en su ropa, no le importaba si lo llegaba a ver alguien, o eso creía, pues una vez que llegó a las puertas del parque, decidió tomar un periódico tirado en el camino y se fue ocultando su pantalón. Mortem se pasó riendo un rato, todavía tenía el toque para dar miedo. De entre sus ropas moradas, sacó una foto, le encantaba ver esa foto, y el mundo parecía que no le debía nada, que le estaba compensando todo, se sentía tan tranquilo de ver el rostro de ojos rasgados. *Sí, sí, sí, la vida fue muy injusta sinceramente, pero... bueno, hay que dejar el pasado en el pasado, además... ya está muerto el que me lo debía, pero ahora, lo que quiero es a...* no lo terminó, guardó la foto, se dirigió al espejo y se marchó.

El flujo del dinero

Era un té, con poca azúcar, era de naranja. Angelina le ayudaba a prepararlo, después de todo, los socios potenciales debían ser tratados muy bien. Las mesas eran de un color oscuro, no se podía saber bien si tendía a rojo o a café, pero combinaban con los sofás, color café claro, tendían al sepia, no, tendían más al beige. Una maceta separaba las mesas contiguas, no conocía el tipo de planta. Si le preguntaran a Cereza tan solo diría que era verde, nada muy útil para saber qué planta doméstica era.

–Verás... mi padre siempre ha querido recuperar todo lo que han juntado los policías, y bueno, no sé cuánto deseas por estar con nosotros, no estoy segura ni qué deseas.

–Así es, Cereza, verás... siempre he tenido esos errores en mi mente, cómo es que tantos cargamentos han sido... bueno, ya sabes, así que, ¿qué es lo que deseas, Cereza?

–Lo que quiero... no sé si me lo puedan dar – y entregó un pedazo de papel con varios caracteres. Tomó un trago del té, se limpió con una servilleta y miró a los ojos a Pávlov.

–Bien... ¿qué significan estos números, chica?

–Significan el número de caso. Un caso de ciudad Crisálida, quiero obtener la información de ese caso. Y claro, el dinero no viene mal, solo no se preocupen porque sea mucho, tendrán su néctar y yo espero tener mi caso.

Pávlov miró con una sonrisa a Cereza, le gustaba cómo negociaba, estaba prohibido fumar, pero de no ser así hubiera celebrado con un puro o un cigarro, lo que estuviera más cerca. Sin embargo, respetaba las reglas del lugar, en todo caso él había solicitado todo el lugar para ellos tres, así que, era lo mejor considerado que podía ser con su amigo.

–Apenas estoy entrando en el negocio en esa ciudad, ¿sabes?, aun así... si es humano, es corruptible, así que, considera un hecho que tendrás esos documentos. Ahora, toma esto – le entregó un sobre grueso con una cantidad considerable de dinero, no era nada si conseguía el néctar de los policías, luego, tomó un trago de su café, no le gustó.

–Bien, cariño, mantén el flujo del néctar y no habrá problemas, si necesitas más, pides más.

Se marcharon todos, tenían cara de que eran personas muy ocupadas, Pávlov y su hija se fueron en un carruaje, y Cereza se marchó caminando hacia el norte de la ciudad. La habían invitado a la casa de los Phoenix, pero les dijo que tenía un asunto que tratar. *Me agradan esas palabras, los asuntos hay que atenderlos cuando se deban.* Le respondió Pávlov, y se marchó con una gran sonrisa, tenía naipes que jugar y sin duda sentía que los estaba jugando muy bien en ese mismo instante.

¿Qué asunto tenía que arreglar?, no era muy certero, se dirigía hacia el noreste de la ciudad, cuando el parque se transforma en el panteón de la ciudad, una gran hilera de árboles indicaba que el terreno de esa parte ya no era parque, llegó hasta el sagrado horno, entró y tocó la campana. El señor que llegó tenía un aspecto enojado, irritado. Su gafete decía Félix Renoir.

—Supongo que el muerto puede esperar otro rato. ¿Qué deseas pequeña?, no te ves cerca de necesitar mis servicios.

—Quiero saber qué pasó con Salazar, el suegro de Teresa — dijo mostrando el sobre de dinero.

—Hija, no deberías meterte en este asunto, porque puede que de verdad necesites mis servicios si continúas metiéndote en donde no te llaman, — luego abrió el sobre y vio que los billetes eran de la más alta denominación que estaba en el mercado — pensándolo bien, creo que se me está refrescando la memoria.

—Quiero que me cuente todo, más allá de eso, de la muerte del detective Hamilton — Cereza no sabía el nombre de su papá, así que dio su propio apellido.

—¿Tantas ganas tienes de morir?, te puedo dejar descuentos si deseas, solo dame más dinero.

Cereza se quedó sin decir algo, no parecía agradarle el humor de Félix.

—Está bien, acomódate — cerró las ventanas y bajó las cortinas — verás, Teresa es... alguien que planea muy bien las cosas, digamos que... tenía una familia, su suegro se dio cuenta de sus intenciones, se fueron incluso a un juzgado y terminaron tildando de senil al señor Salazar. Luego de eso, no fue coincidencia que muriera envenenado, en fin, misteriosamente desaparecieron las hijas del señor antes de su muerte. Toda una tragedia.

–¿Y usted no hizo nada sabiendo todo eso? – lo detuvo cuando iba a proseguir.

–Chica, yo no estoy del lado de nadie, estoy del lado del dinero, guarda silencio y escucha. Con respecto al detective Hamilton no te puedo decir casi nada, no lo enterraron aquí, mantuve mi comunicación un rato con Teresa, después de todo me iba a dar una casa algo lejos de aquí, una vez la tuve, bueno, se acabó la amistad, dudo que empezara siquiera. Lo enterraron en ciudad Crisálida, no permitieron que saliera de ahí.

–¿Algo más que me pueda servir, señor Renoir?

–Bueno, creo que en verdad sabes en lo que te estás metiendo, hija, la reina bermellón no se anda con rodeos cuando alguien se mete en su historia. Mejor cuídate las espaldas, o, si quieres darme más dinero, entonces no te las cuides. Te estaré esperando, te tendré un lugar especial porque me caes bien, dime, ¿cómo te llamas?

–Cereza Hamilton Debesse, y sí, lo tengo demasiado claro. Gracias, no sabía que era ella.

–No me lo creo... apellidos Hamilton y Debesse, claro, claro que sabes en lo que te metes. Bueno, con mucha más razón te puedo tener un lugar especial entre mis jardines, no cultivo nada, pero siempre siembro algo. Ven el día que quieras, que te tendré un féretro muy cómodo para cuando te tengas que marchar.

Cereza seguía disgustada por el humor del señor Renoir, lo veía fijamente sin decir algo, se acomodó el cabello, se despidió con el rostro y se marchó del lugar. El señor Renoir estaba contando los billetes que tenía el sobre, no eran tantos como los que obtuvo con la reina bermellón, pero, no importaba, iba a gastar pronto, después de todo el muerto que estaba atendiendo podía esperar. *No es como que se me vaya a ir caminando*, se dijo y se comenzó a reír.

Estaba lloviznando, no llevaba paraguas, Renoir lo sabía, la alcanzó y le entregó uno, tenía el nombre Renoir pues era para sus clientes, tenía una manía por pensar que ir a ese lugar era como ir a comprar latas de alimentos o pasar por ropa nueva, sentía que no tenía nada de diferente ir a cortarse el cabello que estar ahí, hasta tenía llaveros, también le dio uno.

–Espero que me lo regreses cuando vuelvas, viva o muerta, como gustes. Es broma, quédatelo.

Un viaje apacible

Dobriilo otra vez no hablaba con nadie, parecía que nadie se merecía el camino del bien, ¿y qué derecho tenía él para decirlo?, esto ya no lo detenía, miraba el anillo, con bastante desdén, como si no hubiera nada más que preguntar por su posición del heredero. Estaba más seguro de que lo debía de hacer, pero, no estaba seguro de si de verdad hubiera alguien que mereciera la redención de la Bondad, así le llamó a transferir el dolor.

Zuzen se la había pasado cortando carne en su casa, toda la semana ayudó en la cocina, se la pasaba cortando cada trozo, e insistió en comer carne cada día hasta el viernes. Se paraba frente a la tabla, tomaba el cuchillo y cortaba suavemente, respetaba la carne y dejaba que el filo hiciera su parte, sentía lo frío del metal, de la carne, lo suave que se deslizaba su mano, cerraba los ojos, sentía un ritmo de una música que no sonaba, era la calma en su mente, estaba seguro de que podía hacer lo que Mortem le pediría.

Cereza miraba su mochila, miraba su bolso donde llevaba las cosas de la escuela, su mochila estaba a la mitad de su capacidad, contenía frascos de néctar verde, lo miraba con algo de culpa, con algo de esperanza, estaba mal, sí, pero, quería saber la verdad. *No es el hecho, es más que eso, es el sistema, está mal hacer lo que hago, pero, el sistema es el culpable por permitírmelo y orillarme a hacerlo.* Esta vez no olvidaba nunca su broche, el resto de los días fue al almacén, tomaba de poco en poco, y ahora estaba segura de que obtendría la verdad.

Era el viernes por la tarde, los tres tomaron lo que añoraban, Dobriilo su anillo, se quedó mirando hacia la ventana, *un paraíso por entregar, un mundo por enjuiciar*, Cereza guardaba su mochila en algún lugar menos obvio, *eventualmente llegaré al precio de la verdad*. Zuzen, tomaba su cuchillo, y cortaba con suavidad, *es solo carne, Zuzen, nada más*, dejaba el cuchillo, y se marchaba con dirección al parque.

Llegó de noche, ahí lo esperaba ya Mortem, con un cadáver partido en varios trozos, una mesa, el cuchillo de obsidiana y un cuchillo de carnicero que estaba cargando en ese instante, algo rojo, indicio de que lo usó hace poco. Zuzen miró con demasiado pavor el cuerpo, pero se llenó de valor pensando en lo que le dijo Mortem. El cuerpo estaba dentro de una caja de plástico, Mortem se había tomado la calma de dejar desnudas solo las partes a cortar.

–Ya tienes aquí el cadáver, Zuzen, no seré duro contigo, solo cortarás las piernas y los brazos, sin manos ni pies, del resto me encargo yo. Adelante, yo voy a tirar la basura. – y sonrió, como si lo que tenía enfrente no fuera un cuerpo, como si fuera un día de campo entre padre e hijo. Lo pensó, no, no era como padre e hijo, era como si tuviera un hermano mayor.

Mortem tomó la parte que iba de la cabeza al estómago, las manos y los pies, se veían sus ojos llenos de dolor, sus dedos tiesos y sus pies fríos. *Es por una buena causa*, le susurró en la cabeza al muerto, después de todos, Mortem tenía sus modales. Lo metió en una bolsa oscura, Zuzen le entregó la bolsa que llevaba, metió la bolsa oscura en la bolsa de Zuzen y se marchó. Bajó por las escaleras, rodeó la pared de cristal y caminó con dirección al este, había una pequeña cerca que indicaba el fin del parque, con su descomunal tamaño no tardó nada en atravesarla, y siguió caminando.

Ese lugar estaba desolado, ya no había árboles, era solamente pasto. Aunque había algunos insectos, el hecho de caminar asustaba a todos y los que no se movían a tiempo terminaban por ser parte del lodo que contenían los zapatos de Mortem, el cual era altamente probable de ser el mismo que tenía cuando Zuzen lo conoció. *Tendrán que disculparme, pequeños, encontrar de mi talla es casi imposible*. Además, si encontrara, era de esperarse que no quisiera cambiarlos, admitía que le hacía falta un poco de limpieza, pero, no podía aparecer de la nada en la lavandería. Claro que podía conseguir jabón... *mucho esfuerzo*, pensó mientras cargaba a un muerto partido que pesaba de forma considerable.

El pasto terminó eventualmente, dejó caer la bolsa, y ahí esperaba pacientemente un agujero que ya había hecho él, en un extremo una pala, había un par de piedras y decidió tomar un descanso. Se lo tenía merecido, aquel día había estado caminando todo el tiempo, consiguiendo herramientas que Zuzen necesitaría, había caminado durante un buen tramo, le dolían las piernas y tenía mucho calor. Se comenzó a estirarse un rato, a tronar sus dedos y su espalda.

–Nada como un viaje de noche, ¿no? – le preguntaba al muerto.

Como no esperaba contestación, se quedó mirando a las estrellas, si tuviera una bebida hubiera sido el momento perfecto, le tendría que convidar a su invitado, pero no le molestaba.

Mientras Mortem se relajaba con el silencio, acompañado de alguien de pocas palabras, Zuzen miraba con lágrimas un brazo cortado, tenía el cuchillo de obsidiana, y quería cortar, pero estaba muy manchada toda la carne. *Uno no puede cortar así, hay que tener higiene*, se dijo y tomó un trapo que estaba en la mesa, comenzó a limpiar la piel, no parecía continuar sangrando, estaba manchado porque la caja de plástico estaba llena de sangre.

Cerró los ojos, esta vez, por fin tenía sus pantalones secos, pero comenzaba a lloviznar, tomó el brazo, y dio un corte delgado, sintió el cuchillo, y su mente le daba las imágenes de los cortes que hizo en la semana. Deslizó el cuchillo, *qué suavidad, qué elegante*, en verdad, el filo recorrió de una forma que parecía seguir un ritmo increíble. No estaba seguro, era como si él solo hubiera dicho: *comienza... termina*, y el cuchillo pensara en la interpolación entre los dos puntos que le dieron.

¿Qué habrá dibujado la fuerza del cuchillo con respecto al tiempo?, ¿una catenaria?, era lo menos importante para Zuzen, pues no veía a un muerto, veía una rebanada de alimento, ya había probado el filo del cuchillo, y sinceramente le gustaba. Era como si el cuchillo le pidiera que lo usara: *por favor, tenemos que cortar más*. Y Zuzen sentía que no podía hacer nada más que cumplir los deseos del cuchillo. Tomó el cuchillo de carnicero que dejó Mortem y sin dudar lo partió en dos el brazo de aquel desconocido.

Comenzó a cortar en cuatro pedazos la primera parte, y dejó en la caja el hueso, ¿habrás sido el húmero, el cúbito o el radio?, era el húmero, pero no le importaba, dejó cuatro tiras de carne, y comenzó a hacer cortes paralelos, comenzaba a hacer cuadritos, comenzaba a tomar forma, entendía lo que le pedía Mortem, y entendía que era más allá, ¿era la justicia?, ¿a quién le importa la justicia?, lo que sabía es que estaba cortando algo, no distinguía entre el bien y el mal, estaba cortando y le gustaba, estaba lloviendo y no le preocupaba, se sentía extasiado, ¿para qué eran los cuadros de carne?, no lo recordaba.

Prosiguió con la otra parte, miraba el cuchillo, eso era sagrado, alguien se lo había pedido, pero, no recordaba quién, sus ojos no parecían ser sus ojos, sus manos andaban con firmeza, era como cocinar entre semana, cortaba con brutalidad con el cuchillo de carnicero y con delicadeza con el cuchillo de obsidiana, blandirlo era como bailar y no quería parar.

Después del acto

Eventualmente, la carne terminó por ser cortada, con excepción de la primera rebanada, el resto lucía como trozos de jamón, de un tipo de jamón muy extravagante. Zuzen lo miraba la bolsa que contenía los trozos, sus pupilas tomaron el tamaño común y ahora no parecía dominado por sustancias como el néctar verde. Miraba la sangre de la caja, miraba los huesos entintados de un rojo profundo. Tenía ganas de meterse en esa caja y de terminar rojo. Todavía se sentía extasiado, pero no tenía carne que cortar, esperaba tranquilamente sin moverse de la roca donde se había sentado, frente a la mesa de madera.

Sus sentidos retornaban, pero el deseo no se marchaba, no estaba muy seguro de por qué estaba en ese sitio, solo y con cuadros de carne de un desconocido. Antes de volver en sí totalmente, metió la punta de todos los dedos de sus manos, las sacó y se la pasó mirándolas, cómo se había metido la sangre a sus uñas, y comenzaba a recordar al ladrón ciego, esto era justo lo que quería, y recordaba por qué lo hacía, ya se sentía listo para cobrar su venganza, sin embargo, se olvidaba de salvar a su madre. Al parecer no era lo principal, salvarla era más algo colateral ahora que lo pensaba.

Mortem había terminado de enterrar el cuerpo, se sentía rejuvenecido, iba de regreso a la pared de cristal, se contentaba con ver las estrellas, caminaba cargando la pala, había enterrado el cadáver fuera de la bolsa, pero puso la bolsa en el agujero después y enterró todo. Respiraba el aire nocturno, pensaba en el detective, le hubiera encantado abrazarlo... se sacudió de pensar eso: *no deberías pensar eso... aunque, nadie nos ve ahora*. Así que continuó pensando en el detective y se fue el resto del camino mucho más contento.

Zuzen con su chamarra con manchas rojas, estaba admirando sus uñas cuando llegó Mortem, lo volvió a acariciar como si fuera una mascota, y Zuzen regresó en sí, los dedos manchados ya estaban secos y se sentían duros al intentar moverlos, era incómodo, pero le gustaba a Zuzen el aspecto. El clima continuaba dando paso a una lluvia muy ligera. Por instinto, Zuzen abrazó a Mortem, y este lo recibió muy bien, de hecho, se puso aún más alegre que antes.

—Muchas gracias — dijo Zuzen susurrando, desde debajo del pecho de Mortem.

—No te preocupes, pequeño, estoy seguro de que te encargarás bien de tu padre.

Zuzen se separó, lo miraba a los ojos con confianza, algo que nunca pensó que pasaría, notó que Mortem tenía un aspecto de alguien cariñoso, su piel se notaba dura, y era de color café suave, quizá fuera por la noche, pero, se sentía bien de verlo, se sentía muy bien de saber lo que hizo, y de que estaba preparado para usar las esferas en su padre. Mortem se imaginaba que el chico que abrazó era alguien más, y mostraba su rostro con una gran sinceridad.

–Iré a tirar la sangre y los huesos, tú, encárgate de traer los bocadillos.

–Entendido, maestro – sintió que era el momento de decirle así, y Mortem no reclamó.

Tan solo los cuchillos, la mesa, las rocas y la pared de cristal que los miraba, quedaron en el sitio, Mortem cargaba la caja y Zuzen la bolsa de carne. Al llegar al lago, el gran chico derramó la sangre en el agua, tomó los huesos y los aventó como si fueras piedras. Los patos llegaron por el ruido que provocaron los huesos, y Zuzen comenzó a repartir los bocadillos. Estuvieron así por media hora y al terminar, Zuzen amarró la bolsa y la enterró en la orilla del lago.

–Tu chaqueta está machada... por suerte es lo suficientemente larga para que no te mancharas el pantalón.

–Es... cierto, ¿qué hago con esto?, no pensé llegar hasta aquí...

–Dámela, y márchate a descansar, Zuzen – se lo dijo tocándole el hombro con la mano. Esto le pesó demasiado a Zuzen y se estaba desequilibrando.

Zuzen entregó la chamarra, volvió a abrazar a Mortem y se marchó. Siguió el mismo camino que lo llevó a ese lugar, miraba ahora el cielo en vez del suelo, se preguntaba qué haría Mortem ahora, o... a dónde vivía, y, sentía que caminaba cerca de él. Una presencia tan grande como la de su maestro era algo que con mucha dificultad se pasa por desapercibido. Pero, claro, los sentidos engañan y la mente convence de que no hay nada. Y, era verdad, Mortem iba cerca, desde el reino del reflejo, observando a un Zuzen reflejado.

Se dividieron los caminos y Zuzen se marchó a su casa, mientras que Mortem se dirigió a casa de la mujer a la que había asesinado. Vivía ella sola, nadie quería vivir en una casa donde ocurrió un homicidio, así que estaba más que libre para él. Tenía el inconveniente de la cama, pero, había puesto un sofá para entrar más cómodamente, aunque seguía sin entrar.

Ni siquiera había pensado en dónde vivir cuando llegó por primera vez a la ciudad, se había marchado de su casa cuando... no tenía caso recordarlo. Aquel sitio era suficiente para Mortem, tenía una foto del detective al lado de donde dormía, había luz, al parecer la señora pagaba por adelantado y la compañía se rehusó a rembolsarle el pago de todo ese año. Había una tienda de abarrotes cerca. Tomaba lo necesario, a horas donde podía hacerlo, los dueños no tenían idea cómo es que eran robados, pero, no le ponían tanta atención a eso, tenían asuntos más importantes como el negocio del néctar verde.

Era una casa muy grande para una anciana que vivía sola. Según lo que estuvo leyendo tuvo buen trabajo mientras vivió y ahora tenía dinero considerable, pero no vivía entre lujos realmente. Mortem se preparó un té, había demasiadas cajas de demasiados sabores, no estaba en contra del té y menos si no tenía que robar para eso. El agua potable corría por las tuberías, igual, el monopolio de electricidad resultaba ser manejado por la misma familia del monopolio de agua, así que también disfrutaba de eso.

Tomaba un pan que había tomado hace pocos días, se relajaba y pensaba en que ahora sí usaría jabón, era hora de darle un buen uso al resto de cosas en la casa. Quizá... conseguir más ropa. *¿Qué le gustará a Osher?*, pensaba mientras comía. Le gustaba pensar en qué hacía, y, aunque parecía que tomaban caminos distintos, nunca se había sentido así en otro momento de su vida. Quizá Osher quería atraparlo, era pequeño pero tenaz, le recordaba a Zuzen, se sentía contento de que todo lo que le pasó le pasara.

De alguna forma, sentía que los hechos de dolor habían sido necesarios para conocerlo, después de todo, eran el motivo por el que había escapado. Veía la foto cerca de la cama *prestada*, y sentía que no le debía nada al mundo. Era extraño, hace poco quería asesinar a todos y ahora... hablaba consigo mismo mirando al techo.

—¿Sabes? quizá no tengo familia, ni casa propia, ni terminé una universidad, ni muchas otras cosas, pero, si tú estás conmigo... siento que no tengo problemas, es como si tuviera reflejo y ya no fuera raro. Cuando te veo... te admiro, porque sinceramente dudo de mí y tú no de ti. Pensé que esto no era para mí, pero, no parezco controlar algo de todo esto y eso me estresa... honestamente, me gusta que hayas sido tú, y quisiera despertar y ver que estás aquí.

Un sueño

Despertó, miró a su alrededor. Estaba en una zona desolada, era de madrugada, pero, no sentía frío, no estaba muy seguro de dónde estaba, alguien le tocó la espalda. Se volteó inmediatamente, y, aunque pensó que se trataba de una sola persona, vio en frente de sí a un par de gemelos, cada uno sostenía una balanza con una mano y con la otra sostenía una de las partes de la balanza. De haber formado un cuadro, uno diría a primera vista que había un eje de simetría entre ellos. De no ser, claro, de que uno tenía los rasgos más finos y la otra tenía rasgos más toscos.

—Ahora que has despertado... — tomó una pausa para que la mujer prosiguiera — has sido liberado... —lo mismo hizo ella, que parecía que tenían la misma voz— tu camino al lugar sin reflejo debes comenzar... Somos la injusticia, y estamos aquí para decirte que estás muerto... mas no temas... ni te tranquilices... no te dañaremos... ni te ayudaremos... comienza tu camino.

El vagabundo no entendía nada, tenía ganas de correr, pero, se sentía flotando, se intentó pellizcar, pero su mano atravesó su propio brazo. Entonces, se quedó mirando su brazo y notó que era un poco transparente. Ahora se fijaba en el suelo, había una parte de la tierra que se notaba que había sido movida hace un poco. Entonces entendió de qué hablaban los gemelos. Volvió a subir la mirada, los vio sonreír y se marcharon como arena en agua.

—Y ahora, ¿qué haré? — dijo, esperando una respuesta, pensando que alguien lo escuchaba.

Pretendía seguir preguntando si le respondían, aunque no recibió respuesta alguna, tomó la piedra y logró fingir sentarse en ella, esperando a que pasara el tiempo. Mantuvo los brazos encima de sus piernas y su cabeza pegada a ellos. Se mantuvo llorando, pero sus lágrimas no salían. Quizá lo que menos pensaba era que ahora no traspasaba su propio cuerpo, que ahora no estaba flotando y que lo habían destazado y todo para que un chico se volviera más frío. Al comienzo, se preguntaba qué haría, pero después quiso dejar de pensar. Solo se mantuvo sollozando porque no sentía lágrimas. Hasta después, sintió que en verdad salían lágrimas, y lloró más fuerte. Quería abrazar algo o a alguien, pero, pensó que no tenía caso, y no se daba cuenta de que se estaba abrazando a sí mismo. Se mantuvo en silencio hasta que el amanecer llegó, con la esperanza de que aparecieran los gemelos. Por supuesto, eso no ocurrió.

Cuando tocamos fondo a veces parece que hay dos opciones, tomar las riendas de nuestras vidas o simplemente evitarlo. En este caso ya estaba muerto, así que no parecía tener otro camino que no fuera tomar las riendas de... ¿su vida?, bueno, de... su muerte. En fin, se paró decidido a ir al lugar sin reflejo... si tan solo supiera dónde estaba. Y, se dio cuenta que estaba pisando el suelo. Nunca había estado tan alegre, pues no sabía lo importante que era eso para él y lo magnífico que se sentía no estar flotando.

Quizá sea por el sol, pensó, y continuó caminando, no estaba seguro de a quién preguntar dónde estaba el lugar sin reflejo, pero, avanzó, se comenzó a sentir más sólido, se tocó el rostro, y efectivamente esta vez no atravesó su propia piel. Pensó que no tenía que ver tanto con la luz del sol, así que comenzó a pensar que flotaba. Cerró los ojos y dijo en voz alta: *flota*. No funcionó, pensó que eso de por sí era muy infantil, así que, volvió a cerrar los ojos y se concentró, esta vez, en verdad creía que estaba flotando, abrió los ojos, y no estaba pisando el suelo.

Sintió mareo y después pensó que eso no era realidad, y al hacerlo cayó y le dolió la caída. A la par que se daban las ocho de la mañana, continuaba su trayecto, ahora entendiendo más cómo funcionaba eso de estar muerto. No se sentía particularmente enojado por haber muerto, ni pretendía recordar cómo había muerto, lo cierto es que no tenía hambre y nunca había estado así desde hacía un buen rato. Parecía que se vivía mejor estando muerto, eso le causó gracia. Continuaba avanzando sin saber a dónde, pero, se sentía ligero y disfrutaba de lugares que nunca había visitado.

Comenzaba a recordar lo que había vivido, las veces que habían sido injustas las personas por pensar en primera instancia que les robaría en sus negocios, no tenía rencor, era razonable, pues hasta él mismo había sido educado de esa forma. Perdió a sus padres a temprana edad, el problema es que en la ciudad se consideran como los correctos. No le extrañaba que no obtuviera trabajo, si él hubiera estado en el lugar de los que empleaban, pensaría lo mismo. Pues más allá de lo injusto que eran esas personas, era lo injusto que era el sistema al educar así a las personas. Recordaba que la gente se consideraba como buena, que la tecnología estaba prohibida porque robaba la esencia, que alguien sin la educación básica no tenía valores, que amar estaba limitado entre hombre y mujer y que los hijos debían respetar.

Veía el estrecho que quedaba entre su ciudad y la ciudad Crisálida, *de estar vivo, este viaje no parece que permita vivir al que lo intente a pie*. Era cierto, las ideas de las ciudades no eran particularmente muy bien aceptadas en la otra, en Crisálida se decían ser los vanguardistas, mientras que en Hoja Celeste se consideraban los ortodoxos. No recordaba haber escuchado nunca de la injusticia, *realmente están equivocados*, pensó, y tenía la razón, en las salas del templo celeste no existía la injusticia, además, las pocas veces que fue, todo el sitio estaba vacío, podrían decirse que eran muy bien portados, pero nunca iban al templo.

Seguía marchando entre el tramo desértico entre ambas ciudades, se asombraba de que pudiera estar así, sabiendo que no tan lejos de ahí Hoja Celeste con sus numerosos árboles, aparentemente sí era verdad que habían cuidado mucho el suelo. Aunque el cielo realmente lucía nublado, no parecía llover mucho en la zona. Nadie se había preocupado por cuidar ese tramo y suponía que era perfecto para decir que fuera de la ciudad no había vida o era terrible. En cualquiera de las dos ciudades, claro.

Así como él admiraba el sol desde una zona donde la muerte era más que segura, Dobrilo lo hacía desde su ventana, estaba contento, pues vería a Zuzen, le había hecho llegar una carta que había preparado desde hacía unos días, usualmente las cartas llegaban a donde debían y no tardaban tanto, estaba vestido para la ocasión, llevaba la caja con las tres esferas y aunque sabía que moriría alguien, estaba contento, pues él no tendría la culpa. *Zuzen lo entiende, entiende la importancia que hay en esto, sabe que es más importante el paraíso prometido que su padre*. Se mantuvo diciéndose Dobrilo toda la mañana. *No es mi elección, ni la de Zuzen, así lo ha querido la dama de la Bondad, y nosotros hacemos su voluntad*.

Caminó con dirección al parque, donde lo citaba la carta, al medio día, Zuzen estuvo en frente de su amigo, más contento que nunca, pues tenía ganas de ahora sí ver a alguien sufrir. *Cortar fue divertido, pero creo que quiero un poquito más de acción*. Lo tenía planeado, casi no durmió, era sábado y su padre estaría en el club del este de la ciudad, con su madre estaría en la casa, en cuanto estén llenas las esferas, se las llevarías, recordaba perfectamente lo que dijo la Maldad, *el que toque con su piel*, no se le olvidaba ese detalle, sabía a dónde llevar a su padre, y a dónde llevar a Dobrilo. Este era el mejor de los fines de semana que había tenido, pero, sentía que quería cortar algo, *a su debido tiempo, lo haremos, pensó*. Y sonrió a Dobrilo.

Otro cliente contento

Zuzen llevó al oriente de la ciudad a Dobrilo, ahí se encontraba su casa, evitó las calles que tenían lugares donde se sirviera alcohol. Llegó, entraron y saludó gritando. Dobrilo se exaltó de ver tales modales, pero no quiso decir nada, al final de cuentas era él el invitado y no Zuzen. Fueron a ver a su madre, la mujer parecía desconcertada, no esperaba a su hijo, y parecía que había ocultado algo en alguna parte, al menos eso se escuchó antes de que entraran Zuzen y su amigo.

Dobrilo fingiendo ser un médico dejó su caja con esferas, la abrió y tomó una esfera como si se tratara de un tratamiento totalmente probado en laboratorios de alta calidad, aunque, decir que es una esfera es incorrecto, es más un poliedro con muchas caras, podrían ser un gúgol, no, eso quizá eran demasiadas caras. En fin, se acercó a la mujer que rondaba de edad antes de los cincuenta.

—Madre Isabel, se aliviarán sus penas en menos de lo que cree.

La mujer lo miraba con cara de inverosímil, uno pensaría que por lo que le dijo su hijo, pero era porque no esperaba verlo todavía con ella. Casi no hablaban juntos, Zuzen pensaba que su padre se lo había prohibido, *es de esperarse ese tipo de acciones de ese cerdo*, contestaría. Isabel pasó a mirar a Dobrilo, el joven doctor miraba el reloj, seguramente para recetarle algunas pastillas de nombre muy extraño en un horario que la haría despertar de madrugada.

—Por favor, recuéstese, póngase cómoda, pues se quedará dormida en cuanto acabemos.

La mujer lo hizo, no decía absolutamente nada. Miraba el techo, nunca le había puesto atención, quizá porque no quería ponerle atención a los jóvenes que tenía alrededor. Dobrilo había visto que ya era tarde, el camino que había tomado Zuzen era en definitiva uno que no convenía en absoluto, incluso rodearon una gran zona, Dobrilo no tenía ni idea de por qué se comportaba así, ir a su casa con un camino mucho más directo hubiera tomado mucho menos tiempo. Además, pasaron a comer en el camino, Zuzen parecía no llevar nada de prisa por lo que iban a hacer. Eran las seis de la tarde, pronto anoecería y Dobrilo tendría que quedarse en casa de Zuzen. No le había pedido permiso a nadie, pero ese no es particularmente algo que te preocupe cuando nadie se preocupa por ti.

Dobriilo tomó asiento, ya estaba más preparado, las otras veces no sabía que caería al suelo de tal forma, ni que sentiría el dolor de la gente de esa forma. Lo cierto es que aún no sabía cómo funcionaba el tiempo que estaba inconsciente, uno tardó considerablemente más que el otro. Trajo una silla al lado de la cama, tomó asiento, tomó la esfera, miró a la mujer, tomó aire y acercó su mano lentamente a la muñeca de la señora.

Al tocarla, se preparó para recibir los golpes del marido que no conocía, pero, no pasaba nada, estaba viendo hacia el suelo, no era él... era un... vestido, amarillo, estaba llorando, él ya no tenía los ojos abiertos, lo sabía en el fondo, pero, se preguntaba por qué no recibía golpes aún, seguramente pronto lo haría. Se paró, fue a un tocador, el maquillaje se había arruinado con las lágrimas, pero era una hermosa mujer la que miraba al espejo. Tocaban la puerta al instante, más bien, la golpeaban intensamente.

—Abre inmediatamente, Isabel. No tengo tiempo para perderlo contigo.

Así hizo, fue a la puerta y al abrir, una señora de casi cincuenta años entraba con el semblante enrojecido, recibió una bofetada en cuanto entró. Se cayó al suelo. La mujer le gritaba.

—¿Cómo pudiste cometer un acto tan estúpido como ese, Isabel?, ¿Planeabas ocultarlo?, ya habíamos acordado que no te casarías con el hijo de los Dedekind — Dobriilo recibía patadas de la mujer — pero, ahora, ahora te casarás, y mantendrás a ese engendro por el resto de tu vida, ¿oíste, Isabel?, más te vale que te olvides de ese tipo como sea que se llame el bastardo.

El recuerdo se desvanecía, entraba otra imagen, Zuzen en la habitación veía que ambos cuerpos se retorcían, al inicio su madre se movía más brusco y con el paso del tiempo el que se movía violentamente era Dobriilo. Había un joven, unos veinte años, quizás, era apuesto, estaba llorando, Dobriilo sentía que él también, se estaban despidiendo.

—Lamento... lo lamento, Isabel. Siempre te llevaré al lado de mi pecho — mostrándole una imagen dentro de un collar.

—Y yo a ti, ambos no queríamos a... ya sabes, esto — apuntaba hacia ella misma — pero, mi madre dice que está prohibido el... bueno, mencionarlo también lo está. Estaré bien, pero... siempre pensaré en lo que pudo ser, y me arrepentiré por el castigo de mi madre, de...

El recuerdo de nuevo se desvanecía, Dobrilo sentía un verdadero dolor en su abdomen, las imágenes volvían, no había visto aún al marido, eso le preocupaba pues ya había tardado mucho, lo observaban, lo sostenían de los brazos, le decían algo, pero no entendía tenía mucho sueño, demasiado y entonces despertó, en una cama, se tocaba el vientre y comenzaba a llorar como nunca lo había hecho. Dobrilo no entendía por qué lloraba. Comenzó a gritar muchos *no* y *por qué*, y se golpeaba la cabeza.

Después de eso otras imágenes aparecían. Era un día calmado, la puerta sonaba que se cerraba, era el mismo cuarto en el que estaba cuando comenzó el proceso. Miraba a la ventana y veía que se marchara Zuzen, habría una pintura, y detrás había marcas paralelas con una marca diagonal encima de cuatro de las verticales, Dobrilo puso otra en la pared, volvió a colocar la pintura, y se puso a llorar. Esas imágenes las vio muchas veces y muy rápido.

Entonces ambos dejaron de moverse, Dobrilo soltó la esfera, dejó de tocar a la madre de Zuzen. Ya eran las diez de la noche, Zuzen se quedó observando todo el tiempo, se puso unos guantes de cuero, tomó la esfera que ahora estaba en el suelo, la metió en la caja que había dejado Dobrilo en el tocador, abrió la puerta con un gran sigilo. La dejó entreabierta cuando se marchó, lo mismo hizo con la puerta de la casa, pero la puerta del domicilio la dejó bien cerrada.

Se marchó, llevaba una gabardina y un sombrero de detective, hacía frío en la noche, se dirigía justamente a las calles que había evitado en el camino de venida, la ciudad en esas partes era mucho más luminosa de lo normal. Era la lujuria en persona, le ofrecían néctar en cada esquina, se alzó el cuello de la gabardina para que no se viera su rostro aún tierno de la edad. El sombrero se lo bajó y se puso unos lentes oscuros que venían dentro de los bolsillos de la gabardina. Sabía a dónde estaba su padre, cada sábado era igual.

Entró a un sitio del que había mucha gente, en la entrada decía claramente que no se admitían a menores, no era problema para Zuzen, pero, por su jovial semblante, podrían dudar fácilmente de eso. El cantinero estaba ebrio a la hora que entró el joven, las once de la noche, bastante temprano, así lo estaban también muchos más. Se acercó a uno y fingió la voz grave:

—Busco a un oficial —mostrando la placa de su padre, le señalaron un lugar y Zuzen ahí fue.

El espectáculo para Zuzen

Zuzen se acercó a su padre, estaba medio dormido, no parecía tener el arma que cargan los oficiales. Tomó un vaso de lo que creía era agua y se lo aventó a la cara a su padre.

–Vamos, es hora de ir a casa, tomaremos uno que otro atajo para que sigas tomando.

–¿Qué quieres, bastardo? – todas las palabras las dijo de una forma algo inentendible.

De nuevo se quedó medio dormido, así que Zuzen lo cargó, dejó un rato la caja con esferas oscuras, una vez que tenía a su padre bien, volvió a tomar la caja, se fueron, y en las calles oscuras, Zuzen veía que nadie los espiara, se preocupaba de que lo vieran, pero luego de un rato pensó: *está borracho, solo lo llevo a su casa, es mi padre*. Había más gente con él, pero ninguno se opuso a que se lo llevara, realmente el resto de sus amigos sí estaba dormido.

Después de dos horas de gran esfuerzo, llegaron a la zona del extremo oriental de la ciudad. La frontera con otra ciudad constaba de un bosque, lo sabía muy bien Zuzen, había un cuarto donde se hacían cuestionarios especiales para gente que no quería cooperar con la ley. Su padre venía justamente a hacer algunos. Entraron, Zuzen sabía dónde estaba la llave, lo sentó, cuatro faroles con luz, que, aunque en lúmenes quedaban bien posicionadas, en luxes era cuestionable su puesto, y eso que en candelas se suponía tenían una gran fabricación.

Sentó a su padre en la silla del cuestionado, dejó las esferas justo como Dobrilo, abrió la caja, y la dejó en frente de su padre. Suponía que se retorcería como Dobrilo y su madre, pero que iría más allá de lo que vio. Cuando Dobrilo tiró la esfera, esta no recibió daño alguno, supuso que eran prácticamente inquebrantables. Tomó una, la miraba como un gran tesoro, sintió a alguien, se volteó y vio la mismísima deidad de la Maldad. Sonreía, no decía nada, hacía gestos de que prosiguiera y de que él se quedaría callado. *No te preocupes por mí, querido, prosigue.*

Abrió la mano de su padre, y le dio la esfera, al toque el señor abrió los ojos, se contorsionaba, se cayó al suelo como si hubiera sido fulminado. Zuzen pensó que ya había muerto, volteó a ver a la Maldad, y él le señaló el resto de las esferas. Zuzen se acercó temeroso a su padre, abrió ambas manos ahora, y dejó las esferas en ellas, se volvió a retorcer y la Maldad susurró:

–Será mejor que te marches de aquí y pongas llave a esa puerta.

La Maldad, muy bien vestida, se quedó en la sala, mientras que Zuzen se marchó, y abrió la escotilla para espiar a los cuestionados, pensó que en verdad su padre había muerto ya, no le parecía justo que fuera así de sencillo, de pacífico, pensó que había más acción. Hasta que el padre abrió los ojos, eran totalmente oscuros, volteó a ver a Maldad y vio que sonreía.

–Mira este bonito reflejo – tomaba la cabeza del padre por el cabello y le hacía mirar la pared.

Las cuatro paredes de ese lugar consistían en un metro de concreto y el otro de cristal, el señor D. comenzó a retornar en sí, sus ojos volvieron a la normalidad, ya no parecía alcoholizado, miraba su reflejo, parecía que le ponía atención, y justamente eso hacía.

–Eres la burla de todos, todos lo saben, todos lo saben, eres la burla de todos...

Seguía diciendo lo mismo. Veía que eso le decía el reflejo, volteó a otro lado, vio en otra pared.

–Lo sabías desde el inicio, tú no fuiste, tú no eres ni serás, lo sabías desde el inicio...

Ahora dos reflejos se mantenían hablando, buscaba otra pared, escuchaba ahora otro reflejo.

–Ella nunca te ha amado, eres el juguete de su familia, ella nunca te ha amado...

No sabía a dónde mirar, miró hacia la puerta, estaba Zuzen, y también lo escuchaba hablar.

–Eres un cobarde, jamás has estado conmigo, te lo mereces...

Entonces, se inclinó, miró al suelo, pero las voces continuaban:

–Eres la burla, lo sabía, ella nunca, eres un, todo, inicio, fuiste, eres, serás, jamás, juguete, conmigo, todos lo saben, familia – ya ni podía distinguir bien lo que decían.

Veía tres esferas hermosas, pero en cada una veía a una persona diferente, a su madre, a su esposa y a su padre. De nuevo comenzaban a hablar en un bucle infinito. Intentaba razonar.

–No entiendo por qué te quieres casar con ella, ella no vale la pena, pero haz lo que quieras...

–Estoy... estoy... seremos... seremos... juntos... lo cuidaremos bien... es... nuestro... es... tuyo...

–Hijo, ella... no deberías forzar el amor... pero, si tanto insistes, no olvides que es tu culpa...

Miraba a otro lado, miraba sus manos, alguien le susurraba por detrás. Era su propia voz.

–No te engañes – sonaba más fuerte que el resto de las voces, pero cuando callaba, seguían escuchándose el resto – tú tienes la culpa... – y de nuevo, repetía lo que dijo.

El padre de Zuzen se volteó, se cayó al suelo, lo que veía era él mismo, se arrastraba hacia atrás, gritaba *no, aléjate, yo, yo, no yo no fui*, Zuzen solo veía a su padre moverse sin sentido, hablar sin sentido, quien estaba frente a él era la Maldad, sonriendo, no se movía ni hacía nada, había un gran silencio para Zuzen, exceptuando la voz de su padre.

–Yo, yo, no tengo la culpa, ella, es ella quien me engañó, yo no fui, ella, ella me mintió, ella tiene la culpa. Ese bastardo, él no es, ella debe ser la que pague.

–¿Y cómo la has hecho pagar?, ¿dónde está tu honor? – sonaba su propia voz – no te engañes.

–Pero, yo, cada noche, yo...

–No cabe duda de que eres la vergüenza en esta ciudad, todos lo saben ya, no te engañes.

Miraba a otro lado, pero aparecía otra vez alguien que era idéntico a él, alguien que tenía la voz de él, se le acercaba cada vez más, y entonces le tocó el bolsillo. Él sacó lo que había dentro, una navaja, la abrió, seguía volteando a ver.

–¡Deténganse!, guarden silencio, ¡yo no soy el juguete de nadie!, ¡yo soy la víctima!, yo, yo... yo soy a quien deben de pedir disculpas, yo... yo no puedo... yo no...

Continuaba gritando, pero nadie se callaba, tenía el cuchillo, se puso de pie, gritó como si tuviera un intenso dolor, y con el puño que tenía libre golpeó el espejo, pero ahora veía el reflejo que estaba multiplicado por cada fragmento, lo escuchaba todo más fuerte, corría e iba al resto de espejos, los miraba, gritaba y los golpeaba, su mano estaba ensangrentada, su cara estaba empapada en sudor, sus mejillas llenas de lágrimas, su garganta adolorida de sus gritos, sus oídos punzaban de todo lo que escuchaba.

Entonces, se decidió a mirar su otra mano, tenía el cuchillo, razonaba, eso intentaba, tenía la respuesta, sonreía como si fuera alguien tonto, entonces tomó con mucha seguridad el cuchillo, lo llevó cerca de su cabeza, seguía riendo, y entonces, Zuzen vio cómo su padre clavaba el filo para arrancarse lentamente la oreja, el grito que daba aterrorizaba a Zuzen.

Zuzen intentó moverse, pero alguien tenía sus piernas a sus costados, y dos manos con grandes uñas se le clavaban en las sienes para mantener abiertos sus ojos. Se movía para no ver lo que estaba en frente. Pero era inútil.

–Tú, no te irás a ningún lado, mi querido Zuzen, ya pagaste tu entrada, disfruta el espectáculo.

El oficial se desangraba por sus dedos, y en su mano yacía una navaja muy carmesí, la oreja estaba fría en el suelo, pero no bastaba, seguía escuchando con la misma intensidad cada una de las palabras, ya ni siquiera estaba seguro de qué decían, pero seguramente decían lo mismo. Tomó la navaja con la otra mano, y comenzó a gritar todo el tiempo: *cállense*.

Zuzen sabía qué iba a hacer su padre, no pudo hacer otra cosa más que vomitar, al ver que su padre, de nuevo sostenía frente sí la navaja, la clavaba, gritó aún más fuerte, parecía que no se acordaba del dolor del sangrado de su oreja, su mente no procesaba ese dolor, y aún con las dos orejas en el suelo, continuaba escuchando las voces. El joven suplicaba: *por favor*.

–Ustedes... ustedes son, mi voz, eso es, y entonces... – y abrió su boca, y con la navaja comenzó a cortar lentamente su lengua, era como si no pensara que sus orejas no estaban, que estaba más que asegurada su muerte por hemorragia, y continuaba, ahora no podía pronunciar palabras, ahora solo decía sonidos primitivos, pero Zuzen seguía implorando: *detente*.

Y con eso, el padre, continuaba viendo a los reflejos, había dejado de hablar todos por fin, él mismo ya no escuchaba nada, todo era silencioso para él, estaba convencido de que ningún reflejo hablaba y así era como lo percibía. Sin embargo, los reflejos comenzaban a salir de cada fragmento, de cada esfera, iban por él, tenía que hacer algo, tenía que pensar en algo.

Lo único que escuchaba Zuzen eran vocales, en su mayoría escuchaba *a*, el suelo era más rojo que gris como en un comienzo, las paredes estaban totalmente rotas y las lámparas seguían iluminando desde cada esquina en lo más alto aquel desdichado cuarto. Zuzen sentía que su interior se revolvía, que su mundo se volvía una montaña rusa, que no quería de nuevo hacer esto, que no quería haber hecho eso a su padre, que después de todo no era tan malo, que no quería experimentar algo más intenso como había dicho, que no debió conocer a Dobrilo, que debió de alejarse de ese camino, que debió de terminar la universidad simplemente.

Después de muchos gritos de sonidos que distaban de ser palabras, el oficial miró la navaja, ya tenía su respuesta, ya sabía cómo evitar que los reflejos siguieran caminando hacia él, estaba muy contento, estaba tan alegre por razonar, estaba tan feliz porque aún había esperanza, para qué, no estaba seguro, pero dejaría de ver esos reflejos, y lo que hizo fue levantar la navaja, y sin pensarlo la clavó en su ojo, después la sacó, se aseguró de que estuviera bien hecho el trabajo, se acuchilló 3 veces más y luego procedió con su otro ojo, hizo lo mismo y mientras lo hacía reía como estúpido, era libre, era libre, veía solo oscuridad.

Se moría lentamente y no lo sabía, era feliz porque solo veía oscuridad, hasta que... algo apareció, no eran sus ojos, era su mente, seguía riendo como alguien con inteligencia casi nula, tomaba la navaja y apuntaba a su cráneo, apuntaba a su mente, pero falló, ya había perdido demasiada sangre, no coordinaba nada, su mano apuntaba en un principio bien al cráneo, pero durante el trayecto, se iba muy diferente, terminaba por dar un golpe que no daba más que al aire.

Veía la imagen en su mente, era Zuzen, ese bastardo, gritaba con rabia sonidos que no se entendieron para quien lo veía. Entonces, recordó, claro, la tenía, dejó caer la navaja al suelo, comenzó a buscar en su costado, cayó al suelo, aunque el cerebro seguía sin procesar el dolor, era notable que su sistema se desmoronaba, sacó un arma de fuego, después de todo sí la llevaba consigo. La recargó, era algo que no podía fallar, abrió su boca, parecía que iba al dentista diciendo un largo *ah*, y entonces estaba muy contento, tan solo tenía que cerrar el dedo y todo se acabaría, dejaría de ver al desgraciado de Zuzen.

Zuzen solo vio un chorro de sangre salir del cráneo de su padre, la Maldad lo soltó, Zuzen se tiró al suelo, su rostro sentía la tierra ensuciada por lo que había comido con Dobrilo, no se movía, estaba casi tan inerte como su padre, pero distaba mucho de tomar su semblante, pues el oficial murió contento, con una gran sonrisa. La sangre se tornaba más oscura, el día se tornaba más claro, y así padre e hijo compartían postura. Uno tenía pulso, uno tenía marcas, uno tenía respiración, ambos tenían sudor en todas partes, ambos tenían lágrimas en todo el rostro, ambos parecían muertos y uno en verdad lo estaba. Era un gran tiempo de paz, no había ruido, yacían dos personas en el suelo, pero lucían en paz, no había ruido ni movimiento.

Volveré pronto por tu padre, Zuzen, disfruta tu descanso y reflexiona lo que hoy degustaste.

Silencio al amanecer

El joven abrió los ojos, estaba entre el calor de la madera y una cobija que seguramente Isabel le puso encima. Se levantó, miró alrededor, había cosas en la cama, ropa, una maleta y otras cosas más sobre maquillaje, caminó con dirección al tocador, vio en el reflejo la pintura, la retiró y vio demasiadas marcas paralelas, miró a la mesa de noche que estaba debajo de la pintura, ahí había una nota y una carta. La nota no tenía nombre, pero la carta estaba dirigida para Zuzen. La tomó y la comenzó a leer:

“Seas quien seas, te lo agradezco, sé que no he sido la mejor madre con tu amigo, pero ¿qué puede hacer alguien como yo si yo nunca... No importa, no estoy segura qué has hecho, pero, ya no siento que importe mi madre, ni lo que opine de mí, o que dejara a mi amado. Todo este tiempo pensé que merecía cada golpe de... él... y ahora... ahora lo tengo claro, puedes quedarte, hoy mi marido no suele llegar, no dejes solo a Zuzen”

Dobriilo estaba boquiabierto ante la nota, le causa un poco de gracia la parte final, pues él sabía que el marido no llegaría ese día. No estaba seguro qué hacer, esperar a Zuzen fue lo primero que se le ocurrió. Acomodó la ropa que estaba en la cama, y se acostó. Si bien tenía buenas intenciones, nunca tomó algún curso para acomodar ropa, así que, en caso de que llegara a volver la señora Isabel, definitivamente se sentiría decepcionada al abrir su ropero.

En un carruaje, una mujer iba ante la luz de la luna admirando el paisaje. Había tomado dinero que ella misma ahorró durante su matrimonio. Estaba contenta, se marchaba de Hoja Celeste, empezaría una nueva vida y... quién sabe, quizá lo encontraría de nuevo, eran indudablemente muy pequeñas las probabilidades de que eso ocurriera, pero cuando uno tiene esperanza las probabilidades por infinitesimales que sean las hacemos mucho más grandes, nos rellenan el alma, nos dan sentido a la vida. Dejaba a su hijo, uno que nunca quiso y a su esposo, uno que nunca amó. Y la tacharían de irresponsable, y de inhumana, le dirían que no era mujer.

Pero eso no importaba, pues la sociedad podía hablar lo que se le antojase, ella quería ser feliz, era mejor afronta la verdad que vivir bajo la mentira, creyendo que merecía el castigo de los golpes por una traición que ella no cometió. Pensaba en su madre, ya no la odiaba, ella no fue lo suficientemente valiente para salirse del yugo de su padre, y eso le pasaba a ella.

Isabel pensaba en la ciudad, un nido de arpías que quería ser perfecta en todos los sentidos, y el motivo de este deseo a la perfección era para verse mejor que sus vecinos. *Espero, Crisálida sea mejor.* Detuvo su pensamiento un momento, ante ella se terminaba el parque de la ciudad y comenzaba el panteón. Era, con algo de certeza, el lugar donde se podía escapar de las miradas ajenas de las personas volvía a pensar en su pasado, se asombraba con qué facilidad pensaba en esas cosas, era tan solo recuerdos que no dolían.

Recordaba lo que su madre le decía sobre el aborto de un bebé, los propios doctores se oponían en la ciudad, los pocos que cobraban demasiado por efectuarlo, muchas veces contaban la identidad de sus clientes ante la sociedad. *Mi madre... ella siempre decía que ser mamá era lo más maravilloso que podía sucederte, pero, al decirme eso... ella siempre torcía la boca,* ahora comprendía por qué, la unión de su madre con su padre había resultado beneficioso para ella, la habían obligado a contraer matrimonio y no teniendo opción le dio una heredera a su esposo.

Pero, una vez Isabel se casó con el hijo de los Dedekind. No los volvió a ver jamás, su madre le dijo al casarse: *todo lo que ese hombre te haga, te lo mereces.* Y así lo estuvo contando en su pared. *Pasan los días, y más me convengo de merecerlo,* recordaba que se decía ante el espejo de su tocador. Recordaba a su amado, y esperaba verlo, no había cometido ningún crimen, pero, quería inventar todo tipo de cosas, todas las familias lo odiaban, incluida, claro, su propia familia. Y así, Isabel se marchaba de Hoja Celeste, como alguna vez su amor lo hizo, miraba el otro camino, al norte había otra ciudad, no estaba segura cómo se llamaba, pero sabía que eran muy parecidos a los de su origen.

La sonrisa de Isabel se veía a través de la ventana, los ojos calmos de Dobrilo se veían hundidos bajo el sueño de esperar a su amigo y los ojos desanimados de Zuzen miraban el mismo punto que hacía horas. Así, llegó el amanecer, en silencio que solo daba a la idea de una paz. Dobrilo despertó cuando sintió que había salido el sol, tenía curiosidad, y esta vez abrió la carta que era para su amigo, se preguntaba dónde estaba, pero, no tenía idea qué hacer al respecto, se mantuvo calmado. Esta vez se sentó en la silla, esperaba que Zuzen llegara pronto, pues ya habían pasado más doce horas desde que llegó a la casa. Fue por algo para tomar, regresó a la silla y se dispuso a leer.

Zuzen pensó *llegarán los oficiales algún momento, yo... no debo estar aquí, pero...* no había pensado durante todas las horas que estuvo encima de un líquido color durazno. Estaba sucio, su rostro estaba pálido y pegajoso. Se levantó de forma automática, todavía llevaba los guantes, se acomodó su gabardina, entró al cuarto, lo que veía era un cuerpo con sangre muy oscura rodeándolo, no dijo ni una sola palabra, avanzó por las esferas, eran muy hermosas. Sentía algo que nunca pensó que sentiría, compasión por su padre, veía al hombre tirado cuando volvía y pensaba en que ojalá alguien se apiadara de su alma.

Procuró no pisar absolutamente nada de la sangre que había en el suelo, cuando cerró la puerta dijo: *te quiero*, se marchó, se mantuvo en la parte donde el bosque comienza y la ciudad termina, consiguió llegar a unos sanitarios públicos, se limpió lo que alguna vez fue comida, se limpió los ojos pues no había dormido nada, se arregló el cabello, se puso el sombrero que recogió cuando se levantó, se lavó la manos, se miraba al espejo, y se quedaba dudando de si era él quien estaba del otro lado del espejo.

Nadie atendía el lugar, en la entrada había un torniquete donde se insertaba dinero, todavía tenía de lo que había llevado. Continuó su camino a su casa, tardó más de lo necesario, no quería ver a nadie y menos a alguien conocido, pensaba en su madre, pero qué cara le daría cuando supiera que ya no tenía esposo. Ellos que se habían casado hace tiempo por su amor, seguramente estaría destrozada del corazón si se llegaba a enterar. Se sentó en una banca que había en la calle. No había nadie en el lugar, era sábado, pasaba de las siete de la mañana.

Zuzen reflexionaba, en cómo había llegado a ese lugar, no se refería a la banca, pensaba en el universo, pensaba en cómo es que él había llegado a ese momento más que a ese espacio, ¿había diferencia?, relativamente, pero no es lo importante, pensaba en Mortem, en aquel vagabundo, en todos los días que veía a su padre golpear a su madre, lo había visto sufrir, pero, fue mucho más de lo que esperaba. A la par que él miraba el cielo, su padre miraba la pared, se miraba las manos, se tocaba las orejas, se picaba los ojos, veía, oía y hablaba. Pero su cuello, estaba encadenado, alguien lo jalaba.

—Tú y yo, tendremos un paseo muy largo, pero muy interesante — le dijo una mujer con uñas enormes, y entonces, comenzó a escuchar las voces otra vez y los reflejos salían por él.

Noticias para todos

Pávlov entregó un sobre considerablemente grueso, una mano suave lo recibió, al lado de él estaba una chica con el cabello castaño y su característico abanico de oro, lo movía incesantemente como si en verdad tuviera calor. Una camisa guinda de botones cuadrados con esquinas circulares de 8 piezas con doble botón en las mangas y terminados de magenta era lo que notaba ver de Angelina. Pávlov por su parte llevaba un saco verde aterciopelado con corte juvenil y una rosa en el pecho, era bastante innecesaria, pero el color blanco de los pétalos iba bien cuando sonreía, y Pávlov casi todo el tiempo sonreía.

–Cereza, el asunto es complicado, allá manejan diferente las cosas, pero, logramos ingresar, como te dije, corruptible, en fin, no hay realmente mucho que contar, el tipo que buscas... Hamilton era un detective, no hay absolutamente nada más, o al menos, nuestro infiltrado no encontró nada más. Resulta peligroso en esos lares, muchos de los documentos disparan alarmas y definitivamente no queremos eso.

–Entiendo... entonces, es un camino perdido – tomaba un trago de lo que le habían ofrecido, ella por su parte mostraba un suéter multicolor de estambre con el cuello de tipo tortuga a manga larga mostrando en su mayoría grises, los tonos no variaban tanto, iban de un blanco, gris perla y gris oscuro. Meditaba acerca de su padre... no parecía que hubiera algún sitio para seguir investigando.

Cereza suspiró, pensaba en que no podría conocer la verdad, movía su anillo de oro, se lo había regalado Pávlov, se sentía que no había mucho qué hacer, pero, no todo era malo, Angelina y ella parecía que iban a ser las herederas de los Phoenix, aun así, quería saber más.

–Por cierto, te tengo otro regalo – dijo Pávlov mientras sacaba una cadena de oro, delgada, pero elegante – espero te guste, veo que usas el anillo que te di. Me alegra mucho.

Angelina no cambió el ritmo de su bamboleo, no odiaba a Cereza, al contrario, era de su aprecio, *no se ven caras listas en esta ciudad*. Sabía que ambas ya tenían bastante influencia en el asunto, a veces *arreglaban* cuentas juntos con ciertos clientes que compraban en grandes cantidades y que se rehusaban a pagar. Cereza había lanzado bien sus broches y distraído a uno que otro guardia, *nunca esperan el broche*, decía Cereza y Angelina reía.

En el otro lado de la ciudad, Zuzen llegaba a su casa, Dobrilo no estaba, pero, no parecía que tuviera mucho tiempo de marcharse, no había nadie en la habitación. Ya se había mentalizado para contarle todo a su madre e irse con ella a vivir en otro lugar, como madre e hijo. Lo primero que encontró fue una nota pegada en la puerta de su madre: *Cuando tengas tiempo y... te sientas mejor... me entregas las esferas.*

Entró a la habitación, no había nada de ruido en toda la casa, ya no pensaba en lo sucedido anoche, tan solo le había bastado más de seis horas desde que ocurrió. Estaba convencido de que así tenían que pasar las cosas. Miraba el lugar, se dirigió al tocador, donde una carta abierta esperaba a que la leyera, el papel decía así:

“Zuzen, debo serte honesta, tu existencia para mí, nunca me ha causado alegría alguna en el curso de mi vida, ayer que ha venido tu amigo, he sentido la más maravillosa paz en toda mi vida. No te mentiré, tú nunca has estado en mis planes, desde antes de darte a luz. Pero, las circunstancias cambian y hoy me siento liberada, de ti y de tu padre, debes saber que tu nombre es más especial de lo que crees, pero ni aún con eso conservo la esencia de tu verdadero padre. Aquel hombre al que llamas padre, Dedekind, me amó como no debió hacerlo, sus padres se lo advirtieron, pues mi amor siempre fue dirigido a alguien más, a alguien muy cercano a él, pero uno no elige cuando se enamora Zuzen, tu verdadero padre, el hijo menor de los Dedekind, que según ellos jamás ha sido su hijo, pondrá en alto el apellido de su familia, así lo odien o lo amen cuando lo hagan”

Esa misma tarde, Zuzen guardó la carta en el cajón, se quedó sentado mirando la ventana de la habitación, y se mantuvo en silencio durante el resto del día. No dejaba de mirar el mismo lugar, parpadeaba de vez en cuando, pero el resto de su cuerpo casi no se movía, vio el cristal pasar los colores de la mañana, los de la tarde y los de la noche, no quería hacer particularmente algo, esperaba a que terminara, no estaba seguro de si el día, o su vida, no estaba seguro cómo reaccionar, o a quién contarle, simplemente estaba, y se mantenía en ese estado, a veces se escuchaba algún ruido de las aves, pero no era particularmente alegre para el joven. Tenía ganas de llorar, pero no quería caer, no quería quebrarse, aquella quietud era la línea que separaba un Zuzen cuerdo y uno que caía lentamente en un agujero negro hacia el infinito, esperando ser devorado por un destino que desconocía, prefirió dejar de pensar.

–Su Guindeza – dijo alguien en el fondo de la sala con mucho terror, pero con cierta confianza pues no se podía equivocar ante ella – tiene un asunto muy importante que nos ha llegado.

–Espero que valga la pena, pues sabe usted bien que a esta hora tengo mi cita con el doctor.

–Se trata – el resto se lo dijo susurrándole – del caso del detective Hamilton, su Excelencia.

La reina bermellón dejó su taza en la mesa, estaba con alguien más tomando el té, su sobresalto no fue algo que pudo ocultar, hacía tanto tiempo que no escuchaba ese nombre, el querido detective Hamilton, pensaba en los viejos tiempos, donde las cosas eran más simples, *no, conmigo, siempre han sido igual de complicadas*. Miró a su compañía y dijo:

–Doctor Dedekind, deberá usted disculparme, como habrá notado tengo asuntos muy importantes que atender, ya sabe, la familia siempre es primero, sobre todo cuando se trata de la que debería de estar muerta y no decir nada.

–Oh, entiendo, reina bermellón, la familia... la familia debería estar ciertamente muerta. Entonces, supongo que nos veremos dentro de un mes o dos, ¿me equivoco?

–No sé si sea necesario, yo le enviaré una carta a la torre para comunicarme lo más pronto con usted. Por ahora, le pido progrese con el proyecto, y mantenga usted a Isabel tan radiante como hasta ahora, pronto creo que podremos comenzar a transformarlos a todos.

La reina bermellón se retiró del lugar, los tacones escarlatas hacían ruido en cuanto pisaba, un ruido que al doctor particularmente ya había dejado de provocarle pánico, aunque el sonido no le causaba terror, la presencia de la reina sin duda lo hacía. Teresa se ponía labial, su cabello se movía de forma majestuosa, se preguntaba quién había podido interesarse en el caso del detective, *no puede ser esa cobarde de Cereza*, en casi veinte años no tuvo el valor de enfrentar a Teresa, pero no se imaginaba quién podría estar interesado en ese caso. Recordaba de nuevo los tiempos, en el que vivía con su esposo, en las casas del señor Salazar, su suegro, en el que todavía estaba vivo su marido y en el que Dobrilo aún no salía a la luz. Recordaba a alguien más, a un chico, un chico brillante y maquiavélico, *¿Qué habría pasado con él?*, se preguntaba, esperaba que cumpliera su sueño, pues le enseñó bien en su momento, sonreía mientras avanzaba, esos días de juzgados le traían buenos recuerdos.

Pasando a ser adulto

Dobriilo había decidido marcharse del lugar, no se sentía muy bien con lo que había leído, sabía que Zuzen se sentiría mucho peor que él, no quería pensar, no quería imaginar lo que Zuzen haría, encontró un carruaje, pagó a nombre de la reina, el conductor recibió órdenes de a dónde llevarlo, Dobriilo entró, y tan solo sentarse, se decidió por dormir.

Olvidó agradecer al conductor, llegó a su casa, el conductor no se lo tomó personal, pues tuvo que despertar al chico, se notaba que había estado muy ocupado durante la madrugada como para tener la cantidad de sueño en los ojos. Además, el cobro que le había hecho al chico era considerablemente grande comparado con un viaje de esa distancia. No era el carruaje ni la calidad del servicio, era el usuario el motivo de cobrar tanto. Se marchó inmediatamente al banco a cobrar, y Dobriilo se marchó a su cuarto, no realmente queriendo hacer poco ruido, le daba igual, Alejandro no estaba desde hacía un buen rato.

—Alejandro no está...

Fue lo que se dijo en una de las tantas salas del sitio, se detuvo en seco, podría haber muerto y no se hubiera enterado, ¿qué de diferencia había entre Zuzen y él?, la diferencia estaba en que él era bueno por naturaleza, era un ejemplo de Bondad, se atrevería a decir que la Bondad era un ejemplo de él. Fue mucho más lento el resto del camino a su cuarto, tomó un poco de agua durante el tramo, se iba viendo siempre hacia adelante, pensaba, irónicamente hacía no lo que justamente no quería, pensar.

Se regresó a tomar algo dulce de la alacena, tomó un caramelo de mantequilla y prosiguió su camino, se daba cuenta de que los tiempos habían cambiado mucho, recordaba que alguna vez le atrajo Cereza, y que había ocultado sus sentimientos a toda costa, ¿por qué?, ¿miedo?, sin duda. Pensaba que distanciarse era mejor, se reía frente al espejo al decir esto. Porque claramente no funcionó.

—No me malentiendas, ya no me atrae para nada, es como si solo hubiera pasado, y ya... — le hablaba a su reflejo, sentía la necesidad de explicárselo, era eso, o quizá solo quería hablar con alguien, no importaba, estaba haciendo ambas cosas según él.

Se sentó en el suelo, cruzó sus piernas, y pensó *tienes que crecer Dobrilo*, no era particularmente alto, pero, no se refería a eso.

–No podemos estar así todo el tiempo, lo que pasó con Zuzen... y lo que pasó con Cereza... supongo que así tenían que pasar las cosas. Se supone el paraíso prometido está en el tiempo que debe estar y...

–Dobrilo, qué bonito que pienses así, pero tú eres el paraíso prometido – seguía hablando él, pero pensaba que era su consciencia, se fijaba en el espejo y en verdad pensaba que era otra persona la que le estaba contestando.

–Pero, todas las cosas... yo no...

–¿No hubieras permitido que fueran como fueron?, no seas terco, a partir de ahora, debes de madurar, es momento de crecer de verdad, Dobrilo. A partir de ahora, deja de llamarte así, serás Montefeltro, el heredero de la luz.

–¿Por qué haría eso?, el apellido de mi padre... ni siquiera estoy seguro de que se llamara así, solo sé que lo tengo, yo...

–Silencio, escucha, piensa que Zuzen debía de pasar por esas cosas porque es tu fiel servidor, no olvides que te ayudó con las esferas, mientras que tú como un niño miedoso te negaste a cumplir con tu labor. Lo de Cereza... bueno, ni siquiera te tomabas en serio esto de la Bondad, ahora es momento de que le des a los que viven aquí, lo que merecen.

–Pero, yo no sé si pueda... no estoy seguro de si quiero que Zuzen use otra vez mis esferas... no creo que sea algo bueno...

–Aquí vamos con eso, no olvides que las cosas buenas vienen siempre con un costo, y este es el que hay que pagar para entregar el paraíso prometido, ya lo escuchaste de la Bondad y la Maldad, podrán odiarse, pero las leyes naturales son y serán inmodificables.

–Entonces... ¿qué debería hacer?, me preocupa mi amigo, pero...

–Calla, suprime esos pensamientos, Dobrilo. En cuanto sientas que flaqueas, pellízcate o haz algo, pero ten la mente bien educada, con eso será suficiente.

–Pero... – entonces, Dobrilo se decidió y se pellizcó el brazo.

–Aprendes rápido querido, me alegro porque no quisiera lidiar contigo todo el tiempo.

El reflejo dejó de hablar, al menos así lo sentía Dobrilo, por primera vez se sentía dueño de lo que hacía, no era la Bondad a la que seguía, la Bondad lo seguía a él. No le entregaría el paraíso prometido a nadie, él mismo era el paraíso prometido. Zuzen no era la víctima, era también algo encarnado como él. Era la representación de la Maldad, y eso estaba bien, porque Dobrilo no se ensuciaría las manos.

En unos instantes volvió a sentir debilidad, pensaba en que eso no era cierto, en que solo estaba siendo egocéntrico, que quería atención, entonces golpeó la mesita que tenía cerca, se sintió de nuevo como antes.

–Hay que practicar, pues aún pienso en cosas que no debo, es cuestión de tiempo.

Y de pronto, Dobrilo Montefeltro Dirichlet se sentía grande, grande como una montaña, más grande que la dama de la Bondad misma, se miraba frente al espejo, no encontraba Bondad en lo que veía. ¿Eso realmente importaba?, tenía el anillo, incluso, si no lo tenía él era ya el aspecto de la Bondad, no, era la Bondad misma. Y todos serían felices, quien no lo fuera entonces no tenía permitido vivir. Entonces no tenía caso su existencia y para esos tipos usaría a Zuzen. Todo cuadraba, pero pronto, de nuevo pensaba en la verdadera bondad que hay.

Su cabeza dolía cuando eso pasaba, se sentía un poco mareado, pero, recomponía sus fuerzas con lo que le había contado aquel Dobrilo del espejo. *El heredero Montefeltro, no suena mal, pero...* pero, quería pensar en el nombre, y en el lugar donde estaría, no estaba seguro de qué hacer después, pero no importaba, él era importante por naturaleza, *los planes llegan solos*, lo que necesita saber, ya lo sabía. Sabía que tenía que callar a esa voz, que debía encontrar a Zuzen, pero que no tenía ganas de lidiar con el dolor de su amigo. *¿Usar las esferas en él?*, fue lo último que pensó antes de irse a la cama, cerró antes la cortina de su ventana, se miró una última vez al espejo, y frente a él se quedó un rato.

–No, no las usaremos con Zuzen, nunca las usaremos, pues será mi buen y amado sirviente para erradicar la Maldad. Irónico, pues no haya nada de Bondad en eso... lo cual es irrelevante.

Naipes y mariposas

Cereza bebía en un vaso pequeño de vidrio, no estaba segura cómo se les llamaba, *caballitos*, contestaría Angelina, no era el momento de eso, ni de preguntar por el nombre. Tomó la mitad, y el resto lo tiró al hombre que estaba enfrente de ellas dos.

–¿Así que no pudiste presentar el pago? – dijo Angelina mientras lo golpeaba con su abanico. Los golpes eran muy suaves, el hombre atado no podía hacer mucho contra eso.

–Sabes bien que Pávlov es muy *amable* con sus clientes, pero, a veces se les olvida que siguen siendo clientes, una cosa son los negocios y otra la supuesta *amistad* – dijo Cereza.

–Yo... solo, lo olvidé, no... no hay necesidad de hacer esto, ¿por qué no toman algo?, vamos, tengo alcohol exquisito para ambas, conseguiré el dinero, tomen la llave de aquella vitrina, suban y abran mi caja fuerte, tomen lo necesario, pero, no hay por qué enojarse de esta forma, Pávlov es un gran hombre y si envió a su hija, definitivamente es porque hay que hacer la paz.

Al salir del establecimiento, sonreían, se subían a un carruaje muy especial, llevaban una bolsa algo llena, la primera se recogía su cabello hacia atrás y la otra se quitaba sus broches para dejárselo libre.

–Nada mal, naipes – le dijo Cereza a Angelina – lo intimidaste muy bien desde un inicio.

El resto del personal que iba vestido casi todo en negro, también subía a carruajes, cualquiera que viera eso llamaría inmediatamente a la policía, de no ser porque la policía los delataría frente a los Phoenix, era mejor quedarse callado, en ese barrio siempre llegaban carruajes, el lado oriental de la ciudad estaba repleto de lugares de lujuria, y donde hay lujuria, seguro hay néctar verde. La línea delgada que marcaba la justicia de la ciudad era la propia detective Cereza, qué irónico si se llegara a enterar...

–Tú, tampoco, brochecitos – se quedó un pequeño rato en silencio – no, eso suena muy mal, ¿qué te iría mejor? – Angelina vio los broches que ese día llevaba, con forma de mariposa, si supiera que eran las favoritas de la madre de Cereza, entonces las conservaría por siempre. – Maripositas, tú tampoco estuviste mal, maripositas. Vamos, quieres un chocolate, te pone las mejillas rojas y te ves mejor – Angelina se detuvo, y no hablaron durante el resto del camino.

Las dos miraban respectivamente sus ventanas, no querían hablar, y así como silencio había entre ellas, silencio había en la habitación de Zuzen. Aquella tarde era la del lunes, la cocina del joven lucía igual, él lucía igual, todo lucía igual, pero no estaba nadie, *es cuestión de tiempo para que lo sepan*. Se miraba las manos, las de un asesino, las de un cortador, las de un descuartizador, se veían llenas de culpa, había logrado su cometido, pero, a qué costo lo había hecho. Estaba sentado en su cama ahora, no es que fuera relevante, las tres camas del sitio eran todas suyas.

De vez en cuando se movía de sitio, y se sentaba en otro lugar, no había comido nada desde el sábado, aunque tomaba agua de vez en cuando, pues la garganta se le secaba constantemente porque todavía estaba conteniendo su llanto. A veces pasaba por los cuchillos, pero pensaba en cómo murió su padre. Tenía ganas de reír al decir *su padre*, no conoció a su padre, pero, era lo más cercano a lo que podía llamar padre. En la mañana de ese día, Zuzen fue por un recadero, le entregó la caja de Dobrilo y le dijo que lo enviara a la mansión más lujosa de la ciudad. No estaba seguro dónde vivía, pero sabía que no era alguien de padres pobres.

Y, funcionó, Dobrilo recibió la caja con las esferas en la tarde, un poco manchada de rojo, pero, no iba mal con el color original. Se podía presumir que llovería, así fue, el detective de Bruijn estaba pensando en lo que le había ocurrido. Era un tipo sumamente grande, le sorprendía que siguiera vivo, *con una mano pudo... pero no lo hizo*, pensaba. Se tocaba el cuello, el cuello por el que aún pasaba aire. Estaba completo, y respiraba, podía comer y hablar. Pero, quién le creería lo que vio. Además, se supone ellos son los buenos, deben perseguir a los malos y hacer justicia. Cerca de él, alguien recibía una llamada.

–Entendido, oficial. ¿Sabe dónde fue la última vez que lo vieron? – comió un pedazo de dona que tenía enfrente, rebajada en azúcares, aunque, consumía una caja al día, era cuestionable decir que se quería cuidar – Perfecto, ¿puede repetirme el nombre?, muchas gracias, dice que no se ha reportado enfermo desde el domingo, ¿no?, muy bien, dígame, ¿nunca este tipo de cosas? – tomaba café, algo amargo, pero con las donas se rebajaba eso – bien, estaré en su oficialía en menos de una hora.

Dobriilo asistió a la escuela ese día, no vio a Cereza ni a Zuzen, el día había sido nublado, Dobriilo esperaba pacientemente, a que pasaran las clases, no puso atención, solo pensaba en qué debía hacer después, lo pensó durante todas las clases, y al salir decidió ir al templo. Ya había pasado un tiempo desde que había visitado el lugar, al llegar lo recibió el mismo monje vestido de azul.

—Un gusto, Elegido de la Luz, hace un par de días que han llegado el grupo de monjes desde la cámara hexagonal, por favor, entre, escúchelos y cumpla los designios de la dama de la Bondad, entréguenos el paraíso prometido.

Dobriilo entró, durante el tiempo que caminó junto al monje le contó acerca de la carta que había enviado, habían respondido de inmediato pero la respuesta indicaba que un grupo de monjes iban a inspeccionar el hecho con sus propios ojos.

—De acuerdo con los textos sagrados, una persona será la mensajera de decirnos el momento en el que será adecuado para iniciar la armonización de las ciudades, una vez se junten las almas necesarias, habrá de despertar el mensaje al puro de la Bondad. Y entonces, se le concederá la eternidad al mensajero para que dirija la armonización del mundo entero.

—Pero ¿cómo hemos de saber que eres ciertamente el mensajero?, demuestra, muchacho, que la Luz te ha elegido a ti, haznos comenzar el designio que se te ha entregado, una vez nos convenzas, entonces, hemos de comenzar a cambiar tu aspecto.

Dobriilo pensaba en cómo demostrar lo que le pidieron. Uno podría pensar, ¿dónde están los padres de estos chicos?, eso seguramente pensarían todos los padres de Hoja Celeste, muchos desaprobaban con gran furia los hechos de cada joven, lo irónico sería que mientras desaprobaban muchas de las conductas de nuestro trío de amigos, seguramente su hijo o hija estaría metida en asuntos que también desaprobaban. La detective Cereza buscaba la seguridad de la ciudad a toda costa, privada por el miedo, no hacía más que vigilar desde su oficina, mientras su hija, se volvía una de las cabezas de los Phoenix, Dobriilo estaba ante un grupo de monjes que no conocía, mientras que Alejandro tenía dolor de cabeza por la última fiesta que tuvo, no le importaría, en ese lado de la ciudad, siempre hay fiestas para aliviar el dolor, y Zuzen, bueno, él seguro golpearía al que le preguntara dónde estaban sus papás.

El heredero al trono

Haberle otorgado el anillo no era ninguna cosa de casualidad, que por más inverosímil que le pareciera a Dobrilo, la dama de la Bondad lo sabía perfectamente para qué lo usaría, era razonable que lo supiera, después de todo el que escribió los dichosos escritos sagrados había sido a quien escogió en la cámara hexagonal. Los textos predicaban originalmente, seis destinos diferentes para el universo, para ser precisos, para el mundo, los monjes, que, en realidad, nunca se ponían de acuerdo con cómo convertir todos los textos en uno solo, entendían y decían la palabra sagrada como su comprensión se los permitía.

—Miren ustedes, esta reliquia me fue entregada por la misma dama, será suficiente para lo que piden – les dijo Dobrilo, mostrando el anillo.

Uno de los monjes que no había hablado, abrió más los ojos, tomó una caja que tenía al lado, la abrió ante sus compañeros, sin mostrarle a Dobrilo y al monje que lo acompañaba de qué se trataba, todos sonrieron, en verdad era el mensajero, despertarían al puro, sea quien sea, no estaba seguros de quién era el puro, pero querían despertarlo. Tomaron su mano, lo sentaron, sacaron unas tijeras, y comenzaron a cortar el cabello de Dobrilo. Al terminar su cabello no debía medir más de medio centímetro en la parte superior y en los costados seguramente era apenas la mitad de su parte superior.

Le pusieron la corona y lo maquillaron, quedó pálido, demasiado, los monjes suponían que debía verse como la luz, eso no venía en las escrituras, pero, podían decir lo que quisieran, nadie les diría algo. Dobrilo se iba a parar, pero lo detuvieron. El monje que lo detuvo tocó su hombro para decirle que no se parara, el resto de los monjes lo miró con reprobación y dejó de tocarlo. Se mostró muy arrepentido, bajó la mirada y dejó que otro monje hablara.

—Su Luminosidad, no se pare por favor, todos nosotros estamos aquí para servirle, en donde está sentado, lo hemos de cargar a donde sea, solo nosotros somos dignos de poder llevarlo a donde guste. Si usted lo desea, claro, y si también lo desea puede pararse usted. Pero considere, que nuestras vidas por usted están en sus manos, gran mensajero.

Al inició le incomodó el asunto, pero, se sentía bien mandar. El banco donde se sentó tenía debajo una gran tela que cubría el piso. *Preparen el transporte*, susurraron y se marcharon.

Horas más tarde, Dobrilo aún se encontraba en el templo, estaba ahora en la sala de la dama de la Bondad, le indicaron que una de las cosas que podía hacer era meditar. Estaba en el centro, dando la espalda a la imagen de la dama de la Bondad, pues él era ahora su representación, su tela que aún tenía, estaba encima de muchas almohadas, lo habían llevado cargando, pues la tela hexagonal tenía un agarre para un monje en cada una de las aristas.

Afuera, los monjes que habían sido entrenados en una diversa gama de habilidades preparaban la base de un palanquín, aunque solo era la mitad de los seis monjes. Mientras que la otra mitad se encargaba de armar la cúpula del palanquín. Dobrilo por su cuenta pensaba en qué hacer, tenía bajo su mando a seis monjes, y se sentía muy bien. No pensaba que ser el aspecto de la Bondad tuviera tantos beneficios. Pensaba en su criado, no pensaba en su *padre*, algo no era igual en él. Pensaba en Cereza, después de tanto tiempo queriendo ocultar su amor, se dio cuenta de que era algo fugaz, algo natural por no conocer las afueras de su casa, y ahora, ahora estaba como el Heredero de la Luz.

–Destruyan la sala de la justicia, en el paraíso que voy a crear no necesitamos justicia si todos son buenos. – dijo el Heredero ante el monje que se inclinaba ante él.

–Pero, su Luminosidad, son reliquias...

–¿Te atreves a cuestionar mis deseos?, ¿no es acaso que yo soy el Heredero y no tú?, ¿cómo te puedes siquiera dirigir a mí si yo soy el que les entregará el paraíso prometido?, ¿acatarás mis órdenes o acaso traicionas a la dama de la Bondad?

–Yo... – no dijo nada más, fue ante el grupo de monjes, les contó lo que pasó, y al unísono dijeron *como su Luminosidad ordene*.

¿Por qué quería quitar específicamente la sala de la justicia?, en realidad, porque no conocía otra, sabía que existía Maldad, Bondad y Justicia, la Maldad la preservaría porque le recordaría el deber que tiene con su gente, y la Bondad, no la quería conservar, pero, no tenía de otra ante los monjes. ¿Qué había cambiado en el chico donde había esperanza?, él diría que nada, mientras azotaba a un monje, le gritaba a otro y le escupía a un tercero, sonreiría y diría que nada había cambiado en él, seguía siendo tan amable como siempre.

–Mander a traer a Zuzen – dijo inmediatamente después – no, hoy no, esperen a mañana, márchense todos, denme un cuarto apropiado, y no quiero ver a nadie hasta que salga el sol, a menos de que claro, les pida algo, en ese caso, deberán estar en mi cuarto lo más inmediatamente posible. Denme una campana y santifíquela, será su llamado.

Los monjes se asombraban de ver al heredero de esa forma, estaban atemorizados, pero confiados porque sabía lo que hacía. O al menos eso percibían, lo mejor no era cuestionarlo, más tarde le preguntaron cómo era ese tal Zuzen, Dobrilo les indicó las características y la zona aproximada por la que se encontraba en la ciudad. Sin embargo, pedía tantas cosas que ninguno de los monjes podía realmente acatar la investigación de Zuzen. Seguían sacando las cosas de la sala de los gemelos de la justicia, seguían haciendo la parte superior del palanquín, llevaban a Dobrilo, no, a Dobrilo no, al Heredero a donde quería en el templo, ese día, el templo cerró sus puertas, era ahora un lugar el triple de sagrado solo porque el Heredero estaba ahí, nadie era digno de verlo.

No pasó ni una semana, y los monjes ya tenía prohibido verlo a los ojos. Apenas se iban a encargar de buscar al tal Zuzen. Sabían las características del joven y que vivía en la zona oriente de la ciudad. Zuzen en su casa había dejado de asistir a la escuela, definitivamente no se sentía bien. Estaba casi tan pálido como Dobrilo, pero él no tenía maquillaje encima. Se sentía bastante hueco, tenía ganas de repetir lo que le pasó al señor que no era su padre, tenía enojo, todos le habían mentido, se creyó el justiciero de su madre y terminó siendo la burla de esta. A veces comía algo que estaba en la alacena, nada cocido, no comía bien, y se mantenía rasgando las paredes casi todo el día. Sus uñas se mostraban afiladas, seguían largas, pero ahora estaban más largas de lo normal, y en una punta mucho más peligrosa que cuando dejó ciego a alguien.

Alguien tocó la puerta el mismo lunes por la tarde, era un detective, pensó en matarlo, pero no era tonto, estaba armado, se mantuvo con los ojos de furia, el detective lo percibió, sabía que al final de cuentas, un padre que no llega en dos días es un padre que no aparenta volver en varios más. Para Zuzen esa visita consistió en asentir con la cabeza la mayoría de las preguntas o de negar en su debido caso. No había escuchado nada, pensaba que le tocaba enfrentar ahora a él la justicia de la que se supone él era el portador. Era irónico y le dolía.

Preguntas típicas

El detective tomó un sorbo de café más, se marchó, estaba contento, pues no tendría que ver la cara de ese Osher. Pensaba en que su caso no avanzaría, no, era lo que deseaba, pero había sido excepcional en el resto. No importaba, todos lo odiaban era... no importaba, no importaba. Se mantenía diciendo eso, pero en realidad importaba y bastante para él, *en esta sociedad está prohibido...* sonó un trueno en el cielo. No tenía caso pensar en eso, prosiguió hacia el este de la ciudad.

Investigó en el sitio donde le habían marcado. Los teléfonos existían, pero solo en las oficialías y conectaban entre sí, no había muchos números, así que había una pequeña hoja con los números de las oficialías. Era de las pocas tecnologías que habían sido permitidas en Hoja Celeste. A la gobernadora le encantaba hablar todo el tiempo, y por eso había abogado hasta el cansancio que se quedara el teléfono alámbrico. Era, al parecer, su único gran logro en toda su historia como gobernadora.

Al detective lo mandaron a un supuesto restaurante, pero claramente servían más alcohol que comida, preguntó por el dueño, luego al dueño le preguntó por el sujeto en cuestión, no sabía claramente nada, estaba ebrio y no sabía ni siquiera la hora del día. No tenía caso seguir preguntando. Regresó a la oficialía y preguntó por la familia del hombre. Ahí le hablaron más sobre su relación con su mujer, no se llevaba para nada bien, había algo de violencia intrafamiliar, pero nadie se había metido en el tema.

—Entre nos, se la pasaba más ebrio que con su hijo o su esposa, es más, era más probable que tomara en vez de estar trabajando. Pues, su hijo, no es su hijo, ya sabe, el hazmerreír de todo este lugar. Por eso se la pasaba tanto tiempo en el alcohol.

Lo típico, pensó el detective, ¿qué tan terrible debe ser una sociedad para pensar que eso era lo típico?, una mujer que estuvo bajo los golpes de su marido, ¿eso era lo típico?, ¿acaso era típico sufrir porque según la familia así debía ser tu destino?, ¿acaso lo típico era pensar que el hijo ajeno cuidado en techo propio era motivo de burla?, ¿acaso lo típico era no poder enamorarse del que uno desea?, ¿era lo típico prohibir siquiera la elección de nuestra perdición?, en una sociedad tan pura como proclaman, ¿qué estaba permitido?, preguntaría.

Llegó a la sencilla conclusión, suicidio, mucho alcohol, problemas, y ya, quizá solo quería que fuera un caso rápido, sonaba bien y convincente, quería café en este mismo instante, pero solo torcía la mueca mientras pensaba en eso. Todo estaba bien, pero ¿dónde estaba el cuerpo entonces?

—Esta clase de tontos están armados, pudo haberse disparado en cualquier lado... no, no pudo, lo que menos quería ver era a la gente, claro, era la burla de todos, un lugar desolado, pero en esta zona no está para nada desolado. Está lleno de gente a la hora que debió de ocurrir su desaparición.

El detective ya lo daba por muerto, de nuevo, pensaba que era lo típico, *la gente muere todo el tiempo*, pensaba, es cierto, pero no creo que las razones sean siempre las mismas, además, este caso particular, el supuesto suicidio, si era común era preocupante, aunque, el detective parecía calmado, *los matrimonios van y vienen, la gente se termina por odiar, es natural*. Cualquiera con un poco de cordura se preocuparía por todo esto. En una sociedad donde se supone son por excelencia los más puros y santos, era preocupante escuchar cosas como esas. Y, aun así, pensaba en lo típico que era el día. Sobre todo, porque no tenía café.

Siempre se terminaban el café en la oficina, realmente odiaba que no hubiera café, pero no lo suficiente como para pagar una bolsa de café él mismo. ¿En qué estaba?, ah, sí, el detective recordó que estaba en el caso de un payaso. No, no le tenía respeto ni en su muerte. ¿Por qué lo tendría?, en todo caso no podría reclamarle nada?, seguía dando por hecho que estaba muerto. Regresó a la oficialía a preguntar por el sitio más desolado en la madrugada, todo el barrio de ahí definitivamente no era, y la ciudad terminaba dentro de pocas calles. Si hubiera sido entre las calles lo hubieran reportado de inmediato, nadie quiere ver un desagradable cuerpo en su vista, no por el crimen, sino porque simplemente se veía mal.

El detective se fue a la orilla de la ciudad, le indicaron que tenían un cuarto donde hacían cuestionarios especiales a los sospechosos, el detective entendió muy bien el tono con el que lo dijo el jefe de la oficialía. Ese tipo de cuestionarios le parecían divertidos, claro, siempre y cuando no fuera él el preguntado. En fin, seguramente llegó ahí, una bala y adiós dar pena en el mundo. Tomó café de la oficialía, ya se sentía con el derecho de hacerlo.

Llegó al lugar, vio el cuerpo, y sus notas escribió suicidio, hizo un pequeño papel que indicaba el lugar, la mayoría de las cosas las llenó con la palabra *desconocido* o *irrelevante*. Disfrutaba de un buen café, no, en realidad era terrible, pero era mejor que no tomar nada. Vio el cuerpo durante tres segundos y asintió con la cabeza. Iba a decir lo típico, pero prefirió no hacerlo. No había visto tanta violencia en un suicidio, lo cual era raro, no tenía caso investigar si era homicidio, era un pobre tipo, cualquiera que lo quisiera ver muerto estaba en todo su derecho.

–Un hombre sin honor muere y la sociedad le aplaude al que lo asesinó – lo dijo como héroe.

Regresó a la oficialía, ya le habían dicho dónde vivía, pero no quería ir, odiaba a las familias, tan solo quería más café, volvió a pedir la dirección y se marchó para decirle a su seguramente triste esposa que lo sentía. Llegó a la casa, miró con gran desinterés la puerta y tocó. *Unas tres preguntas, le dices y te marchas, si tiene café te quedas un rato*. Zuzen abrió la puerta, le preguntaron si el señor Dedekind era su padre, asintió, si estaba su madre, lo negó, si tenía café, asintió. El propio detective pasó y se preparó él mismo el café.

Zuzen se quedó quieto mirando estático a un punto, tenía a un tipo que entró a su casa y podría robar cualquier cosa, pero no es como si le importara que alguien tomara algo de la casa. Podía servirse café a la hora que se le antojase, podría pasar un jueves o un sábado por la calle y decir *ah, esa casa tiene café*, entraría, sacaría la cafetera, molería el café, olería por enésima vez la cafetera, tomaría una taza, se serviría y diría *qué buen café*, mientras Zuzen podría estar agonizando, o muriendo lentamente por el filo de un cuchillo. Y todo estaría perfectamente bien para los dos, uno no diría nada y le otro diría *típico*.

El detective no pensó que eso fuera típico, al inicio sí, pero la mirada del joven le dio mucho miedo, no tanto para dejar de tomar café. Le explicó algunos detalles y se marchó, le dijo que el gobierno pagaría durante un tiempo los gastos del chico y su madre. Pero el joven continuaba viendo a un punto y moviendo la cabeza de arriba hacia abajo. Hasta que dijo que se había determinado después de un exhaustivo análisis, que su padre se había suicidado. Entonces Zuzen movía su cabeza manteniendo su mirada y moviendo el punto que veía el mismo número de grados que su cabeza. El detective realmente se asustó, pero antes de marcharse tomó el saco de café, realmente era bueno, ya había cumplido y tenía su pago.

Mensajes a su destinatario

“He escuchado de buenas fuentes que usted ha intentado obtener información del caso, señorita Cereza, debe comprender que necesito mantener mi identidad bajo secreto, yo he visto todo lo que ha sucedido ese día. Escuché a mi ama, la señora Teresa, conocida como la reina bermellón, que usted ha estado detrás de esto, esto lo ha dicho después de una visita con el señor Renoir, entenderá bien a qué me refiero, pues con ese pillo no hay más que el lado del dinero. A su debido momento me encargaré de contarle todo, pero debe ser personalmente, ya me he arriesgado demasiado en entregar esta nota, sin embargo, recuerdo tan bien la injusticia que sufrió un hombre como el detective Hamilton que me arriesgo como lo ve para contarle. Antes de que nos veamos, deberá investigar el caso del señor Salazar en la ciudad del norte de la suya, con esto comprenderá el enlace del detective”

Así como Cereza lo leyó, Pávlov Phoenix lo leyó. Estaban reunidos en el café de enfrente de la escuela. No apartaron todo el café, entraban como clientes normales, pero los atendían muy bien en una mesa muy especial que recientemente se había hecho para ellos. Pávlov pensaba en la ciudad del norte, no era común mezclarse entre ciudades, y eso que también se consideraban muy ortodoxos. Permitían la tecnología, pero, no al grado de Crisálida, ni tan restrictivos como Hoja Celeste. Pávlov no decía nada, claro que podía consultar qué pasó con el caso, pero, era extraño, recordaba que dejó de ver al detective durante un tiempo, pero, no sabía que algo como eso sería el motivo. *¿La ciudad Aurora pidiendo ayuda?, sospechoso.*

Habían faltado a la escuela ese día, Cereza y Angelina, lo hacían algunos días como rutina, había que aclarar cuentas con algunos, entregarles regalos a otros por su prontitud en sus pagos, y claro, las grandes entregas de néctar se hacían con Angelina y Cereza juntas. Pávlov hubiera dicho que eran hermanas, se llevaban de maravilla, se entendieron rápido. Le agradaba que no tuviera que cuidar tanto tiempo el negocio, había aumentado sus fiestas y con ello, Alejandro se la pasaba mucho más tiempo en la casa de los Phoenix. Alejandro dudaba de dónde vivía, y continuaba gastando dinero ajeno. Ahora no solo era de la reina bermellón, también de los Phoenix y alguna que otra familia que se prestara para la diversión, no era de extrañarse que tomaran tanto tiempo, los momentos de fiesta eran prácticamente continuos, *hasta que amanezca*, pero no decían qué amanecer era al que se referían.

La ciudad pasaba a la fase de la oscuridad, antes de llegar a ella, los monjes lograron dar con Zuzen. Les dio miedo, pero, el rostro que vieron tenía más vida que el que el detective vio. ¿Ahora qué pensaba Zuzen?, pensaba en que todo el mundo debería de ser tan infeliz como él para al menos estar aliviado. Se reconfortaba sabiendo que el mundo era imperfecto y que seguramente sufrían. Atendió a los monjes y lo llevaron al templo, las paredes azules de afuera le eran familiares. Aquí había visto a ese charlatán de la Maldad. Quizá no se equivocaba, si quería que todos pagaran, entonces lo haría. ¿Qué lo detenía?, no había nada que perder.

Los citatorios llegaban a las casas de Zuzen de Dobrilo, pidiendo explicaciones de la repentina falta en su escuela, nadie contestaba las cartas. El asistente de la reina bermellón no era lo suficientemente listo para encargarse de esas cosas, seguía parado en el mismo lugar todo el tiempo, ni siquiera se movía a comer, simplemente estaba. Con Zuzen ni siquiera se tomó la molestia de revisar su correspondencia, y con Cereza no llegó ninguna carta, ella asistía de vez en cuando a la escuela, faltaba, era verdad, pero, había faltado casi toda la semana, aun así, al menos asistía, comparado con sus dos amigos, si es que lo seguían siendo.

–Zuzen, qué oportuno tenerte aquí – dijo en el lugar donde se suponía estaban los gemelos de la justicia – dime, ¿cómo has... no importa, te necesito ofrecer algo

–Dobrilo, así que, ahora sí eres el aspecto de la Bondad completamente. ¿Qué le pasó a tu brazo? – lo miró con algunas marcas, pero Dobrilo quería hablar de otras cosas.

–Es justo de lo que quiero hablarte. ¡Monjes!, traigan asiento a mi invitado, la próxima semana quiero que desaparezcan todas las pinturas dentro de cada sala, romperemos todas las paredes y usaremos completamente el templo para mí. ¿Entendido?

–Veo que, te lo has tomado más que en serio, Dobrilo. Vamos, habla, no tengo nada que hacer, pero, me incomoda no ver a alguien más que yo sufrir.

–Justo es lo que quiero proponerte, Zuzen, encárgate de nuevo de las esferas oscuras, en cuanto estén llenas, podrás escoger al que digas que lo merece. ¿Conoces el paraíso prometido?

Zuzen respondió que no, y Dobrilo le comenzó a contar la historia. Cuando finalizó, sonrió, pues sabía que Zuzen seguramente no había superado lo que él leyó en la carta de Isabel.

–Acepto, Dobrilo, pero bajo mis condiciones. En vista de que tus monjes te son tan leales, déjame mi propio espacio para atender a tus *clientes*. Tú te encargarás de hacer que la mayoría sigan el camino de la luz, pero al que se oponga, lo llevaré directo en el camino de la oscuridad.

La Maldad que casi todo el tiempo seguía a Zuzen, le encantaba lo que estaba escuchando, en su mano llevaba la cadena del padre de Zuzen, en el otro extremo, atado al cuello, el señor Dedekind seguía llorando por las voces que lo seguían. Tenía vendados los ojos y solo seguía a donde la cadena jalara. No lo podían ver, la Maldad sabía que le encargaba el negocio a alguien de confiar. Con esto se marchó del lugar y siguió atormentando al padre del que confiaba, hasta que se aburriera, en cuanto llegara ese momento, dejaría al padre en paz.

–Que sea la Maldad, no me hace malo – dijo, como si alguien lo hubiera podido escuchar.

Zuzen solo pensaba que la verdadera culpable era la sociedad de Hoja Celeste, no le importaba lo que le había pasado, pero quería que pagaran. Y lo que le ofrecía Dobrilo le gustaba mucho más de lo que pensaba. La Maldad estaba orgulloso de ese chico, se marchó alegre con las cadenas en mano. Y así como la Maldad se marchaba, lo hacía un infiltrado de los Phoenix a la ciudad Aurora. Esa ciudad donde Salazar Montefeltro alguna vez había visto la luz del sol, y también el oscurecer de sus días.

La reina Bermellón se mantenía quieta, sonriendo, pensando justamente en su suegro, pensaba en ese chico, sabía que, si el señor Montefeltro siguiera vivo, sin duda mataría antes a su propio nieto. *Eso sería gracioso*, pensó, no se refería al hecho de que muriera el chico, después de todo le caía muy bien, pero, era gracioso porque se supone ella es la mala de esa historia. Sabía que Cereza quería la verdad, se la daría, no había problema, era por mucho más valiente que su madre, además, se lo debía al detective, después de todo no era su culpa estar donde no debía estar.

–Que digan que soy la Maldad, no me hace mala – dijo y tomó del té que tenía al lado.

Así lo quiera D.

Los monjes comenzaron a atraer gente al templo, dudaban de lo que hacían, no por falta de fe, sino por Dobrilo, o querían decir Montefeltro, o simplemente D, el Heredero, o su Bondad, en tan solo unos días había cambiado mucho, tenía más marcas en los brazos, pero ninguno de los monjes cuestionaba algo al respecto. Zuzen había solicitado un traje oscuro, no era coincidencia que se pareciera mucho el diseño al traje de la Maldad. Las uñas se las había dejado afiladas y las había mantenido muy cuidadas, a veces le ponía sustancias que olían terrible, él decía que eran para que estuvieran fuertes.

Las señoras de la tercera edad que compartían su té en algunos cafés a la redonda del templo fueron las primeras en escuchar las palabras del santo heredero. Así lo había mandado a realizar Dobrilo, pidió que no mencionaran a la dama de la Bondad, dijo que las palabras eran mandadas por el heredero de la Bondad. Aunque él ni siquiera adentro a la dama, no era tonto, les solicitó que fueran con las ancianas en los cafés, recordaba lo purificadas que proclamaban estar, serían realmente bondadosas ahora.

Sin embargo, se abstenían a lo desconocido, aunque se consideraban buenas personas, nunca habían visitado en su vida el templo, todas lo habían evitado, pero, a una que otra le quedaba la curiosidad. Pasó casi hasta el fin de semana cuando una anciana se decidió a ir al templo por su cuenta. Tocó la puerta, pues ahora estaba cerrado la mayoría del tiempo. La recibieron algunos monjes. Seguían siendo seis, pero ya habían mandado cartas solicitando la ampliación del número, *seguramente ya vienen en camino*, deseaban que fuera así, porque querían que el tormento no fuera solo para ellos.

Pensaron que el Heredero les quitaría cualquier dolor que ellos mismos tuvieran, esperaban las esferas para su propio bien, pero, Dobrilo había llegado a la conclusión de que ellos no lo necesitarían, pues ya eran monjes, no cualquier monje sino de él, le pertenecían y por trivialidad debían ser ya bondadosos. Quizá lo hizo solo para no gastarse tanto. Zuzen y él habían dejado de asistir a la escuela de forma definitiva y ahora estaban en la misma sala. Usualmente Zuzen esperaba pacientemente en la parte de atrás de Dobrilo, sentado sin hacer nada, esperaba, a que diera la hora adecuada para usar las esferas. Era cuestión de tiempo.

–Dime tu nombre – dijo el Heredero detrás de un manto blanco que lo cubría por completo.

–Yo... soy, Inés... quién, ¿quién eres tú? – dijo la anciana con voz temblorosa.

–Soy el heredero de la Bondad, encarnado para traer el bien entre ustedes, ¿aceptas mi Bondad, Inés? – lo dijo sacando una mano del manto directamente a la anciana.

La mujer la observó, supuso que debía de saludar al joven que le hablaba. Afirmó con la cabeza que aceptaba, eso no importó de nada, pues Dobrilo no sabía si sí la aceptaba, aun así, la mujer procedió a tomar la mano y sucedió lo que debía suceder según las escrituras. Después de unas horas, la mujer se sentía llena de vida, muy alegre y contenta, se levantó a la par que Dobrilo se acomodó entre sus cojines.

–Ahora que has aceptado la Bondad, deberás decirle a más gente, que venga a conocer la felicidad. ¿Has entendido bien, Inés? – dijo, mareado y con la voz no tan grave como al inicio.

–Claro, Heredero, así será, muchas gracias por esto – y se inclinó ante el manto, suponía que tenía que hacerlo, nadie se lo indicó, pero no podía hacer menos que adorar al joven.

Ese fue el fin de semana entre Zuzen y Montefeltro. Cereza se preocupaba por ambos, pero, estaba tan... *estoy, ¿cómo estoy?*, no lo sabía, pero se sentía bien de estar así. Las pocas veces que asistía a la escuela no veía a sus amigos. Aunque tenía preocupación por ellos, cuando quería ir a buscarlos, Angelina llegaba, o ella se le aparecía a Angelina. Lo interesante era que las deudas que cobraban eran en número, mucho menor a la de citas que ellas dos tenían. Algunas veces al parque, algunas veces a un café, otras realmente iban a arreglar asuntos del negocio *familiar*.

Cereza se sentía bien cuando decía eso, *negocio familiar*, Cereza Phoenix no sonaba nada mal, pero... no, ella quería mantener su apellido, en todo caso, se olvidaba cada vez más de buscar la verdad tras su padre, pero, aún persistía la memoria, o quizá la duda, sí, era más eso, la curiosidad de saber qué ocurrió, no era su proposición ante la vida. Creía ya haberla descubierto, su motivo, pero, prefería mantenerse en silencio, ¿para qué arruinar una amistad?, se decía constantemente, y dormía poco gracias a ello. Sus días eran una subida y bajada, con altos en las tardes y bajos en las noches.

Llegó pronto la carta del infiltrado de Pávlov, era de esperarse que no tardara tanto, pues en la ciudad Aurora desde los tiempos en que el detective Hamilton se marchó, se habían vuelto muy corruptos. Justo por eso Pávlov estaba más tranquilo con lo que había ocurrido, Hamilton tenía buen renombre entre los detectives, incluso en las afueras de la ciudad. Seguramente le solicitaron encargarse de un caso seguramente importante. Toda la semana se la pasó pensando en la respuesta, aunque claro, sabía que solo el infiltrado le diría el resto, le gustaba gastar el tiempo en conjeturas, pues, admiraba a los detectives, y siempre quiso ser uno, pero, sabía que no se gana para nada igual en su oficio como en el de Hamilton.

“De acuerdo con los archivos del caso, el señor Salazar Montefeltro era el suegro de la señora Teresa que usted mencionó. Investigué de eso en los periódicos de esos días, parece que el propio Salazar era alguien que tenía conocidos importantes, o quizá dinero, pues, solicitó, según las noticias, pruebas desde ciudad Crisálida, también dudaba de los detectives de Aurora, así que solicitó que alguien llevara su caso de otra ciudad, ahí eligió a Hoja Celeste.”

“El caso del que se habla de Salazar era un presunto asunto entre el casamiento de su hijo con la señora Teresa, en la foto familiar aparecen varias personas, pero, en los documentos solo dos hijas aparecen registradas. Parece que no aprobaba la reunión entre Teresa y su hijo, al final fue llevado a un manicomio, donde murió de causas naturales aparentemente, el mismo día se llevó de forma inmediata al panteón. Para este entonces solo quedaba la señora Teresa presente, fue la única persona que se presentó al velorio según el informe. Fin”

—Si el caso estuvo terminado, no entiendo por qué Hamilton moriría en Crisálida. Debe haber más en esta historia. Debemos esperar a que nos cuente más el chico — dijo Pávlov apasionado con toda esta historia de conocer la verdad sobre el caso del detective.

Cereza no quiso decir nada, Angelina comprendía por lo que estaba pasando su amiga, y también guardó el silencio en la sala. Pensaba en cómo reconfortarla, eso al menos requeriría tres helados en el parque. Se contentaba por dentro, esto solo aseguraba que se siguieran viendo. Pávlov en verdad sospechaba por qué habría ocurrido, así las cosas. La diferencia de tiempos no era tan grande, después del caso, Hamilton debió seguir investigando después de su estancia en Aurora, pero... ¿qué estaba persiguiendo?, acaso... ¿la muerte no fue natural?

La preocupación del dúo

Zuzen de vez en cuando, se preguntaba por qué Dobrilo había cambiado de esa forma, ¿en verdad había cambiado?, quizá solo quería llamar la atención de alguien y que le hicieran caso. O, quizá siempre heredó esa parte de su madre, por ser controlador de las cosas. De nuevo se presentaba una anciana, de nuevo hacía lo que debía de hacer. El mundo le había parecido cruel de cierta forma, cuando ni siquiera lo había visto. Se mostraba dulce, ante todo, pero, realmente estaba aburrido de ver las mismas paredes de su casa.

Si ya había salido y conocido el exterior, ¿entonces qué le faltaba?, le faltaba el abrazo de su padre, o el cariño de una madre, dentro de su velo, a veces él también se preguntaba por qué había cambiado de esa forma. Miraba el anillo, y entonces se convencía de que así debían ser las cosas. Tomaba un respiro, pero una voz en el interior le decía:

—No te engañes, no le importas a él. Ya estaría aquí si fuera así...

Su cabeza dolía, esa voz, era la misma voz que escuchó frente su espejo, se convencía de nuevo de que así debían ser las cosas. Y la Bondad que estaba al lado de él, en su oreja, sonreía, justo como lo hizo cuando se miró al espejo. Los brazos del joven se habían recuperado de las otras veces que se dañó. No hacía falta ocultar las marcas, nadie lo veía. Pero, dudaba de lo que hacía, ¿qué había pasado con los buenos días que tenía antes de salir de aquella desdichada casa?

Quería volver, si es que hubiera una manera de volver, entonces la quería usar. Dentro del manto se la pasaba sollozando en las veces donde dudaba más. Pero, la Bondad siempre estaba presente a su lado. Se quedaba en el velo de la invisibilidad que estar compuesta solo de alma le otorgaba. Aunque este efecto también era para la propia dama, quien no se había percatado, que de la punta de sus blancos dedos se habían tornado un poco oscuros. Y esto era posible, porque la Bondad no era puramente la Bondad.

Al igual que las almas de cada humano, eran corruptibles, no eran sólidos en su totalidad, a diferencia de los vivos, estaban compuestos de alma y nulidad, y cada una de las deidades contenía un aspecto de los humanos. Aun así, no eran absolutos en lo que representaban.

Así bien lo sabían el dúo supremo, quienes se preocupaban, pues la Luminosidad no había aparecido durante un tiempo en la presencia de la Oscuridad. Estaba preocupada, pues la punta de sus dedos luminosos se había tornado oscura. No quería decirle su gemela, se encerró en su gran habitación y no permitió que vieran lo que le ocurría. El balance se estaba perdiendo, estaban faltando a su promesa de cubrir el balance. Y sabía que la culpa era nada más de ellos dos. No era el único reino donde el balance se había perdido. En el reino reflejado las uñas de cuarzo rosa de la Hilandera se habían quebrado un poco.

El reino de los sueños también estaba sufriendo, pero esto no lo notó la Sombra, todo el sitio era oscuro como ningún otro reino. En algunos lugares existían estructuras similares a los templos de cada deidad. Pero tenían fines muy diferentes. La cosa era que no había un mapa real de ese reino. Las cosas flotaban todo el tiempo. Y esos sitios contruidos de cuarzo de nulidad estaban perdidos en todo lo que existía ahí. Aún la Sombra, como se le conocía a quien reinaba en ese lugar, se encontraba todo el tiempo creando sueños. Él junto a sus súbditos retorcidos creaban el lugar de lo que flotaba.

Rompían todo lo que no fuera cuarzo de nulidad, y armaban un sitio para un sueño. A veces los sitios compartían lugar. Cuando estaba listo el sitio entonces dejaban una piedra con un símbolo único para cada uno de ellos. Avanzaban con movimientos discretos que debían dar miedo a cualquiera que los viera. Todo el tiempo mantenían el rostro que se les había otorgado, como no se mostraban ante la gente no cambiaban, mostraban la misma emoción con la que habían nacido. Y la Sombra, que avanzaba de la misma forma, aunque cambiando de emoción en cada movimiento, se encargaba de sus súbditos.

En alguna de esas estructuras de cuarzo nulo, acababa de despertar un ser, era uno de los puros. Alguien lo llamaba, o lo haría, miraba a su alrededor, se veía muy oscuro, pero con los pocos cuarzos de alma, se podía observar a algunos súbditos de alma quitando muy lentamente un cuarzo nulo de los tantos que atravesaban el cuerpo del ser. La Bondad absoluta pensaba que por fin era su momento, alguien lo estaba llamando, o lo intentaba. Después de tanto tiempo en esa prisión de cuarzo, solo tenía que esperar un poco más. Esperar era lo que mejor sabían hacer las deidades absolutas. En cambio, en el reino de las almas, las cosas transcurrían tranquilas, no se había alterado el orden.

Tanto la Hilandera como la Oscuridad, tomaron cartas en el asunto. La primera lo hizo mucho antes, pero era muy complicado su caso, el segundo tocó la puerta varias veces de su gemelo, pero no hubo respuesta. Hasta que la mano de toda la mano de la Luminosidad se tornó oscura, fue cuando se decidió a salir del cuarto, corrió al de la Oscuridad, y le contó todo. Por su parte, la Oscuridad, aunque muy molesta, comprendió que hubiera hecho lo mismo si se tornara claro de los dedos.

Para este entonces, el Heredero ya había usado las tres esferas, y Zuzen, que ahora era llamado el Inquisidor, ya había limpiado las tres esferas en una persona. Tres ancianos disfrutaban de la mejor de sus etapas de su vida y otro anciano que se había rehusado cuando lo llevó la primera anciana, sufrió las consecuencias. O al menos, eso es lo que los monjes supieron. A Inés se le dijo, que él no era parte de los hijos de la Bondad, y que pertenecía a otro lado.

El dúo supremo se preparó, estaban preocupados porque no habían salido a ver a los humanos, o al menos ya no lo recordaban haberlo hecho. Se temían, no sabían qué deidad era la que se había desbalanceado, pero suponían que era una de las que seguían la oscuridad. Se la pasaron pensando, y pensando, mientras que debajo de ellos, lejos de la meseta, el Heredero y el Inquisidor continuaban con su trabajo designado. La Bondad y la Maldad nunca habían estado tan contentos, uno en la espalda de Zuzen y otra bajo el manto de Dobrilo.

Para este momento, los citatorios habían dejado de llegar a las casas de los chicos, y comenzaban a llegar a los de Cereza, pero, cada mañana, ella se encargaba de eliminarlos, y se marchaba con su bolso, se subía a un carruaje y se perdía durante el día con Angelina. Había llegado justamente una carta a Pávlov, la convocó de inmediato, pero, no esperó que en verdad llegaran pronto, pues se la pasaban casi todo el día juntas.

—Me alegra mucho que por fin Angelina tenga una hermana con quien pasar el tiempo— dijo.

—Hemos de recuperar el balance a toda costa, hermano — se oyó en la meseta, la Luminosidad.

—Todos son mis hijos, y yo, soy la verdadera Bondad — dijo Dobrilo con la dama a sus espaldas.

—Prosiga muy bien con la Filosofía de Solidaridad, Dr. Dedekind — dijo Teresa desde su carruaje.

Así debía quererlo la Bondad

—¡Entonces, ¿niegas a la Bondad como tu creadora?! — gritaba Dobrilo desde su manto, nadie estaba dentro del templo. Las paredes ya se habían retirado y permanecían las columnas, solo Zuzen, la Maldad y la Bondad, y claro, el anciano frente a Dobrilo, estaban ahí.

Zuzen aguardaba en silencio con maquillaje oscuro, no cambiaba el semblante, ni abría más los ojos, simplemente esperaba, pues las tres esferas ya estaban llenas, y sabía que era momento de servir a la Maldad. ¿Era eso o solo quería ver sufrir a alguien que no fuera él?, se había hecho a la idea de que así debía de ser, o era quizá la voz tras su cuello que lo había convencido, no importaba, en el fondo realmente le daba gusto su trabajo.

—Yo... ya le dije que acepto la luz, yo... — decía el anciano llorando ante el manto blanco que cubría a Dobrilo — le digo que quiero la bondad, mi amiga dice que es lo mejor que puede existir y la veo en su momento más contenta. Se lo suplico...

—¡Monjes!, llévense a este mentiroso a donde el Inquisidor quiera. Miren cómo se va a arrepentir de haber negado a la Luz. Miren cómo suplicará por su vida.

—¡No!, yo quiero la luz, deme la bondad, por favor, no, aléjense, a dónde me llevan, no me toquen, heredero, tú que eres tan piadoso, por favor, te lo ruego, no me hagas esto, yo en verdad quiero la luz...

—¡Silencio, mentiroso!, háganlo callar, y tú, Zuzen, toma esto — le dijo, entregándole la caja roja

Entonces, Zuzen tomó la caja con la misma indiferencia que mostró durante todo el tiempo que vio al anciano. Se movió de su lugar y se marchó con los monjes por la salida trasera del templo. Ahí les dio indicaciones de subirlo a un carruaje que había pedido él a construir. Uno de los monjes se alistó para conducir y subieron al anciano con ellos. Adentro, Zuzen le dijo al conductor que los llevara al parque de la ciudad.

Cuando llegaron, bajaron al anciano de la misma forma que lo habían llevado todo el camino, les dijo que lo llevaran al lago, se puso unos guantes, los cuales eran diferentes a todos los guantes que los monjes llevaban ya que les solicitó que fueran blancos para ellos. Entonces, los dejó avanzar, llevó la caja, y los alcanzó un poco después. Sacó una cuerda y avanzó.

–Átenlo – les dijo a los monjes – manos y piernas – y en poco tiempo, así lo hicieron.

Zuzen tomó las esferas, las miró durante un rato. Oscuras como su alma, dejó posar el toque frío de cada una en las manos del anciano. Al terminar, regresó las esferas a su lugar y procedió a marcharse. Los monjes no entendían qué hacer. Se detuvo y dijo:

–Aten el último extremo que sobró a una roca pesada, pónganla cerca de la orilla del lago, mas no avienten al anciano al mismo. Márchense una vez hagan eso – dijo, dejando una carta.

Los monjes obedecieron porque vieron al anciano convulsionarse, una roca que definitivamente no podía mover el anciano fue la que escogieron y entre los seis llevaron la piedra a la orilla del lago. Se marcharon porque el anciano parecía lleno de ira. Los seis encontraron a Zuzen dentro del carruaje, los saludó y se marcharon de ahí.

A la mañana siguiente la policía había recibido reportes de un hombre ahogado, atado a una piedra en la orilla de un río. Cerca del lugar del ahogamiento, debajo de una pequeña piedra, encontraron una carta que decía: *lamento obligarte a hacer esto, pero, ambos sabemos que soy muy cobarde de hacerlo si puedo salvarme*. Supusieron que era un suicidio, lo típico, además, era muy conveniente porque no había que investigar ni hacer mucho papeleo. Decidieron así hacerlo, pues, al parecer no había nadie que conociera al señor. Su única amiga, Inés, recibió la explicación de Dobrilo, alguien tan bondadoso como él no podía mentir en que se negó a recibir la luz de la bondad.

Lo que había realmente ocurrido con el caso del anciano, era que cuando se veía furioso, en realidad sentía miedo, su cara parecía furiosa porque estaba atado, no podía soltarse, pero miraba a todos los lados, decía *vendrá por mí, él vendrá, lo sé, debe estar cerca*. Y la Maldad que había seguido a Zuzen, se libró de su invisibilidad, y con las mismas cadenas que llevó al padre del joven las comenzó a azotar contra los árboles. Su paso ligero se tornó pesado, las cadenas cuando no las azotaba las dejaba arrastrar por el suelo. Avanzaba lento, el anciano continuaba gritando, cosas a Dobrilo para que lo salvara, suplicaba por su vida. Seguía intentando escabullirse de las ataduras. Pero, la Maldad avanzaba de forma calmada, para uno era un verdadero momento de paz y para el otro era un verdadero momento de terror. *Aléjate, deja de avanzar, por favor, no, no te acerques... no, no, por favor*, decía el anciano.

La Maldad sabía bien las reglas ante el dúo supremo, no podían matar a nadie con sus manos, así que, al estar muy cerca del anciano, solo sonrió, y se quedó mirándolo. Tocó las cadenas y las comenzó a azotar ante el suelo. El anciano cuando lo vio se rindió, no lo dudó, prefería morir antes de caer en las manos de su hijo. No pensaba que la Maldad fuera la Maldad, pensaba que era su hijo al que atormentó durante tanto tiempo, pensó que venía por venganza, *antes muerto que, en tus manos*, fue lo último que pensó, mientras se mantenía quieto en el agua, o al menos eso intentaba.

La Maldad entonces se preparó a esperar a que saliera el alma, ya tenía otra mascota a la que pasear, al igual que al padre de Zuzen, a ese anciano le gustó la muerte, la abrazaron como una esperanza, la vieron como un comienzo y no como el fin, se arriesgaron a saltar a la oscuridad, *carecen de inteligencia*, pensó la Maldad. Se contentaba, pues ya le había aburrido no tener a alguien a su lado.

–También nosotros nos ponemos sentimentales – dijo, presenciando la muerte de un anciano que no tenía nada que deber, bueno... eso era cuestionable, pero ¿debía de morir de tal forma? – seguramente no interesa cómo murió, para fines prácticas es todo mío.

Zuzen le entregó las esferas a Dobrilo, su indiferencia seguía igual como cuando salió del templo, el único momento en que se la pasó muy contento fue cuando se marchó lejos de los monjes. No podía contener su felicidad, quería quedarse, pero, quizá, alguna otra ocasión lo haría, después de todo por algo era el Inquisidor. Cuando llegó al carruaje se tardó otro rato en comportarse indiferente, se imaginaba cómo iba a morir el anciano, sabía bien que la Maldad lo seguía, después de todo, le daba de comer como si se tratara de su invitado.

Cuando vio a los monjes llegar, se abstuvo de sonreír, hizo las señas necesarias para marcharse, porque no quería hablar, si lo hacía seguramente se reiría. Le gustaba el perfil sombrío que tenía ante todos, y no quería perderlo de esa forma. Se preguntaba quién sería el siguiente que rechazaría la luz de la Bondad. Se preguntaba si en verdad la rechazaría o lo harían rechazarla. Al estar solo, frente a un espejo se dijo:

–No tiene caso ser impacientes, cuando sea el momento se hará igual. Por ahora, lo que hay que hacer es pensar en otro lugar para el siguiente – por ellos se refería a la Maldad y a él.

La carta de la cita

“Supongo que ya has tenido el tiempo suficiente para investigar acerca del caso, es un momento de vacaciones para mí, estaré en camino a ciudad Hoja Celeste lo más pronto que pueda, te veré hoy mismo en el parque, cerca de donde comienza el panteón. Ahí hay unas mesas que nadie usa nunca. Estaré sentada de espaldas, tú te sentarás también de espaldas y ninguna de las dos nos veremos el rostro. Si llegas a romper cualquiera de esas cosas, olvídate de que te cuente algo acerca del caso”

Era la última carta que habían recibido de la sirvienta de la reina Bermellón, aunque, no hacía mucho que habían recibido otra del infiltrado a ciudad Aurora. La carta decía:

“Acerca del caso de Salazar Montefeltro, en toda la ciudad se llegó a escuchar que el honor del gran detective se perdió justo con eso. Durante algunos días se mantuvo la crítica ante si ese era el mejor detective de Hoja Celeste, entonces qué se podía esperar de justicia en aquella ciudad. Se sabe que regresó a Hoja Celeste y dejó su puesto a su esposa, no se sabe más al respecto. Casi todos los Montefeltro estaban muertos, Salazar, sus hijas, su hijo, y solo quedaba su nieto. No me refiero al hijo de Teresa, había otro nieto mucho mayor. No se sabe nada acerca de él, nadie tiene idea a dónde se fue, él fue el que recibió toda la fortuna de los Montefeltro, y desapareció de la nada. Lo último que se supo es que se fue con Teresa a Crisálida, el resto, es papel en blanco.”

Angelina y Cereza, tomadas de la mano, apretando fuertemente porque no sabían qué ocurriría, se mantenían en silencio ante la carta que recibían hoy, y pensaban en la carta que había recibido del infiltrado. Sonaba como una situación muy complicada. Pávlov pensaba en que la fecha para la cita era demasiado pronto. Quien quiera que fuera en verdad llevaba mucha prisa. Se preocupaba, pues no quería perder a alguien más en su vida. Después de su esposa... se contuvo, dijo que tenía que hacer algo y se marchó a su habitación. En el camino no pudo soportar soltar algunas lágrimas. Ya en su habitación lloró muy a gusto entre las cuatro paredes. Las dos chicas se quedaron en silencio, no sabían qué decir, o quizá sabían que no era necesario decir algo, era algo que ya estaba tácito, *si estás en peligro no dudes que estaré ahí*, seguramente pensaba Angelina, *lo sé*, seguramente pensaba Cereza.

Las chicas se prepararon, una de ellas se puso una capa que cubría todo, no se podía ver quién era, la otra le sonrió. Se fueron juntas al parque, fueron al lugar de la cita, y antes de llegar al lugar donde habían solicitado la presencia de Cereza, vieron a una persona, de espaldas, en una de las mesas. El lugar era en su mayoría de tierra. Nunca habían visto aquellas mesas. Se podía ver desde las mesas si venía o no sola Cereza. La de la capa se fue sola a partir de donde terminaba la senda de árboles. Su amiga le dio un beso en la mejilla, pues ya le había dicho lo que ocurriría.

—Ella... estoy segura de que Teresa la mandó a matarme. Pero, en verdad quiero saber qué ocurrió. Pero... no volver a verte, eso no lo contemplaba antes... no, no sé qué....

—Guarda silencio, Cereza, las cosas saldrán bien – le contestó Angelina, posando su dedo en la boca de Cereza para que callara. Al marcharse la chica bajo la capa, comenzó a llorar, pues no estaba realmente confiada en que las cosas saldrían realmente bien.

Los pasos se comenzaban a escuchar para la persona bajo una capa negra, mientras la chica bajo una capa azul avanzaba a la única mesa ocupada. Parecía medir un metro con noventa centímetros. No se movía, sabía que venían hacia ella.

—Toma asiento, querida. No muerdo, ya sabes, no quiero se entere el mundo quién soy, toma asiento conmigo, no dejes así a una dama sola en un lugar tan frío como este.

El área circular que mantenía dentro a cuatro mesas idénticas a las de la entrada del parque se sentía lúgubre, tres caminos llevaban a esa área circular. Aún a lo lejos, sabía que alguien la veía, alguien en quien confiaba. Bajo la sombra del quiosco de la mesa se sentó. Era cierto, el lugar era realmente frío. Y aquella silueta de la persona, por alguna razón le provocaba más frío. Se mantuvo mirando hacia el camino contrario que veía la dama de capa negra.

—Dime, ¿estás realmente lista?, antes de pasar al caso de tu padre... ¿quieres saber algo más?

—Yo... – dijo la chica de capa azul mientras sostenía algo en sus manos – ¿por qué mi padre no pudo solucionar el caso del señor Salazar?

—Oh, interesante pregunta. Era sencillo, porque se equivocó en el culpable del asunto, en todas las partes del caso se equivocó en investigar a la reina Bermellón.

—¿A qué te refieres?

—La reina Bermellón es malvada, eso es cierto, pero, en ese tiempo no era la única que cometía cosas atroces. El detective Hamilton creía que se trababa de ella todo el tiempo, todo apuntaba de esa forma, no lo culpo porque en esos días todos la odiaban, Salazar no estaba realmente de acuerdo con su casamiento. Decía que solo había llegado a causar desgracias a la familia, cuando la familia ya era una desgracia por sí sola.

—¿Qué pasó?, me refiero, después de que... mi papá... no pudiera solucionar el caso.

—La muerte del señor Salazar en un sanatorio fue lo que llevó a cerrar el caso, para este momento solo quedaba Teresa, la muerte de su hijo, sus hijas y la pérdida de sus nietas hizo que solo la reina Bermellón asistiera al funeral. Aunque, quedó su nieto, lo último que se supo de ellos es que se marcharon a ciudad Crisálida. Tu padre lo sabía también. Al renunciar se la pasó en casa con su esposa. La detective Cereza tomó temporalmente el cargo de tu padre inicialmente, pero, a tu padre no le gustaba que un caso no estuviera resuelto. Le había prometido justicia al señor Salazar y lo único que le dieron fue la muerte.

—¿Y qué hizo que mi padre fuera a ciudad Crisálida?

—Oh... pensé que hablabas mucho más con tu madre, esa parte de la historia no la sé, querida. Durante el tiempo que se la pasó encerrado en su casa, algo debió de ocurrir. Eso... tendrás que preguntárselo a tu madre. Lo que sé es que se marchó a Crisálida. Fue al domicilio de la reina Bermellón y lo recibimos. Entonces él detective se mantuvo paseando por toda la casa, no tenía ninguna jurisdicción en ese lugar, pero fuimos muy amables en aceptarlo. Tomó una silla, la puso frente a una de las ventanas y observó el tranquilo paisaje. La señora Teresa le llevaba una taza de té ella misma. No había necesidad de usar sirvientas, y entonces...

—¡Cuidado! — se escuchó desde los árboles, Angelina bajo la capa sosteniendo el abanico metálico, lo movió un poco para ver el reflejo, ahí estaba una mujer detrás de ella apuntando con un cuchillo, pero mirando hacia el bosque.

Angelina actuó rápido, se giró y golpeó la punta de la distraída mujer de capa negra, y el cuchillo obsidiana salió volando de las manos de su agresora. La cara fue aún de más sorpresa.

–Tú... tú no eres Cereza – dijo mirando a la chica de cabello oscuro – ¿quién eres?

Cereza se aproximó corriendo hacia ellas, tomó el cuchillo de obsidiana apuntando hacia la mujer. La dama de capa negra no hizo nada por ir por el cuchillo, se mantuvo quieta.

–No te muevas, dinos el resto de la historia – le contestó todavía cuchillo en mano.

–Oh, qué maravilla ver a la señorita Cereza aquí. El propio Félix Renoir me contó de ti, me presento, señoritas, yo, soy la reina Bermellón. Bien, en vista de que tratan tan mal a una reina supongo que les contaré el resto de la historia – tomó una larga pausa.

–Como te decía, tu padre estaba mirando una ventana, yo, le llevaba un té, no había realmente sirvientes en ese sitio, nos acabábamos de mudar a ese lugar, él y yo... cuando iba a llegar al sitio donde estaba tu padre. Él estaba desangrándose con un cuchillo de obsidiana en su pecho, como el que tienes en tu mano. Yo iba a llamar a que lo llevaran a un hospital. Pero, me tomó del brazo, y me pidió que no lo hiciera. ¿Entonces... qué es lo que debo hacer?, le pregunté, con dolor me contestó: Cuéntame, por favor, la verdad. – tomó otra pausa.

–¿Cuál verdad? – dijo Angelina.

–Sean pacientes, tu padre estaba ya en el suelo, se arrastró a la pared, me pidió mi pañuelo y limpió el cuchillo de las huellas de quien lo había asesinado. Nosotros ya no debíamos de estar ahí cuando él llegó, pero tuvimos un retraso y justamente lo recibimos a tiempo. Entonces... le conté la verdad, de lo que pasó con el caso de Salazar Montefeltro, algo, que nadie más debe saber. Quien asesinó a tu padre... fue el penúltimo nieto con vida de Montefeltro.

–¿Por qué mi padre no quiso que lo llevaran a sanar? – repuso Cereza, dudando.

–Bueno, cuando estaba en el suelo, me dijo que prefería morir de esta forma, hasta el final del caso, conociendo la verdad y con su honor devuelto. Dijo que Cereza cuidaría muy bien de ti, pero, sabía que tu madre es alguien igual de obstinado que Hamilton. Así que, antes de morir, me pidió un favor. Amenacé directamente a tu madre, ya me había ganado la fama de eliminar a todos los Montefeltro, tu madre desde ese entonces se tomó la amenaza demasiado real. No la culpo, perdió a su esposo, pero, yo no la hubiera asesinado.

–No entiendo, ¿por qué... mi padre haría algo como eso?

–Solo mírate, tú también sabías que te mataría si venías aquí. Y aun así te arriesgaste a venir. Es algo que parece ser de familia. Esperé pacientemente a que tu padre dejara de contestar, y entonces, dejé una buena suma de dinero con él. Tu madre fue a la jurisdicción de Crisálida y el propio señor Renoir le dejó un lugar muy costoso por mi parte. No solo tu madre asistió al funeral, muchos detectives asistieron, la muerte de un hombre que había dado todo hasta el final en su carrera, su honor estaba más que restaurado. Si me lo preguntas, me parece un precio más que grande. Desde ese entonces tu madre no volvió a hablar de él, y se quedó con su puesto.

–¿Por qué tendrías que asesinarme?, podías simplemente contarme la verdad.

–No es tan sencillo, Cereza- No es la única promesa que hice durante esos días. También le prometí algo a Rubén Montefeltro. Me pidió que nadie más abriera el caso de Salazar Montefeltro. Así que, esperaré que tú me prometas que nadie más abrirá ninguno de los casos con respecto a los Salazar. Rubén solo quiso encontrar su camino.

–¿Quién es Rubén Montefeltro?

–Para eso tendremos que hablar otras veces, mi querida Cereza, pues su historia es complicada.

–¿Por qué habría de confiar en ti?

–Porque ya estarías muerta si así lo hubiera querido.

–Tú eres la que no está armada, Teresa

–Yo... nadie dijo que yo lo haría – lo dijo mientras de otra parte de los árboles salía el señor Renoir, armado con una pistola de seis balas.

–Te dije que te tendría un lugar especial, Cerecita, además, por su generoso pago, reínete, le haré la oferta de dos por el precio de uno.

–Entonces, supongo que es más que un hecho que aceptarás prometer lo que te pido. Te contaré el resto de la historia, pero, será en otros momentos y otros lugares, lejos de tu madre.

Ambas partes se fueron por su cuenta, Teresa tomó el arma del señor Renoir, y le dijo que se estuviera en paz, que le pagaría más, pero que hoy no tendría a nadie en su jardín. Pávlov que llegaba corriendo por la entrada, vio a su hija y Cereza regresando, se había quedado llorando en su cuarto recordando a su esposa, que olvidó por completo a su hija. Cuando se repuso fue corriendo por Angelina. Las acompañó el resto del camino en silencio, ellas ya tenían un silencio incómodo cuando las llegó a ver. Estaban muy rojas de la cara, ambas, y no hablaban ni se miraban a los ojos.

Teresa y Félix se marcharon en la dirección opuesta. El señor Renoir se preguntaba por qué no había querido matar a ese par de chicas. Teresa recordaba su viejo amor, aquel que de verdad amó, aunque juró no hacerlo. Recordaba su lucha por poder, recordaba que mostraba frialdad ante la sociedad para que no pensarán que era débil, ella no había asesinado, al menos no como Rubén, quien debería de tener la fama que ella tenía, estaba afuera de la ciudad, en algún lugar. Ella hubiera estado encantada de recibir lo que su esposo recibió aquella noche en que murió.

Pero, eso, era otra historia, ella no quería arruinar la historia entre Angelina y Cereza, si una puso el cuello por la otra, eran más que amigas. Uno no debía ser lo extremadamente listo para eso. Si ella hubiera podido ese día estar frente al mirador de los Montefeltro, esa sola noche, la que no estuvo, entonces, él se hubiera salvado, y creía que la chica de capa azul hizo lo mismo por Cereza. A diferencia del padre de Dobrilo, a ella sí le avisaron sobre el peligro que tenía en sus espaldas.

—Sé que te preguntas por qué no las asesiné, es sencillo, Félix, una cosa es la muerte de la hija de la detective Cereza, pero otra muy diferente es meterte con los Phoenix. Cuando terminamos nuestra charla, le pregunté su nombre, me respondió Angelina Phoenix. Y un hombre que ya perdió una vez a su esposa, cobrará muy caro si pierde a lo único que le queda en recuerdo de ella, su hija.

—Es usted sumamente lista, reina Bermellón.

—Claro, te pagaré más, no lo olvido, por ahora, marchémonos de este lugar, me trae recuerdos que no quiero pensar en estos momentos —dijo, guardando el arma y el cuchillo.

La historia prometida

–Está bien, Teresa, lo prometo, nadie buscará a Rubén Montefeltro, yo... te doy mi palabra frente a Angelina, ella... ella es mucho más importante que mi madre, prometo que no abriré el caso de tu familia, y que se quedará, así como está... pero ¿nos contarás lo que sucedió contigo?, lo que pasó con el caso de los Montefeltro?

–Vengan de nuevo a estas mismas mesas, el próximo año en el mismo día que hoy, y con mucho gusto les contaré lo que sucedió. Y si les agrada, entonces, proseguiré contándoles más y más. Pero, antes me haré a la idea de contar lo que ocurrió. Por cierto, bonito nombre, ¿Angelina qué?

–Angelina Phoenix – respondió la joven con el rostro mucho más calmado, pues la pistola ya estaba guardada. Habían regresado el cuchillo, pues era más que notable que no las llevaban de ganar, además, si las hubieran querido asesinar ya ni siquiera estarían respirando.

–Interesante nombre – respondió la señora Dirichlet – será mejor, que ambos nos marchemos. Se refería a ella y el señor Renoir, que estaba lejos del sitio donde ellas platicaban.

Ya en la casa de los Phoenix le contaron todo a Pávlov, bueno, lo que habían conversado con la reina Bermellón, no le contaron todo, pero, no había problema con ello. El señor Phoenix estaba contento de que su hija siguiera con vida, simplemente estaba feliz de no haberla perdido, Cereza también era de la familia, pero, tendría que entender que definitivamente haría falta mucho tiempo para que ocupara el lugar de su hija.

Que no asesinara a las damas que vio ese día, no quitaba el hecho de que era ella quien mandaba a asesinar a mucha gente. Pero, directamente no lo había intentado nunca, nadie más que ella lo sabía, nunca pudo ser tan fría como Rubén, era ciertamente fría a su manera, pues no quiso ver a su hijo. Se había estado hospedando en la villa del señor Renoir, la gente de ahí no era muy buena hablando, pero, estar con los muertos no era mal tiempo. Al menos no hacían ruido, pero no respondían nada de lo que les contara. Dar órdenes era mucho más sencillo, durante esos años que vivió en Crisálida y Hoja Celeste, es de lo que más se dio cuenta. Realmente no estaba hecha para darle el último suspiro a alguien. Eso ya lo sabía.

–Creo que, en verdad, es momento de contarle a alguien lo que ocurrió con ellos. – dijo dentro de un carruaje, conducido, por supuesto, del señor Félix Renoir.

Después de todo, hacía ya unos veinte años que no sabía nada de Rubén Montefeltro, ¿o eran menos?, no estaba realmente segura. No era lo importante, era un muy buen tiempo, y ahora sentía muchas ganas de contarle a alguien esos temas, pero tenía que volver, con el doctor Dedekind, pronto tenían planes para dar solamente órdenes, como a ella le gustaba.

Cereza fue con su madre al día siguiente, por primera vez solicitó verla directamente a ella, la detective Cereza estaba preocupada, pues, aunque sabía que su hija iba, que la fuera a ver era algo que no cuadraba, algo pasaba, no estaba segura qué hacer, pero la recibió, de eso no tenía salvación. No estaba realmente ocupada, y, aunque quería inventar excusas, quería escuchar qué tenía Cereza que decir que fuera tan importante para verla.

–Adelante, pasa, dime... ¿Qué sucede?

Cereza tomó un poco de aire, esperó, se sentó frente a su madre. En la oficina que miraba a la ciudad, una ciudad donde el sol iluminaba de forma uniforme los techos de los edificios. Era hora de que debía de estar en clase, bueno, no podría haber hecho un recorrido como ese de forma inmediata en su salida de la escuela. No importaba, quería la verdad.

–Mamá... ¿por qué... mi padre...

–Asegúrate de lo que vas a decir, Cereza – dijo con el semblante completamente diferente.

–¿Por qué mi padre... se fue a Crisálida?

–Tu padre... está bien, Cereza – tomó café, se dirigió a la puerta de su oficina, y dijo que nadie la molestara hasta que su hija se marchara – tu papá, ¿eh?, pues, es algo complicado. Tu padre siempre quiso mucho su carrera de detective... cuando, nos conocimos, bueno, yo sabía a lo que me exponía, se quedaba horas tarde en esta misma oficina y yo, pues, también lo hacía. Resolver casos era divertido, incluso si yo realmente no creía que fuera mi pasión en la vida... él... me mostró cómo resolver casos, me volví buena y eventualmente resolví mis propios casos, pero, no, yo no estaba enamorada con mi trabajo, no lo he estado nunca, ¿Sabes?, todos los días me paro antes para que no veas cómo odio este empleo.

Cereza se mantuvo en silencio un rato, no sabía qué decir y todavía no respondía lo que preguntó. No tenía ganas de llorar, pero su madre ya lo había comenzado a hacer.

—Cuando... cuando estaba embarazada, tu padre había sido llamado desde la ciudad Aurora, un caso sumamente difícil, yo, no estaba segura de si pudiera con el caso, parecía que estaba lleno de corrupción en todas partes. No dudaba de que tu papá fuera capaz, pero... no tenía buenas ideas sobre esa ciudad. Yo quería acompañarlo, pero debía estar en reposo, me dijeron que nada de casos hasta que nacieras, y que, incluso con eso, tendría que esperar un poco más. Tu papá aceptó el caso... planeaba retirarse justo con ese caso, la culminación de su carrera, pero... él falló. Tenía un historial lleno de éxitos, y la gente, fue cruel con él, no le interesaba que tuviera tantos éxitos, importaba que fallara en ese caso.

La detective tomó café, por el olor era muy probable que no tuviera nada de azúcar. Suspiró.

—Yo... yo dejé de culpar a la reina Bermellón por su muerte hace poco. Sé que revisaste los archivos y que... estás siguiendo malos pasos, pero... no sé qué hacer, yo, dudo que me veas como una madre, alguien que prefirió ocultarse de la justicia. Debo de parecer patética para ti, es decir, se supone que debo cuidar esta ciudad y yo... ja, yo no puedo cuidar ni siquiera de ti. No fue la reina quien lo mató, nunca lo supe realmente si ella lo acuchilló, cuando recibí el reporte simplemente decía que pudo haber sido cualquiera, cualquiera, claro que no acepté esa respuesta, pensé que debió ser ella, lo llevé hasta el final, traté de volver a abrir el caso de los Montefeltro, la familia por la que fue llamado tu padre, ¿y qué recibí?, una gran amenaza, una verdadera amenaza. Pero, no, no fue ella quien lo asesinó, pudo haber sido la que enterró el cuchillo y lo vio desangrarse, pero, no, fueron las mismas personas hipócritas que se supone, debo defender. Esas personas fueron los verdaderos asesinos, tu padre ya había superado el caso, lo aceptó, pero los periódicos presentaban casi todo el tiempo la misma nota, *La vergüenza de la ciudad, ¿En verdad podemos confiar en nuestra seguridad?, La burla de Aurora* y muchos otros títulos que también me dolían a mí. De vez en cuando pienso que me merecí la amenaza de Teresa, después de todo era yo quien fue tan hostil con la justicia de Aurora que definitivamente me lo merecía. A veces me pregunto si en verdad ella fue la víctima en todo ese asunto, a veces me pregunto si en verdad el señor Salazar murió de forma natural.

–Mamá, yo... tengo algo que decirte.

–Por favor, antes de eso, quiero terminar de contarte el resto. Mi plan contigo era que terminaras la carrera que escogí por ti, para que te fueras de la ciudad lo más pronto posible, conmigo en este puesto sería fácil conseguir que te aceptaran en la cámara de la Legislación, y ni siquiera te pregunté. Ese fue el mayor de mis errores, no preguntarte, tú no eres miedosa como yo, sé con quién te estás metiendo, sinceramente qué agallas debes tener para hacer algo como eso. Una cosa es robar en el almacén, pero, otra es meterte a un grupo de drogas. Presentaré mañana mismo mi retiro, la ciudad es muy grande y quizá me quede igual de grande el puesto que me otorgaron, me dedicaré a cocinar, siempre quise aprender a hornear pasteles, aunque, nunca aprendí porque no tenía tiempo. Cereza, al igual que contigo, mis padres escogieron que fuera detective, era la opción que le parecía menos descabellada entre las que les ofrecí. Pero, no, yo no quiero cometer el mismo error contigo, conozco a la gobernadora, y ella es de las que estuvo detrás de todo el asunto periodístico de tu padre. Ella es la verdadera culpable de la muerte de mi esposo, saberlo no me lo traerá de vuelta, pero, prefiero que tú puedas escoger lo que quieres ser. Que termines la universidad no define si eres buena o mala persona, la gobernadora, por ejemplo, graduada con honores. Así que... si estar en el bando de los malos te pone contenta, yo... estaré esperándote cada noche con un pastel –terminó de decir sonriendo con lágrimas en todo el rostro.

Cereza la abrazó y se mantuvieron calladas por un gran momento, después, la hija le susurró al oído: *tengo algo, algo muy importante que contarte, es sobre papá*. Así fue como empezó a decirle todo lo que hizo para saber la verdad. La detective que estaba realmente asombrada por todo lo que había tenido que pasar, no paraba de abrir cada vez más los ojos. Comenzaron a reír cada vez más, la detective pensaba en todo el tiempo que había desperdiciado, en todo lo que supuestamente ella había hecho para proteger a su hija. No le daba crédito de la manera que debía hacerlo. Decidió que salieran, escogió el café del que le habló su hija, le pidió que le presentara a su amiga, Angelina, y que, si era posible, fuera Pávlov, con él le pidió que le dijera que no iba a arrestarlo. Al inicio, el jefe de los Phoenix dudó de lo que le decían. Pero viniendo de Cereza, confió en totalidad. Comieron pastelillos, no eran de la detective, todavía ni practicaba, y esa tarde, Cereza sintió que ya tenía familia.

La búsqueda de los aspectos

Los gemelos estaban impacientes por encontrar una solución ante su problema, estaban vestidos para la ocasión. Nada se lograba ver, uno diría que tenían mucho frío. Se veían terrible, pero al menos no llamarían la atención. Sus cuerpos, tanto oscuro como luminoso, dejarían a cualquier mortal con la duda, con el miedo, con un trauma, y lo que menos querían era continuar distorsionando el balance. Buscaban entre sus registros a dónde podía estar, las almas encargadas de hacer esos registros estaban preocupadas. No recordaban haber visto al dúo de aquella forma. Encontraron el papel que mencionaba a Liriel, luego al de Dobrilo, sospechaban más de Dobrilo porque la Maldad siempre había estado sospechosa con su manera de recoger almas.

Sabían que torturaba a las almas, no lo hacía tan seguido y estaban de acuerdo con que así fuera, pues cuando era el momento preciso, las deidades absorbían esas almas y así aseguraban más tiempo en el reino. Lo que pasara antes de que el alma fuera absorbida no era asunto de ellos. Aunque ese no era el destino de todas las almas, pero no era lo relevante. Tomaron el papel, regresaron a donde vivían, fueron a una sala con un inmenso mapa y ahí ubicaron dónde vivía Dobrilo, luego procedieron a buscar entre los mapas que tenían y encontraron la región donde habían señalado en el mapa grande. Lo marcaron con una chincheta de color azul. En realidad, tuvieron problemas para escoger el azul, ¿no debería ser rojo porque era importante?, ¿u oscuro porque de ese tono se ponía la Luminosidad?, decidieron que fuera azul porque era el único color por el que ninguno argumentó algo a favor.

Después de eso se marcharon a otra sala donde había cuarzo. Varas de cuarzo de un metro, el cuarzo era oscuro, para ser exactos gris oscuro, tomaron una poción de contenido gris, pero no tan oscuro como el cuarzo. Habían llegado a la conclusión de que la Maldad había aumentado tanto que ahora la Luminosidad se pintaba de oscuridad, Uno de los gemelos se llevó los cuarzoes, y el otro metió el frasco gris dentro de una caja que sostenía desde todos los lados al vidrio que contenía. Leían los reportes acerca de Dobrilo y de dónde habían estado, tanto el aspecto como la Maldad. Estaban nerviosos, no habían visto estructuras como esas nunca... eran... *feas*, fue lo que pensaron casi todo el tiempo, excepto con el templo.

Es... decente, pensaban ambos. No tenían que hablar para saber lo que el otro decía. Antes de cometer cualquier locura, querían ver si realmente era la Maldad la que estaba aumentando, pero llevaban prisa, aunque, no querían pruebas exhaustivas, estaban prácticamente seguros de que era la causa del desequilibrio. Parecían infiltrados de la ciudad Crisálida, era lo primero que pensaba la gente al verlos. Luego pensaban otra vez, ¿quién sería tan tonto para ser un infiltrado tan obvio?, y simplemente se iban. Sí, realmente si eran unos infiltrados eran de los peores. *Su disfraz es... decente*, pensaban los habitantes de Hoja Celeste.

Dobriilo dentro del templo, se cuestionaba sobre qué haría el gobierno, si comenzaban a haber muchos más casos de... *suicidio*, pensaba en que debía de tener más control, no tenía idea de cómo funcionaba la política y no quería admitir que no lo sabía ante su grupo de monjes, ahora siendo más que seis, porque habían llegado desde la cámara hexagonal el resto de los monjes que solicitaron. Seguramente necesitarían más. Dobriilo se tomó un descanso después de usar las tres esferas. No quería levantar sospechas al respecto, decía que la bondad estaba limitada, que debían de apreciarla con mucha más razón.

La dama de la Bondad, invisible como acostumbraba desde hace mucho tiempo, se asombraba de la maravilla de mente de Dobriilo como su aspecto. Aunque, su mano, al igual que la de la Luminosidad, se había tornado de otro color. El dúo erraba acerca de lo que aumentaba, no era el aumento de Maldad lo que causaba el desbalance, era la disminución de la Bondad lo que lo hacía. Su composición de alma los hacía igual de corruptibles que los humanos. Y, aunque las deidades absolutas, que flotaban el reino de los sueños, también estaban hechas de alma, era muy diferente el alma de los primordiales a el alma de un humano que tiene mucho menos alma del primordial que los creó.

El dúo supremo, que, era poderoso, pero no tenía las respuestas a todo, pensaba que tenía que ver la Maldad directamente en esto. Al menos no era la primera vez en la historia que sucedía de esa forma. Los gemelos no tenían la memoria de forma infinita, estaban, al igual que muchas otras cosas, limitados. Era por lo que tenían tantas almas encargándose de registrar lo que sucedía con los aspectos y las deidades. Ya controlaban muchas cosas como almas y al igual que no podían ver a la Maldad y la Bondad, ellos sabían controlar esa misma característica para espiarlos.

No lograron observar nada extraño en la ciudad. No lograban ver dónde estaba la Maldad, y, a gran diferencia de las deidades, el dúo se componía no solamente de alma, por lo que pasar desapercibido era complicado. Era el motivo por el que llevaban ropa tan abrigadora en la ciudad. Los registros decían que la Maldad y la Bondad estaban en esa ciudad, y, aunque podían hacer muchas cosas como las deidades, no podían hacer todo lo que ellas, pues eran diferentes en composición. Sin embargo, la cosa era igual al revés. El dúo supremo podía conceder virtudes y reglas a objetos, así como también quitarlos, se encargaban de soltar un alma renovada para el aspecto.

El dúo había cumplido con su reino, había cumplido con la promesa del ser de la nulidad y del primordial del tiempo. Pero, al igual que la Hilandera, estaba fallando y tenía que reponer lo que hizo. ¿Había valido realmente la pena su diversión?, en pocas palabras dirían que sí. Estar en la meseta era muy aburrido. De cierta forma lo que ocurría ahora era también divertido. Pero sabían que lo que estaba en juego era más grande. Cuando el balance realmente se pierde, entonces uno de los puros, a los que les llaman deidades absolutas, tendría permitido salir de su cárcel. Siempre habían llegado a tiempo en los casos que habían tratado antes, pero, lo que tenían que hacer no era muy ortodoxo.

Una duda muy buena era ¿en qué falló la Hilandera?, es fácil recordar a Mortem, quien no tenía reflejo podía entrar. Las deidades podían ser sólidas en su reino, pero no tenían reflejo, podían pasar al reino reflejado y hablar desde ahí. Mortem, por alguna razón, no tenía reflejo. No solo eso, cometió el atroz crimen de asesinar a los reflejos de la gente, a los preciados hijos de la Hilandera. No estaba para nada contenta, pero cada reino tenía sus problemas, excepto el de las almas, parecía estar bastante tranquilo. Como de costumbre, el ser de la nulidad no estaba en su reino, siempre intentando decir lo que quería decir, y siempre equivocándose pues su toque era mortal en exceso.

El dúo supremo regresó inmediatamente a la meseta. Al igual de rápido como había llegado a la ciudad. Dejaron sus cosas. Fueron a sus respectivos dormitorios y esperaron que al día siguiente encontraran a la Maldad. Meditaron, más que dormir, muchas veces lo hacían, no necesitaban comer o beber, pero, estaban preocupadas, tenían características que el ser de la nulidad les pidió que tuvieran, así quizá, tuvieran empatía. En parte funcionó.

El legado Debesse

En la semana siguiente la noticia salió en los periódicos, *La detective Cereza se retira de su puesto*. Nada amarillista, eso quizá porque a la gobernadora no le convenía, pronto sería momento de las supuestas elecciones donde solamente ella competía. Era razonable que no dijera cosas como que la seguridad estaba perdida y que la detective era muy egoísta en salir en un momento como este. *Una cobarde y una ciudad en caos*, sí, se lo recomendaron los editores, pero, no, no era momento para publicar algo como eso. Al contrario, aceptó su retiro y se encargó de darle más dinero del debido, esto no era coincidencia, en las notas se hablaba de la preocupación de los grandes héroes de la ciudad que se habían dispuesto a dar su vida con tal de cumplir la justicia y velar por la seguridad de los ciudadanos de Hoja Celeste.

Los que formaban parte de los periódicos eran bastante talentosos, no se limitaron en el dramatismo de una mujer que simplemente quería pasar más tiempo en casa, que solamente quería ver a su hija crecer, incluso si ya se había perdido casi veinte años de ello. Lo único que quería era justamente paz, y recibía adulaciones de muchas partes. En su casa llegaron muchos floreros, no estaban seguros qué le gustaba a la detective. Solo sabían que existía, y ahora sabían que le debían prácticamente su vida, la de sus hijos, la seguridad de cada una de las noches que pasaron desde que tomó el puesto. No recordaban que hiciera algo particularmente útil para ellos, pero, seguramente las noticias no podían mentir, después de todo, los asuntos políticos y de seguridad eran cosas complejas, seguramente lo eran, o eso pensaban.

La detective se la pasó leyendo muchas cartas de felicitación, no entendía por qué, pero, las continuaba leyendo, recibía canastas de pan, fruteros, sobre todo, eran floreros los que más se avistaban entre todos los regalos que su cocinera tuvo que recibir. *Las flores nunca fallan, supongo*. En tanto la cocinera que rara vez cocinaba, le ayudó a abrir los regalos, era mucho más divertido que solo estar en esa gran casa esperando a que alguien le solicitara un platillo. Lo cual era extremadamente extraño que sucediera, pues casi no estaban la señora Cereza ni la señorita Cereza. A la par, la detective marcaba ciertas direcciones, las comparaba con un directorio y entonces separaba esos regalos. Esas direcciones eran especiales, pertenecían a panaderías o restaurantes de la ciudad. Planeaba regresar sus regalos e ir personalmente.

–¿Por qué separas esos regalos, mamá? – dijo la hija que acababa de llegar a ver el asunto.

–Oh, quiero pedirles que me enseñen a cocinar, no es nada personal, señorita Diana – se refería a la cocinera, pero, realmente nunca probó ninguna de sus comidas, solo cocinaba para su hija, y eso, realmente solo cuando estaba de vacaciones.

–Claro, no se preocupe, solo que... no sé qué haré en cuanto comience a cocinar usted.

–Oh, planeo abrir una panadería... tal vez, o un restaurante, no estoy segura qué me irá mejor conmigo. Pero, necesitare a gente, digo, no conozco a casi nadie... podrías serme muy útil, además, por ahora puedes cocinar de verdad, es decir... no me refiero que no lo hicieras antes... lo que trato de decir es que... bueno, sé que casi no cocinabas... solo... cocinar, ya sabes. Además, con el dinero extra que me está dando la gobernadora tenemos para vivir con eso, además de los ahorros que tengo, así que, no creo que sea problema alguno.

–Qué maravilla, señora Debesse, espero ayudarle. Aunque, hornear es muy distinto a cocinar sabe, quiero decir, en especial repostería... sin duda debe consultar con estas personas.

La gobernadora inmediatamente tomó cartas en el asunto, una reputación como la del detective de Bruijn era lo que necesitaba ante la sociedad. Estaba más que asegurado su triunfo en las elecciones. Aunque eso ya lo estaba, quería tener una imagen buena ante Hoja Celeste. Así fue como Osher de Bruijn se quedó el puesto de la detective Cereza. La señora Debesse le indicó varias cosas, pero notó que estaba extraño el chico. Sus compañeros no lo querían, realmente a ella tampoco cuando comenzó. Pero sabía que la ciudad estaba realmente en buenas manos en alguien como él. Había conseguido varios casos de forma positiva y los terminó de la misma forma, era más sus gustos lo que hacía que no lo quisieran.

Tenía la mente en otro lado, sus ojos estaban algo hinchados, parecía haber llorado un poco. La antigua detective decidió dejarle escrita una carta de las instrucciones y cosas que debía saber. Al terminar de hacer la carta pensó que debía de hacer otra carta. Una mucho más especial, pues sabía qué le ocurría al detective, o al menos eso pensaba. Esa carta la decidió escribir en su propio cuarto, ese día se tardó toda la noche escribiendo para de Bruijn, cuando finalizó pensó que valía mucho la pena. Al día siguiente se la entregó personalmente.

"Sé que te incomoda por lo que estás pasando, con todas las miradas, las expectativas, no solo de tu familia sino de los que te rodean, estás entre un banco de personas que no sabes si están de tu lado o están en tu contra, no sabes si esperan verte fallar o verte triunfar. Suena complicado, pero creo que es a lo que orillé a mi propia hija. Es lo que me orillaron mis propios padres, pero, creo que realmente lo que debes saber es que siempre habrá alguien que estará para ti."

"No tengo el placer de conocer a tu familia, y sé que lo que tratas de ocultar no es algo sencillo, quizá lo que trato de decir es algo que me hubiera encantado decir mucho antes a mi propia hija. Aunque pretendamos seguir a la sociedad, no nos servirá de nada, pues, nos castigará de igual forma en cuanto se den cuenta. Me gustaría ver a mi propia hija libre de elegir de quién enamorarse, en vez de tener que tomar la decisión del amor que quiere o su familia. Creo firmemente que debería de apoyar la familia en una decisión que hace que pese mucho más por una sociedad que se jacta de la pureza, cuando yo en mis propios ojos vi lo que es la hipocresía en su forma pura."

"Créeme que vale mucho más la pena que estés bien contigo mismo que complacer a un montón de gente que, aunque no lo notes, está igual de atada que tú con respecto a otras decisiones. Sé que muchas veces mi propia hija hubiera querido solamente un abrazo, y que una voz le dijera al oído que todo iba a estar bien. Lo vi en sus ojos, aquella a la que llama amiga le ilumina el rostro justo como a mí mi esposo solía hacerlo. Y, aunque yo tuve que decidir entre mi familia o el amor de mi vida, me arrepiento de no haber escogido la carrera que realmente amaba antes que, a mi familia, supongo que tú escogiste la carrera que realmente amabas, ahora, escoge ser feliz tú primero antes que intentar hacer feliz a personas que ni siquiera valen la pena."

"P. D. creo que eres uno de los detectives más brillantes que he visto, sé que tu honor está dañado con el caso del asesino de las sombras, pero, no sufras con eso, mi propio esposo perdió la vida por una sociedad que lo traicionó por fallar en un caso importante. No fue su honor, fue la sociedad quien clavó el cuchillo original, y la que causó su hemorragia."

Osher de Bruijn volvió a llorar, según la sociedad no debía, pero, ahora, eso no importaba.

De nuevo entre hojas

La reina Bermellón y el señor Renoir simplemente dieron más vueltas en el parque, tomaron la misma salida que las dos chicas, solo que no querían irse junto a ellas. Entre los arbustos un hombre viejo, pero bien vestido, estaba casi dormido. Le dolía la cabeza y no recordaba muy bien lo que había ocurrido. Entre el sopor logró diferenciar dos siluetas que pasaban por el camino. Al inicio vio que eran cuatro personas en lugar de dos. Otro hombre bien vestido al lado de él dormía plácidamente en el duro suelo.

El canto de las aves hizo que recuperara la vista por completo, no era un milagro, en realidad era que veía borroso, la resolución de lo que miraba parecía de una calidad mucho mayor comparado con lo que había visto unos instantes antes.

—¿Esa acaso... es... esa mujer, se me hace familiar...

Teresa y Félix simplemente continuaron. No escuchaban los quejidos de la gente que dormía entre los árboles, o quizá simplemente pretendían no hacerlo. El hombre se intentó poner de pie, solo logró sentarse en el suelo de forma correcta. Entonces, la espalda de una figura que le causaba terror le vino a la mente. Los recuerdos de algo que le parecía lejano le llegaban a la mente. Había... un chico, al que adoraba pues era su mundo. Él era... ¿qué era?, no recordaba otra cosa que no fuera mucho alcohol entre personas desconocidas.

Lo pensó durante un buen rato, pero, solo recordaba rostros borrosos entre humo de alquitrán, copas de distintas formas, tarros, mesas de maderas de distintos colores. Muchas cartas, dados, gente que torcía la boca con un cigarro entre los labios. Bromas sin sentido. Algo le hacía falta. Se miró las manos, se tocó el rostro, estaba en el parque, entre árboles, con personas que no conocía. Algo no debía ir bien en su vida, fue lo que pensó.

—Es... la reina Bermellón

Al decir esto, el señor que lo acompañaba sacó de su traje un recipiente, le dijo que no tenía idea de lo que hablaba, que era mejor relajarse y tomar otro trago con él. Alejandro miró la mano del tipo, lo miraba con duda. Ya tenía respuesta a lo que no iba bien en su vida. Se tomó un respiro, su boca se mantuvo abierta, pensaba en lo que hacía antes de llegar ahí.

No se refería al parque, se refería a antes de tomar el camino que lo llevó a tener una noche que no recordaba con personas que no conocía, bajo la luz de la luna, sin techo y un traje que se veía bien. *¿Qué estoy haciendo?*, pensó. Rechazó el trago, la persona que se lo ofrecía dijo: *más para mí*, y se sirvió dos veces después de tomar el primero. Alejandro se paró, ahora sí, se sentía que su mundo se iba a la derecha y a la izquierda de forma aleatoria. Se recargó en un árbol. Se aliento se sentía terrible. ¿Dónde vivía?

Trató de recordar, pero, simplemente siguió caminando. Sabía en el fondo que había algo importante por lo que valía la pena mantenerse sobrio, tomó un gran respiro, intentó quedarse quieto, pero, todavía tenía mareo. Después de mucho tiempo, recordó dónde vivía y de qué trabajaba. Miraba con lo que compraba las cosas y recordaba lo que había hecho. Pensaba en las personas con las que convivió. Recordaba su infancia. Un padre que realmente no lo tomaba en cuenta. Miraba su pasado con algo de tristeza. ¿Qué había realmente de diferencia entre un padre estricto que olvida a su hijo y uno que es alcohólico y también olvida a su hijo?

Dobrilno no era su hijo, se escuchaba de fondo en su mente. Los rayos de luz se volvían débiles. Los amarillos se tornaban en naranjas, y el cielo en ciertas partes se comenzaba a ver morado. El viento marchaba en dirección contraria a Alejandro. Salía del parque, su ropa parecía querer quedarse lejos de él. Recordaba las fiestas en las que estaba. Nunca estaba solo, más que desgracia, pues lo estaba siempre. Salones llenos de personas, y él, vacío como nunca, recorría el camino de forma decente, a paso uniforme y lento. La melancolía en sus ojos aclamaba querer llorar en cualquier instante, pero el orgullo de algo tácito en un acuerdo con la sociedad se lo impedía.

No, Dobrilno no era su hijo biológico, se respondió a sí mismo. Sabía que la voz solamente le decía excusas para continuar de fiesta. Los recuerdos comenzaban a llegar más y más a él. Al llegar a las mesas de la entrada, se sintió con más culpa. Tomó asiento, y decidió a pasar ahí hasta el amanecer. Quería cambiar su vida. Había cometido un grave error, los placeres que no pudo disfrutar en la juventud eran realmente seductivos ante sus ojos, justo como se lo había dicho su padre. No significara que lo perdonara solo por ese hecho. Al contrario, su educación lo había orillado a ese lugar, un placer prohibido vale muchas veces más que uno permitido. Era eso, o solo quería evadir su culpa de lo que había hecho.

La inclemencia de los vientos aumentaba con el paso del tiempo. El clima, que ya de por sí era frío, se tornaba en una especie de nevera. Aunque el orgullo de Alejandro fuera grande, no se permitió quedar en la mesa por más tiempo. Se dirigió a la casa, pensando qué diría. ¿Cómo podría mostrar aquel rostro ante a quien le había fallado en amarlo? No encontró respuesta, pero encontró la puerta del inmueble. Entró con naturaleza, pues aún llevaba con él las llaves. No halló otra cosa que no fuera lo mismo que él ya tenía. Su acompañante era la soledad y la melancolía. Se abstuvo de ir por vino y se preguntó *¿Dónde estás?*

Era tarde y su hijo no estaba. La reina Bermellón tampoco, pero no era relevante, tan solo estaba su secretario, parado en la misma posición de siempre. Era muy probable que no se hubiera ido nunca, podría extinguirse la vida de las aves, y aun así continuar en el mismo lugar de siempre. No era importante ahora. Se preguntaba si realmente había fallado, pedía la redención a la dama de la Bondad. Ninguna respuesta llegó a sus rezos. Entonces, pensaba en que no había otra forma más que en sus manos obtener el perdón. Pero antes debía de cambiar.

Frente a la ventana, viendo la oscuridad de la noche, Alejandro se daba cuenta de los errores que había cometido y quería cambiar para bien, era muy probable que ya no podía recuperar muchas de las cosas que tenía con su hijo, uno no puede volver al pasado y arreglar las cosas. Uno no puede mantenerse en el presente y fingir que no ha ocurrido nada. Se preguntaba si en algún otro lugar alguien había llegado al mismo punto que él. ¿Habría otro Alejandro que se preguntara si se había equivocado en lo que hacía?, ¿qué habría pasado con él?, ¿habrá logrado cambiar?

Se reconfortaba con pensar que, en la existencia de todo el universo, algún Alejandro se había redimido y había cambiado para ser una buena persona. Se relajaba pensando que había cambiado sus compañías, que había escogido el verdadero camino de la felicidad. Que incluso bajo todas las circunstancias que tuviera que pasar, sabía que la tenacidad que los Alejandro tenían era el motor de su vida. Podría ser cualquier persona, una persona rica o una pobre, podría ser muy alto o bajito, no importaba su imagen, importaba su interior. La existencia de ese Alejandro hacía, por mucho, una carga mucho más ligera en su pecho. No tenía por qué ser un Alejandro, podría ser cualquier nombre.

Podría trabajar durante mucho tiempo y no recibir un gran sueldo, eso no cambiaría su valor como persona, podría incluso ser que ese Alejandro tuviera la misma idea que él. Que hubiera otra persona que le diera un gran alivio en su vida. La esperanza en la mente de Alejandro se alzaba mientras proseguía con sus ideas. La existencia de aquel Alejandro no solo era un alivio para ese Alejandro, seguramente había alguien al que también aliviaba su existencia. Agradecería profundamente a él y a otros más, que calmaban al mismo nivel el interior de esa persona. La admiración que tendría por ellos era de gran magnitud, sin lugar a duda.

Entonces, al igual que el criado, querría regalar algo por la existencia de esas personas. ¿Qué podría ser tan digno como para esas personas a las que ama?, lo mismo se preguntó Alejandro, entonces, se decidió a cambiar por sí mismo. Tomó el rastrillo, cortó su barba, quedó como el antiguo Alejandro. Se decidió a dar una ducha, guardó la ropa que tenía en una bolsa para llevarla a la tintorería. Se puso su antiguo traje de criado. Limpió la casa durante toda la madrugada, no durmió, y al amanecer, su trabajo se vio terminado.

Esperaba que el Alejandro de otro lugar que no conocía, estuviera orgulloso de él. También quería cambiar como él. Se quería imaginar una forma, trató de pensar en una, era una persona alta, gran sonrisa, apuesto, joven, con un cuello largo y vestía sencillo. Lo grabó en su mente. Se preguntaba cómo sería el resto de las personas a admirar. El misterio le causaba alegría. Se fue a la cama y se durmió. En el reino de los sueños, los seres retorcidos crearon el cubo para él, y dentro, su sueño daba lugar a el parque, en el lago, con Dobrilo a su lado, mientras veían el atardecer. Mientras que el viento llevaba hacia ellos las hojas que habían caído de los árboles.

Alejandro quería estar de nuevo entre hojas. No de la misma manera en la que había despertado ayer. Pero sería lindo estar con su hijo. No, no era su hijo, pero no importaba. No quería volver a cometer el error de su padre, ni el que había cometido él mismo, ni el que la reina Bermellón había cometido. Simplemente quería alguien con el que corregir lo que había hecho. Esperaba que fuera con Dobrilo, pero, no estaba seguro de si volvería a sus brazos tal como de niño. Lo que sabía es que esos mismos brazos estarían abiertos para el niño que quisiera sentir el calor de un padre. En el sueño, Dobrilo se desvaneció, y Alejandro se quedó solo, mirando el polvo que se marchaba igual que las hojas, hacia un lugar desconocido.

La investigación

Después de decidir usar algunas de las almas que investigaban, encontraron que tanto la Maldad como la Bondad estaban reunidos dentro del templo. Pero que no estaban en su forma visible. Aún tenían sospechas sobre lo que tramaba la Maldad. No les daba buena espina que estuvieran la Maldad y la Bondad juntos. Al igual que el dúo supremo. Alejandro se decidió por investigar la ubicación de Dobrilo. No llegó a dormir.

—Como si estuvieras en posición de reclamarle — dijo en voz alta.

Revisó la correspondencia, se asustó de la cantidad de cartas de parte de la escuela, y de la fecha en la que habían llegado. No parecía que el cartero siguiera trayendo más. Seguramente reportó el domicilio y dejó de traer. Tomó un suéter, se puso un pantalón menos formal, tomó un paraguas y se marchó hacia la escuela. Cuando llegó, la brisa de la mañana hacía que sus mejillas se tornaran pálidas. Durante el camino se había preguntado cómo respondería por Dobrilo, se preguntaba qué había pasado durante su ausencia y se ponía algo melancólico, pues ese tiempo que había transcurrido, ya no era de ninguna forma recuperable.

Mostró la carta más reciente a la persona que estaba en la puerta. Lo dejaron pasar y fue a la oficina del director. Antes de poder entrar una chica lo recibió y le pidió que por favor esperara. No se trataba de que el director estuviera ocupado, era simplemente que tenía miedo de hablar con Alejandro. Durante las semanas que envió cartas se había aliviado de no ver a Alejandro ni a Dobrilo, en especial, se alegraba de que no se mencionara a la reina Bermellón en el asunto. Pero hoy, hoy estaba frente a él el mensajero de la muerte. O al menos así lo percibía. La temperatura súbitamente había aumentado de forma considerable en el lugar donde se encontraba, tomó café y trató de relajarse.

—Por favor, señor Montefeltro, pase

Alejandro se asombró de que le dijeran así, él no era el señor Montefeltro, pero ¿qué diría?, ¡Oh, no, yo no me apellido de esa forma!, seguro le preguntarían por el padre, le cuestionarían qué hacía en ese momento ahí. Entonces tendría que dar explicaciones innecesarias. Prefirió, de un momento a otro, ser el señor Montefeltro mientras estaba dentro de la escuela. Después de todo, era técnicamente el papá de Dobrilo, no, en verdad lo era, y era terrible.

Decidió dejar de atormentarse con los pensamientos y procedió a pararse del sillón. Entró, abriendo la puerta. Mientras que ambos veían con tormento su final. Uno por el reclamo moral de lo que tenía por compromiso hacer con su hijo y el otro porque literalmente había sido amenazado con la muerte de su esposa.

–Qué maravilla verlo por aquí, señor Alejandro.

–El gusto es mío, director. Es solo acerca de estas cartas – dejó de hablar, lo que iba a decir después era *¿Es cierto que Dobrilo no ha estado viniendo?*, era seguro que diría el director, *¿Cómo?*, *¿no lo sabe?*, y en su cabeza se imaginaba los mil regaños o sermones que le daría el director. Prefirió esperar a que el director hablara.

El intercambio de palabras era lento, esto era porque, al igual que Alejandro, el director pensaba en que le reclamaría en cualquier instante y que le daría el anuncio final de la promesa que se había roto. Dobrilo había desaparecido de la escuela y ¿qué había hecho él?, mandar cartas. Debió ir hasta el fin de los lugares para encontrar a Dobrilo. No era su obligación, pero así lo sentía en esos instantes. Se sentía tan culpable de no estar cuando Dobrilo lo necesitaba. Podría decirse, que incluso se sentía más culpable que Alejandro. Tal vez porque todavía no había comenzado a superarlo, lo que había comenzado a hacer era a aceptar la muerte de la mujer con la que dormía, y el bebé con el que jugaba en las noches.

–Ah, claro, Dobrilo... no ha aparecido desde hace mucho tiempo. Supongo que está con usted, pero, no entiendo por qué no respondieron mis cartas – se calló, pensó que eso sonó muy grosero de su parte. Dejó de hablar y pensó a decirse *Es el fin* repetidamente.

–Verá... estuvo ausente durante todo este tiempo... negocios, sí, exactamente. No he sabido nada de Dobrilo como usted. No había podido acudir hasta hoy. Ayer mismo regresé de mi viaje – se detuvo, había mentido ya demasiado, esperaba el regaño ahora sí.

–Entiendo, pero... ¿y Dobrilo? – dijo sumamente aliviado el director.

–Ese es justamente el asunto, director. No está en casa, no sé cuánto tiempo lleve así. Necesito que, por favor, me diga quiénes eran sus amistades. Todo lo que usted sepa – también, Alejandro se sintió mucho más calmado al no recibir ningún regaño. No le quitó la culpa.

Alejandro se marchó más relajado de la universidad. El director se puso a investigar en ese mismo instante. Lo acompañó el preocupado criado, mientras iban de camino a la oficina de uno de los maestros. El director entró solo. Sabía que la reputación de ese maestro en específico no era la mejor de todas. El néctar verde estaba en su lugar. No había consumido, pero no se necesitaba usar lentes para ver de qué se trataba el contenido del frasco.

–Verá, usted, profesor... este chico, Dobrilo, dígame... ¿qué sabe de él? – mostrando una foto.

–Ah, claro, muy callado, la mayoría en esa clase son muy callados, no lo he visto desde hace tiempo, ¿sucede algo con él?

–Lo que sucede es que no parece en casa y su padre está preocupado, ¿sabe usted con quién se juntaba el chico?

–Mal asunto, pero, ya está grande de edad. En todo caso, había un chico y una chica al inicio del ciclo, la chica tenía cabello rojo y el chico tenía uñas muy largas. ¿Tiene las fotos de todo ese grupo?

–Claro, permítame ir por el álbum, ahora vuelvo, muchas gracias, profesor.

Al salir de la oficina, el director procuró que no se viera el interior, le sonrió al ahora señor Montefeltro. Dijo que enseguida vendría, se marchó con la frente algo sudada, y se puso en camino a otro edificio. Regresó después de diez minutos con un gran libro muy elegante. Entró de nuevo en la oficina. Comenzaron juntos a inspeccionar las fotos del álbum. Y, a la par que ellos estaban bajo la pista de Dobrilo, el dúo supremo recibía informes de cómo funcionaba la entrada a ese templo. Aparentemente había que dejar regalos a un tal Heredero.

–Según esto, los ancianos son los que más han ido a ese lugar. Resulta ser que es el aspecto de la Bondad quien se proclama el Heredero. De acuerdo con los escritos sagrados de la cámara hexagonal... ah, no estoy seguro qué sea eso, Luminosidad. Bueno, dice que se encargará de darles un lugar donde no existe la Maldad entre ellos.

–Eso no tiene sentido, la Maldad va aumentando. Me provoca una gran angustia que la Maldad esté con la Bondad... la última vez que tuvimos que evaporar a la Maldad, la Bondad se quedó nerviosa por un rato. Me pregunto sí... si en verdad olvidó aquel día.

El oficio de los monjes

Las construcciones no habían cesado desde que Dobrilo se había declarado el Heredero. Había una parte en el segundo piso donde se daba baños el Heredero, al igual que el Inquisidor. En vista de que no podían seguir pagando las cosas, como los materiales o el alimento, decidieron comenzar a pedir cosas a los creyentes de Dobrilo. Podían entregar lo que quisieran para que el Heredero estuviera contento. Pero si planeaban recibir la bendición de la Bondad, entonces debían de traer algo realmente digno de sentir la Bondad en su forma pura.

A Dobrilo no le disgustó la idea. La voz en su cabeza apoyó lo que tenía en mente. Todavía se cuestionaba si realmente era bondadoso lo que hacía. Cuando lo hacía, procuraba no decirlo en voz baja. Era extraño, pero se había dado cuenta de que la voz en su cabeza solo le contestaba cuando en verdad lo hablaba. Se había restringido a solamente pensar en ello. Proseguía con las acciones, pues la voz estaba ahí. Casi no se realizaban bendiciones de la Bondad, como se les comenzó a llamar. No se podía quejar de cómo lo trataban. Recibía la atención que quería y simplemente se la pasaba sentado. Pensaba en lo irónico que era eso, pues había anhelado tanto la mirada del mundo exterior, y ahora, estaba dentro de un sitio sin ver qué pasaba afuera.

Zuzen, a diferencia de Dobrilo, no sufría con la voz de su cabeza cuando hablaba. En realidad, se había vuelto muy paciente. A veces pensaba en que debió querer más a su padre, o hablar más con ellos, se refería a su madre y su padre. Tal vez si él mismo no se hubiera distanciado, estarían contentos. En otras ocasiones pensaba en cómo iba a ser la siguiente víctima. Lo del lago ya lo había pensado durante mucho tiempo. No estaba seguro de dónde ir, se refería a llevar a su víctima. El parque y el este de la ciudad ya tenían dos suicidios cuestionables.

Hoy justamente se cumplía de nuevo el ciclo de las tres esferas. Los guantes esperaban tranquilamente en un ropero en el segundo piso. La tranquilidad de los guantes era, por mucho, menor a la de Zuzen. El tiempo transcurría, y el Inquisidor ya saboreaba. Desde las ventanas, el dúo supremo observaba lo que ocurría dentro del templo. Aunque estaban apoyados por almas en su forma sólida, pues las ventanas estaban realmente en un lugar alto.

Hacían anotaciones, y algunas almas en forma invisible, dentro del templo también revisaban lo que sucedía. En esta investigación, se dieron cuenta de que no había realmente maldad en lo que estaba pasando. No entendían por qué la Maldad estaba ahí adentro también, si es que lo estaba, es decir, todos los reportes indicaban que sí. La nueva noticia fue que la Bondad estaba dentro de aquel manto que se extendía desde el techo hasta el suelo. Se supo que susurraba, las almas trataron de acercarse para saber lo que decía, pero, no pudieron.

—Ya se completó el ciclo de las esferas, es hora de que las usen dentro de alguien — le dijo un alma a la Oscuridad.

—No tiene sentido, Luminosidad, las tres esferas no corrompen el balance, en todo caso, si lo hicieran, debería ser yo quien se torne claro.

—No cabe duda, creo que lo está haciendo por ella misma. Se está asegurando de que no deje de existir... justo como... no importa. Es obvio que no olvidó aquel día, donde la Maldad y la Bondad también estuvieron reunidas.

—Su Oscuridad, puede observar al chico de atrás. Me refiero, la vez pasada que se completó el ciclo, él fue el encargado de vaciar las esferas.

—No tendría mucho caso, es decir, es parte de lo que le concedimos al aspecto de la Bondad, no son ninguna suerte. Estaba planeado el orden, está balanceado, pero... si no es la Maldad la que aumenta...

—¿Quieres decir que...

—Quiero decir, si es verdad lo que dices, entonces sabe bien lo que hacemos, pero... ella nunca supo realmente la razón de desvanecer a la Maldad.

—Entonces cometería una tontería tan grande como...

—Sí, se desvió... esos susurros, debe de estar detrás de todo el asunto del templo.

—No me extrañaría, no es la primera vez que engaña a la gente... y a las deidades.

—Antes de desvanecer a cualquiera... debemos de asegurarnos de lo que hacemos. No podemos desvanecer sin reemplazar... ya veremos quién nos ayuda con eso.

Dobriilo, bajo el manto, recordaba los buenos días que había tenido antes de que todo esto comenzara. Se preguntaba dónde estaba la Bondad. Se cuestionaba si en verdad estaba haciendo lo correcto. Miraba sus manos, las mismas que habían tocado las esferas y otras manos llenas de angustias, llenas de dolor, de miedos, de traumas. Lo cierto es que quería hacer el bien. No quería mandar a nadie... simplemente hubiera querido el abrazo de su padre. No se refería a su verdadero padre, se refería a Alejandro.

La voz le había dejado de decir que no le importaba a nadie, era porque su idea daba el efecto que pensaba. El silencio era su mayor aliado, dejar de hablar de lo que pensaba era lo que necesitaba. La Bondad, que estaba a su lado, se preguntaba qué es lo que pensaba el aspecto de la Bondad. Se reía porque había dicho que él era la Bondad misma. No tenía idea de lo que realmente era, un muñeco, a disposición de la dama de la Bondad. Y al igual que Dobriilo, ella no tenía idea de que sus acciones se habían desviado. Había dejado de representar lo que se le había otorgado. Estaba corrupta, y sus dedos ya estaban completamente oscuros. El gris se había tornado en oscuridad.

La Bondad abrazaba la oscuridad como se abraza la muerte en el último instante de la vida, o como se abraza la esperanza cuando se está a punto de morir. Aunque no es universal que todos lo hagan, ella lo hacía. El gris había avanzado por su brazo y casi llegaba a su pecho, al llegar al hombro, se comenzó a oscurecer, formando el mismo camino que hizo para llegar a donde estaba ahora. El hecho de que no la pudieran ver, era el mismo por el que ella no podía ver lo que estaba haciendo. Pensaba que, una vez expuesta la Bondad Absoluta, entonces ya no podría desvanecerse como lo hicieron con él.

Lo que ignoraba era que ella había sido la real causa del desvanecimiento de la antigua Maldad. Aquellos días del monje gris, donde se llegó a una separación entre los monjes, dio lugar al desvanecimiento de la Maldad. Ella sabía que la Maldad estaba en esa misma sala, a veces se dejaba ver. Era tan... inocente, tarde o temprano lo desvanecerían otra vez, pero, si conseguía liberar a su Absoluto, entonces tendría su lugar más que asegurado. La noche llegó, se mantuvo con Dobriilo bajo el mismo manto, como lo había hecho el resto de las noches. Esperó que durmiera el joven, y comenzó a susurrar en su oreja, le decía qué debía de hacer y cómo debía de hacerlo. Después, se ponía a meditar y esperaba el amanecer.

Un amigo que no conocía

Alejandro preguntó al departamento de detectives acerca de Zuzen y de Cereza. Después de haber estado con el director, le entregó los nombres y la dirección de ambos. Pero, prefirió hacer uso del dinero y preguntar entre los detectives. Osher de Bruijn no se encontraba, el detective había tenido algo que hacer... realmente no podían contestar a la pregunta de quién estaba a cargo. Aun así, el dinero hizo hablar a varios de los detectives, la primera era la hija de la anterior detective que tenía el puesto de Osher. El segundo era un chico que había perdido a su padre hacía tan solo un mes, no estaban seguros de la fecha.

Fue con el chico, no estaba tampoco en casa. Estaba todo en orden, menos la cafetera. Parecía que alguien hubiera entrado específicamente a tomar café de ese lugar. Un extraño robo, pues el resto de las cosas estaban bien acomodadas. O quizá, ese tal Zuzen simplemente desordenaba la cafetera. Probó con la chica, pero tampoco encontró a alguien en esa casa. Nunca esperaban visitas, por lo que no dejaron a alguien en la casa. Las tres mujeres se fueron a sus lecciones de cocina. La cocinera no las necesitaba, pero no quería pasársela sola en esa casa tan grande.

La esperanza abandonaba a Alejandro, pensaba que no tenía perdón alguno. Si no encontraba a Dobrilo, eso era más que seguro. ¿Dependía de Dobrilo?, eso era cuestionable. El resto de los días, se la pasó en la casa, limpiando muchas más cosas. Ponía en orden el dinero de la reina Bermellón, y comenzaba a manejar los negocios familiares. Aparentemente lo que se pasó leyendo durante varios días. La reina Bermellón era dueña de muchos pequeños establecimientos, cobraba rentas moderadas. Los precios eran más que justos. Si alguien los viera, entonces sabría que estaba cometiendo competencia desleal.

No era de extrañarse que los precios estuvieran tan bajos. Seguía siendo sostenible, había obtenido esas propiedades con la ayuda del señor Félix. Los clientes del panteón aumentaban, las casas se desocupaban, y, bueno, había alguien dispuesta a comprar el departamento de una persona que habían asesinado. La reina Bermellón era cálida en persona. Pero, Rubén Montefeltro le enseñó a ser muy fría con las decisiones. Como diría el propio Rubén: *No sé por qué hablas con el corazón cálido, si eliges con una mente de hielo, en fin, ya lo practicarás.*

Los días pasaban de forma amarga para Dobrilo, y bajo el mismo cielo, también lo hacía para Alejandro. Por el contrario, el amanecer no se extinguía nunca en el brillo de los rostros de Cereza y su madre. Lo mismo ocurría con la cocinera. Nunca se había sentido parte de esa familia, y por fin, ahora se sentía que pertenecía a un lugar. Aunque con un brillo similar, Zuzen esperaba pacientemente a la llegada del nuevo pecador. Su rostro era sombrío, seguía con sus ganas de ver sufrir al mundo, de que no fuera el único del que el destino se había burlado.

Quizá, como le pasó a aquella alma que salió del cuerpo que descuartizó Zuzen, le pasara a Alejandro y a Dobrilo. En su nuevo lugar donde controlaba los documentos, y en su manto, respectivamente, al tocar el fondo, se decidieron a tomar las riendas de su camino:

—Te encontraré a como de lugar — y nadie contestó lo que dijo, con él, solo había papeles, tinta y una oscura soledad. No importó, estaba seguro de lo que decía.

—Yo... realmente seré bondadoso. Será la verdadera Bondad, yo... debo de darle paz a Zuzen, siempre la ha merecido. Antepuse a la dama para que me fuera útil y...

—¡No!, no harás eso, eres un cobarde, tú no podrías hacer el trabajo que hace Zuzen — la voz malhumorada de una mujer se escuchó detrás de Dobrilo. El chico se volteó pues esta vez no sonó como su consciencia. Comprendía lo que había pasado.

—Tú... tú eres la que me ha estado diciendo que haga todas estas cosas.

—No te engañes, Dobrilo, tú también querías un poco de atención.

—No, tú, tú fuiste la que me dio este anillo, la que me ha estado diciendo cada noche lo que tengo que hacer... tú eres la que me dijo que matara al anciano, tú eres la que me ha estado dando ideas, no eres la Bondad, no sé qué eres, pero definitivamente no eres la Bondad.

—¿Y qué pretendes hacer?, ¿terminar conmigo?, no puedes, debes obedecerme, o simplemente tú morirás como los que ha matado Zuzen. No puedes ni siquiera verme y pretendes acabar conmigo, si me preguntas, un poco patético.

—Entonces muéstrate, ya no obedeceré más tus órdenes, enfréntame.

—¿Por qué dejaría que me vieras?, seré la voz que te diga y serán tus manos las que te maten.

—¿De qué hablas?, no eres para nada la Bondad, es seguro que la Maldad sea mucho mejor que tú.

—Mi querido, Dobrilo, no hay mejores entre nosotros dos, simplemente aseguramos nuestra existencia. Y de lo que hablo, es que te volverás loco, no sabrás cuando de verdad te hable tu interior, no sabrás elegir, te seguiré a todas partes, o tal vez no lo haga, no lo podrás saber, estarás preocupado de que sea yo quien cambia tu forma de pensar, o que seas tú de verdad. Tendrás miedo tan solo de pensar, tendrás miedo tan solo de vivir, y yo, simplemente tendré que estar detrás de ti, susurrando hasta que llegue tu fin. Es lo que mejor sabemos hacer las deidades, engañar, en especial a gente como tú.

Dobrilo se tapó los oídos, cualquiera que lo hubiera visto, hubiera dicho que estaba loco, quizá estaba teniendo una comunicación sagrada, algo especial que nadie más pudiera ver, en general, poder sentir.

—No, lucharé con más bondad entonces. Mi interior es claro, ni la propia dama de la Bondad podrá elegir mi camino por mí, yo soy la verdadera Bondad, tú, no eres más que una copia de la Maldad

—Escúchate tan solo hablar. Tus palabras del inicio no tienen sentido. Pero, no importa, soy muy paciente, y te aseguro que te estaré atormentando justo como las víctimas de la Maldad.

Al escuchar que lucharía con más Bondad, la dama se estremeció de alegría. Pues solo aceleraba el paso de lo que era inevitable. Los cuarzos de nulidad que atravesaban el cuerpo puro de la Bondad Absoluta se iban quitando cada vez más rápido. El Absoluto se sentía tan cerca de la libertad. Desconocía que las deidades no aportaban nada a su liberación, y pensaba que había sido la propia Bondad que había de encargarse con su propia virtud, de la libertad que llegaba en un paso lento.

Era realmente, el alma de Dobrilo, y su forma sólida, la que permitía el avance de aquellas columnas de cuarzo gris. El joven trató de dormir. La Bondad lo dejó en paz esa misma noche, no había problema. Su interacción con él debía de ser de forma poco uniforme. Muy variada, con cambios de tono en la voz. Se marchó del manto y se puso a practicar nuevas voces.

Comunicaciones extremas

El dúo supremo solicitó su entrada en el reino de los sueños. Era más fácil ahí, porque la Sombra tenía registros de entradas y salidas al reino. Consultaron en ese momento si estaba el aspecto de la Bondad, para cuestionarlo sobre lo que le susurraba la dama de la Bondad. Como no estaba dejaron a cargo a un alma de las que investigaba a nombre del dúo supremo. Los gemelos se marcharon flotando a ver si la prisión del Absoluta de la Maldad o la Bondad se estaban escapando. Hacía mucho tiempo que no tenían la necesidad de hacer algo como eso, y les extrañaba estar de nuevo en un reino tan oscuro como ese.

Los cubos flotantes de los constructores nunca chocaban entre sí. Eso era porque realmente la Sombra había preparado muy bien a esos repugnantes seres que no cambiaban de emoción todo el tiempo. No eran lo suficientemente listos para avisar si el aspecto de la Bondad ya había entrado al reino, en realidad era más un pensamiento automático, donde se preguntaba si iba a chocar un cubo con otro, o si debía de construir el cubo, o desarmarlo. Parecían máquinas vivientes, al menos era lo más similar que pudieron encontrar para describirlos.

Ese tipo de palabras las habían aprendido en sus visitas a los humanos. Aparecían en distintos lugares, justo como lo hacían en su reino, lo hacían separados, eventualmente la Luminosidad encontró la prisión de la Maldad Absoluta. Entró y la recibieron las almas guardianas. Aquellos súbditos del reino de las almas que estaban protegiendo las cárceles de los puros, o como el dúo supremo les llamaba, los Absolutos.

La creación de ese tipo de seres estaba en el origen de todo, aquel primordial, con su alma primordial, al morir, concedió la vida y la muerte, la nulidad que existía en ese único universo se dispersó creando el espacio, y el propio designio del primordial creó el tiempo. No estaban separados realmente, uno no había creado al otro, el alma primordial dio forma a los humanos, y los humanos dieron forma a las deidades, pero todavía sobró alma primordial y nulidad, algunas partes del alma primordial dieron forma a una especie de virtudes, pero mucho más destructivas, tenían corrupción de nulidad. ¿O era al revés?, no recordaba bien la historia. No era relevante por ahora. Solo pensaba en eso para no hacer tan larga la entrada hacia donde estaba el enorme ser clavado de grandes columnas de cuarzo gris.

–Qué sorpresa, ¿es acaso el desgraciado de la Oscuridad o la desgraciada de la Luminosidad?

–No es relevante, veo que tus columnas siguen intactas. Es todo lo que necesito saber.

–¿El dúo supremo preocupado?, eso no se ve todos los días. Me pregunto qué estará pasando allá, donde nací, y ustedes muy cruelmente me trajeron aquí.

–No importa, Maldad Absoluta, sabes bien que no está en mis manos tu libertad.

–Es cierto, tarde o temprano caerán. Siempre lo hacen, aquellos pequeños son... necios.

–Me alegró verte, será mejor que me marche.

Las ropas para infiltrarse en Hoja Celeste se marchaban al ritmo que lo hacía la Luminosidad, se fue contenta, pues la Maldad Absoluta no estaba siendo liberada. En aquel instante que se marchaba de la prisión de cuarzo, la Oscuridad entraba en la prisión de la Bondad Absoluta. Pensó acerca de esos días en donde tuvieron que clavar las varillas de cuarzo, donde tuvo que abrir aquella poción. No, no tenía efecto ni en su gemela ni en él. Pero le daba miedo que existiera algo igual para ellos. Que cuando se desviaran simplemente llegara alguien y lo desvaneciera.

–Ni ver la luz de mi reino podría compararse con verte...

–Oscuridad, soy la Oscuridad.

–Un gusto, veo que se ve preocupado, es acaso... ¿mi cuarzo el que viene a revisar?, dígame, su Oscuridad, ¿quién me está llamando?, ¿cuántos estarán bajo mi yugo.... Eh, es decir, bajo mí... gran bondad, ya sabe la felicidad y todo eso, el balance y... esas cosas que preservaré.

–Tus columnas se están moviendo, quien te ha llamado no tiene razón para verte. Desconoce lo que hace, y si llegas a salir... muchos, muchos abrazarán la luz. Un placer verte.

Se fue disgustado del sitio, si salía entonces en verdad abrazarían la luz. Les quitaría la voluntad de los humanos y procedería a convertirlos a todos en seguidores de la Bondad. No harían absolutamente nada más que quedarse quietos, no pensarían ni habría deidad alguna. Desaparecerían todas las deidades, excepto la Bondad, aunque, sabiendo cómo funcionaban los Absolutos, tampoco estaría viva. Solo quedaría el dúo, viendo la pérdida del reino.

Una vez liberado algún Absoluto, dejaría de haber balance, dejaría de importar. Lo que más le dolía a la Oscuridad, era el hecho de no poder devolver las columnas a su lugar. Estaba prohibido, si lo hacía... tal vez realmente alguien lo desvanecería. Pero, si no lo hacía, entonces no habría más que Luminosidad, dejaría de existir un gemelo oscuro, simplemente habría dos luminosos. Sintió ganas de tirarse al suelo, odiaba tener sentimientos humanos. Lo hacían débil, pero, de no tenerlos entonces, tampoco tendría miedo, sin miedo quizá no hubiera hecho tanta investigación como lo hizo en Hoja Celeste.

Pensaba que seguramente su gemela también tenía miedo como él. Se marchó al cubo central, el único cubo que no era desarmado era el equivalente a la meseta donde ellos vivían. Excepto que la Sombra no vivía ahí, tal vez porque era considerablemente mucho más grande que los gemelos, incluso los Absolutos, que ya eran mucho más grandes que el dúo, se quedaba corto ante el tamaño de la Sombra. El cubo principal era solo para justamente las visitas. Irónicamente, la Sombra imaginaba que en el resto de los reinos tenían algo similar para él... o ellos, o ellas, realmente no se sabía cómo era la Sombra. Se trataba de dos caras, pero la forma... no era relevante, pero, no, no había sitio para un ser tan grande. Y, estaban todos seguros de que no era necesario que fuera a otros reinos.

–La Maldad tiene sus columnas bien puestas. Ningún movimiento fuera del normal.

–La Bondad... Luminosidad... si yo... dejen de...

–No digas tonterías, entonces... la Bondad está liberándose. No vas a dejar de existir. Lo prometo, hermano. Así como tú me prometiste que no me tornaré oscura – en ese mismo momento, las voces de ambos cambiaron, y sus formas también. Se había completado uno de los tantos ciclos a los que su cambio era ligado.

–Hermano – dijo la Oscuridad – en verdad, en verdad lo agradezco, no tienes idea cuánto odio tener estos tontos sentimientos de los humanos.

–No lo sé, hermana, de no ser por ellos no nos protegeríamos, ¿no crees?, Oscuridad.

Iba a decir algo sentimental la gemela de la Oscuridad, cuando entró el alma que se encargaba de vigilar si Dobrilo entraba en el reino de los sueños.

–El chico entró. Vengan, los llevaré al cubo... bueno, no estoy seguro cómo leer las ubicaciones de estos registros, pero, al menos los llevaré al registro.

Los gemelos entraron a otra sala dentro del cubo. Encontraron la ubicación, solicitaron permiso de la Sombra para entrar en el sueño de Dobrilo. Les fue concedido y en el sueño, comenzaron a buscar al chico. El cubo enorme podía contener a muchas personas. Los seres retorcidos construían realmente rápido, al ver al dúo supremo no tuvieron problema en que entraran al cubo. Era algo extraño de ver. Pero, como no tenían órdenes para detener algo como eso. De hecho, cuando los cubos lograban quedar pegados unos a otros, dependiendo del anfitrión y de que pasara de un cubo a otro, uno podía estar en el sueño de alguien más.

–Ah... Dobrilo, ¿cierto?

–¿Qué?, sí, soy yo – dijo el joven que se encontraba en un laberinto de hierba.

–Somos... bueno, eso no importa, estamos aquí para preguntarte... ¿cómo podría preguntarlo?

–Mira, Dobrilo – le dijo el hermano de Luminosidad mostrándole el cuerpo. Dejó caer su disfraz, y mostrando la oscuridad que avanzaba hasta el hombro prosiguió hablando – soy la Luminosidad, yo junto con mi hermano nos encargamos de mantener el balance en nuestro reino. Necesitamos saber qué es lo que te ha estado diciendo la dama de la Bondad, como la conoces.

–Entonces ustedes la conocen

–Hijo, acabas de ver a un tipo que no tiene realmente piel, ¿y dudas de nosotros?

–Es un buen argumento, pero yo... estoy soñando, ¿no es cierto?

–Sí, te vinimos a buscar aquí porque la dama no puede vernos, ah... supongo que es la que te está persiguiendo, bueno, pues te tengo una gran noticia, las deidades no sueñan. En realidad, no duermen, bueno, no importa, ella es tu imaginación nosotros no.

–Oh, eso suena tan confiable, mi imaginación dice que no es mi imaginación

–No te hagas el listo, niño, comienza a hablar. Mi hermano se está convirtiendo en Oscuridad y no debe haber dos Oscuridad, esa soy yo, no él.

–Está bien, entonces, ¿ustedes me ayudarán a salvarme de ella?, es decir, se supone que es la Bondad, pero, ayer descubrí que me ha estado engañando, susurrando al oído qué hacer. Cada noche me decía cómo me debía comportar, justo cuando me dormía. Hoy la intenté enfrentar, pero... ¿qué puedo hacer yo si tan solo soy el aspecto de la Bondad?

–Un minuto, chico, no te muevas – le dijo la Luminosidad, le tocó el pecho, la mano luminosa comenzó a hundirse en el pecho de Dobrilo, el gemelo luminoso encontró algo que le pareció ver brillar mientras hablaba con él.

–¿Qué sucede?, entonces... ¿me ayudarán a librarme de esa loca?, solo quiero volver a casa, ver feliz a los que amo, y... y redimirme por no haber ayudado a Zuzen cuando lo necesitaba. Él es el que se encarga de limpiar las esferas, yo... supe que perdió a su padre y no quise ayudarlo porque la voz dentro de mi cabeza me dijo que no lo hiciera. No estoy seguro de si estoy haciendo el bien, creo que no. O tal vez sí, lo que realmente sé es que lo hago de corazón, y... quiero realmente usar la Bondad para todos.

–Claro que te ayudaremos, verás, lo que pasa es que se desvió de lo que representa, es simple, es como si tú de la nada hubieras decidido completamente ser totalmente bondadoso cuando tu destino era solo ser malvado – mientras que la Oscuridad decía esto, el hermano de la Luminosidad se quedaba callado, mirando lo que decía su hermana.

–Tenemos que marcharnos... no podemos estar tanto tiempo en tu sueño, te encontraremos en el templo – la Oscuridad miró extrañada de lo que decía su hermano, podían quedarse el tiempo que quisieran mientras no despertara Dobrilo – márchate ya, hermana – le dijo, tomándola del hombro, la mirada le dijo que tenía que marcharse.

Al marcharse, el hermano luminoso lo vio marcharse, mientras su mirada se veía muy seria, trató de contenerse. Ahora entendía lo que se refería su hermana de tener estos tontos sentimientos humanos. Ya se iba a marchar él también, pero Dobrilo sostuvo su brazo oscuro.

–¿Me prometes que todo saldrá bien?, me... ¿me puedes prometer que veré a Alejandro contento y que usaré mis esferas para darle paz a Zuzen, mi mejor amigo

–Yo... – comenzó a llorar – yo, yo prometo que verás feliz a Alejandro y con paz a Zuzen.

En busca de la esperanza

Alejandro recordó el único lugar donde su padre le dijo que fuera cuando se sintiera confundido. Marchó con dirección al templo, durante el trayecto miró la felicidad de los niños que estaban entre las calles. No había padres con ellos, pero, detrás de cada una de esas vidas, seguramente había una imagen similar a la de un padre y una madre. Eran felices bajo una burbuja de protección que ni siquiera sabían que existía. Decidió tomar una ruta diferente, dio algunas vueltas de más, pero lo que quería era ver si había más niños o jóvenes que siguieran el camino del bien.

Miró las aves que pasaban por el cielo, sintió el calor del sol como un verdadero abrazo, sentía que encontraría la respuesta en presencia de la dama de la Bondad. Rezando por encontrar a su hijo perdido. Miraba a un hombre vendiendo helados a niños, miraba las sonrisas, el amor, lo sentía en el aire, y aunque no estaba dirigido para él, lo recibía, lo aceptaba. Y quería amar a los que veía, quería amar a alguien, quería tener a su hijo con él. Quería llorar, o quería sonreír, no estaba seguro, simplemente quería estar feliz.

Agachó la mirada, el frío suelo le recordó lo nublado que estaba, los rayos se tornaron más débiles, el frío lo comenzó a abrazar a él, el odio lo comenzó a abrazar, al igual que la soledad. No veía a un hombre vendiendo helados para la felicidad de los niños, veía a un hombre vendiendo porque tenía que comer más tarde, veía niños ilusos jugando sin preocupaciones, los padres ausentes deberían de haber estado avergonzados de no estar ante ellos, las sonrisas seguramente no eran más que fingidas.

Se sumía de súbito ante la oscuridad de su corazón, ¿era su corazón oscuro, o lo era el mundo?, lo era la sociedad, lo era el alcohol, lo era su padre, lo era la reina Bermellón, lo era él, lo eran los niños, lo eran sus pasos, el tiempo, el frío, el suelo, los colores apagados de las casas, parecía que lo rodeaba la desgracia o que tal vez él corría hacia ella, no sabía distinguir y no tenía caso distinguirlo, simplemente prosiguió su caminata, guardó silencio, no con la boca, pues nunca habló, lo hizo con la mente. O al menos eso trató, pero la voluntad de su pensamiento parecía ajena a su voluntad. Se detuvo, miró a los lados, y luego corrió, había mucha gente, quería estar solo, parecía que lo miraban, parecía que lo juzgaban.

Comenzaban a decir cosas en su contra, comenzaban a hablar mal de él, no tenía ni idea de qué decían. No podía entender lo que decían, tal vez porque las palabras ni siquiera eran para él, pero no importaba si lo entendía o no, seguramente hablaban de él, seguramente lo culpaban, y tenían razón, tenían razón de todo, de cada uno de sus crímenes, de cada uno de sus pecados, y no tenía perdón, no había forma de encontrar a Dobrilo, no había otra forma más que pagar con la misma moneda el daño que se había hecho. Pero ¿cómo pagar?, al fin llegó a una calle sola y entonces, gritó, miró al cielo y preguntó *¿En verdad merezco esto?*

No hubo contestación de nadie, no hacía falta, él sabía perfectamente la respuesta. Se cayó sobre sus rodillas, y sintió aún más frío, sintió aún más desgracia, la ruina lo perseguía. No, él era la ruina, él había abrazado la ruina, o la ruina lo abrazó a él. No importaba, ahora eran uno, y estaría sola con ella, por el resto de sus días. Se puso a llorar, tratando de esconder sus lágrimas, como si hubiera olvidado el gran grito que dio en la calle. Parecía que quería al menos mantener un poco de su dignidad o su orgullo, no sabía ante quien, pero sabía que tenía que hacerlo. Tenía miedo, miedo de perderse, justo como perdió a Dobrilo.

Levantó la mirada, las paredes azules, del templo se alzaban frente a sus ojos. Fingió que nada había ocurrido, seguía con la mirada baja. Se limpiaba las lágrimas, decidió avanzar. Procuró que no lo vieran, y después de recorrer las calles que le faltaban, llegó a las paredes azules que había visto en pequeño antes. Tomó un respiro, se dijo que todo iba a estar bien, sintió la presencia de su padre en todo esto, y le agradeció por haberle enseñado lo que sabía. Realmente su padre no tenía la culpa, sabía que no, ni la reina, ni nadie, solamente él, quizá... las circunstancias en las que vivía, quizá el momento. No importaba, él era parte de la culpa.

Decidió avanzar, llegó por la parte trasera, por lo que casi no vio a nadie, vio a unos monjes en la salida de atrás. Al llegar al otro lado, una pequeña multitud de personas entregaban víveres ante los monjes que estaban en la entrada. Era predominantemente ancianos los que entregaban bolsas o cajas. El monje que recibía les pedía su nombre, anotaba una cantidad que no alcanzaba a ver, y les decía que tenían cierto número de puntos. Alejandro no entendía qué era lo que estaba sucediendo y decidió preguntar si podía pasar al altar de la Bondad. No sabía cómo preguntar si podía pasar. No se atrevía a saltarse la fila de ancianos. Prefirió esperar a que todos se marcharan y quedara sola la fila, entonces procedió a hablar con el monje.

–Disculpe, puedo... entrar al altar de la Bondad... solo será un pequeño rato en la sala.

–Oh, no lo sabe. Ya no hay ningún altar de ninguna de las deidades, aquí solamente adoramos al Heredero de la Luz, a D. o como pocos le decimos, Montefeltro, el magnánimo heredero de la Luz, la encarnación de la Bondad. Lo digo en serio, así nos hace llamarlo.

–¿Perdón?, yo... dígame por favor que soy el señor Alejandro Montefeltro.

El monje se sorprendió de que le dijera eso aquel hombre, que, si bien no era un anciano, tampoco se podía decir que era joven. Lo importante es que había mencionado aquel apellido, que, en parte odiaba. Era el mismísimo padre del chico que hacía su vida un infierno. *Ojalá que lo castigue*, pensó, el monje, pues parecía no saber lo que ocurría con su hijo. Luego se preguntó qué padre no está atento a lo que hace su hijo, y pensó que muchos. No importaba, fue ante el centro de la gran sala.

–Su encarnación de la Bondad, un hombre en la puerta me dijo que se llama Alejandro Montefeltro, pide entrar al altar de la Bondad, le he dicho que ya no existe altar alguno. Que aquí solamente adoramos a usted, magnánimo Heredero.

Dobriilo se sorprendió por el nombre que le habían dicho. Sabía que no era realmente su padre Montefeltro, pero se le acercaba bastante a su padre. Es más, al contrario, su verdadero padre se le acercaba a Alejandro. Pidió que lo dejaran pasar. Ante él vio al hombre que más deseaba ver en toda su vida. Tenía ganas de salir a abrazarlo, pero se contuvo. Ordenó que lo pasaran al manto que cubría a Dobriilo. En aquel sitio podía estar tranquilamente Alejandro, la dama de la Bondad y el Heredero de la Luz.

–Habla bajo, Alejandro. Me da mucho gusto verte, no tienes idea qué es lo que ha pasado. Me dirías que estoy loco de no ser porque estamos bajo un manto de tela blanca.

–Sí, bueno, Dobriilo, ya de por sí creo que estoy loco yo. Vine, vine a pedirte perdón por no haber estado donde debía de estar. Necesito contarte todo lo que he pasado – le dijo Alejandro, abrazándolo muy fuerte. Con el calor de un padre recordó a su amigo Zuzen.

–Oh, muchas gracias, antes que nada, necesito pedir un gran favor, Alejandro... necesito que me hagas una promesa, una promesa muy grande – dijo, mirando hacía Zuzen.

La sed de dolor

Aquella noche en la Dobrilo se encontró con la Luminosidad, Zuzen decidió tomar las esferas e ir por su próxima víctima. Acompañado de los monjes que acostumbraba a llevar con él, con los guantes en las manos, con muy poco disgusto iban detrás de él. La Maldad iba al lado de él, estaba emocionado de que era noche de caza. Llevaba las cadenas listas. Se presentaba como forma sólida ante los monjes. Pero ninguno vio su cara, pensaban que era un amigo del Inquisidor, pues se la pasó junto a él todo el camino.

—¿A dónde vamos mi querido, Inquisidor?, mis cadenas tienen muchas ganas de sentir el cuello de otra mascota. Justo como ese anciano, una verdadera delicia, eres un maestro en esto.

Fue al este de la ciudad, entre la cantidad de gente, entre los tarros llenos y vacíos, se encontró de nuevo al dueño del sitio donde había encontrado a su padre. Dormido, como de costumbre a esa hora. Fue al sitio donde se encontraba su padre cuando estaba vivo. Miró con desprecio a las personas que estaban ahí. Los supuestos amigos de su padre no eran realmente sus amigos, tanto como no era realmente su padre. Cualquiera de esas personas no valía la pena. Habían dejado atrás a su familia, o quizá no tenían. No, era raro que no estuvieran casados, en contra de su voluntad, eso era muy probable, pero al final de cuentas, padres y esposos.

Les dijo a los monjes que tomaran al que quisieran, y que llevaran todos sus utensilios de policía. Así lo hicieron, los monjes que ya sabían qué iba a hacer, fueron con mucho gusto a tomar al primer ebrio que tenían a la mano. Igual que escoger la fruta para la comida. Igual que seleccionar la mascota para alguien. Bajo el velo del anonimato, la Maldad lucía su sonrisa debajo de una capucha. Sinceramente, no le iba con su estilo, pero debía de aparentar, después de todo, él era el invitado entre ese grupo de buenas personas.

Tomaron al policía, ninguno de los amigos dijo algo, no era particularmente raro que alguien tomara a otra persona en ese tipo de lugares. A veces era para arreglar cuentas, defender el honor y cosas de ese estilo. Usualmente era entre dos borrachos que salían a tomar unas cuentas palabras del otro, se sentaban a platicar y seguían tomando, o a veces simplemente se decidían a disparar el uno al otro. Esa era la seguridad en Hoja Celeste, la autoproclamada gran ciudad de la moral, la gente no se preocupaba por su seguridad.

¿Por qué no lo hacían?, pues para eso existía ese lugar, era la cuna de los crímenes, no había en otro lugar crímenes. Quizá porque sabían que la seguridad en Hoja Celeste sí era buena en cualquier otro lugar, menos ahí. Entre la oscuridad, Zuzen pidió que encendieran algunas luces. Así lo hicieron los monjes, luego, en el suelo, escogido especialmente porque tenía agujeros de tierra, plantó el cuchillo. Naturalmente no esperaba que brotara un árbol con cuchillos.

Mandó a que ataran al policía, y lo amarraron a un tubo en las piernas. El policía no sabía qué estaba pasando realmente, no le preocupaba en absoluto. Zuzen se aseguró de que el cuchillo estuviera en la posición perfecta. Zuzen tomó una carta desde su gabardina, con sus largas uñas sintió el papel. La colocó detrás del tubo. Pidió la caja con esferas, y solicitó que le esposaran de las manos al hombre atado. Colocó dos piedras al lado del cuchillo para mantener el filo apuntando al cielo. La perpendicularidad entre las piedras y el filo del cuchillo era asombrosa.

—Ajá — dijo Zuzen cuando tomó el arma del policía — esto es peligroso que lo tengas. No queremos más de un muerto, ahora sí, procedamos con el resto.

Tomó las esferas, las colocó cerca del borracho, hizo que las tocara con la frente, la caliente frente contra el frío cristal de cada esfera, hizo que el borracho sintiera dolor en la cabeza. El dolor cesó, pero, pronto se comenzó a retorcer.

—Marchémonos, no hay nada que ver aquí — dijo, soplando la luz que había emitido uno de los monjes — a menos de que, quieran verlo, claro. Gracias, caballeros, pueden descansar.

Y, se fue sin los monjes, igual que como había llegado, se marchó caminando. Los monjes, que esperaban mejor leer la noticia en el periódico, se marcharon, pues aún no estaban preparados para suscitar algo como eso. Solamente se quedó la Maldad. Tomó la carta que dejó Zuzen detrás del tubo. La intentó leer, pero, no se podía ver nada. No importaba, fue por uno de los monjes y le pidió su lámpara, alzó el vidrio y la volvió a encender. Bajó el vidrio para conservar la llama, y la puso en frente del hombre que iba a ver morir. Tomó asiento en el suelo, miraba el sitio, era un plan brillante, como de costumbre. Estaba orgulloso de Zuzen, era realmente un prodigio en esto.

–¿Quién eres?, ¿por qué estoy atado?, estoy pagando, ¿verdad?, ¿este es el lugar donde vamos los que pecamos, cierto?, por lo que hice sufrir a mi familia. ¿Estoy muerto?

–No, pero se le acerca. Dentro de una hora, vendrán a recoger tu alma. Si para este entonces no has sido redimido de todas tus faltas – decía la Maldad muy sonriente, entendía lo que le había dejado Zuzen, simplemente se aprovechaba de la situación – entonces, serás despellejado, serás descuartizado, tu alma será sacada de tu cuerpo, y entonces, se repetirá el proceso infinitamente, te reconstruirá aquel ser despreciable... le dicen... la Maldad. Pero no debes temer, yo, estoy aquí para protegerte de esa Maldad.

–¿Este es mi juicio cierto?, siempre esperé a que llegara, pero... ¿por qué tan pronto?

–Aún no es tu juicio, yo no juzgo. Yo te quiero tal y como eres, pero yo no manejo estos asuntos. Si no quieres vivir la vida eterna, entonces, deberás rezar realmente con tu corazón, sin embargo, si no puedes obtener la redención... te tengo una salida fácil. Mira esta vela, simboliza tu tiempo, no queda tanto para que se termine, tan solo una hora y un poco más. Si al finalizar no tienes la redención, el otro camino es...

–¿Cuál?, si yo no tengo el perdón, ¿qué otro camino puedo tomar?

–¿Tan pronto dudas de que no puedas tomarlo?, entonces, quizá deberías considerar terminar esto pronto. El otro camino es el filo que tienes delante de ti. Entonces... ya sabes qué hacer con él, mírate, no puedes moverte realmente. Solamente, firma esta carta.

Tomó la carta de Zuzen, las esposas, que estaban en sus muñecas, no le permitían moverse mucho al policía, pero, ciertamente permitían firmar, sus manos estaban al frente de él. Esas esposas en especial estaban también atadas a su cuello. Podía moverse, pero no podía extender los brazos. La Maldad le dio su propia pluma, lo miró firmar. Y sonrió.

–No te preocupes que contiene. Simplemente he hecho una carta donde aceptas tus errores, donde admites tus pecados. No te preocupes, es el primer paso, ahora, ponte a rezar, reza, ¡reza, hijo mío!, no permitas que caigas en las garras de aquella maldad, aquella que lleva cadenas para atormentarte el resto de tu vida. Yo, en cambio, te quiero libre, confía en mí, comienza a rezar. Vamos, yo creo en ti.

El policía comenzó el rezo, se sentía confiado, era la primera vez que alguien no había caído en locura, su miedo era el juicio de la justicia, la de los gemelos. Suponía que el que se le había presentado era uno de ellos, y que aquella Maldad a la que se refería el gemelo de la justicia, era su hermano, esperando con las cadenas para enfrentarse realmente a la justicia que merecía. Sentía que por fin comenzaba a sentirse liberado, sentía que las palabras que estaba diciendo en voz baja tenían sentido. Esperaba con ansias esa libertad que aquel tipo le había prometido.

El tiempo transcurría, la vela bajaba lentamente, la cera marcaba cada momento de su vida restante. Cada cierto tiempo, la Maldad decía *Yo confío en ti, hijo mío*, o a veces decía *No aceleres, debes de sentirlo realmente con el corazón, debe de salir con tu alma*. El policía sentía cada vez más caliente su frente, Miraba cómo la llama iba bajando con dirección a su final, no solo el de la llama, sino, el de él. Rezaba más rápido, sentía las ganas de por fin encontrar la conexión con la religión que ni siquiera conocía en toda su vida. Sabía que la prueba no iba a ser fácil, que de verdad tenía que probar su valía, que debía de aceptar su pecado. Pero se sentía egoísta, no sentía realmente que lo hiciera porque quería redimir sus males, lo quería hacer porque no quería sufrir.

—Hijo mío, debes querer obtener el perdón de la buena forma, si solo quieres el perdón por tu seguridad, tus palabras son en vano. Cuando hayas obtenido el perdón, entonces, cierra los ojos, y ábrelos, si dejas de estar aquí. Entonces habrás sido perdonado de forma divina.

Un cuarto de vela había desaparecido en forma líquida, el policía comenzó a cerrar los ojos más seguido, comenzó a rezar todavía más rápido, se regañaba de que solo lo hiciera por su egoísmo, estaba tratando de pensar en que en verdad quería desear el bien a su esposa, a su amante, a su hijo, y al hijo que tenía con su amante. Pero no podía, sabía que estaba mal lo que hacía, sabía que no tenía sentido, pues en verdad estaba mal lo que hacía. La cera seguía disminuyendo, se dirigía lentamente hacia el final. La frente al igual que el vidrio, sudaba por el calor que sentía. La llama protegida detrás de aquella transparente pared miraba el atormentado rostro de ese policía. Esperaba pacientemente a terminarse ella y con ello, terminarlo a él. El policía lo sintió como algo personal, intentaba, pero no podía, la vela seguía su curso y él seguía en el mismo lugar cada vez que abría los ojos.

Comenzó a llorar, comenzó a gritar los pecados que había cometido, la vela ya estaba a la mitad de su vida, así como estaba aquel preso.

–¡Yo, yo fui quien engañó a mi esposa!, ¡yo mentí a mi hijo de que tenía que trabajar todos los fines de semana para poder ver a mi amante!, yo, yo... ¡Yo declaré culpable a un inocente por un crimen que cometí!, ¡yo disparé accidentalmente contra un hombre!, yo...

Se mantuvo en silencio durante un rato, se tiró al suelo y comenzó a llorar, miraba la flama, miraba el paso lento, o quizá él lo veía demasiado rápido, sentía su calor. Veía el ritmo de la flama, miraba cómo se despedía, de él, quizá, o él se despedía de la llama, se despedía porque su alma sería torturada por el resto de los días. Entonces, vio el filo del cuchillo, pensó en utilizarlo, entendía a qué se refería aquel hombre que le había dado esperanza, lo volteó a ver, y sintió furia.

–No, no funciona tu método, me mentiste, eso no sirve.

–Veo que te has rendido, en ese caso, apagaré yo mismo la vela – dijo la Maldad tomando la lámpara, a punto de abrir el cristal y dejar que el viento nocturno hiciera el trabajo.

–¡No!, no.... No la apagues, yo, yo soy el que no puedo dejar de pensar en mi bien. Yo... ¡lo admito yo soy un egoísta, siempre lo he sido!, yo merezco este castigo, pero, no quiero, no quiero recibirlo, por favor, ayúdame a pedir el perdón, ayúdame a rezar.

–Oh, no tengo permitido hacer eso, me temo que solo te puedo orientar. Yo confío en ti, sé que lo lograrás. Tengo la esperanza en ti, pero, si tú la has perdido contigo mismo, me temo que no puedo hacer nada, pues mis palabras serán vacías y sin sentido para ti – dijo con una voz muy dulce, una voz que jamás creyó usar. Pero le daba mucho, demasiado placer hacer eso. *Hacer el bien nunca se había sentido tan bien.*

La vela eventualmente llegó a un cuarto de lo que había comenzado, el policía comenzó a sentirse mareado, sentía ganas de vomitar, tenía mareo, tenía dolor de cabeza. Seguía intentando. La siguiente vez que abrió los ojos, no se encontró con el que lo acompañaba. Pero seguía en el mismo lugar, se sintió perdido, se sintió abandonado, era cierto, ya había perdido la esperanza, ya no quedaba más que esperar a su tortura eterna, excepto que...

Miró al cuchillo, con la esperanza que había perdido, en la misma calle, la oscuridad había acechado en su totalidad, unas cadenas sonaron, tocaban la pared. Una voz profunda se escuchaba en la gran oscuridad, en el gran misterio de lo desconocido. El policía se volvió para mirar la vela, estaba en sus momentos finales, era el final, ya había llegado la hora, le habían dado una oportunidad y no pudo cumplir con el trato, entonces debería de pagar, o no, planeaba usar el filo que estaba en el suelo. Intentó desamarrarse, intentó quitarse las esposas, pero no tenía sentido, no era tan fuerte.

–Te veo – dijo una grave voz salida de la garganta de la Maldad. Moviendo las cadenas por el suelo, golpeando la pared con ellas, avanzando con un paso pesado en el suelo.

Las manos se agitaban, las piernas seguían el ritmo de las manos, la mirada estaba ubicada a la oscuridad de la calle. Nada parecía progresar, miró de nuevo la vela, era tarde, era muy tarde. Entonces, comenzó a agacharse, falló el golpe, el filo entró en su cachete, lo hizo sangrar, le dolía bastante, pero, miró de nuevo a la oscuridad, las cadenas parecían comenzar a salir. El paso se hacía más lento.

Volvió a agacharse con fuerza hacia el filo, falló, se clavó el filo en el ojo, dolía, pero no importaba, podía burlar a la Maldad, tal como le dijo el que lo acompañó, los zapatos ya se veían salir de la oscuridad. Comenzó a agacharse cada vez más rápido, y más rápido, cuando sintió la mano en su espalda, se dejó de juego, sabía perfectamente dónde estaba el filo del cuchillo y se decidió a acertar el golpe final. La Maldad con sus guantes idénticos a los de Zuzen, que le permitían sacar sus uñas, dejó la carta en su lugar, la vela ya se había apagado, y se marchó. Tomó la lámpara.

A la mañana siguiente, un nuevo suicidio se declaró en la parte este de la ciudad. De nuevo, una carta había aparecido, pero esta vez no dudaron para nada de que se tratara de un suicidio. De nuevo amarrado justo como el anciano. No había duda de que los dos habían necesitado ayuda para sus actos. Eran tormentosos, pero según la carta, se sentía aliviado de que fuera igual de tormentoso que los pecados que habían cometido. La imagen de un cuchillo que atravesaba el cráneo de un policía había hecho vomitar a unos cuantos policías. Le arruinó el café al detective, pero, aun así, se lo tomó, no se le iba a quitar lo muerto.

La redención

–Entonces, ¿me lo prometes? – dijo, Dobrilo a Alejandro – yo, no me puedo marchar de este lugar. Es complicado, pero, debes confiar en mí.

La dama de la Bondad que también estaba bajo el manto blanco solamente miraba lo que ocurría entre esas dos personas. Todo su cuello ya se había tornado oscuro. Zuzen ya le había dicho a Dobrilo que había limpiado las esferas.

–Pero, él, ni siquiera lo conozco. No es mi hijo, ¿cómo podría?

–Yo tampoco lo soy realmente, Alejandro. Pero es importante que me prometas que lo harás. Necesito arreglar las cosas con él. No puedo dejarlas así, yo lo sé.

–Está bien, Dobrilo, yo... yo te prometo que...

En ese mismo momento volvía a llegar el monje que anunció a Alejandro Montefeltro, dijo que dos personas con ropas que no permitían ver nada solicitaban entrar, que ya lo habían visitado recientemente. El Heredero se puso serio, tomó su antigua voz y les dijo que los dejaran pasar. Al entrar, llevaban con ellos un par de bolsos donde no se veía que contenían. En el puño de uno de ellos, con unos guantes peculiares, se notaba que cargaba algo, aunque no se podía ver bien qué era.

–Nos da mucho gusto volver a verte – dijeron al unísono ambas personas.

Un par de sombreros como para explorar, unas gafas para protegerse del aire, una bufanda que cubría el resto del rostro, un par de gabardinas, pantalones y botas de explorar era lo que llevaban ambos, en colores que ni siquiera combinaban. Se podía decir que tenían mucho frío, o que irían a un lugar extremo por descubrir. La dama de la Bondad estaba extrañada con todo esto, no decía nada. Le daba mucha curiosidad quiénes eran esos dos a los que vio hacía poco tiempo, pues no recordaba haberlos visto en el templo.

La Maldad esta vez no estaba con Zuzen, como cada vez que había una nueva mascota para él, la iba a pasear a muchos lugares. Las atormentaba tapándole los ojos y recordándoles el miedo que tenían en su muerte. Hasta que finalmente se aburría.

–Qué maravillosa tela, lo sigo diciendo – dijo el de gorro café – perdone el atrevimiento, pero quiero tocar esa tela. Es tan suave, tan superior en calidad, en pocas palabras, es perfecta.

La chica de gorro azul comenzó a mirar cómo se movía la tela. Todo estaba fríamente calculado, en su mano seguía un fragmento de cristal gris. Miraba cómo se movía la tela porque sabía que la dama de la Bondad estaba dentro de ese manto. Las reglas de las deidades eran que, al no ser visibles, eran sólidos, no era de extrañarse que el dúo las conociera, ni que la dama también. Pero, no sabía que era la Luminosidad ni la Oscuridad, pensaba que realmente eran personas comunes, al menos no creía que fueran ellos dos porque la vez que desvanecieron a la Maldad, lo hicieron de forma directa sin cubrirse, o eso creía, tan solo vio la última parte de ese momento.

Los pasos de la Luminosidad eran con respecto al centro del manto, ponía sus manos con guantes en la tela, avanzaba y con la otra mano hacía señas peculiares, como si en verdad estuviera disfrutando la tela. Al llegar en la parte donde no se veía ninguna silueta por dentro, pero se sentía que la tela se detenía, la Luminosidad hizo una única seña a su hermana.

–En verdad debe ser una maravillosa tela, déjame tocar ahora a mí.

Al avanzar hacia su hermano, la Oscuridad pasaba de la misma forma su guante, pero no hacía señas de nada. Los trozos de tela que estaban colgados arriba sentían la indiferencia de los dedos de la Oscuridad. No era para nada una tela particular, avanzaba lentamente hacia su hermano. Entonces sintió lo mismo que el oro guante.

–Oh, en verdad es preciosa, tengo tantas... tengo muchas ganas de... – en ese momento, de súbito, con su otra mano, clavó el cristal en la dama de la Bondad – tengo muchas ganas de ver por qué esta parte es igual de complicada de mover por donde hay otra silueta.

El cristal estaba clavado en la pierna de la dama. No hacía para nada daño, los gemelos se quitaron el sombrero, lo que no era piel salía en forma oscura y luminosa.

–Mucho gusto volver a vernos, dama de la Bondad. Creo que ya sabes a qué hemos venido.

–Eso no me hizo nada de daño, no puedes matar a algo que solo es alma con piedritas, ¿qué harán?, ¿desvanecerme como a la Maldad?, me temo que antes el Absoluto vendrá, y...

Trató de irse del lugar, pero no podía, lo que iba a decir era: *si me disculpan, tengo asuntos que atender*. Pero no se podía mover. Aquella pequeña columna de cristal no la podía mover.

–Oh, no recuerdas bien, pero, la Maldad tampoco se quería quedar. Ese cuarzo no lo puede mover algo que es justamente solo alma. Nosotros no podemos ser invisibles como tú, pero, sí podemos tocar el cuarzo nulo, porque es nuestro origen.

–Entonces... en verdad, me van a... no, Dobrilo, haz algo, ellos van a hacernos daño. Ellos van a intentar matarte, yo lo sé, debes de quitarme este cuarzo, por tu bien.

–No, dama mentirosa, la Luminosidad y la Oscuridad están aquí para que no vuelvan a engañar a nadie más. Te dije que te enfrentaría, te dije que no seguiría bajo tus mentiras.

–Pero, lo que te digo es verdad, ellos van a...

–Silencio, nadie va a creer más en tus engaños – respondió Luminosidad – mira, mi cuello se ha oscurecido porque te has desviado, ya no piensas en la Bondad, piensas en ti – lo decía mientras sacaba varillas de cuarzo nulo, delgadas y suaves, elegantes y de gran calidad.

–Muéstrate, no nos hagas llenarte de polvo – en ese instante la dama se mostró, miró su propio cuerpo de alma y observó que también se estaba tornando oscura como la Luminosidad.

–Dobrilo, tienes que detener esto porque ellos van a – antes de que acabara su frase, una columna de cuarzo atravesó su cabeza, cruzó por la boca y dejó de hablar. Solamente miraba a Dobrilo, no podía decir algo, no podía mover su propia boca.

En diagonal le cruzaron otras dos varillas, sentada con las piernas una sobre la otra, como si fuera a meditar, con la boca abierta, mirando al aspecto de la bondad, le retiraron el pequeño cuarzo que le incrustaron en la pierna. Llevaron sus manos a sus rodillas, y ahí le clavaron columnas de cuarzo mucho más pequeñas. Estaba inmóvil por los cinco cuarzos que cruzaban su cuerpo. Sabía que no quedaba nada más, que era el fin. Sin embargo, desde afuera de sus pensamientos, parecía una verdadera paz. No había nada de movimiento, no había ruido, parecía que iba a meditar eternamente. Los hermanos sacaron dos pócimas de contenido gris, se miraron el uno al otro, estaban serios, como la última vez que hicieron eso.

El gemelo de la Luminosidad estaba particularmente turbado de lo que tenía que hacer. Los monjes se habían quedado boquiabiertos desde que mostraron su identidad. Los escritos los nombraban. Por lo que decidieron no interferir ni hacer nada. Además, era natural, no tenían piel, cualquiera cosa que fuera así no debía ser un simple humano. Parecían asombrarse con cada momento que pasaba, que la dama de la Bondad estuviera ahí, que resultara una desviada, fuera lo que fuera que eso significara, y que la iba a desvanecer, fuera la que fuera que eso implicaba.

Zuzen simplemente se quedó pacientemente esperando, ver el castigo de una deidad. Era justamente lo que quería, pero pensó que era imposible. Pensó que eran intocables. Estaba sonriendo, tenía ganas de ver sufrir aquella despreciable forma. Lo mejor era que podía verlo de tan cerca. Miraba la patética expresión de su rostro, el inmóvil cuerpo, daba lástima, un ser tan importante como la deidad de la Bondad, estaba destrozada, estaba simplemente rebajada igual o peor que un humano, en definitiva, peor que un humano.

—Dobriilo, me hiciste prometerte algo. Usa las esferas con tu amigo, pero, antes de que lo hagas, úsalo con aquel al que viste bajo tu manto. Pues lo de Zuzen te tomará dos esferas.

Luminosidad lo dijo con un tono sombrío, Zuzen se extrañó de lo que le pedían, pero, accedió, porque un ser como ese gemelo debía ser importante. Es decir, literalmente la dama de la Bondad le tenía miedo. Entonces él debería obedecer lo que dijera, además, ya era momento de estar tranquilo, ya había visto lo que quería, una deidad arrodillada, que suplica por su existencia, que clama por continuar viva. Dobriilo tomó la esfera, tomó a Alejandro, y este, que no entendía nada, pero confiaba en su hijo, accedió a lo que le proponían.

El sueño se apoderó de Alejandro, Dobriilo ya se había vuelto muy resistente a ese tipo de cosas, vio los golpes de un padre, vio la soledad, vio los excesos, las veces despierto en el parque. Las veces que apostó, las veces que pensó en su hijo. Dobriilo se sintió un poco más agotado, pero el dolor que tenía Alejandro no era tan grande. El viejo señor yacía en los almohadones de Dobriilo, dormido.

—Ahora, toma dos esferas, y redímete de tus males, pero, te debo advertir que, un dolor tan intenso y acumulado como el de Zuzen, podría ser mortal para ti. ¿Aceptas eso?

Dobriilo no dijo nada, asintió con la cabeza. Tomó ambas esferas, le pidió a Zuzen que se acercara, y lo abrazó. Le susurró *perdón por no ser el amigo que merecías*, ambos entraron en trance, Dobriilo en verdad sintió un increíble dolor, veía las víctimas de Zuzen, se horrorizaba con las muertes. Se horrorizaba con la del padre de Zuzen, en verdad era un dolor intenso, era un asesino suelto, no... él había hecho a aquel asesino, él había transformado lo que parecía un dulce chico en lo que era ahora. Tenía sed de sangre, de dolor, Dobriilo estaba sudando, el toque de sus cuellos en el abrazo de una amistad hacía que ambos continuaran moviéndose.

Zuzen simplemente sentía la purificación de su cuerpo, sentía la liviana carga que le era asignada, era como mirar a Dobriilo y que todos los males se fueran. Era el mejor de los abrazos, era un sueño tranquilo, era blancura en su interior. Se sentía libre, tenía sueños de nuevo, tenía esperanza. Dobriilo sufría, sufría como nunca, no tenía idea de que Zuzen hubiera pasado por todo ese tipo de cosas, si tan solo lo hubiera intentado antes, si tan solo lo hubiera ayudado antes, entonces no hubiera tenido que sufrir con todo esto.

Se encontraba con el cuerpo descuartizado de alguien que desconocía, con la muerte de un anciano que temía. Con la muerte de un policía clavando el filo del cuchillo en su frente. Que, aunque Zuzen no las había experimentado, las había imaginado, las había probado en su mente, y también formaban parte de su repertorio de asesinatos. La que más le causó conflicto era justamente la de su padre. Era más el hecho de no mover el rostro, su cuerpo en ese recuerdo, parecía que no pudiera hacerlo, algo se lo impedía, veía a todo color lo que era la muerte del padre de Zuzen, y aunque sabía que no era su padre, el horror no disminuía por ese motivo.

Miraba la carta, la poca esperanza, miraba todo, hasta que, por fin, por fin se iba a terminar, entonces reconoció al ladrón. Miró sus uñas, y entendió todo, entendió por qué eran rojas ese día. Ambos cayeron en sueño, nunca se habían sentido tan cansados.

—¿Por qué haces esto?, no entiendo, ¿es por los tontos sentimientos humanos, cierto?

—Se lo prometí, después de todo, es lo menos que podía hacer, él... es el que llama a la Bondad.

La sucesión

Luminosidad se sentía culpable, de lo que tenían que hacer. Solicitaron que todos se marcharan, pues tendrían algo muy importante que hacer con la dama de la Bondad, les explicó que una vez desvanecida, el aspecto de la Bondad dejaría de serlo.

–Me pregunto, ¿existirá alguien que nos desvanezca como nosotros a las deidades?

–Eso mismo pensé en la cárcel del Absoluto. No encontré respuesta, pero, te noto triste, hermano, ¿qué es lo que te sucede?

–Es solo que, en su sueño me iba a marchar, cuando tú ya te habías ido. El chico me jaló de la gabardina, y me preguntó si todo iba a estar bien. Me pidió que le prometiera que podría redimirse, que su amigo Zuzen, el que leímos que estuvo limpiando las esferas estuviera bien y encontrara por fin la paz. Se lo prometí, pero... es algo que pocas veces he visto cuando hemos bajado, hermana. Creo que sabe que no puede marcharse de aquí como si nada hubiera pasado.

–Tenemos que reemplazar a la Bondad, Luminosidad. Sabes bien que necesitamos el alma. Entiendo cómo te sientes, es tu naturaleza ver la luz entre ellos, para que no sufra usa las agujas de cuarzo rosado.

–Fue justo lo que pensé – y de otro bolso, tomó agujas muy delgadas pero largas. Solo las clavó en las palmas de las manos, su tacto fue muy suave, procuró no despertarlo. Con las agujas de cuarzo, el resultado era el mismo que cuando clavarón las varillas de cuarzo en la Bondad.

–Lamento haberte mentido, Dobrilo, pero, no, no todo estará bien, yo, yo no puedo cumplir eso. La dama de la Bondad te decía la verdad. Tenemos que asesinarte, tú eres el llamado de la Bondad Absoluta. Sé que en el fondo en verdad querías la bondad para tus amigos, pero, es una forma tan pura, que si sigues con vida terminarás por traer el final de la voluntad de todos los humanos.

Le decía Luminosidad mientras lloraba, lágrimas resplandecientes salían por lo único humano que tenían, los ojos. Lo que llamaba piel sintió aquellas lágrimas duras, parecían plásticas.

–Si quieres... yo me encargo, Luminosidad. Solo pásame la daga – así lo hizo su hermano, le pasó una daga de cuarzo blanco. Aquel cuarzo, a diferencia del rosa, que era el de reflejo, el blanco era de alma. En vez de tardar en salir el alma, lo que hacía era que fuera instantáneo.

La Luminosidad se marchó a una esquina del templo, se quedó de espaldas, y escuchó el grito de su hermana, cerró los ojos cuando eso pasó. La Oscuridad tenía sangre en sus guantes, cerró los ojos por asesinarlo, y entonces, esperó a que el alma saliera. La Luminosidad volvió para ver el charco de sangre que corría, la sonrisa de la paz que tenía el joven, al lado de los que amaba, quería ver lo que era una familia normal, una verdadera familia, aquello que ni él ni su hermana podían tener, al menos se tenían el uno al otro. Después de todo, los sentimientos humanos no eran del todo malos.

–Ya está hecho, hermano. Preparemos el desvanecimiento – volviendo a tomar las pócimas grises. Abrió ambas, y una se la entregó a su hermano.

Derramaron el líquido en la dama de la Bondad. Comenzó a aparecer humo, el toque del líquido gris provocaba un enorme dolor en la dama, pero, seguía sin poder hacer algo, en cuanto tocaba el cuerpo compuesto de solamente alma el líquido desaparecía. No se lograba apreciar por la nube de gas, pero, aquella que alguna vez era hermosa en su forma radiante, ahora no tenía cabeza. Simplemente quedaba del cuello para abajo. El alma de Dobrilo surgió por detrás, miraba a lo que alguna vez había sido su cuerpo, estaba muerto, la sangre dejaba de correr de su pecho, y él se miraba las manos.

Pronto terminaron de desvanecer a la dama de la Bondad, con ello la Luminosidad se cayó al suelo, su hermana no hizo nada por él. Fue con dirección a Dobrilo y lo miró directamente:

–Aspecto de la Bondad, Dobrilo Montefeltro, tu alma es la más cercana para restaurar el balance, sé lo que te prometió mi hermano, y solamente porque quiero conservar sus deseos, te permitiré que escribas una carta de despedida. No tardes mucho, pues no tenemos tanto tiempo sin que exista el caballero de la Bondad. No te preocupes por las esferas, ya no las necesitas más, serán un recuerdo para nosotros. Nos las quedaremos y tú dejarás de ser el aspecto de la Bondad. Díctame lo que quieras que escriba, y tendrás la carta que desees, después de eso, entonces... ya verás lo que pasará.

Después de las palabras de Dobrilo, la Oscuridad fue al lugar donde desvaneció a la dama de la Bondad. Tomó una pequeña esfera que había quedado en el centro de los cuarzos que ahora estaban tirados. Era del mismo color que el cuchillo. Guardó la carta en un sobre muy elegante, en realidad era para hacer reportes acerca de la investigación. No importaba, con ver contento a su hermano le agradaba sacrificar un papel tan importante como aquellos. *Después de todo, estos sentimientos no son tan malos.* Tanto ella como su hermano tenían una idea muy diferente de las personas que estaban bajo la meseta.

–Tal vez los tiempos han cambiado, todavía parecen primitivos, todavía veo que las deidades se corrompen igual que ellos hace tiempo, pero, al igual que en aquellos días, parece que tratan de durar más entre ellos mismos. Entiendo por qué mi hermano te prometió esas cosas, lamento que no podamos mantenerte vivo, pero, necesitamos que alguien cubra la deidad de la Bondad – le dijo la Oscuridad, con la esfera de cuarzo en sus manos.

–Entonces... ¿olvidaré lo que sé?, ¿olvidaré a Alejandro y a Zuzen?

–Podemos hacer una excepción contigo. En realidad, bueno, no importa, si no deseas olvidar nada de esto, entonces, podemos hacer que así sea – le contestó, mirando el cuerpo del alma con la que hablaba – pero debes tomar en cuenta, que los verás morir, pues serás mucho más duradero.

La Luminosidad se tornaba oscura cada vez más. Escuchó esas últimas palabras con mucho esfuerzo, y después cerró los ojos. La Oscuridad cumplió con los deseos del antiguo aspecto de la Bondad, le dio a tragar la esfera que llevaba, y entonces, Dobrilo comenzó a sentirse diferente. Ya no era Dobrilo Montefeltro, solo los humanos respondían a nombres como esos, ahora era el caballero de la Bondad. La Luminosidad se recuperó en cuanto se pasó la esfera por su garganta. No contenía órganos por dentro, solamente lo que se podía ver era similar a su cuerpo original. Ahora contenía la esfera, se marchó con el dúo supremo al lugar sin reflejo, y ahí le explicaron muchas más cosas.

El cuerpo de Dobrilo yacía ahora sin agujas, entre almohadones manchados de sangre, un enorme hueco en su pecho, con los ojos cerrados, con una paz eterna. El sueño que ese chico tenía era muy distinto al que Zuzen y Alejandro tenían. Uno no respiraba y el resto sí.

Cartas muy especiales

Alejandro fue el primero en despertar. El silencio en el gran sitio era indescriptible. Ya era tarde en aquel día. Encima de él yacía un papel. Era un sobre, tenía escrito en el apartado de investigación: *De Dobrilo*, y en número decía: *Para Alejandro*. Volteó a ver a su alrededor. El cuerpo lleno de sangre de su propio hijo estaba frente a él. Comenzó a llorar, volteó a ver a Zuzen, pero no parecía responder. Parecía tener el sueño más plácido de toda la historia de la humanidad. Alejandro, notó que él también tenía una carta encima de él, se limpió las lágrimas y trato de abrir el sobre.

El pulso no dirigía las órdenes de Alejandro, los intentos fallidos de abrir aquella carta le costaban un poco de orgullo. Había por fin encontrado a su hijo y ni siquiera duraron un día completo juntos. Continuó con sus manos, haciendo el movimiento de abrir el sobre. Por fin lo logró y comenzó a leer las palabras de Dobrilo:

“¿Sabes?, sé que piensas que estaba enojado contigo, pero, no es así, yo pensaba que eras tú el que se había alejado porque hice algo. En verdad lamento no haberme comunicado más contigo cuando entré a la universidad. Sé que fue como dejarte a un lado, es solo que nunca había tenido amigos. Temo que no solo me alejé de ti, también lo hice de Cereza y de Zuzen. Y al final, me alejé de mí también. La dama de la Bondad que viste resulta que me eligió para hacer la bondad entre nosotros. Lentamente me fui haciendo a la idea de la gran responsabilidad que tenía, usé las esferas más de diez veces, sin embargo, tenían el gran precio de cobrar la vida de alguien después de purificar a tres. La dama de la Bondad me dio un anillo que consideré como mi reliquia, pensaba que me daba fuerzas y que eso hacía que mi mente aceptara mi destino. El destino de traer la bondad a todos en Hoja Celeste.”

“Pensaba solamente en conseguir aquel logro, la bondad entre todos nosotros, que me olvidé de mí, de mis amigos, y de todos. Te olvidé Alejandro, como sé que lo hiciste tú. Pero, no me cuadraban las cosas. Si se suponía que hacía el bien, ¿entonces por qué no me sentía bien con lo que hacía? Las dudas siempre estaban, pero la tramposa de la dama de la Bondad me aconsejaba de la mala manera. Si miras mis brazos, bajo mis mangas, verás el dolor que contuve al no saber responder las preguntas que tenía.”

“Eventualmente me dejé de sentir a gusto con esa decisión, pero la dama sabía lo que hacía, sigo sin entender el motivo de lo que hizo, pero no importa. Quiero recordarte la promesa que me hiciste, te lo suplico, cuida a Zuzen en mi lugar. Él no tiene padres, ayer, la Luminosidad me prometió que podría redimirme de lo egoísta que fui. Y viendo lo que Zuzen hizo para limpiar esas esferas, me siento en paz de haber recibido el perdón de ambos. Pero, lo sabía, la Luminosidad usó palabras específicas, sabía que no todo iba a salir bien. Sabía que no podía marcharme contigo como si nada hubiera ocurrido.”

“Escribo esta carta viendo lo mismo que tú, mi cuerpo ensangrentado con una enorme daga en el pecho. Con cuatro agujas de cuarzo en las manos y pies. Con una mirada de paz, así espero que me recuerdes... me refiero a que me iré en paz. Esta carta, me hizo el favor de entregártela la Oscuridad. He dejado de ser el aspecto de la Bondad. Pero, como el balance se perdió con el desvanecimiento de la dama de la Bondad, yo tendré que ir a ocupar su lugar. Lamento no haber sido el hijo que merecías. Lamento provocarte tantos problemas, lamento mucho no haber estado más tiempo contigo. Lamento no haberte dicho que te quiero antes de morir. Me queda el alivio de decírtelo mientras veo mi cuerpo sin pulso en el suelo.”

“Alejandro, Dobrilo, tu hijo, el caballero de la Bondad, te quiere. Yo, te quiero.”

El criado no hizo más que seguir llorando, se fue al cuerpo de Dobrilo y ahí lo abrazó. No importó que se manchara todo su traje de sangre. Había obtenido la redención, entendía el gran costo que tenía que pagar para llegar a la paz. Miró a Zuzen, y se convenció de que también era su hijo ahora. Esta vez no se equivocaría como lo hizo con Dobrilo. Después de más horas, ya llegada la noche, Zuzen se despertó. Tenía ganas de agradecer a Dobrilo por lo que había hecho, pero, al levantar el pecho para abrazar a su amigo, lo encontró mirando hacia el cielo, su cara se tornó en tristeza, vio el papel que se cayó en los almohadones. Era una carta dirigida para él, de Dobrilo.

Antes de intentar abrirla se limpió las lágrimas, recordaba todo lo que había hecho, y simplemente lo aceptaba. Se sentía ligero, se limpió con sus guantes la cara. Los ojos rasgados se cerraban aún más, se mantuvo sin decir algo, pero sollozaba todo el tiempo. Continuó con la carta. Miraba con tristeza todo, pero abrió la carta como pudo, ya no se sentía tan mal.

"Zuzen, sinceramente lamento no haber hecho nada antes, estaba tan concentrado en darle bondad a todos, que al igual que a mí, te expuse a ti. Si tan solo hubiera hecho algo, si tan solo hubiera sido un mejor amigo, entonces no tendríamos que estar como estamos ahora. Aunque solo me habían permitido escribir una carta, le pedí el favor de dejarme escribir otra para ti a la Oscuridad. Ahora soy el caballero de la Bondad. No sé si deseo que no hubiera ocurrido lo de nacer donde nací. Al menos te conocí, a ti y a Cereza. Quería dejarle otra carta, pero, sinceramente no sé cómo ha cambiado ella, al igual que yo con mi papá, se marchó sin decir algo."

"Necesito pedirte un favor, un favor ya estando muerto, el hombre con el que hoy me viste, él fue el que me educó desde que nací. Sé que estarás solo en tu casa, pero puedes vivir con él. Por favor, te pido que lo hagas, es un hombre lleno de cariño para un hijo que no supo aprovecharlo. Un tonto chico que pensó que tenía la gran responsabilidad de traer una paz infinita a todos. No es lo importante, no olvides que, aunque mi cuerpo está sin vida, yo sigo existiendo. Ahora en forma de deidad, así que espero que cumplas este favor que te pido, lo sabré, volveré a verlos, y espero que juntos"

"Acerca de Cereza, te pido de favor que le desees lo mejor, sea lo que sea que pasara con ella, me hubiera encantado hablarle más. Invítala a mi entierro, por favor. En verdad lamento ponerte de nuevo en problemas, pero no sé cómo decirle, aún no sé cómo controlar esto de no tener un cuerpo sólido. Por eso necesito que lo hagas por mí. Y si no cumples esas cosas entonces vendré a asustarte, ¿cómo?, no puedo decir eso, ah... prohibido por el reglamento de deidades. Bueno, no importa, ¿anotaste eso?, ¿no podemos corregirlo?, ¿sigues anotando?"

"Eh... olvida esa última parte, solo invítala, dile que lo lamento, por muchas cosas, no importa que las sepa, solo que por muchas cosas. Dile... que escribí esta carta antes de muerto, ah, sí, tampoco te lo dije a ti, bueno, ya estoy muerto. Pero, a Cereza dile que la escribí antes de estar muerto... si llega a ver la carta le explicas todo, aunque... eso te tomaría mucho tiempo, bueno, solo no te lo tomes personal si tienes que explicarlo. Disfruta a tu nuevo papá. En serio hazlo, por mí, por los dos, te quiero, Zuzen, y por favor, sé feliz."

Al terminar, Alejandro entró con una ropa diferente, además, venía acompañado de varios monjes. Le dieron prendas para cubrir a Dobrilo, trajeron al señor Félix. Alejandro sabía que tenía que ver con la reina. Llevaron a Dobrilo en el palanquín que habían construido. Los monjes estaban contentos, porque antes de marcharse con la Oscuridad y la Luminosidad, Dobrilo se disculpó con ellos y les pidió el favor de ayudar a Alejandro con su entierro.

–Ah... como sabrán estoy muerto, seguramente es el hecho de que estoy flotando. Ahora soy la deidad de la Bondad, supongo... eh, son libres de hacer lo que quieran. Esas escrituras están mal, etcétera, etcétera. Necesito pedirles disculpas por como los traté, como se dieron cuenta, la dama de la Bondad me engañó por mucho tiempo. Lamento que tuvieran que encargarse de mí de esa forma, y, espero que me perdonen.

–Bueno, nos podemos quedar con todo lo que te regalaron, ¿verdad?

–Ah... sí, todo, solo, por favor restauren este templo. Ah, y un último favor, ¿pueden ayudar a mi padre con mi entierro?, ya saben, tener un enorme hueco en el pecho no parece un suicidio. Así que, por favor que no metan a la policía en esto. Bien... ¿algo que quieran preguntar?, digo, supongo que no llevamos prisas así que, digan algo...

Después de una serie de preguntas, el caballero de la Bondad se marchó. Las preguntas iban más sobre qué pasó con la dama de la Bondad y qué haría en su nuevo lugar. Algunas no las supo responder y pidió ayuda de la Oscuridad y la Luminosidad. Esa misma noche, se preparaba el entierro, Zuzen salió a buscar a Cereza, como era de noche la encontró en casa. La detective que sabía que su padre ya no estaba vivo, le dio sus condolencias, luego llamó a Cereza y Zuzen le contó de la muerte de Dobrilo.

Cereza no hizo preguntas, fue acompañada de Angelina. Tomadas de la mano fueron ante la gente que había ahí. Quienes estaban eran el propio Félix Renoir sin hacer bromas de mal gusto. Alejandro, Zuzen, los monjes y el director de la escuela. Miró con disgusto este último a Zuzen y a Cereza, habían reprobado el curso. Se disculparon por haber faltado, pero no se sentían culpables. Zuzen quería continuar sus estudios en ese mismo lugar, y Cereza se dedicaría a ayudar a su madre y aprender lo que ella ahora hacía. El féretro. después de las palabras de cada persona, llegó al fondo de la tierra. La cerraron y todos se marcharon.

El comienzo

–Lamento lo de tu hijo. No sabía que él... bueno, ya sabes, mencionaron tu nombre y lo supe.

–No te preocupes, Cereza, Félix Renoir no me informó porque pensó que me enojaría con él. Lo cierto es que me pone contenta que Alejandro cuide de alguien, ese hombre siempre quiso un hijo y ahora lo tiene.

–Pero, señora Teresa, ¿qué hará usted?, ¿ya fue a visitar el sitio donde está Dobrilo?

–Sí, lo hice justamente en la mañana, antes de venir a mi cita con ustedes. Sé que les debo una historia, pero, supongo que entenderán que no me siento tan bien.

–Claro, comprendemos, Teresa. Podemos vernos otro día. No hay ningún problema.

–Mañana mismo, mañana vengan a esta hora. Hoy, quiero ver a viejos conocidos.

La reina Bermellón se marchó del sitio de las mesas. Se dirigió a ver a Félix Renoir, le entregó un sobre con dinero, le agradeció por su trabajo, le dijo que seguramente no volvería a pisar Hoja Celeste. Lo que quería era olvidar ese lugar, donde se murió el hijo que en el fondo pretendía no amar. Pensó en Liriel, se preguntaba dónde estaba, ¿habría muerto de la misma forma?, dentro de dos años, tendría la edad con la que Dobrilo murió.

Después de su visita al panteón, se dirigió a su propia casa, ahí se encontró a Alejandro, él la recibió asustado, le contó que puso a su secretario en un cuarto donde no entraba nadie.

–No hay ningún problema, como se habrá dado cuenta es una maravilla de persona.

–Sí, solamente dice una sola cosa y no se mueve. Ciertamente, pero, no va con mi estilo.

–¿Qué tal van los negocios, Alejandro?

–Oh, reina, van de maravilla, se me ocurrieron algunas ideas para seguir aumentando los inmuebles que están a su nombre. Planeo expandirme a ciudad Aurora. Claro que ahora que está aquí será un gusto desocuparme de todos estos asuntos.

–No, Alejandro, está bien que tú te quedes en este lugar. No volveré, pero, mantenme al tanto y dame una parte de las ganancias a... esta dirección.

Le entregó un papel con datos bancarios de la ciudad Crisálida. Alejandro sonrió pues, no podía estar más que en lo correcto, era lo menos que podía hacer después de haber gastado tanto dinero de ella. Notó que tenía una foto de Dobrilo en el escritorio.

—Oh, lo saqué de estos cajones, no te preocupes, es el único que he abierto, si necesitas algo solo dime, yo te lo entregaré en donde necesites. Ya sabes cuál es la dirección, las cartas siempre las respondo así que, por favor, no dudes en enviarnos alguna cuando requieras algo.

—Alejandro... gracias, me refiero, por cuidar a Dobrilo, sé que está muerto, pero, sé que en verdad querías a ese chico como nadie. Más que yo, sí... sé que más que yo.

—Oh, no diga eso, reina Bermellón, usted fue la que me eligió para este puesto. Tal vez sabía que lo confiaba en manos decentes. Si fueran buenas mis manos entonces no hubiera...

—Claro, claro. Escuché que ahora está cuidando a alguien en esta casa.

—Sí, se trata de Zuzen, en una carta, Dobrilo me hizo prometer que lo cuidara, y hasta donde me ha contado, al chico lo hizo prometer que se quedara conmigo. Perdió a sus padres, pero ahora nos llevamos mejor. Ya lleva casi un año de la universidad, todavía no escoge qué estudiará. Lo veo, y en sus ojos veo los de Dobrilo, aún me atormento por todo lo que tuvo que pasar, pero, recuerdo que me dio su perdón antes de morir.

—Usted... ¿sabe cómo... no, mejor no me diga. Lo mejor es que no lo sepa.

La reina Bermellón se levantó de la silla, saludó de mano a Alejandro, le dio algunas indicaciones de cómo cambiar las cosas a su nombre, se marchó con dirección a la pastelería Debesse, y ahí se encontró con la antigua detective Cereza. Ella le ofreció pastelillos y comenzaron a platicar.

—En verdad lamento tu pérdida, un hijo debe doler bastante en cuanto se pierde.

—Sí, yo... digo lo mismo de tu esposo. Supongo que tu hija te contó el resto. Solo quería decirte que, pues, no debiste ser tan protectora con ella, es decir, sé que tenías miedo, pero yo no era realmente una amenaza. Tú realmente fuiste muy intensa con abrir el caso de los Montefeltro de nuevo y yo definitivamente no soy la mejor respondiendo a situaciones.

—¿De qué hablas?, parece que lo estás llevando muy bien este asunto de Dobrilo. ¿Sabes?, la vez que lo conocí quería partirle la cara. Sentía muchas ganas de golpearlo porque me recordaba a ti.

La reina Bermellón se comenzó a reír de que algo tan indiscreto como eso saliera de la boca de Cereza, alguien que consideraba sumamente bien portada y que seguía protocolos con respecto a cómo manejar situaciones. Jamás imaginó que reiría con la detective.

—Sí, mi hija me contó todo, en todo caso ni siquiera me gustaba ser detective, era buena, por lo que me enseñó Hamilton, pero, la gobernadora no es alguien buena por la que vale la pena morir. Es una desgraciada, pero, ya la perdoné, más o menos.

—Y que lo digas, las noticias que publicó sobre mí en ese caso me pusieron muy ansiosa en esos días. ¿Deberíamos darle un buen susto?, te aseguro que no querrá su puesto nunca más.

—Oh, Teresa, no, no, no. Ya tendrá su merecido en su momento. Por ahora... ¿quieres otro pastelillo?, creo que ya estoy mejorando mucho, son de cereza, la especialidad de la casa.

—Tengo que admitir que saben muy bien. Nunca pensé que te costara cocinar, o sea, yo no sé hacerlo, pero, pensaba que eras de esas personas que estaban siempre para su hija.

—Oh, me dejas en un lugar más que bueno, ambas nos equivocamos, afortunadamente le diste la verdad a mi hija y ella no está con su padre. Muchas gracias, Teresa.

—No creo que debas agradecer todo lo que hice. Muchas de esas cosas fueron terribles.

—No importa, por fin hablo con mi hija de la forma que quiero, y sé que pronto tendrá algo más que una amistad. De no ser por el caso contigo, no hubiera conocido a Angelina. Creo que esas cosas debían pasar así. Es decir, la mayoría, pues, me hubiera encantado conocerlo.

Teresa sonrió, agradeció por recibirla y se marchó. Se dirigió a la casa de Renoir, allí escribió una carta dirigida al doctor Dedekind. Tomó el té y se fue a dormir temprano, pues a ella le gustaba cumplir las promesas. Al día siguiente tenía que contar el resto de la historia a las chicas, aunque tomaría más de un día. Tenía ganas de liberarse de Aurora, y luego de Hoja Celeste, quería contarlo todo, y para eso debería tener energía para hablar mucho tiempo.

“Doctor Dedekind, me quedaré un poco más de tiempo en Hoja Celeste, le autorizo tomar todo el dinero necesario para el resto de los planes, ya sabe bien lo que sucederá si no cumple con su promesa, quiero a Crisálida unificada, la conversión de todos debe estar hecha lo más pronto posible. Últimamente se ha comportado extraño, por lo que me aseguraré de que cumpla su plan. No olvide que usted mismo hizo mecanismos ante su cobardía. El mayor peligro para usted resulta ser usted mismo. Es probable que eso sea para muchos, como yo.”

“Que todos los habitantes de Crisálida respondan al llamado de la Filosofía de la Solidaridad, sus discursos son muy buenos, haga más. Haga lo de costumbre, lo conozco, tendrá miedo de lo que hace, le recuerdo que Paris está de por medio. Será mejor que la cuide, pues no quiere verla morir. Tenemos tiempo para hacer lo que debemos, simplemente hágalo bien. Más le vale hacerlo bien, doctor. Usted sabe que soy severa con los castigos, no olvide que mi esposo murió por mi palabra. Manténgase en la torre cuando no haga discursos, Isabel me dirá todo lo que ocurre. Agradezco que la construyera, espero usted también lo haga.”

Mientras cerraba esa carta, en la ciudad del Equinoccio, Liriel planeaba cómo se encontraría la ciudad. Siempre estaba en los límites de aquella ciudad, entre comillas, vecina de Crisálida. Realizaba investigaciones y esta vez nadie podría salvar el balance. El dúo supremo descansaba los veinte años que tenían que meditar después de haber desvanecido a una deidad. La Belleza veía la oportunidad perfecta para atacar. Ella sí se aseguraría de que permaneciera por completo en aquel lugar. Liriel era el aspecto de la Belleza, las investigaciones iban de maravilla en esa ciudad. Pronto Liriel sacrificaría su voz y tendría la combinación perfecta, una voluble, una cambiante, tendría todas las voces. Solamente no entendía algo, no entendía a la familia Sosiego, todos estaban en su odio contra el resto de las personas, menos ellos.

Al despertar, la reina Bermellón amaneció con la frente roja, el rostro estaba húmedo, parecía tener fiebre, soñó con su otro hijo. No le dio tanta importancia y se arregló para ir al parque de Hoja Celeste. Desde el norte, en específico, desde el noroeste, viajó hacia el oeste de la ciudad. Ahí se encontró con el par de chicas, unidas como de costumbre, como deseó alguna vez estarlo con su esposo. Tomó asiento, no pensaba que llegaran antes ellas, pensaba que en realidad habían llegado temprano, y estaba en lo correcto, llegaron antes para estar solas.

–¿Te sientes mejor?, mi mamá me dijo que pasaste a visitarla. Pareces mejor que ayer.

–Oh, claro, sí, estoy por mucho mejor – el aspecto enfermizo ya no se notaba en su rostro, pero todavía pensaba en Liriel – entonces, acerca de la historia que les debo, bueno, no sé por dónde deba comenzar, ni sé cuánto tiempo tengan. La historia definitivamente tomará más de un día. ¿Aun así quieren escucharla?

–Será un verdadero placer, Teresa, ahora que sé que Dobrilo era tu hijo, tengo el triple de interés de escucharte. Lo mismo con Angelina, nunca conoció a Dobrilo, pero, parecía un buen chico en aquel sitio... en fin, no importa eso, estaremos atentas a lo que nos digas.

–Así es, Cereza me contó sobre la maravilla de persona que era Dobrilo, dijo que era muy gentil con los regalos, además, ahora estoy tratando de conocer al chico... Zuzen, y también me contó muchas maravillas de él. Me ha dicho literalmente que era como si hubiera nacido de otro mundo, lo dijo muy seriamente así que no sé si creerle o no.

–Je, je, Dobrilo era sumamente encantador, desde su nombre lo llevaba en la sangre ser tan bondadoso. Algo que tomó definitivamente de su padre. Ya me dieron los ánimos necesarios para contarles el resto de la historia, está bien, déjenme pensar por donde comenzar. Quizá debería hablarles un poco más de mí. O, por los Montefeltro, no estoy muy segura.

La voz seria de la reina Bermellón era algo que todavía no podía cambiar, parecía hablar en forma malvada todo el tiempo, esto no era particularmente algo a propósito de su parte. AL contrario, era que la mayoría del tiempo tenía que hacerlo, o se sentía en la necesidad de hacerlo. Se acomodó en su silla, tomó un respiro y comenzó a hablar.

–Está bien, hace mucho tiempo, en la ciudad Aurora, dos personas se conocieron, yo, con un hombre encantador, un hombre tan amable y gentil, sus encantos eran sumamente grandes, era tan dulce, todas las noches eran buenas cuando estaba con él. Apenas y nos conocimos y comenzamos a salir, en aquellos días yo era tan solo una chica que trabajaba en un restaurante, eso no era particularmente algo bueno para el señor Salazar, desde el inicio no me llevé bien con él, en realidad, no me llevé bien con nadie. Su nombre era...

Bueno, en realidad, esa es otra historia, una que tomaría muchos días por contar.